LAS TRES PASIONES

Elif Shafak

Lumen

Las tres pasiones

Elif Shafak

Traducción de
Aurora Echevarría

Lumen
narrativa

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

¿Qué harás Tú, Dios, si yo no estoy?
Soy Tu manto y Tu vocación:
si yo caigo —soy Tu bebida—,
si me rompo —soy Tu vasija—,
pierdes conmigo Tu sentido.

R. M. RILKE

¿Acudirías si te llamaran
por otro nombre?
Lloré, porque durante años
no quiso mis brazos;
una noche me revelaron un secreto;
quizá el nombre por el que llamas a Dios
no es el Suyo en realidad,
quizá solo es un sobrenombre.

RABIA, primera santa sufí,
siglo XVIII, Irak

PRIMERA PARTE

El bolso

Estambul, 2016

Era un día de primavera cualquiera, una tarde larga y plomiza como tantas, cuando, con una sensación de vacío en el estómago, descubrió que era capaz de matar. Siempre había sospechado que, sometidas a presión, incluso las mujeres más serenas y dulces eran propensas a arrebatos de violencia. Como no se consideraba ni serena ni dulce, tenía que reconocer que su potencial para perder el control era considerablemente mayor que el de las demás. Pero la palabra «potencial» era engañosa. Hacía años todo el mundo decía que Turquía tenía un gran potencial, y solo había que ver los resultados. De modo que se sintió más tranquila al pensar que al final su potencial para el mal también se quedaría en nada.

Por fortuna, el destino —esa tabla bien conservada en la que está escrito todo lo que ha sucedido y lo que sucederá— la había librado casi siempre de obrar mal. Todos esos años había llevado una vida decorosa. No había causado daño al prójimo, al menos no a propósito ni recientemente, aunque alguna que otra vez había chismorreado o echado pestes de otros, pero eso no contaba. Al fin y al cabo, eso lo hacían todos; si fuera un pecado tan grave, el infierno estaría a rebosar. Si había hecho sufrir a alguien era a Dios, y Dios, aunque se enfadaba con facilidad y tenía fama de voluble, nunca se ofendía. Ofender y sentirse ofendido eran rasgos humanos.

Para la familia y los amigos, Nazperi Nalbantoğlu —Peri, como la llamaban todos— era una buena persona. Colaboraba en obras benéficas, participaba en campañas de sensibilización sobre el Alzheimer y recaudaba fondos destinados a las familias necesitadas; trabajaba como voluntaria en residencias de ancianos donde participaba en torneos de backgammon y perdía a propósito; siempre llevaba en el bolso algo de comer para los muchos gatos

callejeros que había en Estambul, y de vez en cuando costeaba de su propio bolsillo alguna operación de castración; no se perdía ninguna de las obras de teatro escolar en las que actuaran sus hijos; daba elegantes cenas para el jefe y los colegas de su marido; ayunaba el primero y el último día de Ramadán, aunque solía saltarse los de en medio, y todos los días del Eid sacrificaba un cordero teñido con *henna*. No ensuciaba las calles, no se saltaba la cola en el supermercado, no alzaba la voz, ni siquiera cuando la trataban con grosería. Una buena esposa, una buena madre, una buena ama de casa, una buena ciudadana, una buena musulmana moderna: eso era ella.

El tiempo, cual sastre habilidoso, había cosido a la perfección las dos telas que revestían la vida de Peri: lo que los demás pensaban de ella y lo que ella pensaba de sí misma. La impresión que causaba y la percepción que ella tenía de su persona se fundían en un todo tan homogéneo que ya no era capaz de distinguir qué parte de cada jornada era definida por lo que los demás deseaban para ella y qué parte por lo que ella realmente deseaba. A menudo le entraban ganas de coger un balde lleno de agua jabonosa y limpiar las calles, las plazas públicas, el gobierno, el Parlamento, la burocracia, y de paso unas cuantas bocas. Había tanta porquería que limpiar, tantos pedazos rotos que pegar, tantos errores que enmendar… Al salir de casa por las mañanas Peri siempre suspiraba quedamente, como si en una sola exhalación pudiera alejar de sí los desechos del día anterior. Aunque ponía en tela de juicio el mundo, y no era de las que se callan ante la injusticia, hacía varios años había decidido contentarse con lo que tenía. Debió de sorprenderse, por tanto, cuando un día corriente, con treinta y cinco años cumplidos, y ya asentada en la vida y respetada, se descubrió a sí misma contemplando el vacío de su alma.

La culpa de todo la tuvo el tráfico, se diría más tarde para tranquilizarse. El estruendo, los bocinazos, el entrechocar de metal contra metal semejante a los gritos de guerra de un millar de soldados. La ciudad entera era un gran recinto en obras. Estambul había crecido de manera descontrolada y seguía extendiéndose, como un pez hinchado que no era consciente de haber engullido más de lo que era capaz de digerir y buscaba algo más que comer. Al mirar atrás aquella aciaga tarde, Peri se convencería de que, de no haber sido por el desesperante atasco, nunca se habría desencadenado la serie de sucesos que despertó aquella parte de su memoria que llevaba largo tiempo dormida.

Allí estaban, avanzando a paso de tortuga por una carretera de dos carriles medio obstruida por un camión volcado que había quedado atrapado entre vehículos de todos los tamaños. Peri tamborileaba con los dedos en el volante y cambiaba una y otra vez la emisora de radio, mientras su hija, con los auriculares puestos y sentada junto a ella, miraba con expresión aburrida. Como una varita mágica en manos equivocadas, el tráfico transformaba los minutos en horas, a los seres humanos en brutos y todo atisbo de cordura en pura demencia. A Estambul no parecía importarle. Tiempo, brutos y locura, de eso tenía de sobra. Una hora más, una hora menos; un bruto más, un loco menos…, a partir de cierto punto no había diferencia.

La locura discurría por las calles de aquella ciudad como una droga en el torrente sanguíneo. Todos los días millones de estambulíes tomaban otra dosis, sin percatarse de que cada vez estaban más locos. Personas que se negaban a compartir el pan compartían en cambio la locura, solo que para ellas tenía todo el sentido. En eso consistía la pérdida colectiva de la cordura: si había suficientes ojos observando la misma alucinación, resultaba ser cierta; si había suficientes personas riéndose de la misma desgracia, se convertía en una broma divertida.

—¡Deja de morderte las uñas! —soltó Peri de pronto—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Despacio, muy despacio, Deniz se bajó los auriculares alrededor del cuello.

—Son mis uñas —replicó, y bebió un sorbo del vaso desechable que había entre ellas.

Antes de ponerse en camino habían parado en un Starbörek —una cadena turca de cafeterías que había sido demandada varias veces por Starbucks por utilizar su logo, su menú y una versión distorsionada del nombre de la marca, pero que, debido a las lagunas jurídicas, no cerraba sus puertas— y comprado dos bebidas: un café con leche descremada para Peri y un *frappuccino* doble con nata y pedacitos de chocolate para su hija. Peri se había terminado el suyo, pero Deniz no acababa nunca, sorbía con cuidado como un pájaro herido. Fuera el sol se fundía con el horizonte, y los últimos rayos pintaban los tejados de las casuchas, las cúpulas de las mezquitas y las ventanas de los rascacielos del mismo tono herrumbroso.

—Y es mi coche —replicó Peri en voz baja—. Estás ensuciándolo.

En cuanto pronunció esas palabras, se arrepintió. ¡Mi coche! Qué horrible decirle algo así a una hija, o a cualquiera, en realidad. ¿Acaso se había convertido en una de esas bobas materialistas cuyo sentido de identidad y pertenencia se basaba en sus posesiones? Confiaba en que no.

Su hija, que no pareció sorprenderse, encogió los huesudos hombros y miró por la ventanilla mientas pasaba a morderse con furia la siguiente uña.

El coche dio una sacudida y se detuvo de nuevo con un chirrido de neumáticos. Era un Range Rover de un tono catalogado por la concesionaria como «azul Montecarlo». En el folleto había otras opciones: blanco Davos, rojo dragón oriental, rosa desierto saudí, azul brillante policía de Ghana o verde mate ejército indonesio. Negando con la cabeza y frunciendo los labios, Peri se preguntó quién demonios escogía esos nombres, y si los conductores eran conscientes de que los coches de líneas elegantes que exhibían estaban relacionados con los uniformes de la policía ghanesa y las tormentas de arena del Sáhara.

Con independencia de su color, Estambul estaba abarrotado de vehículos lujosos, muchos de los cuales parecían fuera de lugar, como perros con pedigrí que, pese a estar destinados a una vida de confort y holgura, se han extraviado y han acabado en plena naturaleza. Descapotables de carreras que rugían de frustración por no tener dónde coger velocidad, todoterrenos que ni con la más diestra maniobra lograban encajar en las diminutas plazas de aparcamiento, si por casualidad había alguna libre, y caros sedanes diseñados para circular por amplias carreteras que solo existían en tierras lejanas y en los anuncios de la televisión.

—He leído que es el peor del mundo —comentó Peri.

—¿El qué?

—El tráfico. Somos el número uno. Imagino que es peor que el de El Cairo. ¡Incluso peor que el de Delhi!

No es que ella hubiera estado en El Cairo ni en Delhi. Pero, como muchos estambulíes, Peri creía con firmeza que su ciudad era más civilizada que cualquiera de esos lugares remotos, peligrosos y congestionados; aunque «remoto» era un concepto relativo, y «peligroso» y «congestionado» eran adjetivos que se aplicaban a menudo a Estambul. De todos modos, la ciudad

limitaba con Europa. La proximidad tenía que contar. De hecho, estaba tan asombrosamente cerca que Turquía había metido un pie en la puerta de Europa y empujado con todas sus fuerzas, y solo había conseguido descubrir que era tan estrecha que por mucho que retorciera el cuerpo no podía colarse. Tampoco ayudó que entretanto Europa hubiera empezado a cerrar la puerta de nuevo.

—¡Guay! —dijo Deniz.

—¿Guay? —repitió Peri con incredulidad.

—Sí. Al menos somos el número uno en algo.

Así estaban las cosas con su hija. En los últimos tiempos Deniz le rebatía cualquier opinión que Peri expresaba sobre el tema que fuera. Cualquier comentario que hacía, por lógico u oportuno que fuese, su hija lo recibía con una hostilidad rayana en el odio. Peri era consciente de que Deniz, que había llegado a la delicada edad de trece años, tenía que romper con la influencia de sus padres, sobre todo la de la *mater familias*. Hasta ahí lo entendía. Lo que no le entraba en la cabeza era la cantidad de ira que eso comportaba. Su hija hervía de cólera, algo que Peri no había experimentado en ninguna etapa de la vida, ni siquiera en la adolescencia. Su pubertad había transcurrido envuelta en una inocente confusión, casi en la ingenuidad. Qué distinta había sido ella de adolescente, y eso que su madre no se había mostrado ni la mitad de considerada y comprensiva que ella. De un modo tortuoso, cuanto más sufría Peri a causa de los arbitrarios estallidos de su hija, más se indignaba consigo misma por no haberse enfadado lo bastante con su propia madre en el pasado.

—Cuando tengas mi edad se te habrá agotado la paciencia con esta ciudad —murmuró Peri.

—«Cuando tengas mi edad» —la imitó Deniz con amargura—. Antes nunca hablabas así.

—¡Es que las cosas están cada vez peor!

—No, mamá, es que tú misma te pones años —replicó Deniz—. Es la forma en que hablas. ¡Y mira cómo te vistes!

—¿Qué tiene de malo cómo visto?

Se hizo un silencio.

Peri bajó la vista hacia el vestido de seda morado y la chaqueta de chiffon bordada con cuentas. Había comprado el conjunto en una boutique de un

flamante centro comercial situado en un centro comercial más grande, como si el segundo hubiera dado a luz al primero. Era demasiado caro, pero cuando protestó por el precio la dependienta guardó silencio y una leve sonrisa afloró a sus labios. «Si no puede permitírselo, señora, ¿qué hace aquí?», decía la sonrisa. Su condescendencia irritó a Peri. «Me lo quedo», se oyó decir. De pronto sintió la tirantez de la tela sobre la piel y reparó en lo poco acertado del color. El morado, tan atrevido y apropiado bajo los fluorescentes de la tienda, se volvió chillón y cursi a la luz del día.

Eran pensamientos inútiles, pues no le daba tiempo a regresar a casa y cambiarse. Llegaban tarde a una cena en la mansión junto al mar de un hombre de negocios que en pocos años había amasado una gran fortuna, lo que, por otra parte, no era nada insólito. Estambul estaba lleno de pobres y de nuevos ricos, y de los que ansiaban dar el salto rápidamente de la primera a la segunda categoría.

Peri aborrecía esas cenas que se prolongaban hasta altas horas de la noche y que a menudo la dejaban con migraña al día siguiente. Preferiría quedarse en casa y que la medianoche la encontrara absorta en una novela; leer era su forma de conectar con el universo. Pero la soledad era un privilegio poco común en Estambul, donde siempre había algún acto importante al que asistir o un deber social urgente que atender, como si la cultura, cual niño que teme la soledad, se asegurara de que todos estuvieran acompañados a cualquier hora. Muchas risas y comida. Política y cigarros. Tacones y vestidos, pero, por encima de todo, bolsos de diseño. Las mujeres exhibían sus bolsos como trofeos ganados en lejanas batallas. ¿Quién sabía decir cuáles eran originales y cuáles falsos? Las señoras de clase media alta de Estambul, reacias a dejarse ver comprando artículos falsificados, evitaban acudir a las tiendas de dudosa reputación que había dentro y alrededor del Gran Bazar, pero invitaban a su casa a los dueños. Furgonetas llenas de artículos de Chanel, Louis Vuitton y Bottega Veneta, con los cristales de las ventanillas tintadas y las matrículas embadurnadas de barro (aunque el resto del vehículo estaba impecable), iban y venían por los barrios ricos y, como en una película de espías de cine negro, las dejaban entrar en los garajes privados de las villas por las puertas traseras. Se pagaba al contado, sin recibo, y no se hacían preguntas. En la siguiente reunión social, las mismas mujeres miraban de manera furtiva los

bolsos de las demás, no solo para identificar la marca lujosa, sino para establecer su autenticidad o la calidad de la falsificación. Requería un gran esfuerzo. Un esfuerzo óptico.

Las mujeres no solo miraban. Examinaban, inspeccionaban, escudriñaban buscando en las otras mujeres defectos, tanto manifiestos como camuflados. Uñas desconchadas, kilos recién ganados, vientres fláccidos, labios con bótox, varices, celulitis todavía visible tras una liposucción, raíces sin teñir, un grano o una arruga disimulados bajo capas de polvos… No había nada que sus penetrantes miradas no pudieran detectar y descifrar. Por felices que hubieran estado antes de llegar a la fiesta, eran demasiadas las invitadas que, al poco rato, se convertían tanto en víctimas como en verdugos. Cuanto más pensaba Peri en la velada que la aguardaba, más aterrada se sentía.

—Necesito estirar las piernas —dijo Deniz bajando del coche.

Peri encendió de inmediato un cigarrillo. Había dejado de fumar hacía más de una década, pero últimamente había empezado a llevar una cajetilla encima y de vez en cuando se encendía uno, aunque se contentaba con dar unas pocas caladas y nunca se los terminaba. Los tiraba a medias, sintiendo culpabilidad y algo parecido al asco. A continuación mascaba un chicle de menta, aunque no le gustaba el sabor, para disimular el olor. Siempre había pensado que si los sabores de los chicles fueran regímenes políticos, el del fascismo sería el de menta: totalitario, estéril, severo.

—Mamá, no puedo respirar —dijo Deniz, que había vuelto—. ¿No sabes que te matará?

Deniz estaba en esa edad en que los niños ven a los fumadores como vampiros que andan sueltos. En la escuela les habían dado una charla sobre los efectos perjudiciales del tabaco, mostrándoles un póster con flechas en fosforito que iban de una cajetilla recién abierta a una tumba recién cavada.

—Está bien, está bien —dijo Peri blandiendo una mano en señal de rendición.

—Si fuera presidenta del gobierno, metería en la cárcel a los padres que fuman delante de sus hijos. ¡Lo digo en serio!

—Bueno, pues me alegro de que no te presentes como candidata —replicó Peri antes de apretar el botón y bajar la ventanilla.

El humo que exhaló formó en el aire una espiral que poco a poco, y de

forma inesperada, se coló por la ventanilla abierta del coche de al lado. Eso era de lo único de lo que no te librabas en aquella ciudad: de la proximidad. Todo estaba pegado. Los transeúntes se abrían paso como un solo organismo por las calles; los viajeros se apretujaban a bordo de ferries o iban hombro con hombro en autobuses y metros; los cuerpos colisionaban, chocaban y coexistían ingrávidamente, como esporas de dientes de león en la brisa.

En el coche de al lado iban dos hombres. Ambos le sonrieron. Peri palideció al recordar que en la *Guía avanzada hacia el patriarcado* el hecho de que una mujer arrojara el humo de su cigarrillo al rostro de un varón desconocido se consideraba una invitación sexual abierta. Aunque a veces lo olvidaba con facilidad, la ciudad era un mar tempestuoso lleno de icebergs flotantes de masculinidad que era mejor esquivar con cuidado e inteligencia, porque nunca sabías los peligros que se ocultaban bajo la superficie.

Tanto si iba en coche como a pie, lo mejor era que una mujer mantuviera la mirada perdida e introspectiva, como si contemplara recuerdos lejanos. Siempre que fuera posible, debía bajar la cabeza para transmitir un mensaje claro de modestia, lo que no resultaba fácil dados los peligros de la vida urbana, por no hablar de la atención masculina no solicitada y del acoso sexual, que requerían que no se bajara nunca la guardia. Peri no entendía cómo se pretendía que las mujeres fueran con la cabeza gacha y los ojos abiertos en todas direcciones a la vez. Tiró el cigarrillo por la ventanilla y la subió, esperando que los dos desconocidos perdieran enseguida el interés por ella. El semáforo cambió de rojo a verde, pero daba igual. Nada se movió.

Entonces reparó en el vagabundo que bajaba por el centro de la calle. Alto, desgarbado y flaco como una estaca, tenía un rostro anguloso, la frente arrugada como si fuera un viejo, la barbilla llena de un sarpullido y las manos con escamas por el eczema. Uno de los millones de refugiados sirios que habían huido de la única vida que conocían, pensó Peri al principio, aunque había las mismas posibilidades de que fuera turco, kurdo, gitano o un poco todo. ¿Cuántas personas en esa tierra de infinitas migraciones y transformaciones podían decir con certeza que eran de una sola etnia, a no ser que se mintieran a sí mismas y a sus hijos? Claro que Estambul acumulaba muchísimas mentiras.

El hombre tenía los pies sucios de barro seco y llevaba un abrigo raído

con el cuello subido, tan mugriento que casi era negro. Había encontrado la colilla manchada de carmín de Peri y fumaba tan tranquilo. La mirada de ella iba de su boca a sus ojos, sorprendida al ver que él la observaba con expresión divertida. En su actitud había arrogancia, casi desafío, como si fuera un actor interpretando a un vagabundo, tan seguro de su actuación que esperara los aplausos.

Ya eran tres los hombres que debía evitar, a los dos del coche vecino y al vagabundo. Peri se volvió con brusquedad, sin acordarse del vaso de *frappuccino* que tenía al lado, que se volcó y derramó el espumoso contenido en su regazo.

—¡No! —gritó horrorizada al ver la mancha oscura que se extendía sobre su caro vestido.

Su hija silbó, disfrutando sin duda con el desastre.

—Podrás decir que es un modelo de un nuevo diseñador loco.

Peri pasó por alto el comentario y, maldiciendo para sí, cogió a tientas el bolso —un modelo Birkin de avestruz color lavanda, perfecto en todos los detalles salvo en el acento de la palabra Hermès, que estaba mal, porque no había nada que los contrabandistas turcos no supieran fusilar, a excepción de la ortografía— que tenía entre las piernas. Sacó un paquete de pañuelos de papel, aunque sabía, o al menos lo sabía una parte de ella, que solo empeoraría la mancha. Distraída, cometió un error que ningún conductor de Estambul cometería: tiró el bolso al asiento trasero sin haber puesto el seguro de la puerta.

Con el rabillo del ojo detectó un movimiento. Una niña de la calle, que no tendría más de doce años, se acercaba pidiendo monedas. Con la ropa colgándole de su flaco cuerpo, y la palma extendida ante sí, caminaba sin moverse de cintura para arriba, como a través del agua. Se detenía delante de cada coche unos diez segundos antes de pasar al siguiente. Tal vez la experiencia le había enseñado que si en ese breve instante no era capaz de inspirar compasión, jamás lo haría. La compasión nunca llegaba como un pensamiento tardío; era espontánea o brillaba por su ausencia.

Cuando la niña se acercó al Range Rover, Peri y Deniz volvieron automáticamente la cabeza en dirección contraria, fingiendo no haberla visto. Pero los mendigos de Estambul estaban acostumbrados y bien preparados para

ser invisibles, y en el lugar exacto hacia donde madre e hija miraron apareció otra niña de la misma edad, que aguardaba con la palma tendida.

Aliviada, Peri vio que el semáforo cambiaba al verde y que los coches salían disparados como el agua de una manguera. Estaba a punto de pisar el acelerador cuando oyó la portezuela trasera abrirse y cerrarse, tan rápido como un resorte. Por el retrovisor vio cómo sacaban el bolso del coche.

—¡Ladrones! —gritó con voz ronca por el esfuerzo—. Socorro, me han robado el bolso. ¡Ladrones!

Los coches de detrás tocaron el claxon frenéticos, ajenos a lo ocurrido e impacientes por largarse de allí. Era evidente que nadie la ayudaría. Peri titubeó, pero solo un instante. Con un diestro giro del volante, condujo el coche hacia la cuneta y activó las luces de emergencia.

—Mamá, ¿qué haces?

Peri no respondió. No había tiempo. Sabía la dirección en que habían huido las niñas, y necesitaba seguirlas inmediatamente; algo en ella, un instinto animal, le aseguró que si las encontraba recuperaría lo que le pertenecía.

—Mamá, déjalo. ¡Solo es un bolso, y de imitación!

—Llevo dinero y las tarjetas de crédito.

Pero Deniz estaba preocupada, hasta avergonzada. No soportaba llamar la atención, y solo quería fundirse como una gota gris en un mar gris. Toda su rebelión parecía reservarla para su madre.

—Quédate en el coche, echa los seguros y espérame —le gritó Peri—. Por una vez, haz lo que te pido. ¡Por favor!

—Pero, mamá…

Sin pararse a pensar, Peri bajó corriendo del coche, olvidando por un instante que llevaba tacones. Luego se quitó los zapatos y posó sus pies descalzos pesadamente sobre el asfalto. Desde el coche, su hija la miraba con los ojos como platos, boquiabierta de estupefacción y vergüenza.

Echó a correr. Con su vestido morado y las mejillas encendidas, cargando con el peso de los años —esposa, ama de casa y madre de tres hijos— frente a decenas de ojos, fue consciente de que los pechos le bailaban frenéticos, pero no podía hacer nada. Aun así, experimentando una extraña sensación de libertad al meterse en una zona prohibida cuyo nombre no podía pronunciar, cruzó corriendo la carretera en dirección a las calles que se adentraban,

mientras los conductores se reían y las gaviotas describían círculos sobre su cabeza. Si hubiera titubeado o disminuido la velocidad, aunque solo fuera un segundo, le habría horrorizado lo que estaba haciendo. Le habría aterrado la posibilidad de pisar un clavo oxidado, cascos de botellas de cervezas u orina de rata. Pero se precipitó hacia delante. Las piernas, casi independientes, como accionadas por un recuerdo propio, continuaron avanzando cada vez más deprisa, acordándose de la época en Oxford en que corría de cuatro a seis kilómetros diarios, lloviera o tronara.

A Peri le había encantado correr. Como otros placeres de la vida, ese también era cosa del pasado.

El Poeta Mudo

Estambul, década de 1980

Cuando Peri era niña los Nalbantoğlu vivían en la calle del Poeta Mudo, en un barrio de clase media baja del lado asiático de Estambul. En aquellos días decadentes, salía de las ventanas abiertas una mezcla de olores —a berenjenas fritas, café molido, pan de pita recién horneado, ajos asados a fuego lento— tan intensos que, colándose por las tuberías y las bocas de las alcantarillas, lo impregnaban todo; tan fuertes que el viento matinal cambiaba inmediatamente de dirección. Pero los lugareños no se quejaban. Nunca reparaban en ellos. Los únicos que los detectaban eran los forasteros, y eran muy pocos los que tenían motivos para acercarse a ese vecindario. Las casas se inclinaban desordenadamente como lápidas de un cementerio abandonado. Una bruma de tedio lo cubría todo y solo se levantaba por un momento cuando los gritos de los niños, que hacían trampas al jugar, hendían el aire.

Corrían muchos rumores acerca del origen del peculiar nombre de la calle. Algunos sostenían que un famoso poeta otomano que residía en el barrio, insatisfecho con la triste propina que había recibido del palacio por un poema, juró no volver a abrir la boca hasta que el sultán lo recompensara como debía.

«Sin duda el Señor de las Tierras de César y de Alejandro Magno, el Soberano de los Tres Continentes y los Cinco Océanos, la Sombra de Dios sobre la Tierra, derramará su generosidad sin límites sobre su humilde súbdito. Pero si no lo hace, lo tomaré como una señal de que mis poemas son imperfectos y enmudeceré hasta el día de mi muerte, porque es preferible un poeta muerto a un poeta fracasado.»

Esas fueron las últimas palabras que pronunció antes de tornarse tan silencioso como la nieve de medianoche. No era petulancia; él reverenciaba, temía y obedecía lo que a su entender tenía que ser un soberano. Aun así, como

artista no podía evitar anhelar mayor atención, elogios, aprecio… y unas cuantas monedas más tampoco le habrían venido mal.

Al llegar el suceso a oídos del sultán, este, divertido ante tamaña insolencia, prometió desagraviarlo. Como todos los déspotas, no sabía qué pensar de sus artistas; si bien desaprobaba su actitud imprevisible y su rebeldía, también disfrutaba con su presencia, siempre que respetaran los límites. Los artistas tenían una forma original de ver las cosas que podía ser divertida, salvo cuando no lo era. Le gustaba que hubiera unos cuantos en su corte, aunque a brida corta. Eran libres de decir lo que querían siempre que no criticaran el Estado y sus leyes, la religión y al Todopoderoso y, por encima de todo, al soberano.

Quiso el destino que esa misma semana, a raíz de una conspiración que hubo en el serrallo para derrocar al sultán y colocar a su hijo mayor en el trono, el soberano fuera asesinado, estrangulado con una cuerda de arco sedosa para no derramar su noble sangre. Tanto en la muerte como en vida, a los otomanos les gustaba que todo el mundo estuviera en su sitio y todo fuera meticulosamente regulado de forma inequívoca: a la familia real se la estrangulaba, a los ladrones se los ahorcaba, a los rebeldes se los decapitaba, a los salteadores de caminos se los empalaba y a los dignatarios locales se los molía en un mortero; a las concubinas las arrojaban al mar dentro de sacos con piedras, y en las horcas que había frente al palacio todas las semanas se exhibía una nueva remesa de cabezas cortadas, con la boca llena de algodón si eran oficiales de alto rango y de paja si se trababa de individuos insignificantes. Así era exactamente como se sentía el poeta: mudo. Obligado por su juramento, guardó silencio hasta el día en que exhaló su último aliento.

Otros tenían una versión diferente de la historia: cuando el poeta exigió que se le recompensara con generosidad, el sultán, furioso ante semejante descaro, ordenó que le cortaran la lengua, la trocearan, la frieran y se la dieran de comer a los gatos de siete barrios. Pero después de tantos años pronunciando palabras tan crudas, y pese a haber sido salteada con grasa de cola de carnero y cebollas frescas, la lengua del poeta estaba amarga. Los gatos dieron la vuelta y se marcharon. La esposa del poeta, que había contemplado la escena tras una celosía, juntó a hurtadillas los pedazos y los cosió. Pero apenas dejó su creación sobre la cama y salió a buscar a un

cirujano para que la cosiera de nuevo en la boca de su marido, una gaviota se coló por la ventana abierta y la robó. Algo poco sorprendente, pues las gaviotas de Estambul tienen fama de hurgar entre las basuras y atracarse con lo primero que encuentran, sin importarles el sabor. Un pájaro que puede picotear y comerse los ojos de animales que le doblan en tamaño es capaz de devorarlo todo. De ahí que el poeta permaneciera callado como una tumba. En su lugar, un ave blanca volaba en círculos sobre su cabeza, graznando para toda la ciudad los poemas que él ya no podía recitar.

Fuera cual fuese el verdadero origen de su nombre, la calle en la que vivían los Nalbantoğlu era una vía pintoresca y aletargada donde las virtudes más ponderadas estaban inspiradas en los tres estados de la materia: obedecer a Alá —y a los imanes— con firme sumisión, máxima rendición e inquebrantable constancia (sólido); aceptar el río divino de la vida por mucho barro y escombros que arrastrara (líquido) y renunciar a las ambiciones, puesto que todas las posesiones y los trofeos con el tiempo se esfumaban en el aire (gaseoso). Allí todos los destinos se creían predeterminados y todos los sufrimientos se consideraban inevitables, incluso los que los residentes de la calle se infligían unos a otros, como las peleas en el fútbol, las discusiones sobre política y las palizas a las esposas.

La casa donde vivían era de dos plantas, del color de las cerezas amargas. A lo largo de los años la habían pintado de distintos tonos: verde ciruela salada, marrón confitura de nueces, morado remolacha encurtida. Los Nalbantoğlu tenían alquilada la planta baja y su casero vivía en el piso superior. Aunque la familia no podía considerarse rica —toda la riqueza es relativa según el tiempo y el lugar—, Peri había crecido sin sensación de carencia. Eso llegaría después, e igual que todo lo pospuesto lo haría con gran fuerza, como para recuperar el tiempo perdido. Llegado el momento, aprendería a ver los defectos de un hogar donde había sido una hija muy querida y protegida.

Era la pequeña de los Nalbantoğlu, y su concepción había sido una gran sorpresa, pues sus padres, que ya habían criado a dos muchachos que estaban dejando atrás la adolescencia, según las convenciones locales eran demasiado mayores para tener más hijos. Protegida, consentida y con todas sus necesidades no solo satisfechas sino anticipadas, los primeros años de la vida

de Peri fueron de tranquilidad. Aun así era consciente de que en su casa corría una brisa de tensión que se convertía en un huracán en toda regla cada vez que sus padres coincidían en la misma habitación.

Eran tan incompatibles como una taberna y una mezquita. El ceño que aparecía en sus frentes y la dureza que adquirían sus voces no los retrataba como una pareja enamorada, sino como contrincantes en una partida de ajedrez. En el tablero de su matrimonio cada uno avanzaba estudiando la estrategia de la siguiente jugada, y capturaban torres, elefantes y visires aspirando a asestar la última derrota. Cada uno veía al otro como el tirano de la familia, el intolerable, y anhelaban decir algún día: «Jaque mate, *shah manad*, el rey no tiene escapatoria». Su matrimonio había estado tan profundamente entretejido de resentimiento mutuo que ya no necesitaban una razón para sentirse injuriados y frustrados. Incluso a esa edad tan temprana, Peri percibía que el amor no era, y tal vez nunca había sido, el motivo por el que sus padres estaban juntos.

Por las tardes observaba cómo su padre se sentaba a la mesa con platos de *mezes* distribuidos alrededor de una botella de *raqi*. Hojas de parra rellenas, humus, pimientos rojos asados, alcachofas en aceite de oliva y su plato favorito, ensalada de sesos de cordero. Comía despacio, saboreando cada bocado como un exigente sibarita, aunque la comida no era más que un requisito necesario para no beber con el estómago vacío. «No juego, no robo, no acepto sobornos, no fumo y no voy por ahí persiguiendo a las mujeres; sin duda, Alá perdonará a Su vieja criatura esta falta», le gustaba decir. Por lo general se reunían con él un par de amigos. Durante esas largas cenas divagaban sobre la política y los políticos, deprimidos ante la situación. Como la mayoría de la gente de esa tierra, hablaban sobre todo de las cosas que menos les gustaban.

«Si viajas por el mundo, verás que las personas beben de forma diferente», decía Mensur. Él mismo había viajado mucho en su juventud como ingeniero naval. «Donde hay democracia, cuando un hombre se emborracha, grita: "¿Qué ha sido de mi amor?". Donde no hay democracia, cuando un hombre se emborracha, grita: "¿Qué ha sido de mi amado país?".»

Pronto las palabras se fundían en melodías, y se ponían a cantar, al principio animadas tonadillas balcánicas, luego canciones revolucionarias del

mar Negro, y poco a poco, de forma inevitable, baladas originarias de Anatolia sobre desengaños amorosos y amores no correspondidos. En el aire, como espirales de humo, se mezclaban letras turcas, kurdas, griegas, armenias y ladinas.

Sentada sola en un rincón, a Peri le invadía la pesadumbre. A menudo se preguntaba cuál era la causa de la tristeza de su padre. Imaginaba su congoja adhiriéndose a él como una fina capa de alquitrán negro a la suela del zapato. Peri no encontraba la manera de animarlo, ni de dejar de intentarlo, porque, como toda la familia atestiguaba, era la niña de sus ojos.

Desde el ornamentado marco colgado en la pared, Atatürk —el padre de los turcos— los observaba con sus ojos azul acerado con motas doradas. En toda la casa había retratos del héroe nacional: Atatürk con uniforme militar en la cocina, Atatürk con redingote en la sala de estar, Atatürk con abrigo y *kalpak* en el dormitorio principal, Atatürk con guantes de seda y capa ondeante en el pasillo. Las fiestas nacionales y los días conmemorativos Mensur colgaba de la ventana, a la vista de todos, una bandera turca con la foto del gran hombre.

«Recuerda que si no fuera por él, estaríamos como en Irán —le decía a menudo a su hija—. Yo tendría que dejarme crecer la barba y compraría alcohol de contrabando y, cuando me descubrieran, me azotarían en la plaza. ¡Y tú, alma mía, te cubrirías con un chador, incluso a tu edad!»

Los amigos de Mensur —maestros de escuela, empleados de banco, ingenieros— eran tan devotos de Atatürk y de sus principios como él mismo. Leían, recitaban y, cuando les llegaba la inspiración, componían poemas patrióticos, la mayoría de ellos con un ritmo tan similar y tan repetitivos en esencia que más que piezas separadas parecían ecos del mismo llamamiento. Aun así a Peri le gustaba quedarse en el salón escuchando su afable conversación, los tonos y las cadencias de sus voces se elevaban y descendían con cada nueva copa rebosante. A ellos no les molestaba su presencia. En todo caso, el interés que Peri mostraba por su conversación parecía animarlos y llenarlos de esperanza en la juventud. De modo que ella revoloteaba a su alrededor bebiendo zumo de naranja del tazón preferido de su padre, que llevaba en un lado la firma de Atatürk y en el otro unas palabras suyas: «El mundo civilizado va por delante de nosotros; no nos queda más remedio que

alcanzarlo». Le encantaba ese tazón, el liso tacto de la porcelana en la mano, aunque sentía cierto pesar cuando el zumo se terminaba, como si con él también se desvanecieran las posibilidades de alcanzar el mundo civilizado.

Peri iba y venía como un yoyó. Había cubiteras que llenar, ceniceros que vaciar, pan que tostar…, siempre se ocupaba de las mismas tareas, sobre todo desde que su madre había empezado a ausentarse durante esas veladas.

En cuanto Selma ponía la comida sobre la mesa, suspiraba quedamente y se retiraba a su habitación, de la que no salía hasta la mañana siguiente. A veces solo reaparecía al mediodía o más tarde. La palabra «depresión» no se oía en su casa. Jaquecas, comentaba ella. Siempre sufría de jaquecas que la dejaban debilitada, con los ojos abiertos apenas una ranura, como si los entrecerrara contra la perpetua luz del sol. Afirmaba que cuando el cuerpo estaba débil, la mente se purificaba. Veía auspicios en todo: en unas palomas que se arrullaban en el alféizar, en un bulbo que de pronto florecía, en una hoja que flotaba en una infusión. Encerrada en su habitación, se quedaba en la cama atenta al menor ruido. Era imposible no oír con aquellas paredes tan finas como láminas de masa de pan extendida. Pero entre Selma y Mensur había otra pared, erigida hacía décadas, y cada año era más alta.

Hacía tiempo Selma se había unido a un círculo *tariqa* encabezado por un predicador famoso por la elocuencia de sus sermones y la rigidez de sus opiniones. Lo llamaban Üzümbaz Efendi, pues se sabía que había afirmado que allá donde veía signos de idolatría y herejía, los aplastaba como quien pisa descalzo *üzüm,* uva. No le preocupaba lo más mínimo que su sobrenombre se relacionara con la elaboración del vino, un pecado no menos grave que el de beber en sí. Ni las uvas jugosas ni el vino embotellado despertaban tanto interés en él como el acto de aplastar.

Bajo la influencia del predicador, Selma había cambiado de manera visible. Ahora no solo rehusaba estrechar la mano al sexo opuesto, también se negaba a sentarse en un asiento del autobús que hubiera ocupado un hombre, aunque este se levantara para cedérselo. No llevaba *niqab*, como algunas de sus amigas íntimas, pero iba con la cabeza totalmente cubierta. En casa prohibió toda clase de dulces y comida para picar, helados, patatas fritas y productos de chocolate —incluso los comestibles con la etiqueta de «halal»— desde que Üzümbaz Efendi comentó que podían contener gelatina, que a su vez

podía contener colágeno que a su vez podía contener cerdo. Era tal su temor a entrar en contacto con cualquier extracto de cerdo, que en vez de champú usaba jabón de aceite de oliva virgen; en lugar de pasta de dientes, un palillo *miswak*, y a modo de vela utilizaba un pedazo de mantequilla con una mecha insertada. Recelosa de que en su fabricación se hubiera empleado un pegamento a base de huesos de cerdos, se negaba a llevar calzado de marcas extranjeras y aconsejaba a todo el mundo que hiciera lo mismo. Las sandalias eran lo menos arriesgado. Durante años, siguiendo las instrucciones maternas, Peri fue a la escuela con sandalias de cuero de camello y calcetines de lana de cabra, y sus compañeros de clase se reían de ella.

Con un grupo de espíritus afines, Selma organizaba excursiones a playas de Estambul y sus alrededores para intentar convencer a las mujeres que tomaban el sol en biquini de que cambiaran su comportamiento antes de que fuera demasiado tarde para la salvación de su alma. «Cada palmo de carne que enseñéis hoy se achicharrará mañana en el infierno.» Distribuían folletos escritos con mala gramática y peor ortografía, plagados de signos de exclamación y sin comas; insistían en que Alá no quería ver a las nietas de Eva medio desnudas en los espacios públicos. Cuando al caer la noche las playas quedaban desiertas, se veían esos mismos folletos, rasgados y sucios, agitándose al viento, las palabras «libertinaje», «sacrilegio» y «condenación eterna» quedaban esparcidas por la arena como filamentos de algas secas.

Aunque siempre había sido una mujer animosa, en esa nueva fase de la vida Selma se volvió aún más habladora y discutidora, deseosa de conducir a los demás, sobre todo a su marido, por la senda del bien. Como Mensur no tenía intención de enmendarse, el hogar de los Nalbantoğlu estaba dividido en dos zonas —Dar al-islam y Dar al-harp—, el reino de la sumisión y el reino de la guerra.

La religión había irrumpido como un meteoro en sus vidas y creado un abismo, fraccionando la familia en dos bandos confrontados. El hijo pequeño, Hakan, irredimiblemente religioso y en exceso nacionalista, tomaba partido por su madre; el primogénito Umut, en un esfuerzo reconciliador, permaneció neutral un tiempo, aunque era evidente por todo lo que decía y hacía que se inclinaba hacia la izquierda. Cuando al final se declarara de izquierdas, lo haría como un marxista consumado.

Todo eso dejaba a Peri, la hija menor, en una posición incómoda, con ambos progenitores peleándose por ganársela; su misma existencia se convirtió en un campo de batalla entre dos visiones del mundo enfrentadas. La idea de tener que escoger, de una vez por todas, entre la desafiante religiosidad de su madre y el desafiante materialismo de su padre casi la paralizaba. Porque ella era una persona que en la medida de lo posible procuraba no ofender a nadie. Rodeada de combatientes que se rebelaban unos contra otros y libraban guerras sin cuartel, se decantó por una sumisión forzosa y se obligó a ser dócil. Sin que nadie se diera cuenta, apagó el fuego que ardía en su interior, que quedó reducido a cenizas.

En ninguna parte era tan evidente el abismo existente entre sus progenitores como en un rincón del salón. Encima del televisor había dos estantes, el primero reservado para los libros de su padre —*Atatürk: El renacimiento de una nación* de lord Kinross, *El gran discurso*, del mismo Atatürk, *Antología* de Nazim Hikmet, *Crimen y castigo* de Dostoievski, *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, una colección completa de memorias (de generales y soldados rasos) de la Primera Guerra Mundial, y una vieja edición de *Las cuartetas persas* de Umar Jayyam, cuya cubierta estaba cuarteada de tanto uso.

El segundo estante representaba un mundo aparte. Durante años lo había ocupado una colección de caballos de porcelana de todos los tamaños y colores: ponis, sementales y yeguas de crines doradas y colas con todos los tonos del arcoíris que retozaban, galopaban, pastaban. Pero poco a poco empezaron a llegar libros: *Hadices* compilados por Al-Bujari, *Disciplinando el alma* de Al-Ghazali, *La oración paso a paso y la súplica en el islam*, *Historias de los profetas*, *Manual de la buena mujer musulmana*, *Las virtudes de la paciencia y la gratitud*, *La interpretación islámica de los sueños*. La esquina derecha estaba reservada para los dos libros de Üzümbaz Efendi, *La importancia de la pureza en un mundo inmoral* y *Shaitan te susurra al oído*. A medida que se añadían títulos, los caballos iban siendo desplazados hacia el extremo del estante, donde se mantenían en precario equilibrio, como al borde de un acantilado.

La avalancha de palabras y de emociones que discurría por los pasillos de la casa confundió la mente inocente de Peri. Por cuanto se le había enseñado,

sabía que Alá era el único. Sin embargo, no podía creer ni por un momento que las enseñanzas religiosas que su madre tenía por sagradas y que su padre aborrecía pertenecieran al mismo Dios. Seguramente no era así, pero si le pertenecían, ¿cómo era posible que a Dios lo vieran de forma tan opuesta dos personas a las que los unía una alianza de matrimonio y que, aunque ya no lo hicieran, habían compartido el lecho?

Vigilante y sumisa, Peri era testigo de las riñas y observaba cómo sus seres queridos se destrozaban mutuamente. A una edad muy temprana aprendería que no había pelea más dolorosa que la que tiene lugar en el seno de una familia, y que no había pelea familiar más dolorosa que la que trataba de Dios.

La navaja

Estambul, 2016

Peri no tardó en divisar a las dos mendigas que le habían robado el bolso. Aunque habían escapado tan deprisa como se lo habían permitido sus pies, ella había corrido más. No podía creer su suerte, si podía llamarse así. Con el pecho quemándole cada vez que respiraba, había corrido en su persecución hasta un callejón adoquinado cuyas paredes de piedra se alzaban de las sombras.

Allí estaban las niñas, flaqueando a un hombre que no era sino el vagabundo que se había fumado la colilla de Peri. Dio un paso hacia ellos, pero no pudo hablar. Había actuado sin pensar, y ahora que por fin pensaba, estaba desorientada.

El vagabundo le sonrió con serenidad, como si hubiera estado esperándola. De cerca tenía un aspecto diferente, las demacradas líneas de sus pómulos eran perfectamente simétricas, y de las profundidades de sus ojos oscuros emanaba un brillo juvenil. De no ser por su aspecto de dejadez, se habría dicho que tenía un aire dandi. En el regazo sostenía con reverencia su bolso, acariciándolo como a un amante perdido hacía mucho.

«Es mío», dijo Peri con voz tensa después de tragarse el nudo de la garganta.

Al oírla, él abrió el cierre del bolso y lo sostuvo un instante en el aire antes de darle la vuelta. Todo lo que había dentro cayó: llaves, un pintalabios, un lápiz de ojos, un bolígrafo, un frasquito de perfume, un móvil, un paquete de pañuelos de papel, unas gafas de sol, un cepillo de pelo, un tampón… Y una cartera de cuero que él recogió con cuidado del suelo y de la que extrajo un fajo de billetes, tarjetas de crédito, un carnet de identidad rosa, un permiso de conducir y fotos de momentos especiales de la familia. Silbando, se guardó en

el bolsillo el dinero y el móvil, y desechó todo lo demás. Era una melodía despreocupada y alegre que recordaba a la tonadilla de una vieja caja de música. Justo cuando estaba a punto de tirar la cartera, algo llamó su atención. Una polaroid que asomaba parcialmente de un compartimento donde había sido guardada con cuidado, oculta a la vista. Una reliquia de una época desaparecida hacía mucho.

Arqueando una ceja, el vagabundo examinó la polaroid. Se veían cuatro rostros: de un hombre y de tres mujeres jóvenes. Un profesor y sus alumnas. Envueltos en sus abrigos, sombreros y bufandas, daban la espalda a la biblioteca Bodleiana de Oxford, apiñados en busca de calor o por la fuerza de la costumbre, atrapados para siempre en uno de los días más fríos de aquel invierno.

El vagabundo alzó la cabeza y sonrió a Peri como si hubiera reconocido Oxford de una película o un recorte de periódico. O tal vez se había dado cuenta de que estaba ante él una de las chicas de la foto. Había engordado y tenía arrugas, llevaba el cabello más corto y más liso, pero —salvo el atisbo de tristeza— los ojos eran los mismos. Tiró la foto.

Peri miró unos segundos —no más— cómo la polaroid descendía flotando hasta el suelo. Parpadeó igual que si la foto tuviera vida y hubiera podido hacerse daño al caer.

Aterrada, le gritó al vagabundo que había pedido ayuda y que no tardarían en llegar la policía, los gendarmes y su marido. Agitó la mano para enseñarle la sortija de casada, y en ese instante cobró plena conciencia de cuánto se habría burlado la joven que ella había sido por exhibir ese símbolo de su estado civil como si se tratara de un amuleto. Pero había suficientes motivos para que el hombre no la creyera, y el menor de todos no era el tono de su voz. El callejón estaba desierto y la luz se retiraba. ¿Cuánto se había apartado de la carretera principal? Todavía le llegaba el rumor del tráfico pero amortiguado, como a través de un muro de cristal. De pronto tuvo miedo.

El vagabundo permaneció inmóvil durante un incómodo instante. El aire estaba tan quieto que a Peri le pareció oír un ratón que se escabullía y escarbaba en un montón de basura cercano, mientras en su diminuto pecho le palpitaba con fuerza el corazón, apenas más grande que un pistacho. El callejón parecía fuera del reino de los gatos de Estambul, fuera de las

fronteras de la ciudad y, en ese instante, fuera de este mundo.

Con calma, el hombre sacó algo del bolsillo del abrigo. Era una bolsa de plástico donde había un pequeño tubo de disolvente. Tomó el tubo y lo apretó, vaciando el contenido dentro de la bolsa, y la hinchó en un pequeño globo. Sonrío al ver su creación, una bola de nieve idílica en la que cada copo que caía era un diamante o una perla. Llevándosela a la nariz y a la boca, inhaló profundamente una, dos veces, y una tercera, más prolongada. Cuando levantó de nuevo la cabeza había cambiado de expresión, estaba y no estaba allí. Peri comprendió que era adicto al pegamento. Solo entonces reparó en las venitas rotas de los globos oculares, como grietas en la loza quemada. Una voz interior le dijo que regresara con su hija, pero se quedó tan quieta como si el pegamento hubiera caído sobre sus pies, fijándola al suelo.

El vagabundo ofreció la bolsa de plástico a una de las niñas que, ansiosa, casi se la arrebató de las manos. Inhaló ruidosamente mientras la otra esperaba su turno, impaciente e irritada por ser la última. El pegamento, el placer más grato de los niños de la calle y de las prostitutas menores de edad; la alfombra mágica que los elevaba, ligeros como plumas, sobre los tejados, las cúpulas y los rascacielos rumbo a un lejano reino donde no existía el miedo ni motivos para tener miedo; no había dolor, ni prisiones ni proxenetas. Se quedaban en ese Edén todo lo posible, sorbiendo uvas doradas de los tallos y mordisqueando melocotones jugosos. A salvo del hambre y el frío, perseguían ogros, se burlaban de los gigantes y metían a los genios de nuevo en las botellas de las que habían escapado.

Como todos los dulces sueños, este también tenía un precio. El pegamento disolvía la membrana de sus neuronas, atacaba su sistema nervioso, destruía riñones e hígados, y los devoraba poco a poco por dentro.

«¡Voy a llamar a la policía! —gritó Peri, más alto de lo necesario. Comprendiendo que no había dicho lo más conveniente, añadió, aún más fuerte —: ¡En realidad mi hija ya ha llamado! Estará aquí en cualquier momento.»

Como si le hubieran dado pie, el vagabundo se levantó. Sus movimientos eran lentos y deliberados, tal vez para darle tiempo suficiente a Peri a cambiar de opinión, o para dejar claro que nada de lo que estaba a punto de suceder era culpa suya.

Las dos niñas habían desaparecido. Peri no tenía ni idea de cuándo se

habían ido ni adónde. Obedecían al vagabundo. Él era el sultán de los callejones, el emperador de la basura sin recoger y de los sumideros abiertos de lo no deseado y abandonado, el magnánimo recolector de todo eso. No fueron sus facciones sino el ímpetu con que se movía lo que hizo pensar a Peri en alguien… alguien a quien creía haber dejado encerrado en el pasado y a quien había amado como no lo había hecho jamás.

Desviando la mirada del hombre por un par de segundos, vio la polaroid en el suelo. Era una de las pocas fotos que conservaba de su época en la Universidad de Oxford y que había guardado todos esos años, y la única que tenía del profesor Azur. No podía permitirse perderla.

Cuando miró atrás, le sorprendió que el vagabundo sangrara por la nariz. Gruesas gotas de sangre, de un rojo tan brillante que parecía pintura, la caían en el pecho. Él no pareció darse cuenta mientras se le acercaba arrastrando los pies. Peri oyó un jadeo —no reconoció su propia voz— al ver el destello del acero un instante antes de que él intentara clavarle una navaja.

El juguete

Estambul, década de 1980

Irrumpieron un viernes ya entrada la noche. Como lechuzas, esperaron a que la oscuridad cubriera la ciudad con un manto negro antes de salir en busca de su presa. La madre de Peri, que se había acostado pasada la medianoche, después de cocinar una de sus especialidades —cordero asado a fuego lento con menta —, fue la última en oír cómo aporreaban la puerta principal. Cuando Selma se despertó y se levantó, la policía ya estaba dentro de la casa, registrando de arriba abajo la habitación que sus hijos compartían. Después de la redada, como si fuera incapaz de perdonarse a sí misma, Selma no conseguiría dormir seguido una noche; se convertiría en una criatura noctámbula.

Aunque la policía examinó hasta el último objeto, quedó claro por su forma de conducirse que estaban allí por el hijo mayor, Umut. Le hicieron esperar solo en un rincón y le prohibieron cruzar una mirada siquiera con su familia. Al verlo en aquel estado, Peri, que entonces tenía siete años, sintió una tristeza rayana en la desesperación. Nunca lo había expresado en voz alta, pero Umut era su hermano predilecto. Grandes ojos castaños cuyas comisuras se fruncían cada vez que sonreía; una frente ancha que hacía que pareciera más sabio de lo que correspondía por su edad. Como ella, tendía a sonrojarse con facilidad. A diferencia de Peri, rebosaba de un espíritu positivo acorde con su nombre, que significaba «esperanza». Pese a que se llevaban unos años, Umut siempre había estado unido a Peri, había jugado con ella a sus juegos bobos solo por amor, fingiendo ser un príncipe raptado a bordo de un barco pirata o un mago confabulador en lo alto de la montaña Kaf, según lo requiriera la historia del día.

Cuando fue a la universidad, donde estudiaba ingeniería química, Umut se volvió algo retraído. Se dejó crecer un poblado bigote semejante al de una

morsa y colgó de las paredes de su habitación fotos de personas que Peri nunca había visto: un abuelo con una barba canosa; un hombre con gafas redondas metálicas y expresión franca; otro con el cabello revuelto y una boina oscura. También había una mujer con el cabello recogido y un sombrero blanco. Cuando ella le preguntó quiénes eran, su hermano le comentó:

—Este es Marx, el otro Gramsci. El de la boina es el compañero Che.

—Oh —exclamó Peri, sin tener ni idea de qué hablaba, pero impactada por el ardor de su voz—. ¿Y ella?

—Rosa.

—Me encantaría llamarme Rosa.

Umut sonrió.

—Tu nombre es más bonito, créeme, pero si quieres te llamaré Rosa-Peri. Tal vez seas una revolucionaria.

—¿Qué significa «revolucionaria»?

Umut guardó silencio un momento, buscando la respuesta adecuada.

—Alguien que quiere que todos los niños tengan juguetes y que ninguno tenga demasiados.

—Ya… —respondió Peri con cautela, pues le había gustado una mitad de la respuesta y fastidiado la otra—. ¿Cuántos son muchos?

Riéndose, Umut le revolvió el pelo, y la pregunta quedó suspendida entre ellos, sin respuesta.

Los mismos pósters que ahora estaba arrancando la policía. Cuando no quedó nada más que romper, miraron los libros, que eran todos de Umut, ya que su hermano menor, Hakan, no leía mucho. *El manifiesto comunista*, de Karl Marx; *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, de Friedrich Engels; *La revolución permanente*, de León Trotski; *De ratones y hombres*, de John Steinbeck; *Utopía*, de Thomas Moro; *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell… Pasando las páginas con irritada frustración, parecían estar buscando correspondencia personal y notas. Aunque no encontraron nada, confiscaron todos los libros.

—¿Por qué lees esta mierda? —El jefe de policía cogió *El beso de la mujer araña* y lo agitó en dirección a Umut—. Eres un musulmán turco. Tu padre es un musulmán turco, lo mismo que tu madre, y así ha sido durante siete generaciones. ¿Qué te importa toda esta bazofia extranjera, eh?

Umut se miraba los pies descalzos, con los dedos redondos y limpios apretados entre sí como buscando seguridad.

—Si los malditos occidentales tienen un problema, allá ellos —continuó el hombre—. En nuestro país todos somos felices. Aquí no existen las clases. Ni siquiera sabemos qué significa esa palabra. ¿Has oído alguna vez a alguien preguntar: «Eh, ¿de qué clase eres?» Por supuesto que no. Todos somos musulmanes y turcos, y se acabó. La misma religión, la misma nacionalidad, todo igual. ¿Qué parte es la que no has entendido? —El inspector se acercó a Umut y se inclinó como para olerle—. En este país ha habido tres golpes militares para poner fin a esta mierda. ¡Y ahora vuelve a aflorar! ¿Crees que vamos a permitirlo? Tus libros están llenos de mentiras. ¡Están escritos con veneno! ¿Quizá ya estás envenenado?

Umut guardó silencio.

—¡Te estoy haciendo una pregunta, imbécil! —gritó el hombre con las fosas nasales ensanchadas—. ¿Ya estás envenenado?

—No —respondió Umut, con una voz que era poco más que un suspiro.

—Mmm… Yo creo que sí. —El hombre asintió para sí—. Todo apunta a ello.

Los colchones, el armario, los cajones, incluso la leña que ardía en la estufa… Ni un solo rincón quedó por registrar. Fuera lo que fuese lo que buscaban, no parecían capaces de encontrarlo, lo que los enfureció aún más.

—Registrad el resto de la casa. La están ocultando —ordenó el inspector a sus hombres. Fumaba un cigarrillo tras otro, tirando la ceniza al suelo.

—Disculpe… ¿ocultando qué? —preguntó Mensur, con su cabello ralo revuelto, el pijamas a rayas arrugado y en zapatillas, desde el otro extremo de la habitación donde habían reunido al resto de la familia.

—Se lo meteré en el culo cuando lo encuentre —replicó el jefe de policía —. Como si no lo supiera.

Entornando los ojos al oír las duras palabras, Peri cogió la mano de su padre. Pero tenía los ojos clavados en su hermano. Estaba preocupada por Umut, cuyo rostro había palidecido como la luna.

La policía hurgó en las demás habitaciones, el cuarto de baño, el aseo, la despensa donde guardaban las *okras* que habían puesto a secar y los pepinos que habían encurtido. De la cocina llegaba el ruido de cajones que se abrían,

de cajas que se arrastraban y de cubiertos que se arrojaban al aire. Donde antes se veían estantes ribeteados con puntillas y pulcramente ordenados ahora reinaba el caos. Pasó una hora, tal vez más. Fuera, la más tenue franja de luz atravesó el cielo plomizo, como un diente que irrumpe en una encía.

—¿Qué hay de la niña? —le preguntó el jefe de policía. Tiró el cigarrillo a la alfombra y lo aplastó con el pie—. ¿Habéis mirado entre sus juguetes?

Con la mirada fija en la alfombra que había limpiado poco antes ese día, Selma intervino.

—Debe de haber un malentendido, *efendim.* Nuestra familia es decente. Todos somos personas temerosas de Dios.

El hombre pasó por alto el comentario y se volvió hacia Peri:

—¿Dónde están tus cosas, niña? Enséñanoslas.

Ella abrió mucho los ojos. ¿Por qué todos estaban interesados en sus juegos, los revolucionarios y ahora la policía? Tampoco tenía tantos.

—No pienso decírselo.

Mensur, sosteniendo todavía la mano de su hija, la atrajo hacia sí y le susurró: «Cállate. Déjalos que miren, no hay nada de qué preocuparse». Entonces, sin dirigir sus palabras a nadie en particular, dijo: «Los guarda en un baúl debajo de la cama».

Cuando el jefe de policía salió minutos después seguido de sus hombres, fue su expresión más que el objeto que asía con las yemas de los dedos lo que alarmó a Peri.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Peri nunca había visto un arma. Al contrario de las que se veían por la televisión, esa era tan pequeña y bonita que por un instante se preguntó si era de chocolate.

—Estaba escondida en una cuna. ¡Debajo de una muñeca! ¡Qué adecuado!

—Le juro por el Santo Corán que no sabemos nada de esto —dijo Selma, con voz crispada.

—Por supuesto que usted no, mujer. Pero su hijo, sí.

—No es mía —dijo Umut, con las mejillas encendidas—. Me pidieron que la guardara unos días. Pensaba devolverla mañana.

—¿Quiénes? —preguntó el jefe de policía. Parecía satisfecho.

Umut tomó una entrecortada bocanada de aire y se sumió de nuevo en el

silencio.

Fuera se elevó el canto del muecín, que llamaba desde una mezquita cercana. «No hay Dios sino Dios. Rezar es mejor que dormir.»

—Está bien, vámonos —ordenó el jefe de policía—. Apresadlo.

Mensur, cuyo rostro se había paralizado al ver el arma, suplicó:

—Por favor, tiene que haber una explicación. Mi hijo es un buen chico. Nunca ha hecho daño a nadie.

El jefe de policía, que había dado unos pasos hacia la puerta, se volvió.

—Siempre la misma mierda. No vigilan a sus hijos; dejan que se mezclen con cabrones comunistas infieles y que se metan en toda clase de líos. Cuando es demasiado tarde, lloran y suplican. Bua, bua. ¿Por qué tienen hijos si no saben cuidar de ellos, malditos descerebrados? ¿No saben controlar sus pollas? —Con un movimiento brusco, el jefe de policía le bajó los pantalones del pijama a Mensur hasta las rodillas, dejando al descubierto los calzoncillos blancos almidonados, aunque un poco gastados. Un par de agentes se rieron. Otros fingieron indiferencia.

Peri sintió que la mano paterna se volvía fláccida, con los dedos ingrávidos y exangües, la mano de un cadáver que espera ser diseccionada. El silencio y la vergüenza de su padre, a quien ella adoraba, reverenciaba, amaba e idolatraba desde el día que había pronunciado la primera palabra. Cuando Mensur, tembloroso, se subió los pantalones, los agentes de policía ya estaban cruzando la puerta llevándose a Umut.

La familia no vería a Umut en siete semanas, durante las cuales permanecería incomunicado. Acusado de pertenecer a una organización comunista ilegal, había confesado la tenencia del arma, después de que le arrancaran la ropa, le vendaran los ojos y lo ataran al bastidor metálico de una cama, donde le aplicaron descargas eléctricas. Tras ponerle los electrodos en los testículos y multiplicar por dos el voltaje, Umut reconoció que era el cabecilla de una célula que tramaba una serie de atentados contra funcionarios del Estado. El acre olor de la carne chamuscada se mezcló con el de cobre de la sangre, el agrio hedor de la orina y el olor a canela del chicle que mascaba el torturador jefe, un funcionario llamado Hassan el Manguera, apodado así por sus inventivas técnicas de tortura con una manguera de jardín.

Cada vez que Umut perdía el conocimiento, lo reanimaban con agua fría y le arrojaban cubos de agua con sal para aumentar la conductividad. Por las mañanas esos mismos agentes le aplicaban un ungüento medicinal en las heridas a fin de poder seguir torturándolo por la tarde. Mientras le frotaba las heridas, Hassan el Manguera se quejaba de su mísero sueldo y de la cantidad de horas que trabajaba, y de que su hija se había escapado con un hombre mayor que era padre de un niño y marido de otra mujer. Los amantes habían regresado seis meses después, arruinados y asustados. Él podría haberlos matado allí mismo; pero les había perdonado la vida. Como muchos torturadores profesionales, era bondadoso con los suyos, respetuoso con sus superiores y cruel con el resto del mundo.

Entre sesión y sesión, Umut oía los gritos de los otros prisioneros, del mismo modo que ellos no tenían más remedio que oír los suyos. Una y otra vez sonaba por los altavoces el himno nacional a todo volumen. En cierta ocasión, se olvidaron de ponerle una toalla en la boca antes de una sesión de descargas eléctricas, un simple descuido, y se mordió la lengua hasta casi partírsela en dos. Durante mucho tiempo comer le resultó muy doloroso; solo podía saborear la comida al tragarla.

Se decía que a esas alturas ya no se recurría tanto a la tortura, cuya práctica se había extendido mucho por las prisiones, los centros de detención y las instituciones para menores de todo el país a raíz del golpe de Estado de 1980, pero en realidad no era así. Las viejas costumbres tardaban en desaparecer. No es que no hubiera habido cambios. La *falaka*, o los golpes en las plantas de los pies, habían sido reemplazados en la mayoría de los casos por un método más limpio que dejaba aún menos marcas: la suspensión de los brazos durante horas. También estaban desfasadas las quemaduras con cigarrillos y la extracción de uñas o dientes sanos. Las descargas eléctricas eran rápidas y eficaces, y casi no dejaban huella. Lo mismo se podía decir de obligar a los prisioneros a comerse sus propios excrementos, beber la orina de otro preso o pasar horas encerrados en pozos sépticos. No quedaban signos visibles de tortura. Nada que los periodistas fisgones o los activistas a favor de los derechos humanos occidentales pudieran detectar, si es que aparecían sin anunciarse.

Al final Umut fue condenado a ocho años y cuatro meses de cárcel sin

fianza.

Una vez dictada la sentencia, los Nalbantoğlu fueron a visitarlo a la prisión a las afueras de Estambul. Llegaban en combinaciones variadas, según el día: Mensur con su hijo menor, Selma con su hija, Mensur con su hija, pero nunca Mensur y Selma juntos. Se sentaban con decenas de otras personas a una amplia mesa de plástico cuya superficie conservaba las marcas de cientos de encuentros dolorosos y ansiosos; las visitas a un lado y los prisioneros al otro. Todos ponían las manos a la vista, como les habían ordenado, para asegurarse de que no había intercambios. En ese estado, intentaban reparar el agujero de silencio con sonrisas que no llegaban a los ojos y con palabras cortantes que escapaban a su control.

En cierta ocasión en que Umut se levantó para irse, Mensur reparó en una mancha de sangre en la parte inferior de la espalda del uniforme de prisionero. Era del tamaño y la forma de una hoja de sauce. El método de tortura que la había causado tenía un nombre: «bloody Coke». Después de ser golpeados y atados, los presos debían sentarse sobre una botella de Coca-Cola. Se decía que era un «cóctel» que se servía a unos pocos reclusos selectos: presos políticos, gays sospechosos y transexuales recogidos de las calles.

Mensur se quedó mirando la mancha, abrumado. A pesar del esfuerzo desesperado por mantener la compostura, intentando respirar, se le escapó un grito. Afortunadamente, Umut ya había salido y no lo oyó. Pero sí Peri, que ese día acompañaba a su padre. Presenció toda la escena, aunque por alguna razón solo recordaría las imágenes, como si estuviera viendo una película muda. A partir de aquel día, Mensur prohibió a Peri ir a la prisión. Ella se quedaba en casa y escribía cartas a su hermano. «Le contaré cosas agradables, bonitos detalles que lo animen», se dijo. Y eso hizo todo el tiempo que pudo. Redactaba cartas con una alegría que no sentía sobre gente que apenas conocía e incidentes que no habían sucedido como los describía. Como si pudiera intuir el engaño, Umut nunca contestaba.

Sin embargo, su hermano aparecía a menudo en sus sueños, de los que ella despertaba gritando. A veces lograba volver a dormirse. Otras, se levantaba sin hacer ruido en plena noche, se metía en el armario y cerraba la puerta por dentro, solo para hacerse una idea de lo que se debía de sentir en una celda. Mientras escuchaba los latidos de su corazón en aquel espacio oscuro y

confinado, temiendo que el oxígeno se agotara poco a poco, imaginaba a su hermano a su lado, respirando, respirando.

El horror de tener a Umut entre rejas en lugar de en el hogar distanció a los Nalbantoğlu hasta el extremo de la mutua animadversión. Mensur acusaba a su mujer. Él trabajaba todo el día; era Selma quien tendría que haber vigilado a su hijo. Si hubiera pasado menos tiempo con predicadores fanáticos que le prometían la fragancia del paraíso y hubiese estado más atenta a lo que sucedía delante de sus narices, podría haber impedido esa desgracia. Mientras que una Selma reacia, hosca y resentida hacía responsable a su marido. Era él quien había plantado en la mente de Umut la semilla de la ausencia de Dios. Sus soliloquios sobre el materialismo y el librepensamiento los habían conducido al desastre.

Con el paso de los años, el matrimonio de Mensur y Selma se había endurecido hasta convertirse en un caparazón hueco que de pronto se había resquebrajado; ahora cada uno se encontraba a un lado de la grieta. El aire en la casa se volvió viciado e irrespirable, como si se impregnara de la tristeza de sus habitantes. A la joven Peri le parecía que las abejas y las polillas que entraban por las ventanas abiertas huían aterradas de allí. Incluso los mosquitos insaciables habían dejado de chupar la sangre de los Nalbantoğlu por temor a absorber su infelicidad. En los dibujos animados y las películas que Peri veía, a los comunes mortales les mordían arañas y les picaban avispones, después de lo cual se transformaban en superhéroes y llevaban una vida emocionante. En su caso era al revés. Las pulgas y los bichos, tras entrar en contacto con los Nalbantoğlu, adoptaban las costumbres de los seres humanos, aplastados por el peso de unos sentimientos que no tenían sentido para ellos.

Fue por aquella época cuando Peri empezó a reconsiderar su relación con Dios. Dejó de rezar antes de acostarse, contraviniendo las enseñanzas maternas, pero también se negó a mostrarse indiferente hacia el Todopoderoso, desoyendo los consejos paternos. En lugar de ello tomó toda la angustia y el dolor que no se atrevía a expresar delante de sus padres y los convirtió en una bala de cañón de palabras que arrojaba a los cielos.

Empezó a discutir con Dios.

Discutía con él sobre toda clase de asuntos, formulándole preguntas para las que sabía que no había respuestas, pero haciéndoselas de todos modos, en voz baja a fin de que nadie pudiera oírla. Qué irresponsable era al permitir que sucedieran cosas tan horribles a personas que no se las merecían. ¿No podía oír y ver a través de las paredes de la prisión y de los barrotes de las celdas? Si Él no podía, entonces no era Todopoderoso. Y si podía y aun así no hacía nada para ayudar a quienes lo necesitaban, entonces no era misericordioso. Fuera como fuese, Él no era lo que afirmaba. Era un impostor.

Peri tomó la cólera que no podía dirigir contra su madre y su predicador, Üzümbaz Efendi, la frustración que no era capaz de sentir contra su padre y su afición a la bebida, el sufrimiento que no era capaz de transmitir a su hermano mayor y el hastío que sentía hacia su hermano pequeño, y lo mezcló todo en una viscosa masa que vertió en sus pensamientos sobre Dios. En el horno de su mente se coció, subiendo despacio, resquebrajándose por el centro y quemándose en los bordes. Mientras sus amigos parecían tan despreocupados y alegres como las cometas que echaban a volar, jugando por las calles, bromeando en la escuela y tomando cada día como venía, Nazperi Nalbantoğlu, una niña insólitamente introvertida y profunda, estaba ocupada buscando a Dios.

Dios, una simple palabra con un significado oscuro. Dios, que está tan cerca que sabe todo lo que hacemos —e incluso lo que pensamos hacer—, pero es inalcanzable. Y, sin embargo, Peri estaba decidida a encontrar la manera de alcanzarlo. Porque a través de una retorcida lógica propia había llegado a convencerse de que si lograba unir al Creador de su madre con el Creador de su padre, tal vez podría restaurar la armonía entre sus progenitores. Si llegaban a alguna clase de acuerdo sobre lo que era o no era Dios, en el hogar de los Nalbantoğlu, e incluso en el mundo entero, habría menos tensión.

Dios era un laberinto sin mapa, un círculo sin centro; un rompecabezas cuyas piezas no parecían encajar. Si ella lograba resolver ese misterio, podría dar sentido al absurdo, cordura a la locura y orden al caos, y quizá aprender a ser feliz.

El cuaderno

Estambul, década de 1980

—Ven, siéntate conmigo, cariño —le dijo Mensur a su hija una de las pocas noches que estaba solo sentado a la mesa del comedor.

Peri obedeció de inmediato. Lo había echado mucho de menos. Aunque vivían bajo el mismo techo, se mostraba distante, absorto en sus pensamientos, parecía la sombra del hombre que era antes de la detención de Umut.

—Deja que te cuente una historia —le dijo su padre—. Había una vez en Estambul un hombre que tocaba una flauta de caña. Un sufí, pero de los inconformistas. Cuando veía una botella de *raqi* o vino, regañaba a los que tenía alrededor. «¿No sabéis que es pecado beber una gota de este licor?» Luego abría la botella, metía un dedo en ella y esperaba unos segundos antes de sacarlo goteando. «Ya he retirado la gota pecaminosa. Ahora podemos beber tranquilos.» —Se rió de sus propias palabras; era una risa triste, apagada.

Peri observó a su padre, percibiendo en la cuestión una rebelión solitaria, pero ¿contra qué o contra quién?

—*Baba*, ¿puedo probarlo? —le preguntó tímidamente.

—¿Quieres beber *raqi*?

Peri asintió. Nunca lo había pensado, pero ahora que lo había dicho, quería. Era una especie de vínculo con su padre.

Mensur hizo un gesto de negación.

—Solo tienes siete años. ¡Ni hablar!

—Ocho —le corrigió ella—. Cumpliré ocho este mes.

—Bueno, es mejor probarlo por primera vez en casa con tus padres que fuera a escondidas. Normalmente esperaría a que cumplieras los dieciocho, pero quién sabe si a esas alturas habrá alcohol siquiera, con tanto fanático

religioso. Puede que expongan un par de botellas en alguna parte. ¡En el Museo de Objetos Degenerados! Como el de los nazis, ¿eh? Así que supongo que puedo ofrecerte un trago antes de que sea demasiado tarde. —Y diciendo esto, llenó una copa de agua y le echó un generoso chorro de *raqi*.

Mientras Peri observaba cómo se disolvía el alcohol en el agua, su padre la miró con ternura.

—¿Ves esas gotas? Somos mis amigos y yo. Nos disolvemos en un mar de ignorancia. —Alzó la copa, y añadió—: *Sherefe!*, «en tu honor».

Eufórica porque la trataran como a una adulta, Peri sonrió.

—*Sherefe!*

—Si tu madre nos ve, me arrancará la piel a tiras.

Peri se apresuró a dar un sorbo. Al instante torció el gesto. ¡Qué asco! Era peor que todo lo que había probado nunca. El mordisco del anís, más fuerte aún que su olor, le quemó la lengua, le produjo un cosquilleo en la nariz e hizo que se le saltaran las lágrimas. ¿Cómo podía beber su padre esa horrible pócima con tanto deleite todas las noches?

—Prométeme que nunca te tragarás los cuentos de las viejas, ya sabes a qué me refiero —continuó Mensur, sin prestar atención a la reacción de su hija.

—Sí, sí —dijo ella después de beber un vaso de agua y de comerse una rebanada de pan para quitarse el sabor—. Como cuando dicen: «No saltes sobre un niño o dejará de crecer». O: «Si haces crujir los nudillos, romperás las alas de un ángel». O: «Silba en la oscuridad e invitarás a Shaitan». Esa clase de cosas, ¿no?

—Exacto. Son sandeces. Mira, he llegado a respetar una norma y te aconsejo que hagas lo mismo. No creas nunca nada que no hayas visto con tus propios ojos, que no hayas escuchado con tus propios oídos, que no hayas tocado con tus propias manos y que no hayas entendido con tu propia mente. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, *baba* —gorjeó Peri, ansiosa por complacerlo.

Satisfecho, Mensur agitó el índice en el aire para subrayar sus palabras.

—¡La educación nos salvará! Es la única forma de seguir adelante. Tienes que estudiar en la mejor universidad del mundo. —Guardó silencio un momento mientras pensaba cuál sería—. Eres la única de la familia que puede.

Estudia mucho. Sálvate a ti misma de la ignorancia. ¿Me lo prometes también?

—Te lo prometo.

—Pero hay un problema. Los hombres no quieren a las mujeres demasiado inteligentes o demasiado cultas. No quisiera que murieras solterona.

—No importa. Nunca me casaré. Me quedaré contigo.

Su padre se echó a reír.

—No te conviene, créeme. Pero no entregues tu corazón a alguien a quien no le importen las ciencias…, el saber. ¿Me lo prometes de nuevo?

—Te lo prometo. —Peri se deslizó en la silla mientras otro pensamiento acudía a su mente—. ¿Qué hay de Dios? No podemos verlo, ni oírlo, ni tocarlo…, pero aun así creemos en Él.

Mensur pareció compungido.

—Te contaré un secreto. Por lo que se refiere al Todopoderoso, los adultos están tan confusos como los niños.

—Pero ¿existe? —insistió Peri.

—Más le vale. Cuando me Lo encuentre en el otro mundo, antes de que me eche la bronca le preguntaré dónde ha andado metido. ¡Nos ha abandonado demasiado tiempo a nuestra suerte! —Mensur se llevó un pedazo de queso a la boca y masticó ruidosamente.

—*Baba*… ¿Por qué no ayudó Alá a Umut? ¿Por qué permitió que ocurriera esto?

—No lo sé, cariño —respondió su padre, mientras la nuez le subía y bajaba.

Se quedaron callados. Peri dobló los dedos de los pies, enfundados en zapatillas, y los apretó en la alfombra, dándose cuenta de que era mejor cambiar de tema. La sola mención de su hermano había ensombrecido el humor ya sombrío de su padre, como una nube al pasar ante la pálida luna.

—¿Qué hay del cielo y el infierno?

Peri había oído hablar del infierno. Mucho. Le aterraba que su padre pudiera ser deportado a la morada de los malditos, con sus calderas hirviendo, las llamas flameantes y los ángeles oscuros llamados *zabanis*.

—Bueno, no se puede decir que yo tenga aptitudes para el cielo, ¿no? Hay dos posibilidades: si Dios no tiene sentido del humor, me condenaré. Un tren exprés al infierno. Si tiene sentido del humor, todavía hay esperanza y podría

reunirme contigo en el paraíso. ¡Dicen que en él corren ríos del mejor vino!

Peri se alarmó.

—Pero ¿y si Alá es tan serio y severo como madre asegura? —susurró.

—No temas, tendremos un plan B —respondió Mensur—. Tú solo acuérdate de poner una azada en mi tumba. ¡Cavaré un túnel que me lleve a donde sea!

Peri abrió mucho los ojos.

—El infierno es tan profundo que si tiras un guijarro tarda setenta años en llegar al fondo, o eso dice madre.

—No dudo de que te lo haya dicho. —Su padre emitió un suspiro silencioso—. Lo bueno es que un año sobre la tierra equivale a un solo minuto en el más allá. De una manera u otra, iré a buscarte. —Se le iluminó el rostro —. Ah, casi se me olvidaba. ¡Tengo algo para ti! —Mensur sacó de su bolsa de cuero un paquete envuelto: una caja plateada con un lazo dorado.

—¿Para mí? —Ella observó el paquete.

—¿No piensas abrirlo?

Era un cuaderno. Un bonito cuaderno turquesa cosido a mano, con lentejuelas y un mosaico de espejos en la cubierta.

—Sé que Dios te despierta curiosidad —dijo Mensur, pensativo—. Yo no puedo responder todas tus preguntas. Con franqueza, nadie puede, ni siquiera tu madre ni ese predicador chalado suyo. —Apuró su *raqi* de un trago—. No simpatizo con la religión ni con lo religioso, pero ¿sabes por qué sigo apreciando a Dios?

Peri negó con la cabeza.

—Porque está solo, Pericim, como yo… y como tú —dijo Mensur—. Está totalmente solo allá arriba, no habla con nadie… Bueno, quizá con unos pocos ángeles, pero ¿qué diversión puede encontrar en los querubines? Miles de millones de personas lo rezan: Oh, dame una victoria, dame dinero, dame un Ferrari, esto y aquello… Las mismas palabras, una y otra vez, pero casi nadie se toma la molestia de conocerlo. —Mensur se llenó de nuevo la copa con un brillo de tristeza en los ojos—. Piensa en cómo reacciona la gente cuando ve un accidente en la calle. «Oh, Dios no lo quiera», dicen enseguida. ¿No es increíble? Su primera reacción es pensar en ellos mismos, no en las víctimas. Tantas oraciones son copias exactas unas de otras. Protégeme, quiéreme,

apóyame, todo gira en torno a mí… Ellos lo llaman piedad; yo, egoísmo disfrazado.

Peri ladeó la cabeza, deseosa de consolar a su padre pero sin saber cómo. La casa se había sumido en un silencio tan delicado que un suspiro lo habría roto. Peri se preguntó si al otro lado de las paredes su madre escuchaba desde la cama, y si era así, qué pensaba.

—A partir de hoy, cuando albergues un pensamiento sobre Dios o sobre ti misma, anótalo en tu cuaderno.

—¿Como un diario?

—Sí, pero uno especial —respondió Mensur, animándose—. ¡Un diario para toda la vida!

—No habrá suficientes páginas.

—Exacto. La única manera de conseguir que dure es borrar lo que has escrito antes, ¿comprendes? Escribe y borra, alma mía. No puedo enseñarte a evitar los pensamientos sombríos. Nunca he sabido hacerlo. —Mensur guardó silencio antes de añadir—: Pero espero que al menos puedas borrarlos.

—¿Para sustituirlos por nuevos pensamientos sombríos?

—Bueno, sí…, los nuevos pensamientos sombríos son mejores que los antiguos.

Esa noche Peri se sentó en la cama, abrió el diario y escribió su primera entrada: «Creo que Dios viene en muchas piezas y de muchos colores. Puedo construir un Dios pacífico, amoroso. O construir un Dios furioso, castigador. O no construir nada. Dios es un juego de Lego».

Tómalo y déjalo. Escribe y borra. Cree y duda. ¿Era eso a lo que se refería realmente su padre? Al final apenas importaba, porque al evocar años después aquel día, eso fue lo que Peri decidió que había oído. Las enseñanzas de su padre cimentarían lo que ella ya sospechaba acerca de sí misma: que mientras ciertas personas eran fervientes creyentes y otras fervientes no creyentes, ella siempre estaría encallada en medio.

La polaroid

Estambul, 2016

El vagabundo se abalanzó sobre Peri tan atolondrada y temerariamente que fue un milagro que ella lo esquivara. La hoja no la alcanzó en un lado del abdomen por muy poco, pero le cortó la palma. Ella soltó un gemido penetrante, con la voz quebrada por el dolor. La sangre se deslizaba por su muñeca y goteaba sobre el vestido de seda morado.

Con el corazón martilleándole y el sudor cayéndole por la frente, apartó al hombre con todas sus fuerzas. Al no esperar resistencia, él perdió el equilibrio y por un momento se tambaleó, tregua que Peri aprovechó para arrebatarle la navaja de la mano. Furioso, él la golpeó en el pecho con tanta fuerza que por un desagradable instante ella no pudo respirar. Pensó en su hija, que la esperaba en el coche. Pensó en sus dos hijos pequeños, viendo su programa favorito en casa. A su mente acudió una imagen de su marido: ya en la cena, rodeado de otros invitados y mirando el reloj cada pocos minutos, muerto de preocupación. Al comprender que quizá nunca más vería a sus seres queridos, los ojos se le llenaron de lágrimas. Qué estúpido era morir de ese modo. La gente hallaba la muerte defendiendo a su país, sus banderas y su honor; ella, defendiendo un bolso Hermès de imitación y mal acentuado. Aunque quizá todas las causas eran igual de absurdas.

El vagabundo le dio otro puñetazo, esta vez a la altura del estómago. Al caer, Peri tosió y las fuerzas la abandonaron.

Hizo un último ejercicio voluntad.

—¡Basta! ¡He dicho basta! —le gritó, como si reprendiera a un niño que se porta mal. Temblaba; su cuerpo parecía negarse a escuchar las órdenes que le daba el cerebro de que no se asustara, y si lo hizo, no dio muestras de ello—. Mire —susurró con voz ronca—, si me hace daño se verá en un buen lío. Lo

meterán en la cárcel. Le destrozarán… —Quería decir «el espíritu», pero se corrigió—: los huesos. Créame.

El vagabundo gruñó.

—Puta. ¿Quién te has creído que eres?

A Peri nadie la había llamado «puta» nunca, y la palabra la perforó como una esquirla de hielo. Lo intentó otra vez, optando por la reconciliación.

—Quédese con el bolso, ¿de acuerdo? Usted sigue su camino y yo sigo el mío.

—Puta —repitió él, atascado en la imprecación. Se le ensombreció el rostro, y entornó los ojos convirtiéndolos en unas ranuras. Respiró hondo, excitado por sus propios pensamientos. Un coche se acercó a la boca del callejón, abriendo por un momento un túnel de huida con los faros. Peri quiso pedir socorro a gritos, pero era demasiado tarde: el coche había desaparecido. Volvieron a sumirse en las sombras. Ella retrocedió un paso.

Agarrando a Peri del cuello, el vagabundo la derribó. Se le soltó el cabello y el pasador que le sujetaba el moño repiqueteó contra el suelo. Un sonido levísimo, metálico. Al caer hacia atrás, ella se golpeó la cabeza contra el asfalto. Curiosamente, no le dolió. Desde allí el cielo parecía hallarse a una distancia imposible y se asemejaba a una lámina de bronce, inmóvil, sólida y fría. Intentó levantarse, dejando con la mano huellas sanguinolentas. Un instante después, él estaba encima de ella, forcejeando para arrancarle el vestido. De su boca emanaba un olor acre, a hambre, cigarrillos y sustancias químicas. El hedor de la podredumbre. Peri tuvo arcadas. La carne que intentaba penetrar su carne era la de un cadáver.

Ocurría continuamente en la ciudad de las siete colinas, los dos continentes y los quince millones de bocas. Ocurría detrás de las puertas cerradas y en los patios abiertos; en las habitaciones de los moteles baratos y en las suites de lujo de los hoteles de cinco estrellas; en plena noche o a la luz del día. Los burdeles de esa ciudad podrían contar más de una historia si encontraran oídos dispuestos a escucharlas. Chicas de compañía, gigolós y prostitutas entradas en años golpeadas, violadas y amenazadas por clientes que buscaban el menor pretexto para perder los estribos. Niños aterrados por un miembro de la familia en particular y recientes esposas por sus suegros o cuñados; enfermeras, maestras y secretarias acosadas por pretendientes

enamorados solo porque se habían negado a salir con ellos en el pasado; amas de casa que nunca hablaban porque en esa cultura no había palabras para describir la violación en el seno del matrimonio. Ocurría continuamente. Envuelta en un manto de secretismo y silencio que avergonzaba a las víctimas y permitía a los asaltantes escabullirse, Estambul conocía bastante bien los abusos sexuales. En una ciudad donde todos temían a los forasteros, la mayoría de los asaltos provenían de los más conocidos, los más cercanos.

En los minutos de silencio que siguieron en el callejón, como si despertara de un sueño y se encontrara atrapada en la pesadilla de otro, la percepción de Peri de los acontecimientos se fragmentó en varias capas. Forcejeó. Era fuerte. Él también, a pesar de su cuerpo huesudo. Le dio un cabezazo que la dejó inconsciente unos segundos. Ella podría haberse rendido, de lo intenso que era el dolor y de lo irresistible que eran las ganas de dejar que la desesperación tomara las riendas.

Entonces, con el rabillo del ojo vio una silueta. Delicada y suave, demasiado angelical para ser humana. La reconoció: era el niño de la bruma. Mejillas sonrosadas, brazos con hoyuelos, piernas rechonchas y macizas, y cabello escaso y dorado que aún no había oscurecido. Un niño precioso, solo que no existía. Un *yinni*. Un espíritu. Una alucinación. Un producto de su imaginación temerosa y nerviosa, aunque aquel no era el primer encuentro.

Ajeno a la aparición que se producía a sus espaldas, el vagabundo maldijo en voz baja mientras se peleaba con los pantalones. Impaciente, tiró de la cuerda que llevaba a modo de cinturón. Debía de haber apretado demasiado el nudo, porque no lograba deshacerlo con una sola mano mientras tenía agarrada a Peri con la otra.

El niño de la bruma gorjeaba de deleite. A través de sus ojos inocentes, Peri tuvo conciencia de la locura en que se había visto sumida, del absurdo infortunio de la situación. Se rió con osadía, reacción que desconcertó tanto al vagabundo que por un instante se quedó quieto.

—Deje que le ayude —dijo Peri, señalando la cuerda con la cabeza.

Medio desorientado, medio receloso, al hombre le brillaron los ojos. Un atisbo de condescendencia asomó a su rostro. Había logrado asustarla, y sabía por experiencia que el miedo era cuanto se necesitaba para que alguien bajara de su posición elevada y se pusiera de rodillas. Se apartó, apenas unos

centímetros.

Peri se abalanzó con todas sus fuerzas contra el hombre, quien, pillado por sorpresa, se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas. Rápida y ágil, ella saltó y le dio una patada en la ingle. Él gritó como un animal herido. Peri no sentía nada, ni compasión ni rabia. Siempre se aprendía algo de los demás. Unos enseñaban belleza, otros crueldad. No sabía si el pegamento que el hombre había inhalado poco antes estaba haciendo efecto en su organismo, debilitándolo, o si ella se había visto reforzada por una energía feroz y desconocida, pero se sentía poderosa. Alterada. Peligrosa.

Le estampó el pie en la cara, concentrando todas sus fuerzas en ese solo gesto. Se oyó un ruido horrible: el de una nariz que se parte. La visión de la sangre, que ahora manaba a raudales, en lugar de aterrarla la impulsó a golpear con más fuerza. Antes de que se diera cuenta, estaba propinándole patadas y puñetazos por todo el cuerpo.

El vagabundo se aferró el vientre, y al levantársele el abrigo se vio su torso esquelético. Inmóvil y liviano, soportó la paliza como si estuviera cansado de la persecución, el robo, el forcejeo y el suplicio de todo ello.

—Hijo de puta —murmuró Peri.

En todos los años transcurridos desde que regresó de Oxford, no había dicho en voz alta una sola palabrota, y, como la última vez que lo hizo, le pareció muy fácil y agradable.

El niño de la bruma se deslizó por delante de ella. Tan evanescente como un susurro, una figurilla hecha de las sedas y gasas más delicadas. Ya no sonreía; sus facciones, talladas en cera del color de la miel, eran imperturbables. Tampoco él parecía registrar lo que ocurría. Estaba más allá de todo, observando desde fuera de ese reino. Después de haber ayudado una vez más a Peri, se desvaneció rápidamente. La bruma se disipó en la oscuridad cada vez más profunda sin dejar rastro.

De pronto Peri dejó de golpear al vagabundo. La brisa le levantó el pelo, mientras una gaviota chillona —quizá pariente lejano de otra gaviota que en la noche de los tiempos se había tragado la lengua de un poeta— describía círculos en lo alto, furiosa con algo o con alguien en aquella ciudad de multitudes y hormigón.

El hombre jadeaba, y cada bocanada de aire era como un sollozo. Tenía la

cara ensangrentada y el labio superior partido.

«Lo siento», pensó Peri, y estaba a punto de decírselo en voz alta, pero las palabras se le quedaron atascadas. Como si se hallara programada, en ese instante recordó una voz, amorosa y censuradora a la vez: «¿Todavía te disculpas ante todo el mundo, querida?».

Eso le habría dicho quizá el profesor Azur de haber sido transportado a Estambul. Qué curioso era que el pasado la inundara en el preciso momento en que el caos desbordaba el cauce del presente. Recuerdos al azar, inquietudes reprimidas, secretos no compartidos, y mucha culpabilidad, mucha. Todos sus sentidos se debilitaron, y el mundo se convirtió en un telón de acero desdibujado. Abrumada por una sensación de placidez rayana en el aturdimiento que la separaba de lo demás, incluso del dolor que sentía en alguna parte del cuerpo que no era capaz de localizar, Peri recordó cosas que creía haber dejado atrás para siempre.

El vagabundo se echó a llorar. No quedaba ni rastro del emperador de las calles, del mendigo, del adicto, del ladrón, del violador…, todos los papeles le habían sido arrebatados, dejando a un niño que lloraba en la oscuridad buscando en vano una caricia consoladora. Agotado por el efecto del pegamento, el dolor físico reemplazó a las alucinaciones.

Peri se acercó, con la sangre zumbándole en los oídos, y se horrorizó al ver lo que había hecho. Le habría ofrecido ayuda si su hija no hubiera llegado justo entonces.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

Rápida como una flecha, Peri se volvió. Recobró la compostura mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Cariño, ¿por qué no te has quedado en el coche?

—¿Cuánto querías que esperara? —replicó Deniz, pero la reprimenda que se había preparado se desvaneció—. Oh, Dios mío, estás sangrando. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Peri—. Hemos tenido una refriega.

El vagabundo, callado como un muerto, se levantó tambaleándose y se dirigió a una esquina sin mostrar más interés en ellas. Madre e hija cogieron el bolso y cuanto pudieron encontrar desparramado por el suelo.

—¿Por qué no puedo tener una madre como las demás? —murmuró Deniz

para sí mientras recogía las tarjetas de crédito.

Era una pregunta que Peri no podía responder, y por tanto ni lo intentó.

—Vamos —le dijo Deniz.

—Un momento. —Peri miró a su alrededor, buscando la polaroid, pero parecía haber desaparecido.

—¿Qué te pasa? —gritó Deniz—. ¡Vamos!

Salieron del callejón y se apresuraron hacia el coche. El Range Rover azul Montecarlo las esperaba, milagrosamente intacto.

Hicieron el resto del trayecto en silencio, la hija mordiéndose las uñas y la madre con la vista fija en la calzada. Solo más tarde Peri caería en la cuenta de que no había recuperado el móvil. Quizá el vagabundo aún lo tenía en el bolsillo; o tal vez había caído al suelo durante la pelea y estaba en alguna parte de ese callejón, reluciente y sonando, otro grito más que nadie oiría en Estambul.

El jardín

Estambul, década de 1980

La primera vez que Peri vio al «niño de la bruma» tenía ocho años. El encuentro la cambiaría para siempre, entrelazándose como una enredadera con los zarcillos de su vida. También señalaría el comienzo de una serie de experiencias que, aunque podían resultar familiares por su similitud, no se volverían menos aterradoras con los años.

A diferencia de la mayoría de las casas del vecindario, la de los Nalbantoğlu estaba rodeada por los cuatro lados de un exuberante jardín. Pasaban la mayor parte del tiempo en la parte trasera, donde colgaban ristras de pimientos rojos, berenjenas y *okras* a secarse al sol, preparaban tarros y tarros de salsa de tomate con especias y cocinaban cabezas de cordero al vapor en la fiesta del Eid ul-Adha. Peri se esforzaba por no mirar los ojos de los corderos, abiertos y fijos. Se le hacía un nudo en la garganta al pensar que quien comiera esos ojos ingeriría también el horror que habían presenciado antes de la matanza. La idea era doblemente perturbadora, pues sabía que sería su padre quien tomaría esa exquisitez por la noche, sentado ante su mesa de *raqi*.

También allí era donde amontonaban la lana virgen que a continuación aireaban, lavaban y sacudían con palos antes de meterla de nuevo en los colchones. De vez en cuando se desprendía una pelusa que caía con suavidad sobre un hombro, como una pluma de una paloma alcanzada por un tiro.

Cuando Peri le confesó a su padre que la lana virgen le hacía pensar en pájaros moribundos y en los ojos de los corderos que la miraban con expresión acusadora, Mensur sonrió y le pellizcó la mejilla, diciéndole: «No seas tan sensible, *canimin içi*, alma mía. No te tomes la vida tan en serio». Como si él fuera muy distinto.

Una valla sin pintar, con los postes tan espaciados entre sí que parecía una dentadura mellada, separaba su jardín del mundo exterior. De todas las actividades que se realizaban en el patio trasero, la preferida de Peri, después de los juegos que compartía con los otros niños, era la limpieza comunal de las alfombras. Cuánto deseaba que llegara ese día, que sucedía cada pocos meses. El tiempo debía ser benigno, ni demasiado seco ni demasiado húmedo, las alfombras tenían que estar lo bastante sucias y todos debían estar con el humor adecuado.

Uno de esos días enrollaron todas las alfombras y las esteras y las arrastraron al jardín, donde las extendieron sobre la hierba, una junto a otra. Anudadas a mano, de tejido plano o de fábrica, había una docena de alfombras que limpiar. Inmersos en un universo de nudos simétricos, medallones centrales y símbolos ocultos, los niños de la calle del Poeta Mudo brincaban entre risas, deslizándose sobre alfombras voladoras por océanos y hacia puertos.

Entretanto, en un rincón aparte hervía una olla de hierro fundido sin tapar sobre un fuego abierto, de la que sacaban cazos de agua que arrojaban sobre las alfombras para ablandar el tejido. A continuación las enjabonaban, cepillaban, restregaban y aclaraban, una por una. En esa ardua tarea no participaban todas las mujeres. La madre de Peri, por lo pronto, esperaba a un lado, pues era un trabajo demasiado tedioso y aparatoso para su gusto. Otras, las valientes y las diligentes, ya se habían remangado los *shalwars* y las faldas. Con el rostro encendido por la importancia de su misión y el cabello escapándose del pañuelo que lo recogía, pisoteaban descalzas el pelo largo de las alfombras como si se tratara de un campo de joven cebada.

Durante las horas siguientes, los niños hicieron castillos de barro; atraparon moscas en cajas de cerillas embadurnadas de confitura; comieron albaricoques (y machacaron los huesos) y melón (y pusieron a secar las pepitas); confeccionaron coronas con agujas de pino y persiguieron a una gata de pelaje pardo rojizo que estaba demasiado gorda o a punto de parir. Cuando se quedaron sin nada que hacer, solo se habían limpiado a fondo una tercera parte de las alfombras. Uno por uno, los amigos de Peri se fueron a su casa con intención de regresar más tarde. Como estaba en su jardín, ella se quedó.

Hacía un día precioso, radiante y cálido. El aire se hallaba saturado de los

sonidos del agua al derramarse y salpicar. Alguien hacía bromas subidas de tono que Peri no entendió, pero supo que eran atrevidas por el ceño que puso su madre.

Al mediodía las limpiadoras de alfombras se tomaron un descanso para comer. Sacaron la comida que ya tenían preparada: hojas de col rellenas, *börek* con queso feta, pepinos encurtidos, ensalada de bulgur, albóndigas a la parrilla, galletas de manzana… Pusieron en una gran fuente redonda cada plato entre montones de pan de pita y vasos de *ayran*, un yogur blanco y espumoso como una cucharada de nube de las manos de un dios pródigo.

Hambrienta, Peri cogió un *börek* de la fuente. Apenas le había dado un mordisco cuando un grito desesperado hendió el aire. Su madre, en sus prisas, había chocado distraída contra la olla de agua hirviendo, que no se había volcado sobre ella de milagro. Pero se quemó el brazo izquierdo, del codo a las yemas de los dedos. Las otras mujeres dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a ayudarla.

—Échate agua fría en el brazo —dijo una.

—Pasta dentífrica. Extiéndela sobre la quemadura.

—Vinagre —propuso otra—, así tratamos las quemaduras de mi tía. Y las de ella eran peores.

Mientras todas correteaban dentro para atender a Selma lo mejor que podían, Peri se quedó sola en el jardín. El sol le daba en el rostro y un insecto zumbaba aletargado cerca. Vio a la gata debajo de una higuera al otro lado de la carretera, con sus ojos de jade entornados en meras rendijas. Se le ocurrió darle de comer y, cogiendo una albóndiga, saltó la valla. En un instante estaba fuera.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

Peri se volvió y vio a un joven con una camisa a cuadros rojos y blancos, y unos vaqueros que no parecían haberse lavado nunca. La boina parecía estar a punto de caérsele. Al principio ella no respondió, ya que sabía que no debía hablar con desconocidos. Pero tampoco se marchó. La boina le intrigaba, pues le recordaba el póster de la habitación de Umut. Tal vez el desconocido era un revolucionario. Tal vez podía hablar de su hermano y de su destino. Decidió que si no le decía la verdad, no corría peligro.

—Me llamo Rosa.

—Oh, no conozco ninguna Rosa —respondió él, y ladeó la cara hacia el sol—. Y menos una tan guapa. Romperás muchos corazones cuando seas mayor.

Medio emocionada, medio asqueada por el cumplido, Peri guardó silencio, aunque en su interior se removió algo, una leve corriente de sensualidad, una fuerza que aún no había despertado.

—Veo que te gustan los gatos —dijo él.

Tenía una voz débil y quebradiza. Más tarde Peri la compararía con la judía del alféizar de la ventana, que estaba envuelta en algodón húmedo. Como esa judía, la voz del desconocido ocultaba, cambiaba, germinaba.

—Acabo de ver aquí al lado una preciosa bola de pelo. Ha dado a luz a cinco gatitos, y son preciosos y diminutos como ratoncitos. Tienen los ojos de color rosa.

Fingiendo indiferencia, Peri ofreció al gato el último pedazo de albóndiga.

El hombre se acercó más; olía a tabaco, a sudor, a tierra húmeda. Se agachó a su lado y le sonrió. Ahora sus ojos estaban a la misma altura.

—Es una lástima que su madre vaya a ahogarlos.

Peri contuvo el aliento. En el campo donde vagaban perros callejeros y pacían unas cuantas cabras, había un embalse que nadie utilizaba porque cuando llovía un poco más de la cuenta se contaminaba al mezclarse con las aguas residuales. Miró en esa dirección, casi temiendo ver los cuerpos felinos flotar en el agua.

—Los gatos hacen eso —continuó el hombre con un suspiro.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar ella.

—No les gustan los ojos de color rosa —respondió el hombre. Él los tenía castaño claro, con profundas ojeras y muy juntos en su rostro anguloso—. Les da miedo haber parido criaturas extrañas que parecen cachorros de zorro, de modo que los matan.

Peri se preguntó si los cachorros de zorro tendrían los ojos de color rosa y, si era así, qué les parecía a sus madres. Ella era la única de su familia con ojos verdes y se sintió afortunada de que hasta la fecha nadie lo hubiera considerado un problema.

Al notar su desconcierto, el hombre acarició la cabeza de la gata y luego se levantó.

—Será mejor que me vaya a ver los gatitos. Necesitan que alguien los cuide. ¿Quieres acompañarme?

—¿Quién? ¿Yo? —respondió ella, porque no sabía qué decir.

Él apretó los labios, tomándose tiempo para responder, como si la sugerencia de acompañarlo hubiera sido de ella.

—Puedes venir, si quieres. Pero son muy pequeños. ¿Me prometes que tendrás cuidado y no les harás daño?

—Lo prometo.

En alguna parte se abrió una ventana, y una mujer gritó al viento, amenazando a su hijo con que si no iba a comer de inmediato, le partiría las piernas. El hombre, de pronto nervioso, miró a izquierda y derecha.

—No deben vernos juntos —dijo, haciendo una mueca—. Yo iré delante. Sígueme.

—¿Dónde están los gatitos?

—No están lejos, pero es mejor que vayamos en coche. Lo he dejado aquí al lado. —Señaló con un vago ademán antes de apretar el paso.

Peri se puso a seguir al hombre, que cojeaba ligeramente. Aunque tenía dudas acerca de lo que estaba haciendo, era la primera decisión que tomaba sin sus padres, y lo más cerca que había estado nunca de experimentar cierta libertad.

Mirando furtivamente por encima del hombro, él se sentó al volante de su coche y esperó.

Peri se detuvo, alertada por algo que era menos intuitivo que físico. Se estremeció cuando un viento helado le acarició la piel desnuda. Pero lo que más la inquietó fue la niebla que había descendido, procedente de ninguna parte. Una cortina de bruma: capa sobre capa de gris, como rollos de tela desplegados en una pañería. La niebla la confundió por un momento acerca de adónde iba y por qué. En un árbol cercano reconoció una silueta blanquecina, pero el mundo más allá ya no era visible; ni siquiera el hombre, apenas a unos metros de distancia.

Entre la niebla gris, Peri tuvo una extraña visión: un bebé, con el rostro redondo, franco, confiado. Una mancha morada se extendía desde la mejilla hasta el cuello. De una comisura de la boca le goteaba líquido, como si acabara de vomitar un poco.

—¿Dónde estás, Peri? —Era la voz de su madre, cargada de aprensión, procedente de la casa del color de las cerezas amargas.

No pudo responder. Sintió en el cuello sus propios latidos, mientras parpadeaba de desconcierto ante el niño envuelto en la bruma. Debe de ser un espíritu, un *yinni*, pensó. Había oído hablar de esos seres creados de fuego sin humo. Llevaban aquí desde mucho antes de que expulsaran de malos modos a Adán y a Eva del jardín del Edén, por lo que, desde un punto de vista histórico, la tierra les pertenecía. Los seres humanos habían sido los últimos en llegar, eran los invasores. Los *yinn* vivían en áreas remotas —montañas nevadas, cuevas oscuras, áridos eriales—, pero a menudo les daba por regresar a la ciudad para habitar en aseos hediondos, lúgubres sótanos y criptas sin airear. Como vagaban libremente, era preciso andar con cuidado; si pisabas uno por error, podías acabar mal, tal vez paralizado. Quizá eso le había ocurrido a ella, pues apenas podía moverse.

—¡Peri! ¡Contesta! —gritó Selma.

El niño de la bruma retrocedió como si hubiera reconocido la voz. El gris empezó a disolverse, lo mismo que el bebé, poco a poco como una bruma matinal bajo los rayos del sol naciente.

—¡Estoy aquí, madre! —Peri dio media vuelta y echó a correr a toda velocidad hacia su jardín.

Más tarde indagaría por el vecindario acerca de unos gatitos con los ojos de color rosa. Nadie sabría nada.

Mucho tiempo después, Peri comprendió que había estado a punto de convertirse en un caso más de periódico. Sin más nombre que las iniciales impresas N. N. y su foto con una banda negra en los ojos. Podría haber estado allí, junto a las noticias de un ataque mortal a un capo de la mafia de Estambul; el choque entre el ejército turco y los separatistas kurdos en una ciudad de la frontera sudeste, y la decisión del tribunal de prohibir *Trópico de Cáncer* de Henry Miller. El país entero leería los pormenores de su secuestro, tocando madera, negando con la cabeza y chasqueando la lengua mientras daba gracias a Dios de que no hubiera sido su hija.

Llamó al «niño de la bruma» su salvador, y lo dejó ahí, incapaz de comprender de dónde había salido. Pero a lo largo de su vida la visión se

repitió a intervalos inesperados. Aparecía no solo cuando estaba en peligro, sino también en momentos corrientes. Fuera o dentro de casa, por la mañana o por la noche, la niebla podía descender en cualquier momento y lugar, cercándola por todos los lados, como si quisiera hacerle saber, de una vez para siempre, lo sola que estaba en realidad.

Ese fue el secreto que se llevó en la maleta cuando a los diecinueve años viajó por primera vez hasta la Universidad de Oxford. Estaba prohibido introducir en Inglaterra productos lácteos y cárnicos procedentes de países no europeos, pero en ninguna parte constaba que no pudieras llevarte contigo los miedos y los traumas de la niñez.

El «hodja»

Estambul, década de 1980

Una semana después, Peri se armó de coraje y compartió el secreto con su padre.

—Estás viendo cosas, ¿verdad? —le preguntó Mensur, con el crucigrama del periódico sobre el regazo.

—Cosas no, *baba* —respondió Peri—. Solo un niño.

—¿Dónde está exactamente?

Peri se sonrojó.

—Pues como flotando en el aire.

Por un instante la expresión de él no traslució nada.

—Eres lista —replicó por fin—. ¿Quieres acabar como tu madre? Si es así, adelante, llénate la cabeza de tonterías. Esperaba algo más de ti.

Se le cayó el alma a los pies. Resuelta a no decepcionarlo nunca, cedió. No fue tan difícil. Al fin y al cabo, no había tocado a la criatura aparecida, y aunque la había visto, y más tarde también la oiría, sabía que no podía fiarse de sus sentidos, dado lo raro de la experiencia. Según la regla de oro de su padre, el niño de la bruma no existía. Peri llegó a la conclusión de que solo estaba en su mente, aunque no logró dar con una explicación plausible de por qué estaba allí.

—El mundo civilizado, Pericim, no se ha construido sobre creencias infundadas, sino sobre la ciencia, la razón y la tecnología. Tú y yo pertenecemos a ese mundo.

—Lo sé, *baba*.

—Bien, dejemos el tema. Y jamás se lo menciones a tu madre.

Sin embargo, fue inevitable. Si la física de su padre tenía sus reglas universales, también las tenía la psicología humana. En el momento en que

recibías instrucciones de no abrir la puerta número ochenta o no atisbar en un arcón, esa puerta estaba destinada a no cerrarse con pestillo y ese arcón tenía que ser abierto con palanca. Hay que decir que Peri guardó su promesa todo el tiempo que pudo, pero cuando volvió a aparecérsele el niño de la bruma acudió corriendo a su madre.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le preguntó Selma, con la frente fruncida de preocupación.

Peri tragó saliva.

—Se lo conté a papá.

—¿A tu padre? ¿Qué sabrá él? Mira, parece obra de un *yinni*. Algunos se portan bien, pero otros son el mal en estado puro. El Corán nos advierte del peligro. Harán cualquier cosa para poseer a un ser humano, y más aún a una joven. Las mujeres somos especialmente vulnerables a sus ataques; debemos tener cuidado. —Selma se inclinó hacia su hija y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella.

—Para empezar, decirme siempre la verdad. Alá ve todas las mentiras, y los padres son los ojos de Alá sobre la tierra. Y en segundo lugar, hay que buscar a un exorcista.

A la mañana siguiente las dos acudieron a un *hodja* famoso por sus poderes para librar de la posesión del demonio. Era un hombre corpulento de bigote diminuto y oscuro, y voz resollante. De la mano le colgaba una sarta de cuentas de ónice que iba pasando despacio. Tenía la cabeza desproporcionada con respecto al cuerpo, igual que si se la hubieran plantado con prisas como un pensamiento tardío; y se había abotonado la camisa hasta arriba, tan tirante que se le comía el cuello.

Mirando a Peri con expresión inquisitiva, le hizo preguntas sobre sus hábitos de comer, de jugar, estudiar, dormir e ir al baño. Bajo su escrutinio la niña se inquietó, pero se quedó muy quieta en la silla y se esforzó por responder con seriedad. Él le preguntó si había matado recientemente una araña, una oruga, una lagartija, una cucaracha, un saltamontes, una mariquita, una avispa o una hormiga. Esto último hizo que Peri titubeara; quién podía saberlo, quizá había pisado una hormiga, o peor aún, un hormiguero. El *hodja* confirmó que los *yinn*, esquivos como eran, podían tomar la forma de un

insecto y que si los aplastabas sin pronunciar el nombre de Alá, podías ser poseído en el acto.

Acto seguido, se volvió hacia Selma.

—Si la niña hubiera aprendido a no salir de casa sin recitar el *Fatiha*, esto no habría sucedido. Tengo cinco hijos y a ninguno les han molestado nunca los *yinn*. ¿Por qué? Pues porque saben cómo protegerse. ¿No le enseña nada, hermana?

La mirada de Selma iba del hombre a su hija.

—Lo intento, pero no hace caso. Su padre es una mala influencia.

—No tiene nada que ver con él… —protestó Peri. Luego, en voz baja, añadió—: ¿Qué pasará ahora?

A modo de respuesta, el exorcista la sujetó por los hombros y, durante lo que pareció una eternidad, se inclinó sobre su rostro y siseó:

—Sea cual sea tu nombre, te encontraré. Y serás mi esclavo. Sé que eres uno de los impuros. Criatura despreciable y malvada, abandona a esta niña inocente. ¡Te lo advierto!

Peri cerró los ojos con fuerza. El hombre aflojó la presión en los hombros. Le esparció agua de rosas por la cabeza, recitando oraciones para ahuyentar el mal. A continuación le pidió que se tragara unos papelitos con letras árabes escritas en él, y la tinta le tiñó la lengua de un azul brillante que le duraría días. No ocurrió nada. Esa noche, siguiendo las instrucciones del *hodja*, y a petición de su madre, Peri se pasó una hora sola en el jardín estremeciéndose ante el menor ruido, una silueta atemorizada a la débil luz de una farola. A la mañana siguiente la mandaron a perseguir una jauría de perros callejeros. Los perros la persiguieron a ella.

—Oh, *yinni*, te doy una última oportunidad —dijo el exorcista cuando fueron a verlo por segunda vez. Sujetaba una larga vara hecha con una rama de sauce—. O sales por tu propia voluntad, o te daré una fuerte paliza.

Antes de que Peri pudiera asimilar lo que había oído, el hombre le atizó en la espalda. Ella gritó.

—¿Es necesario, *efendim*? —dijo Selma, palideciendo.

—Es la única cura. El *yinni* tiene que asustarse. Cuanto más tiempo permanezca en su cuerpo, más poder ganará.

—Sí, pero… No puedo permitirlo —dijo Selma, y los labios formaron una

débil línea—. Debemos irnos.

—Usted misma —repuso el *hodja* con tono inexpresivo—. Pero permítame que la prevenga, hermana. Esta niña es proclive a la oscuridad. Si no se deshace del *yinni* ahora, otro podría tomarla cautiva. Es tan fácil como respirar. No la pierda de vista.

Madre e hija, más asustadas por el exorcista que por cualquier *yinni* imaginable, salieron con prisas de la casa, aunque antes Selma hubo de efectuar un importante desembolso.

—No te preocupes, madre. Me pondré bien —dijo Peri al llegar a la parada del autobús, y le cogió la mano, sintiéndose culpable—. Madre, ¿qué quería decir con lo de que soy proclive a la oscuridad?

Selma pareció inquietarse, no tanto por la pregunta de su hija como por su incapacidad para responderle.

—Hay personas que lo son de nacimiento. Supongo que eso explica lo que hacías de niña… —Se calló y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Aunque no sabía a qué se refería su madre, Peri comprendió que debía de haber hecho algo muy, muy malo.

—Te prometo que seré buena.

Otra promesa que haría lo posible por cumplir a partir de ese día. Obediente, cumpliría con todo lo que se esperara de ella, retrocediendo hasta el punto en que se había desviado del camino, con cuidado de no causar sorpresas ni provocar incidentes desagradables. Se comportaría de forma tan poco llamativa y poco amenazante como pudiera.

Selma le dio un beso en la frente.

—*Canim*, vida mía, esperemos que esto se haya acabado. Pero ¡ten cuidado! Podría volver. Si lo hace, tú solo dímelo. Los *yinn* son vengativos.

Regresó, pero tras aprender a fuerza de palos, esta vez Peri no se lo contó a nadie. Su madre era demasiado supersticiosa y su padre demasiado racional para serle de ayuda en un asunto tan irreal. Todo lo remotamente raro, aunque solo se saliera un poco de lo común, Selma lo atribuiría a un deber religioso y Mensur, a la locura. Por su parte, Peri prefería no comprometerse con ninguno.

Cuanto más consideraba sus opciones, más se convencía de que tenía que guardarse para sí aquellas visiones. Aunque eran profundamente desestabilizadoras, las aceptó como una rareza de la vida, una espina de

pescado que se le clavaba en la garganta y que no podía tragar ni escupir, así que no le quedaba otra que aprender a vivir con ella. De este modo, el niño de la bruma, tanto si era un *yinni* como algo totalmente distinto, fue confinado a los recovecos de su mente, como un enigma sin resolver.

Años después, poco antes de ir a Oxford, escribiría en su diario sobre Dios: «¿No existe otra manera, otro espacio para las cosas que no entran dentro de la fe ni de la incredulidad; para lo que no es pura religión ni pura razón? ¿Una tercera vía para personas como yo, que no quieren encajar en estas dualidades, pues les parecen demasiado rígidas? A veces tengo la impresión de que estoy buscando un nuevo lenguaje. Un lenguaje solitario que nadie habla, aparte de mí…».

El acuario

Estambul, 2016

Eran las nueve menos cuarto de la noche cuando madre e hija llegaron al *konak* junto al mar. Balcones de hierro forjado, escalinatas de mármol blanco, fuentes de mosaico, cámaras de seguridad de última tecnología, verjas eléctricas, vallas electrizadas. La finca parecía más una isla que una casa, una ciudadela palaciega que se había aislado de la ciudad, por no decirlo al revés. Habían tomado todas las medidas de seguridad para asegurarse de que por la puerta no entraran vendedores ambulantes, ladrones, delincuentes o indeseables.

Peri mantenía la mano derecha herida contra el pecho mientras sujetaba el volante con la izquierda. Por el camino habían parado en una farmacia y le había pedido al farmacéutico, un hombre de mediana edad con bigote entrecano, que le curara el corte. Cuando él le preguntó cómo se lo había hecho, Peri se apresuró a responder:

—Cortando verduras. Es lo que pasa cuando cocinas con prisas.

Él se había reído. Los farmacéuticos de Estambul eran una raza sabia. No se les pasaba por alto una mentira, pero tampoco ahondaban en las verdades incómodas. Prostitutas con heridas causadas por clientes, chulos o por automutilación; mujeres golpeadas por sus maridos; conductores apaleados por otros conductores…, todos entraban en las farmacias y contaban sus mentiras, sabiendo que, aunque no los creyeran, al menos no les harían más preguntas.

Peri comprobó el vendaje e hizo una mueca al ver que la mancha roja había traspasado la gasa. Habría preferido quitárselo antes de entrar en la fiesta para evitar las preguntas incómodas, pero el dolor, la sangre y el riesgo a la infección bastaron para que cambiara de opinión.

En cuanto se detuvieron ante la verja, apareció un corpulento guardia de seguridad vestido con traje oscuro y envuelto en una nube de loción para después del afeitado. Mientras él aparcaba el coche, Peri y Deniz cruzaron los cuidados jardines con enrejados de enredaderas. La brisa agitaba las hojas de los plátanos.

—Cariño, no debería haber perseguido a ese hombre —dijo Peri, rompiendo el silencio—. ¿Cómo se me ha ocurrido?

Con la mano ilesa tocó a su hija con mucha delicadeza, como si fuera frágil y su furia fuese de cristal. En el pasado habían estado muy unidas; tenían sus propios códigos. Costaba creer que era la misma niña que se había reído a carcajadas con sus bromas tontas y que le había cogido la mano cuando un personaje de Disney lloraba. Aquella niña dulce había desaparecido, dejando a esa desconocida en su lugar. La transformación —no tenía otra palabra para describirlo— había pillado a Peri por sorpresa, a pesar de los numerosos artículos que había leído sobre la pubertad cada vez más precoz, sobre todo en las niñas. Siempre había tenido claro que su relación con su hija sería mucho mejor que la suya con su madre. Al fin y al cabo, ¿no era esa la única expectativa que se cumplía en la vida? Hacerlo mejor que nuestros padres, para que nuestros hijos sean a su vez mejores padres de lo que nosotros hemos sido. Sin embargo, a menudo descubrías cómo, sin darte cuenta, cometías los mismos errores que la generación anterior. Por otra parte, ella también sabía que la cólera con demasiada frecuencia enmascaraba el miedo.

—Lo siento si te he asustado —murmuró.

—Claro que me has asustado, mamá —respondió Deniz—. ¡Podrían haberte matado!

Su hija tenía razón. En aquel callejón podría haber perdido la vida a manos del vagabundo. Pero lo que Deniz no sabía era que lo contrario también era igual de cierto, si no más: ella podría haber matado al vagabundo.

—No volveré a hacer nada parecido —dijo Peri cuando llegaban a las escalinatas.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, cariño. Pero no se lo cuentes a tu padre o solo conseguirás que se preocupe.

Deniz guardó silencio, un instante de titubeo que desapareció tan rápido

como había aparecido. Negó con la cabeza.

—Tiene derecho a saberlo.

Peri estaba a punto de replicar, pero la enorme puerta de roble, con flores y hojas talladas, se abrió desde dentro. En el umbral, una doncella con una falda negra y blusa de chiffon blanca sonreía. Detrás de ella se alzaban los ruidos y los olores de un banquete en pleno apogeo.

—Bienvenidas. Pasen, por favor.

La doncella hablaba con un acento singular, probablemente moldavo, georgiano o ucraniano. Una de las numerosas extranjeras que trabajaban en las mansiones de Estambul mientras sus hijos eran criados por parientes y amigos y sus maridos esperaban el dinero cada mes.

En cuanto Peri entró, vio a su marido abrirse paso a través de los invitados en dirección a ella, entre preocupado e irritado. Americana de corte ajustado marrón avellana, camisa blanca almidonada, corbata azul y beige, zapatos perfectamente lustrados; Adnan se había esmerado. Un hombre hecho a sí mismo que desde unos orígenes humildes había ascendido hasta amasar una fortuna en el sector de la promoción inmobiliaria. A menudo decía que su éxito solo se debía a Alá Todopoderoso. Aunque respetaba mucho el duro trabajo y el instinto para los negocios de su marido, Peri no tenía claro por qué el Creador querría favorecer a unos y no a otros. Adnan le llevaba diecisiete años, pero a ella le parecía que la diferencia de edad era más visible cuando estaba contrariado y las arrugas de la frente se volvían más profundas, como en esos momentos.

—¿Dónde te has metido? ¡Te he llamado cincuenta veces!

—Lo siento, cariño. He perdido el móvil —respondió Peri, en el tono más suave que pudo—. Es una larga historia, ya te la contaré luego.

—¿Sabes por qué hemos llegado tarde, papá? —dijo Deniz, a quien se le iluminaron los ojos al ver a su padre—. ¡Porque mamá se ha puesto a perseguir a unos ladrones!

—¿Cómo?

Deniz se apartó un mechón de los ojos. Tenía la nariz de su padre, larga y aguileña, así como su aplomo.

—Pregúntale a ella —respondió, antes de acercarse a una niña de su edad que parecía aburrida entre los invitados adultos.

Pero no hubo tiempo para explicaciones. El dueño de la mansión, que había interrumpido su conversación con un periodista famoso, se acercaba a ellos a zancadas. Era un hombre ancho de hombros y complexión robusta, calvicie acusada y tez rubicunda de bebedor empedernido. No tenía una sola arruga, pues cada centímetro de su rostro había sido sometido a los últimos tratamientos antienvejecimiento. Cuando sonreía, sus facciones permanecían inmóviles salvo por un ligerísimo temblor en las comisuras de los labios.

—¡Por fin! —exclamó el empresario con una sonrisa radiante. La miró de arriba abajo con sus ojos azules, brillantes de picardía—. ¿Qué le ha pasado? ¿La ha secuestrado alguien? ¡La culpa es suya por ser tan guapa!

Peri sonrió, aunque palideció. Confiaba en que ni él ni nadie comentara algo sobre su vestido: el dobladillo rasgado y el *frappuccino* derramado. Por suerte, las manchas de sangre podían pasar por formas desiguales del estampado.

—Hemos tenido un pequeño accidente mientras veníamos —respondió ella.

Adnan frunció el ceño, preocupado.

—¿Un accidente?

—Nada grave, créeme —dijo Peri rozando el codo de su marido, una señal para que no hiciera más preguntas. Se volvió hacia el empresario, afable —: Qué maravilla de casa.

—Gracias, querida. Por desgracia, tenemos suficientes motivos para creer que nos han echado un mal de ojo, pues se han sucedido los desastres. Primero, reventaron las cañerías y el suelo de la planta baja se inundó de agua hasta los tobillos. Luego, la alcanzó un rayo y un árbol cayó sobre el tejado, ¿se lo imaginan? Todo, por supuesto, en los últimos meses.

—Debería tener una *nazar boncugu*, una piedra contra el mal de ojo —sugirió Adnan.

—Bueno, tenemos algo mejor. ¡Esta noche hemos invitado a un vidente!

—¿De veras? —preguntó Peri, solo porque sabía que se esperaba que dijera algo.

Tenía la impresión de que últimamente había aumentado el interés de la gente por los médiums y adivinos. Quizá no fuera una coincidencia que en un país donde la inestabilidad era la norma estuvieran tan en boga las profecías y

las predicciones, pronunciadas sobre todo por mujeres, aunque atañeran a ambos sexos. En medio de la ambigüedad política crónica y la falta de transparencia, los adivinos, ya fueran impostores o auténticos, cumplían una función social transformando la incertidumbre en algo parecido a la certeza.

—Todo el mundo dice que es magnífico —continuó el empresario—. No se limita a hablar con los *yinn*. También les da órdenes. Cuando les dice que hagan algo, al parecer lo obedecen. Tienen mujeres *yinn*, ¡todo un harén! —Resopló al pronunciar la última palabra, pero al ver que Peri no se sumaba, la observó con atención—. ¿Pasa algo? Parece que haya visto una aparición.

Peri retrocedió instintivamente. A veces se preguntaba si la gente podía leer en su rostro y saber que tenía visiones, que veía cosas que ellos no podían ver. Por fortuna, el empresario no quería escuchar más que su propia voz.

—Tengo entendido que los agentes de Bolsa acuden a este tipo antes de comprar acciones. ¿No les parece absurdo? Videntes y la Bolsa. —Se rió—. Ha sido idea de mi mujer, y no me extraña. Pobrecilla, perdió la chaveta después del accidente.

La noticia había salido mucho en las noticias. Hacía unos seis meses, un carguero de ciento dos metros de eslora que navegaba bajo la bandera de Sierra Leona había encallado en la mansión costera. Había destruido el dique y el ornamentado balcón orientado al sur, que se remontaba al pasado siglo del Imperio otomano.

En ese balcón el káiser Guillermo II había tomado té con un pachá conocido por la magnitud de sus ambiciones y por su admiración por la cultura y la destreza militar alemanas. Ese mismo pachá había divulgado el rumor de que el káiser era musulmán, que al nacer le habían susurrado al oído los primeros versos del Corán aun antes de que lo pusieron sobre el pecho de su madre: su verdadero nombre era «Hajji» Guillermo, amigo de toda la vida y firme guardián del islam, una etiqueta oportuna cuando llegó el día en que los otomanos debieron entrar en la guerra en el bando de Alemania.

También en aquel histórico balcón un joven heredero turco, prendado de una bailarina blanca rusa que había huido a Estambul tras la Revolución bolchevique, se había llevado una pistola a la sien y se había quitado la vida al no conseguir persuadir a su familia de que aceptara a su querida. La bala, que le atravesó el cerebro y le pulverizó el cráneo, había salido por detrás de

la oreja izquierda y se había incrustado en una grieta del muro, donde permanecería sin descubrir durante tres décadas.

A lo largo de su tormentosa historia, la mansión había visto a héroes ascender y caer, imperios levantarse y derrumbarse, mapas ampliarse y encogerse, y sueños reducidos a un fino polvo. Pero nunca había sido embestida por una embarcación. La proa del carguero había atravesado el muro, había perforado un cuadro de Fahrunnisa Zeid y se había detenido milagrosamente poco antes de destruir la araña de vidrio de Murano. En memoria de aquel día, de esa misma araña de luces colgaba ahora un barquito de juguete, lo que daba a los anfitriones la oportunidad de contar una y otra vez la historia.

—¡Aquí está! —exclamó una voz detrás de ellos—. Empezábamos a pensar que no vendría.

Era la esposa del empresario. Había visto a Peri al salir de la cocina, donde había bombardeado al cocinero con órdenes. Llevaba un traje de noche de diseño verde esmeralda, abierto por la espalda y ceñido a la cintura, con una gargantilla. En el índice lucía un anillo de color similar cuya piedra, del tamaño del huevo de una golondrina, destellaba. Se había pintado los labios de un rojo vivo y recogido el cabello en un moño tan tirante que recordó a Peri la piel de una cabra extendida sobre un *darbuka*.

—El tráfico… —dijo mientras besaba a la anfitriona en las mejillas.

Era la excusa que siempre se ganaba el perdón por muy tarde que llegaras. Una vez que se pronunciaba la palabra, sobraba cualquier otra explicación. Peri escrutó el rostro de sus anfitriones y observó cómo el alivio se traslucía en ellos. Parecían creerla, a diferencia de su marido; tendría que ocuparse de él más tarde.

—No se preocupe, querida. Todos sabemos lo que es —le dijo la anfitriona mientras le pasaba revista al vestido, advirtiendo cada rasgón y mancha.

—No he tenido tiempo de cambiarme —se disculpó Peri. Bajo su escrutinio se sintió desnuda, pero también obtuvo una satisfacción secreta al escandalizar a todos, aunque solo fuera un poco, en una fiesta llena de bolsos de diseño y trajes caros.

—Tranquila, está entre amigos —le dijo la anfitriona—. ¿Quiere que le

preste uno de mis vestidos?

Dado lo sucedido hasta entonces, Peri se imaginó derramando quizá salsa de tomate en el traje de la mujer. Hizo un gesto de negación.

—No se preocupe. Pero se lo agradezco.

—Venga a comer algo entonces. Debe de estar desfallecida.

—¿Qué desea beber? ¿Vino tinto o blanco? —le preguntó el empresario.

—Es muy amable, pero antes debo ir al aseo —respondió Peri.

Siguiendo a una criada, se adentró en las profundidades de la mansión sin dejar de sentir en todo momento la penetrante mirada de su marido clavada en su espalda.

En el aseo, echó el cerrojo, bajó la tapa del inodoro y se sentó. Respiró hondo y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos, exhausta. No tenía ganas ni energía para salir y enfrentarse a toda esa gente, y sin embargo sabía que al cabo de un rato no le quedaría más remedio. Ojalá pudiera escapar por la ventana.

Con cuidado, se quitó el vendaje. El cuchillo le había hecho un corte de un extremo a otro de la palma; no era demasiado profundo, no había hecho falta suturar. Aun así, con el más leve movimiento le dolía horriblemente y volvió a sangrarle. La herida le palpitaba con cada latido del corazón, y no pudo evitar temblar. Por fin asimilaba la gravedad de lo ocurrido. Tenía la boca seca. Se vendó de nuevo la mano.

Cuando se levantó para lavarse los ojos, los abrió mucho, llena de asombro. Frente a ella había un gran acuario de arrecife, donde habían instalado el lavabo y los grifos. Dentro del acuario nadaban decenas de peces exóticos, todos de tonos amarillos y rojos, los colores del equipo de fútbol del que era seguidor el empresario. Todo el mundo sabía que era un gran hincha, que tenía un palco en el estadio del equipo y que le gustaba fotografiarse con los jugadores a la menor ocasión. Aspiraba a ser el presidente del club algún día y con ese objetivo había movido hilos entre bastidores.

Peri observó los peces en su prístino y resguardado universo artificial. A ambos lados del lavabo había recipientes de *hamam* plateados decorados con motivos en relieve, en los que se amontonaban toallas almidonadas perfectamente enrolladas. Por el suelo ardían velas cuyas altas llamas

parpadeaban. Una mezcla de aromas dulces y almibarados impregnó sus fosas nasales. Al mismo tiempo detectó un intenso olor sintético a detergente que le trajo el desagradable recuerdo del pegamento del vagabundo.

Un fuerte impulso de hacer algo inesperado y audaz se apoderó de ella. Quería romper en añicos el acuario y que los cristales salieran despedidos en todas direcciones mientras los peces patinaban por el suelo de mármol. Allá irían, agitando la cola y boqueando, mientras la emoción de la huida recorría su ser; se deslizarían por el pasillo, zigzagueando alrededor de los pies de los invitados, y en sus branquias se reflejaría la luz de la araña de luces; saldrían por la puerta trasera, se deslizarían de un extremo a otro de la terraza y solo cuando temieran una muerte inminente se arrojarían al mar profundo, donde encontrarían a viejos amigos y parientes que se habían quedado en las mismas aguas, aburridas e imperturbables.

Los recién llegados les contarían a los demás peces cómo era vivir en aquella gran mansión por encima del agua, renunciando a la vastedad del azul a cambio de no tener que preocuparse por la próxima comida. Pronto los peces fugitivos serían engullidos por algún depredador más grande, pues ¿cómo sobrevivirían en aguas peligrosas acostumbrados como estaban al protegido hábitat de un acuario de rico? De todas formas, no cambiarían un solo minuto de libertad por todos los años de cautividad.

Si tuviera a mano un martillo… A veces Peri se asustaba de sus propios pensamientos.

La mesa de desayuno

Estambul, década de 1990

El encarcelamiento de Umut, como una antorcha que ilumina los rincones más oscuros, dejó ver los puntos débiles y los defectos que los Nalbantoğlu habían ocultado tanto a sí mismos como a los demás. Cualquiera que los observara habría advertido el vacío que la ausencia de Umut había causado en sus vidas, pero ellos prefirieron hacer como que no lo veían. No era más que una coincidencia que Mensur empezara a beber más; también era casualidad que las mejillas de Selma adquirieran un amarillento color anémico por falta de sueño tras pasarse las noches rezando y por no comer después de los días de ayuno.

Los sueños de Peri se volvieron cada vez más inquietantes, sus gritos cada vez más fuertes. Dormía con la luz encendida y guardaba junto a la cama un collar de ámbar, pues había leído que ahuyentaba a los demonios. Nada funcionaba. En sus sueños veía escuelas que parecían cárceles y celadores que tenían un extraño parecido con su madre o su padre. Se veía a sí misma cubierta de gusanos y heces, y con el pelo rapado, arrestada y encarcelada por un crimen que no sabía que había cometido. Siempre despertaba de esas pesadillas con el corazón desbocado, y necesitaba unos segundos para reincorporarse al mundo real.

Mensur había cambiado. Atrás habían quedado las veladas en las que tomaba unas cuantas copas con sus amigos al calor de viejas baladas y de animados debates políticos. Ahora prefería beber solo, y el silencio se convirtió en su fiel compañero. Durante un tiempo su cuerpo fuerte y sano no dio muestras de deterioro, salvo por las profundas ojeras, oscuras medialunas en un cielo pálido.

Luego llegó lo inevitable. Por las mañanas Mensur se despertaba sudando

y dolorido, y parecía tan agotado como si hubiera estado partiendo piedras en sueños. A menudo se sentía confuso y con náuseas. Esforzándose por ocultar los temblores que lo asaltaban, permanecía distante, inmerso en el silencio, o hablaba demasiado y de forma descontrolada. La empresa para la que trabajaba decidió jubilarlo anticipadamente cuando se hizo evidente que no estaba en condiciones de trabajar. Sin un empleo, pasaba cada vez más tiempo en casa, un cambio que su mujer y su hijo menor no encajaron bien. Aprensivo, rendido y aturullándose con facilidad, Mensur parecía un imperio desmesurado luchando en dos frentes: la vieja frontera oriental, la batalla con su mujer; y la recién abierta frontera occidental, la batalla con Hakan. Estaba perdiendo en ambos.

Padre e hijo discutían sin cesar de manera despiadada, y por encima de la mesa del desayuno se elevaba una confusión de voces masculinas, de acusaciones dolorosas, como bancos de peces muertos que flotaran hasta la superficie tras una explosión de dinamita. En apariencia, era por nimiedades como un comentario sobre una camisa de mal gusto o el ruido que se hacía al beber una infusión; pero por dentro la fisura era demasiado profunda.

Selma siempre se ponía del lado de su hijo menor. Era más batalladora luchando por su descendencia que por sí misma. Feroz y vigorosa, era como un halcón hembra que defiende a su polluelo contra el raptor enemigo. Eso los convertía en dos contra uno, ecuación que obligaba a Peri a tomar partido, acudiendo en auxilio de su padre aunque solo fuera por buscar el equilibrio. En realidad no quería ganar. Lo único que deseaba era un alto el fuego. Una suspensión temporal del dolor.

Poco después, Hakan, que nunca había dado importancia a tener una buena formación, anunció que abandonaba la universidad y que no tenía intención de volver a ese «inútil establo». Para disgusto de sus padres, de la noche a la mañana puso fin a sus días de estudiante, con lo que su mente se cerró antes de abrirse siquiera. En sus ojos vieron cómo aborrecía la vida que llevaba y a aquellos a quienes hacía responsables de su desdicha.

Hakan regresaba muchos días a casa solo para llenar el estómago, cambiarse de ropa y recuperar horas de sueño. Sin rumbo como un globo al viento, probó suerte en vano en varios empleos, hasta que encontró una causa en un grupo de amigos que él llamaba «hermanos». Compañeros a los que se

les llenaba la boca al hablar de Estados Unidos, Israel, Rusia y Oriente Próximo, y que veían teorías de la conspiración y sociedades secretas en todas partes. Se saludaban unos a otros entrechocando las sienes y con gran derroche de palabras altisonantes como «honor», «lealtad» y «rectitud». En su compañía, Hakan demostró aprender deprisa. El cinismo y el pesimismo de su nuevo círculo le iban bien. Con la ayuda de los hermanos obtuvo un cargo en un periódico ultranacionalista. Desvergonzadamente descuidado en la gramática y la ortografía, aun así tenía facilidad de palabra y talento como retórico incendiario. Empezó a firmar con pseudónimo columnas que cada vez eran más estridentes y agresivas. Todas las semanas delataba a los traidores de la nación: las manzanas podridas que, si no se ocupaban de ellas, podían pudrir toda la cesta: los judíos, los armenios, los griegos, los kurdos, los alevíes… No había un solo grupo étnico en el que un turco pudiera confiar, aparte del turco. Como un traje hecho a medida, el nacionalismo encajaba con su talante. El nacionalismo le aseguraba que había nacido para pertenecer a una nación superior, una raza más digna, y que estaba destinado a grandes cosas, no por sí mismo sino por su gente. Arropado en su identidad, se sentía fuerte, con principios, invencible. Al ver la transformación que se había operado en su hermano, Peri comprendió que nada agrandaba más el ego que una causa impulsada por la ilusión del puro desinterés.

—¿Crees que solo tienes un hijo en la cárcel? —le gritó Hakan a su padre después de otra discusión durante el desayuno—. En esta casa me siento prisionero. Umut es afortunado, no tiene que escuchar tus arengas todos los días.

—¿Consideras a tu hermano afortunado, desgraciado? —replicó Mensur, con la voz temblándole más que las manos.

Peri escuchaba, cabizbaja y con los hombros en tensión. Algo en una riña familiar hacía pensar en un alud inminente; una palabra inapropiada y amenazaba con transformarse en una cosa tan grande que se llevaría a todos por delante.

—Déjalo. Es joven —murmuró Selma a su marido.

—Un joven irresponsable que vive del dinero de su padre —replicó Mensur.

—Ah, no quieres que coma tu comida, ¿eh? De acuerdo, en adelante no lo

haré. —Hakan arrojó la panera contra la pared, donde rebotó como una pelota de goma esparciendo las migas alrededor—. De todos modos, ¿quién quiere el pan de un alcohólico?

Nadie había pronunciado nunca esa palabra. Llamar «alcohólico» al cabeza de familia era inconcebible. Irretractable. Irreparable. Y sin embargo, había ocurrido. Hakan, incapaz de afrontar el silencio que siguió, salió en tromba.

Selma se echó a llorar. Entre sollozos, su voz se alzaba y caía en una letanía de lamentos.

—Nos han echado una maldición. ¡A toda la familia! Sí…, es una maldición.

En el infortunio de su hijo mayor veía un castigo y una advertencia de Alá, dijo. Como no habían hecho caso al mensaje divino, seguro que la condenación no había hecho más que empezar.

—Eso es lo más estúpido que he oído nunca —replicó Mensur—. ¿Por qué querría Dios destruir a los Nalbantoğlu? Estoy seguro de que tiene cosas mejores que hacer.

—Alá obra en nosotros de muchas formas. Desea darnos… darte… una lección.

—¿Y qué lección es esa?

—Hacerte ver el error de tu comportamiento. Hasta entonces ninguno de nosotros tendrá paz.

Mensur permaneció rígido en su silla.

—Si realmente crees que lo que le ha pasado a Umut es obra de Dios, y que Dios necesita prisioneros y torturadores para promover Sus enseñanzas, tienes un problema, mujer. O el problema lo tiene Dios, maldita sea.

—*Tövbe, tövbe*…, arrepiéntete, arrepiéntete —murmuró Selma.

Para apaciguar la ira de Alá, Selma a veces se pasaba semanas enteras sin apenas comer, contentándose con un poco de pan, un yogur, dátiles y agua. Ofrendas votivas; negociaciones viscerales con el Todopoderoso. Por la noche dormía poco, y se dedicaba a las dos únicas tareas que la calmaban: rezar y limpiar. Desde la cama, veía una fina capa de polvo sobre cada mueble; oía a las termitas devorar los armarios de madera…, ¿por qué los demás no lo oían? Aspirinas trituradas, vinagre blanco, zumo de limón, bicarbonato sódico.

Frotaba, aclaraba, cepillaba, enceraba y limpiaba. Por las mañanas la familia se despertaba con el olor a detergente.

Selma se lavaba las manos tan a menudo y restregándoselas con tal fuerza que siempre le olían a antisépticos. La piel se le cuarteaba, sangrando en algunas partes, lo que no hacía sino aumentar su temor a contaminarse y la inducía a lavárselas de nuevo, restregándoselas aún más fuerte. Para ocultar el estado de sus manos empezó a llevar guantes negros con su hiyab, así como un abrigo largo y oscuro que le llegaba a las suelas de los zapatos. Una noche que Peri regresaba con su madre del bazar, miró fugazmente aquí y allá y no la vio, hasta tal punto se había fundido en la noche.

Mensur, avergonzado del aspecto de su mujer, ya no quería que lo vieran con ella. Iba a comprar solo. La indumentaria de ella simbolizaba todo lo que él siempre había despreciado, rechazado y censurado en Oriente Próximo. La ignorancia de la religiosidad. La presunción de que su estilo de vida era el mejor solo porque habían nacido en esa cultura y se habían tragado lo que les habían enseñado sin cuestionarlo. ¿Cómo podían estar tan seguros de la superioridad de sus verdades cuando sabían tan poco, si es que sabían algo, de las otras culturas, filosofías y maneras de pensar?

Por otra parte, el estilo de vida de Mensur encarnaba para Selma todo lo que la ponía nerviosa: la condescendencia de su mirada, la determinación de su voz, la rectitud moral del gesto de la mandíbula. La arrogancia de los modernistas seculares. La pomposa y pretenciosa relajación con que se situaban a sí mismos fuera y sobre la sociedad, mirando por encima del hombro tradiciones centenarias. ¿Cómo podían considerarse iluminados cuando sabían tan poco, si es que sabían algo, de su propia cultura, de su propia fe?

Paralizados de terror ante la perspectiva de tener que hablar, marido y mujer se cruzaban sin rozarse. El amor que les faltaba lo compensaban con resentimiento.

Mientras tanto, Peri buscó consuelo en la literatura. Cuentos, novelas, poemas, obras de teatro…, devoraba todo aquello a lo que podía echar mano en la limitada biblioteca de la escuela. Cuando no encontraba nada más, leía enciclopedias. De «ábaco» a «zombi», llegó a saber cosas que, si bien no tenían utilidad en su vida, algún día quizá le servirían. Pero aunque no

cumplieran ninguna función, ella seguía leyendo, llevada por sus ansias de aprender.

Los libros eran liberadores, estaban llenos de vida. Ella prefería habitar en el país de los cuentos que en el de su madre. Los fines de semana se negaba a salir de su habitación, y mientras mordisqueaba manzanas y pipas de girasol terminaba novelas prestadas, una tras otra. Descubrió que la inteligencia era como un músculo, era necesario ejercitarla con niveles cada vez más elevados de estrés si se quería que alcanzara todo su potencial. Insatisfecha con el sistema de aprendizaje de la escuela basado en memorizar, se inventó sus propios métodos verbales y visuales para almacenar datos, como los nombres de las plantas en latín; los versos de un poema en inglés; las fechas de las guerras, los tratados de paz y más guerras, de las cuales había demasiadas en la historia otomana. Estaba resuelta a sobresalir en todas las asignaturas, desde la literatura hasta las matemáticas, pasando por la física o la química. Se imaginaba las distintas disciplinas como aves tropicales guardadas en jaulas separadas, una al lado de la otra. ¿Qué ocurriría si agujereaba la tela metálica y los pájaros volaban de una jaula a otra? Anhelaba ver cómo las matemáticas hacían compañía a la literatura y la física a la filosofía. Además, ¿quién había decidido que no podían mezclarse?

Peri comprendió que su obsesión por el estudio no solo la aislaba de sus compañeros sino que le granjeaba su envidia y su animosidad. Sin embargo, le venía bien. Como todos los Nalbantoğlu, tenía una inclinación nata hacia la soledad. Le traía sin cuidado que los otros niños la llamaran la «mascota» del profesor; no le importaba que no la invitaran a las fiestas de cumpleaños de las niñas populares o que los chicos que más destacaban no quisieran ir al cine con ella. La vida giraba en torno a la ilustración, los ideales o el amor, eso era lo que tenía sentido para Peri. La diversión nunca había ido con ella.

Como todos los marginados, no tardaría en descubrir que no estaba sola. En todas las clases había unos cuantos que, por múltiples razones, no sintonizaban con los demás: un chico kurdo del que se mofaban por su acento, una niña con vello facial, otra niña que iba a una clase inferior y que no podía controlar la vejiga cuando se ponía nerviosa en los exámenes, un chico de cuya madre se rumoreaba que llevaba una vida disipada… Con ellos trabó amistad. Pero sus verdaderos compañeros eran los libros. La imaginación era

su hogar, su tierra natal, su refugio, su exilio.

De ahí que leyera, estudiara y acabara siendo la primera de la clase, trimestre tras trimestre. Y cuando necesitaba una inyección de seguridad en sí misma, acudía corriendo a su padre. Él siempre le daba el mismo consejo: «La educación, alma mía. La educación nos salvará. Tú eres la alegría de nuestra triste familia, y tienes que acabar tu formación en Occidente. En Europa hay importantes universidades, pero quiero que vayas a Oxford. Te llenarás la cabeza de conocimientos y luego regresarás. Solo los jóvenes como tú pueden cambiar el destino de este viejo país cansado».

En su juventud, Mensur había conocido a un estudiante de Oxford, un hippy mochilero de tez pálida con quien había sentido una afinidad inmediata. El joven tenía pensado recorrer él solo Turquía en bicicleta, y se había jactado de guardar todo su dinero en un calcetín para burlar a los carteristas y ladrones de hoteles. Preocupado por que le pasara algo a ese extranjero inocente, Mensur había insistido en acompañarlo. Los dos cruzaron juntos la península de Anatolia y después el británico de cabello rubio siguió su ruta hasta Irán. Mensur no volvió a saber de él, pero nunca olvidó lo perplejo que se había sentido al ver su propio país con los ojos de un occidental. Por primera vez cayó en la cuenta de que lo que para él era corriente, tal vez no lo fuera forzosamente para un forastero. También por primera vez cayó en la cuenta de que existía un «mundo exterior». Ahora quería que su hija se educara allí. Era su más ferviente deseo. Peri y un centenar de jóvenes como ella, universitarios cultos, idealistas y de ideas avanzadas, rescatarían al país de su atraso.

Peri comprendió y aceptó que algunas hijas nacían con una misión: salvar los sueños paternos. Al hacerlo, también estarían salvando a su patria.

Tango con Azrael

Estambul, década de 1990

El verano que Peri cumplió once años, su madre hizo realidad un sueño muy ansiado y se fue en peregrinación a Arabia Saudí. Su hermano mayor seguía en la cárcel y su hermano menor estaría instalado a saber en qué casa, de modo que su padre y ella se quedaron a cargo del hogar. Se preparaban su propia comida (*kofte* y patatas fritas para comer, *kofte* y espaguetis para cenar), fregaban los platos (solo los aclaraban) y veían los programas de televisión que les apetecía. Fue como unas vacaciones, pero mejores.

El día del bazar del barrio, Peri se despertó inquieta. Se sujetó el vientre con la leve sospecha de que tantos espaguetis con *kofte* al final habían podido con ella. Tendría que recordarle a su padre que cambiara el menú. Pero en el baño le esperaba una sorpresa: manchas en la ropa interior. Aunque eran muy oscuras, supo que era sangre. Su madre ya le había advertido que ocurriría, y que cuando sucediera debería tener mucho cuidado con los chicos. «No dejes que te toquen.» ¡Qué pronto había llegado! En la escuela había oído quejarse a unas niñas mayores: «¡Mi tía ha vuelto!», decían sin darle importancia. «¿Me miras por detrás?», se decían unas a otras adelantándose unos pasos. En su clase había una chica que afirmaba que ya le había venido la regla, pero todos sabían que mentía. Eso colocaba a Peri la primera entre sus compañeras. Había crecido demasiado deprisa ese último año, por mucho que hubiera intentado ocultarlo. Le habían dicho bastantes veces que era guapa como para comprender que la gente lo pensaba. Se percibía a sí misma de un modo totalmente distinto. Cuánto le habría gustado tener el cabello negro como la noche y no castaño desvaído, y cambiar las curvas que empezaban a insinuársele por una segura lisura. Le habría encantado haber sido el tercer varón de los Nalbantoğlu. ¿Acaso su vida no habría sido mucho más fácil?

Encontró una vieja sábana limpia y la cortó a tiras. Si la utilizaba de forma ahorrativa no tendría que contárselo a su madre. Podía lavarlas, secarlas y utilizarlas de nuevo, como hacían muchas mujeres en ese país. De ese modo lograría ocultar la verdad hasta que cumpliera los catorce años, edad que se creía apropiada para la primera menstruación. Dios había cometido un error en Sus divinos cálculos. Ella estaba resuelta a corregirlo.

Dos semanas después Selma regresó a casa, quemada por el sol y más delgada. Se dejó caer en el sofá y empezó a contar su viaje a La Meca, y sus palabras galoparon como lo habrían hecho sus caballos de porcelana de haber tenido un hálito de vida.

—El año pasado una estampida dentro de un túnel peatonal de la ciudad santa se cobró la vida de más de un millar de peregrinos. Desde entonces los saudís van con cautela. Pero no pueden evitar las enfermedades. Me puse tan enferma que pensé que me moría. ¡Allí mismo!

—Oh, me alegro de que no lo hicieras —dijo Mensur—. Qué bien que hayas vuelto.

—Gracias a Alá estoy en casa. —Selma suspiró—. Si no lo hubiera conseguido me habrían enterrado en la Medina, cerca del Profeta, que en paz descanse.

—Los cementerios de Estambul ofrecen mejores vistas —respondió Mensur—. Tenemos el aire puro del mar. Enterrada en la Medina te habrías convertido en mantillo para una palmera de dátiles. En Estambul, en cambio, puedes fertilizar lentiscos, tilos, arces… El jazmín sería increíble. Estarías todo el año envuelta en perfume.

Selma se retrajo al oír a su marido, como si sus palabras fueran ascuas escupidas por un fuego. Preocupada por si volvían a tener un encontronazo, Peri intervino:

—¿Qué llevas en la maleta, mamá? ¿Nos has traído algo?

—¡Os he traído toda La Meca!

Al oír la respuesta de Selma, a Peri y Mensur se les iluminó el rostro como a dos niños expectantes. Uno por uno, fueron desenvolviendo los paquetes: dátiles, miel, *miswak*, colonias, alfombrillas de rezo, almizcle, rosarios, pañuelos y agua de Zamzam en botellitas.

—¿Cómo sabes que es sagrada? ¿Lo ha certificado alguien? —preguntó

Mensur, sacudiendo la botellita—. Podrían haberte vendido agua del grifo.

Selma se la arrebató de las manos, la abrió y se la bebió de un trago.

—¡Es agua pura de Zamzam, pero tu mente está sucia!

Mensur se encogió de hombros.

—Bueno.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Peri señalando una caja.

Resultó ser un reloj de pared en forma de mezquita, con un péndulo oscilante y minaretes a ambos lados. Era de bronce y medía unos cincuenta centímetros por cuarenta y cinco. Selma comentó que podía programarse para que mostrara las horas de rezo en un millar de ciudades de todo el mundo. Luego lo colgó en un clavo del salón en dirección a la *qibla*, justo delante del retrato de Atatürk.

—No pienso tener una mezquita bajo mi techo —advirtió Mensur.

—¿De veras? Y yo tengo que vivir con un infiel bajo el mío —replicó Selma.

—Bueno, en estos momentos eres culpable de la mitad de mi pecado. Si no hubieras comprado ese objeto, yo nunca habría blasfemado. ¡Descuélgalo!

—¡No me da la gana! —gritó Selma—. Lo escogí, lo pagué y lo he traído hasta aquí desde Tierra Santa, donde me puse tan enferma que estuve a punto de morir. Soy una *haji*. ¡Muéstrame un poco de respeto!

Era la primera vez que Peri oía a su madre gritar a su padre. Viniendo de una mujer cuya toda rebelión durante años había sido un silencio estoico o palabras mordaces pronunciadas a pocos decibelios, sonó como una explosión. El reloj se quedó donde estaba pero mudo, concesión que no satisfizo a ninguna de las partes.

Mensur se pasó el resto del día sumido en un profundo malhumor. Esa misma noche hubo un apagón que duró horas. Mensur ocupó su lugar ante la mesa de *raqi* más temprano de lo normal, entre Atatürk y el reloj de rezo, con su pálido rostro en la sombra que proyectaba una vela; dijo que no se encontraba bien. Llevándose una mano al corazón, como para saludar a una criatura invisible, ladeó la cabeza y se desplomó.

Fue un infarto.

Mientras viviera, Peri nunca olvidaría cómo la noche se volvió más oscura por momentos. Horrorizada, vio a su padre desplomarse como un maniquí sin

vida y golpearse la frente contra la mesa, de donde lo levantaron y lo colocaron en el sofá; de allí lo trasladaron a una camilla, lo subieron a una ambulancia y lo llevaron a toda prisa a urgencias, donde lo introdujeron en una sala de operaciones circundada por máquinas que pitaban, y en lo único en que pudo pensar ella, una y otra vez, fue si era un castigo de Dios. La pregunta resultaba tan amedrentadora que no podía expresarla en voz alta; antes tenía que asimilarla. Le habría gustado preguntárselo a su madre, que lloraba a su lado, pero la aterraba la respuesta. ¿Era así como obraba Alá? ¿Te permitía pronunciar palabras profanas y bromear sin inhibición, y acto seguido te hacía pagar el precio? Era casi como si esperara que pecaras para poder golpearte con Su ira. ¿El lenguaje de Dios era el de la venganza?

Otro pensamiento persistente la reconcomía. En su fuero interno Peri estaba convencida de que el infarto de su padre, a través de una tortuosa cadena de casualidades en el universo, se debía a su menstruación. ¿Por qué había menstruado tan pronto y en ausencia de su madre? No estaba bien que hubiera intentado convertirse en la señora de la casa. Sobre todo porque, como ahora reconocía, cuanto más rápido crecía ella antes podía morir su padre.

Peri y Selma estaban sentadas en el sofá gastado de la sala de espera del hospital. Un luminoso haz lunar se coló por las ventanas, pero fue engullido por el intrusivo resplandor de los fluorescentes. El televisor estaba encendido, aunque sin volumen. En la pantalla, una mujer con un vestido de lentejuelas rojo hacía girar la rueda de la fortuna y se quedaba decepcionada al ver que se detenía en «bancarrota». El portero de día, un hombre fornido de bigote poblado y la única persona en toda la sala que veía el programa, se rió alegremente.

—Me voy a rezar —dijo Selma.

—¿Puedo ir contigo?

Selma miró a su hija, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Eso estaría muy bien. Alá escucha las oraciones de los niños.

Peri asintió como haría una hija obediente. Salvo unas pocas invocaciones memorizadas en la escuela, nunca había realizado el Salat, en su afán por tomar partido por su padre en todas las cuestiones relacionadas con la fe. A diferencia de su esposa, Mensur rezaba de forma sucinta y poco ceremoniosa.

Casi nunca utilizaba la palabra «Alá», prefiriendo «Tanri», de sonido más secularista. Por una vez Peri estaba preparada para hacer las cosas a la manera materna. Haría cualquier cosa para salvar la vida de su padre, incluso traicionarlo.

En el interior del aseo realizaron sus abluciones: se enjuagaron la boca y se lavaron la cara, las manos, los pies. El agua estaba helada, pero Peri no se quejó, pensando en el ritual como preámbulo a una conversación con Dios. En aquella ala del hospital no había habitaciones de rezo, de modo que se colocaron en una esquina de la sala de espera: con el televisor todavía encendido y la mujer con el vestido de lentejuelas rojo resuelta aún a ganar.

Como no tenían alfombras de rezo, extendieron sus rebecas en el suelo. Peri repetía todo lo que hacía su madre como un eco tardío. Así, cuando Selma cruzó las manos sobre el pecho, Peri también las cruzó. Selma se inclinó, se levantó y se postró con la frente en el suelo, y lo mismo hizo su hija. No obstante, había una diferencia crucial. Los labios de su madre estaban en continuo movimiento, mientras que los de ella permanecían inmóviles. Se le ocurrió pensar que eso podía sentarle mal a Dios. Una oración silenciosa equivalía a una carta en blanco. Un sobre vacío. Como a nadie, ni siquiera al Creador, le gustaba recibir una carta así, Peri se figuró que tenía que decir algo. De manera que, tras cierta deliberación, estas fueron sus palabras:

Querido Alá:

Madre dice que velas por mí en todo momento, lo que es bonito, muchas gracias; aunque también da un poco de miedo, porque a veces quiero estar sola. Madre dice que lo oyes todo, incluso cuando hablo conmigo misma. Incluso los pensamientos que pasan por mi cabeza. También ves todo lo que pasa. ¿Puedes ver al niño de la bruma? Nadie lo ve aparte de mí, aunque estoy segura de que Tú también.

De todas formas, estoy pensando que nuestros ojos son pequeños y solo tardamos un segundo en parpadear. En cambio tus ojos deben de ser enormes, así que supongo que tardarás al menos una hora en cerrar los párpados, y quizá durante ese tiempo no puedas ver a mi padre.

Cuando me enfado con alguien, papá siempre me dice: «No eres una cría, puedes perdonar». Si te has enfadado con mi padre, por favor, perdónalo y haz que se ponga bien. Es un buen hombre. En adelante, ¿puedes parpadear cada vez que mi padre cometa un pecado?

Te prometo que volveré a rezar. Rezaré todas las noches el resto de mi vida.

Amén.

Inclinada sobre su rebeca, Peri vio a su madre mover la cabeza a derecha e izquierda y frotarse la cara con las manos, poniendo fin así a la oración, y ella lo repitió todo, acabando de ese modo su carta confidencial.

A la mañana siguiente Mensur estaba recostado contra la almohada, bromeando con las visitas, y unos días después salía del hospital con una factura elevada y un marcapasos en el corazón. Le aconsejaron que dejara de beber y evitara el estrés, como si se tratara de un pariente desagradable al que no se podía invitar más. En cualquier caso, Mensur no haría caso. Después de bailar un tango con Azrael, el ángel de la muerte, afirmaba que ya no tenía nada que temer.

Eso también penetraría en los sueños de Peri, la visión fantasmal de su padre bailando una giga descalabrada con un esqueleto… que resultaba ser el suyo.

El poema

Estambul, 2016

En el cuarto de baño de la mansión junto al mar, Peri se miró en el espejo decorativo. La aparente calma que había mantenido en presencia de su hija se había esfumado, siendo reemplazada por una inquietud. La soledad de los peces en el acuario la hizo evocar a los personajes de dibujos animados que se quedaban aislados y sin esperanzas en una isla desierta, y sin embargo nunca pensaban en escapar. ¿Podía irse de allí a nado? Era posible modificar hábitos diarios, cambiar personalidades, renunciar a lealtades, romper amistades, incluso superar adicciones, pero lo más difícil de cambiar en la vida era el apego a un lugar.

Al otro lado de la puerta se oyó una carcajada. El empresario estaba contando un chiste, y su voz se impuso al estruendo. Peri se perdió el final, pero supo por la reacción que provocó que era crudo y obsceno.

—¡Oh, vosotros los hombres! —dijo una voz femenina, medio reprendiéndolo, medio bromeando.

Peri apretó los labios. Nunca había sido una de esas mujeres que decían, para que todos lo oyeran, y menos aún en tono coqueto: «¡Oh, vosotros los hombres!».

Siempre había personas que la intrigaban, hombres o mujeres con episodios difíciles en el pasado, incertidumbre en la mirada y heridas invisibles en el alma. Generosa con su tiempo, y leal hasta la muerte, había trabado amistad con un selecto grupo con un compromiso y un amor inquebrantables. Pero respecto a todos los demás, que constituían el grueso de la población, el interés se convertía enseguida en aburrimiento. Y cuando se aburría, lo único que quería era huir: librarse de esa persona, de esa conversación, de ese momento. Esa noche tenía un presentimiento: el

aburrimiento sería su acompañante en aquella cena aburguesada, y para contrarrestarlo se prometió inventarse pequeños juegos, diversiones solo para ella.

A toda prisa, se arrojó agua a la cara. Si el pintalabios no hubiera sido aplastado y la sombra de ojos no se hubiera perdido en el callejón, le habría gustado retocarse el maquillaje. Peinándose rápidamente con los dedos, se miró en el espejo una vez más. El rostro que le devolvía la mirada estaba pálido e inquieto; era el de alguien que, sin darse cuenta, echaba en falta algo. Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a su hija esperando fuera.

—Papá se pregunta dónde estás.

—Necesitaba asearme un poco. —Peri guardó silencio—. ¿Se lo has dicho?

Percibió en los ojos de Deniz una pizca de afecto en lugar de la indiferencia de siempre.

—No.

—Gracias, cariño. Vamos.

—Espera, te has olvidado esto —le dijo Deniz con algo en la mano.

Peri no necesitó mirar de cerca para saber que era la polaroid. La había buscado por todas partes en aquel callejón asfixiante. Pero su hija debía de haberla encontrado antes y se la había guardado en el bolsillo.

—¿Cómo es que nunca la había visto?

En la foto había cuatro personas. El profesor y sus alumnas. Felices, esperanzadas y listas para cambiar el mundo, alegremente inconscientes de lo que el futuro les reservaba. Peri recordó el día en que fue tomada. «El peor invierno en Oxford en décadas.» Lo recordaba todo: las mañanas heladas, las cañerías congeladas, la nieve amontonada y el embriagador elixir del enamoramiento recorriéndole el cuerpo. Nunca se había sentido tan viva.

—¿Quiénes son, mamá?

Manteniendo la calma, tal vez demasiado, Peri respondió:

—Es una vieja foto.

—¿Por eso la guardas en la cartera? ¿Con las fotos de tus hijos? —le preguntó Deniz en un tono lleno de incredulidad y curiosidad—. Dime quiénes son.

Peri señaló a una de las chicas. Llevaba un pañuelo morado pulcramente

enrollado al estilo turbante y tenía los ojos castaños perfilados con una gruesa raya de kohl que ascendía en curva hasta las cejas.

—Esta es Mona. Una alumna egipcia estadounidense.

Deniz la observó en silencio con detenimiento.

—La otra chica es Shirin —continuó Peri, posando la vista en una despampanante figura con el cabello negro y voluminoso, toda maquillada y con botas de cuero de tacón alto—. Su familia era de Irán, pero se habían mudado tantas veces que no tenía la sensación de pertenecer a ningún lugar.

—¿Cómo las conociste?

Peri tardó un instante en responder.

—Éramos amigas de la universidad. Vivíamos y estudiábamos en el mismo *college*. Hicimos el mismo curso aunque no a la vez.

—¿De qué era el curso?

Peri sonrió, el recuerdo estaba grabado en cada línea de expresión.

—Era sobre… Dios.

—Vaya —contestó Deniz, con su respuesta habitual para todo lo que no le interesaba. Dio unos golpecitos con el dedo sobre el hombre alto que estaba en medio de ellas. Llevaba su revuelto cabello rubio castaño lo bastante largo para que se le rizara; parecían brillarle los ojos por debajo de una boina; y tenía la barbilla firme y bien definida, y una expresión serena, aunque no era nada sosegado.

—¿Quién es él?

El rostro de Peri se contrajo con un estremecimiento de incomodidad, tan sutil que apenas se notó.

—Nuestro profesor.

—¿En serio? Parece un alumno rebelde.

—Era un profesor rebelde.

—¿Existen? —preguntó Deniz—. ¿Cómo se llamaba?

—Lo llamábamos Azur.

—Qué nombre más extraño. ¿Y dónde está este lugar?

—En Inglaterra…, Oxford.

—¿En serio? ¿Cómo es que nunca me has contado que fuiste a Oxford? —Deniz pronunció la última palabra exagerando la cadencia.

Peri titubeó, sin saber qué contestar. Tenía alguna idea de por qué no se lo

había contado a nadie, ni siquiera a sus hijos, pero aquel no era el momento ni el lugar para explicárselo.

—Solo fui un tiempo —respondió, y se le quebró la voz—. No acabé.

—¿Cómo lograste entrar?

Parecía impresionada, pero Peri también detectó en aquella pregunta un deje de envidia teñido de resentimiento. Aunque todavía le faltaban varios años, su hija había empezado a interesarse por los exámenes de acceso a la universidad. El sistema educativo, concebido para volver aún más competitivas las mentes, tal vez estaba bien para estudiantes como Peri, pero para los espíritus libres como Deniz suponía un sufrimiento sin límites.

—Puede que no te lo creas, pero sacaba muy buenas notas en la escuela. Mi padre siempre quiso que recibiera la mejor educación… en Europa. Me ayudó a rellenar la solicitud y reunía los requisitos.

—¿El abuelo? —preguntó Deniz, pues le costaba relacionar la imagen del anciano chocho que tenía en mente con ese fuerte motor de cambio.

Peri sonrió.

—Sí, se sintió orgulloso de mí.

—¿Y la abuela no? —preguntó su hija, detectando el conflicto.

—Le preocupaba que me perdiera en un país desconocido. Era la primera vez que salía de casa. No es fácil para una madre. —Peri respiró hondo al oírse hablar así, sorprendida de identificarse con su madre.

Deniz reflexionó un momento.

—Fue alrededor del 11-S, si sabes lo que significa.

—Sé lo que es el 11-S. —La expresión de Deniz se relajó al mismo tiempo que añadía—: Entonces eso fue antes de que conocieras a papá. Dejaste tus estudios en Oxford y regresaste a Estambul, donde te casaste, renunciaste a tu educación, tuviste tres hijos seguidos y te convertiste en ama de casa. Qué original. ¡Bravo!

—No pretendía ser original.

Pasando por alto el comentario, Deniz se mordió el labio inferior.

—¿Por qué lo dejaste?

No estaba preparada para responder a eso. La verdad era demasiado dolorosa.

—Era muy difícil; las clases, los exámenes…

Sin decir nada, Deniz miró de reojo a su madre, dejando traslucir su incredulidad. Por primera vez se le ocurrió pensar que la mujer que le había dado la vida, la mujer que había visto todos los días de su existencia y de la que esperaba que satisficiera cualquiera de sus necesidades y caprichos, tal vez había sido una persona diferente antes de que ella y sus hermanos nacieran. Era un pensamiento incómodo. Hasta la fecha su madre había sido una *terra cognita* de la que conocía cada bendito valle, cada plácido lago y cada montaña invernal. No le gustaba la posibilidad de que hubiera partes todavía por cartografiar en ese continente.

—¿Puedo recuperar la foto? —preguntó Peri.

—Un momento.

Con las pestañas iluminadas por la lámpara del techo, Deniz se acercó la polaroid a los ojos y la examinó con detenimiento, como si esperara descubrir un código secreto. Obedeciendo a un impulso, le dio la vuelta y vio la dedicatoria, escrita con la caligrafía forzada de quien se esfuerza por ser pulcro: «De Shirin a Peri en señal de la hermandad. / Recuerda, Ratón, ya no puedo llamarme hombre, ni mujer, ni ángel o incluso alma».

—¿Quién es Ratón? —preguntó Deniz con una risita.

—Así me llamaba Shirin.

—¡Es el último apodo que te pondría!

—Bueno, supongo que he cambiado. Vamos, tenemos que irnos.

Deniz seguía intrigada.

—¿Y qué significa eso de «ni hombre, ni mujer, ni ángel…»? ¿Qué clase de disparate es ese?

—Solo es un poema… Cariño, devuélveme la foto.

Del salón llegaban aplausos y vítores. Se metían con alguien o lo desafiaban a hacer algo. Intrigada, Deniz se la entregó a su madre, no sin antes titubear un poco, y regresó a la fiesta.

De nuevo sola, Peri agarró con fuerza la polaroid, sorprendiéndose del calor que irradiaba, como si estuviera viva. Qué extraño era, si te parabas a pensarlo, que mientras los momentos prescribían, los corazones se endurecían, los cuerpos envejecían, las promesas languidecían e incluso las convicciones más fuertes se debilitaban, una fotografía, que no era sino una representación bidimensional de la realidad y una mentira, permanecía inmutable y siempre

fiel.

Peri se guardó la foto en el bolso con cuidado de no mirar ninguno de los rostros, resistiéndose a la mirada del pasado, al juicio de una Peri más joven acerca de la mujer en que se había convertido. Se enderezó, lista para reunirse con los demás invitados, muchos de los cuales eran poco menos que desconocidos, y entró despacio en el salón.

El pacto

Estambul, década de 1990

Cuando estaba en secundaria Peri alternó períodos de fe y de dudas. Sin que su padre lo supiera, había permanecido fiel a la promesa hecha a Dios. Todas las noches, antes de acostarse, con palabras cuidadosamente elegidas y siempre de forma apasionada, rezaba. Se esforzaba mucho. Si sacrificaba su incredulidad en el altar del amor y se volvía tan piadosa como todos esos predicadores que hacían proselitismo bajo el cielo de Estambul, esperaba que Alá estuviera más que satisfecho con su familia y se mostrara menos severo con su padre. Un pacto irracional, eso seguro, pero ¿acaso no estaba llamado a serlo todo pacto con el Todopoderoso?

El problema de rezar era que tenía que ser un rezo puro, monofónico. Una voz firme de principio a fin. Mientras que cuando ella hablaba con Dios, se fragmentaba en una plétora de hablantes: unos escuchaban, otros hacían comentarios agudos, algunos expresaban objeciones. Aún peor, en su mente se agolpaban imágenes no deseadas de muerte, oscuridad, violencia, genocidio, pero sobre todo de sexo. Cerraba los ojos y los abría de nuevo, luchando por borrar los cuerpos desnudos que se retorcían en su imaginación. Avergonzada de su incapacidad para controlar la mente y preocupada de que mancillaran sus rezos, empezaba una y otra vez, apresurándose a terminar antes de que los pensamientos impuros volvieran a apoderarse de ella. Prepararse para rezar era como guardar en un armario todos los trastos antes de que Dios llegara a la casa de su mente. Si bien quería tener el mejor aspecto, tenía plena conciencia de que no podía esconderse de Su mirada.

Si en lugar de rezar sola en casa lo hacía en medio de otros fieles, tal vez acallaría las voces que la consumían, pensó. Así, con unas pocas amigas de ideas afines se acostumbró a acudir a las mezquitas de la vecindad. Apreciaba

la luz que entraba a raudales por las altas ventanas de arco, las arañas de luces, la caligrafía, la arquitectura de Sinan. Sin embargo, le preocupaba que las secciones para las mujeres siempre estuvieran al fondo o en el piso superior detrás de cortinas, siempre apartadas, aisladas y minúsculas.

En un barrio un hombre de mediana edad entró en la mezquita detrás de ellas y luego las siguió por el patio.

—Las jóvenes deben rezar en casa —les dijo, mirando el contorno de sus senos.

—La Casa de Dios es para todos —replicó Peri.

Él dio un paso hacia ella, sacando pecho. Su cuerpo era un recordatorio, una advertencia, una frontera.

—Esta mezquita no es lo bastante grande. Ni siquiera caben todos los hombres. No hay sitio para colegialas.

—Entonces, ¿las mezquitas pertenecen a los hombres?

Él se rió, como si lo sorprendiera que ella pensara que no era así. A Peri la decepcionó el imán, que oyó la conversación al pasar y no salió en su defensa.

En otra ocasión, en la sección de las mujeres del piso superior de la mezquita de Üsküdar, descorrió las cortinas para que pudieran contemplar la belleza de la mezquita mientras rezaban. Al instante, una anciana vestida de negro de la cabeza a los pies las corrió de nuevo, murmurando enfadada. No eran solo los hombres los que querían que las mujeres estuvieran apartadas. Estas tenían esa misma mentalidad.

Sí, Peri lo había intentado. Pero entre ella y las costumbres de la religión que se especificaba en su carnet de identidad de color rosa siempre había una brecha. ¿De quién había sido la idea de poner una casilla para la religión en el carnet de identidad? ¿Quién decidía si un recién nacido era musulmán, cristiano o judío? Sin duda, la criatura no.

Si le hubieran dejado rellenar la casilla, Peri probablemente habría escrito: «Pendiente». Eso habría sido lo más sincero. Si su madre iba al cielo y su padre al infierno, su morada debería estar en una especie de purgatorio intermedio.

Evitaba hablar sobre esas cuestiones con personas devotas, porque en cuanto veían que se debatía entre la duda y la fe, se obstinaban en intentar

convencerla. Los pocos ateos que conocía no eran muy distintos. Ya fuera en nombre de Dios o en el de las ciencias, no había mayor satisfacción para el ego que la de convertir al otro a la forma de pensar de uno. Pero lo último que Peri deseaba era que hicieran proselitismo con ella. ¿No comprendían que no quería llegar a una decisión acerca de su código de creencias? Solo aspiraba a estar en continuo movimiento. Si acababa en un bando o en el otro temía convertirse en una persona distinta, y eso sería el fin.

En su diario sobre Dios escribió: «Estoy en un perpetuo limbo. Tal vez quiero demasiadas cosas a la vez y no quiero nada lo bastante intensamente».

El día que Peri acabó secundaria como primera de su promoción, su padre y ella prepararon el desayuno juntos. Trocearon tomates, cortaron perejil y batieron huevos para preparar un *menemen* con tantas especias que cada bocado les perforara la lengua. Trabajaron codo con codo, coordinándose de forma natural. Al ver a su padre cortar una cebolla, Peri advirtió aliviada que el temblor de sus manos parecía haber disminuido. Pero transpiraba profusamente y una fina capa de sudor le cubría la frente. Ella sabía que, de haber estado solo en la cocina, se habría servido una copa.

A continuación Mensur llevó en coche a su hija a una agencia que ayudaba a los estudiantes turcos a solicitar plazas en las universidades del extranjero. En los meses anteriores habían visitado varias veces esa oficina cargada y poco iluminada y hecho cola junto a adolescentes esperanzados, incapaces de apartar los ojos de los rostros sonrientes de los folletos de las universidades de Occidente. En sus páginas satinadas había una extraordinaria diversidad —unas Naciones Unidas, en apariencia— de estudiantes, donde todos sin excepción parecían felices.

Al dirigirse allí se habían detenido en el semáforo junto a la mezquita otomana, famosa por estar construida sobre el mar. Las gaviotas se posaban alrededor de la cúpula como un collar de perlas.

—*Baba*, ¿cómo es que nunca has sido religioso? —le preguntó Peri, mirando la mezquita.

—He oído demasiados sermones estúpidos y visto demasiados gurús falsos.

—¿Qué hay de Dios? Me refiero a si todavía crees que existe.

—Por supuesto que sí —respondió Mensur con poca convicción—. Lo que no significa que entienda lo que está haciendo.

Una pareja de turistas —europeos por su aspecto— sacaba fotos al patio de la mezquita. La mujer se había cubierto la cabeza con uno de los largos pañuelos que proporcionaban en la entrada. Alguien —tal vez un transeúnte— debía de haberle advertido que llevaba un vestido demasiado corto, y se había atado otro pañuelo alrededor de la cintura para taparse las piernas por encima de las rodillas. El hombre, en cambio, llevaba sandalias y unas bermudas que nadie parecía haber considerado un problema.

—Si yo fuera mujer —comentó Mensur, señalando la pareja—, sería dos veces más crítico con la religión.

—¿Por qué? —preguntó Peri, aunque se imaginaba la respuesta.

—Porque Dios es un hombre… Así nos lo han hecho creer todas esas personas piadosas.

Un coche se detuvo junto a ellos y una canción de Santana sonó a todo volumen. *Stop the looting, stop the shooting… as the rich is getting rich, the poor is getting poorer*.

—Verás, alma mía —continuó Mensur—. Me atraen las tradiciones de los sufíes bektashíes, mevlevíes o melamíes, con su humanismo y su sentido del humor. Los *rind* estaban libres de toda clase de prejuicios e intolerancia; ¿cuántas personas lo recuerdan hoy? Esa antigua filosofía ha desaparecido en este país. No solo aquí sino en todo el mundo musulmán. Suprimida, silenciada, erradicada. ¿Y para qué? En nombre de la religión están matando a Dios. Para salvar la disciplina y la autoridad se han olvidado del amor.

El semáforo cambió. Unos segundos antes —no después—, los coches que tenían detrás empezaron a tocar la bocina.

—¡Cómo pudieron aguantar esos idiotas tanto tiempo en el vientre de sus madres! —masculló Mensur, pisando a fondo el acelerador.

—*Baba*, ¿la religión no te da una sensación de seguridad…, como un guante protector?

—Quizá, pero yo no quiero una piel extra. Si acerco un dedo a la llama, me quemo; si tengo hielo en las manos, se me enfrían. El mundo es lo que es, y todos vamos a morir. ¿Qué sentido tiene la seguridad entre la multitud? Nacemos solos, morimos solos.

Peri se echó hacia delante, dispuesta a decir algo, pero su padre continuó:

—Cuando eras pequeña me preguntaste si me daba miedo el infierno.

—Y tú me respondiste que abrirías un túnel para salir de él.

Mensur sonrió.

—¿Sabes por qué no me gusta tanto el cielo?

—¿Por qué?

—Observo a la gente que irá al cielo, a los que rezan y ayunan y parecen hacer cuanto se supone que deben hacer. ¡Cuántos de ellos se dan ínfulas! Entonces me digo: si todos estos tipos van a ir al cielo, ¿quiero realmente estar allí? Prefiero arder tranquilamente en mi propio infierno. Hará calor, pero al menos no habrá hipocresía.

—Oh, *baba*, espero que no hables así delante de los demás, o te meterás en un lío.

—No te preocupes, mi lengua solo se suelta contigo. O después de haber tomado unas cuantas copas. Y esos fanáticos jamás se sentarán conmigo a la mesa de *raqi*. Estoy a salvo. —Soltó una risita.

No tardaron en llegar al palacio de Dolmabahçe, con sus arcos de triunfo y su torre del reloj.

—¿Conoces la historia de los peces que tienen aquí?

No muy lejos de allí, le explicó, el sultán Murad IV se había puesto a leer una noche de tormenta *Dardos de infortunio*, un conjunto de poemas satíricos escritos por el gran Nefi. Apenas comenzó a leer, un rayo alcanzó un castaño en los jardines del palacio; sin duda, un augurio. Sumamente agitado, el sultán no solo arrojó el libro al mar, sino que firmó una carta autorizando a los enemigos de Nefi para que lo castigaran con el método que ellos consideraran mejor. Días después, el poeta, estrangulado con una soga, fue arrojado a las mismas aguas en las que su poesía se había disuelto, verso a verso.

—Ya ves el cóctel tan peligroso que componen la ignorancia y el poder. El mundo ha sufrido más en manos de las personas religiosas que en las de personas como yo, ¡no importa la extraña palabra con que nos llames!

Peri miró por la ventanilla las crestas plateadas de las olas que brillaban al sol de la tarde, esperando ver un par de peces en la superficie. Ahora que conocía el destino que había corrido el poeta, sabía que nunca podría olvidar esa historia. Ella tomaba las penas de los demás y se las colgaba del cuello,

como los collares que hacía de niña con agujas de pino. Le picaban y dolían, pero se negaba a quitárselos hasta que se secaban y se deshacían en polvo.

Mensur siguió su mirada.

—Por eso en esta parte del Bósforo los peces son negros. Han tragado demasiada tinta. Los pobrecillos siguen buscando palabras de poemas y carne de poetas…, lo que viene a ser lo mismo, si lo piensas.

A Peri le encantaban las historias que le contaba su padre. Había crecido con ellas. Sin embargo, la melancolía que destilaban penetraba su alma, como una astilla incrustada bajo la piel que se convertía en una parte orgánica de ella. A veces imaginaba que tenía astillas por todo su ser, tanto en el cuerpo como en los recovecos de su mente.

—Pero ¿por qué hablo de estas cosas? —se preguntó Mensur con renovada vehemencia—. Dime, ¿estás emocionada con tu viaje a Oxford?

Habían solicitado plaza en varias universidades de Europa, Estados Unidos y Canadá, en lugares con nombres tan extraños que no había lengua que los pronunciara. Pero Mensur no paraba de hablar de Oxford.

—No estoy segura de si iré allí.

—Claro que sí —declaró Mensur—. Has aprobado los exámenes y te han entrevistado, y ahora te harán una oferta.

—*Baba*… ¿cómo vamos a pagarlo? —le preguntó Peri con voz quebrada.

—Deja de preocuparte. Ya me he ocupado de ello.

Mensur tenía previsto vender el coche, así como la única inversión que habían hecho: un campo que no quedaba lejos del mar Egeo, donde había pensado cultivar olivos algún día. A Peri le pesaba que su padre renunciara a sus sueños por ella. Aun así, cuando se miraron con complicidad Peri sonrió. Aunque procuraba no hablar de ello, en realidad estaba impaciente por ir a Inglaterra.

—*Baba*, ¿estás seguro de que a mamá le parecerá bien? Me refiero a si ya has hablado con ella.

—Aún no —respondió Mensur—. Lo haré a su debido tiempo. ¿Cómo no va a parecerle bien que su hija vaya a estudiar a la mejor universidad del mundo? ¡Estará encantada!

Peri asintió, aunque sabía que su padre mentía. Ninguno de los dos le diría nada a Selma acerca de su partida hasta el último momento.

La última cena

Estambul, 2016

Cuando Peri entró en el amplio comedor, todos los invitados estaban sentados a la mesa, enfrascados en diversas conversaciones. Adnan charlaba con un amigo de la familia, el director de un banco de inversiones globales. Por la expresión de sus rostros hablaban de política o de fútbol, los dos únicos temas en los que los hombres exteriorizaban sus emociones sin tapujos en público. A las cabeceras de la mesa habían tomado asiento los anfitriones. El empresario contaba de nuevo a los comensales que lo rodeaban una anécdota de sus vacaciones con la seguridad del que está acostumbrado a que lo escuchen, mientras que su mujer observaba impávida a cierta distancia. Peri dio un paso adelante, sabiendo que en un instante todas las cabezas se volverían hacia ella. Por un momento consideró la posibilidad de caminar de puntillas hasta la puerta de roble de la entrada y darse a la fuga.

—¿Qué haces ahí de pie, querida? —La mujer del empresario la había visto—. Ven a sentarte.

Peri forzó una sonrisa mientras se dejaba caer en la silla vacía que le habían reservado. Durante el tiempo que había estado en el cuarto de baño, la mayoría de los invitados, si no todos, se habían enterado del accidente. Ahora la miraban con curiosidad compasiva, impacientes por oír la historia.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una mujer que dirigía una agencia de relaciones públicas. Llevaba el cabello recogido en un elaborado tupé sujeto con un gran pasador de estrás que a Peri le recordó una brocheta de kebab y que le confería un aspecto peligroso—. Empezábamos a preocuparnos.

—Sí, ¿qué le ha pasado, querida? —añadió el director de barco.

Peri buscó la mirada de Adnan y percibió cierta inquietud en su expresión, por lo general afectuosa. Tenía ante sí un plato vacío y un vaso de agua. Era

abstemio por motivos tanto de salud como religiosos. Adnan era creyente.

—Nada digno de mencionar en tan grata compañía —respondió Peri, volviéndose hacia el director—. Me interesa más saber de qué hablaban ustedes tan acaloradamente.

—Oh, de los sobornos y la corrupción en la primera división de fútbol inglés —respondió el director—. Bueno, algunos equipos parecen inclinados a perder los partidos. Si no supiera más, diría que les pagan para que pierdan. —Miró con picardía a su anfitrión.

—Tonterías —respondió el empresario—. Si está intentando hablar mal de mi equipo, le aseguro, amigo mío, que ganaremos con el sudor de nuestra frente.

Peri se recostó, aliviada por haber desviado la conversación, aunque no sabía por cuánto tiempo.

Los demás ya habían terminado la sopa cuando apareció una criada con un bol para Peri, caldo de remolacha y zanahoria con una cucharada de queso de cabra. Alguien le llenó la copa sin consultarle. Napa Valley, tinto. Antes de llevársela a los labios, saludó en silencio al alma de su padre.

Empezó a comer despacio mientras echaba una ojeada a la estancia. Mobiliario italiano, arañas inglesas, cortinas francesas, alfombras persas y una plétora de ornamentos y cojines con motivos otomanos; aunque más suntuosa que la media, estaba decorada con la misma mezcla de estilos oriental y europeo que muchas otras casas de Estambul. De las paredes colgaban cuadros de artistas de Oriente Próximo ya famosos o en ciernes. Peri supuso que muchos los habían adquirido demasiado baratos o demasiado caros, ya que el panorama artístico del país, quizá como el de la política, estaba en constante cambio.

En el pasado Peri había asistido a más cenas de las que podía contar en las que los musulmanes conservadores no veían nada malo en mezclarse con bebedores liberales, y alzaban educadamente sus vasos de agua en un brindis, uniéndose en el gesto. En esa parte del mundo, la religión había sido una especie de *collage*. No era tan raro consumir alcohol todo el año y arrepentirse en la Noche del Qadr, en la que los pecados —siempre que se estuviera realmente arrepentido— eran borrados en bloque. Había muchas personas que ayunaban en Ramadán tanto para renovar la fe como para perder

peso. Lo sagrado encajaba a la perfección con lo profano. En una cultura híbrida, hasta los más racionales daban crédito a los *yinn* y tenían siempre a su alcance un dije de vidrio azul, que en el país se consideraba un protector contra el mal de ojo. Por otra parte, incluso al más devoto le gustaba empezar el Nuevo Año viendo la televisión y aplaudiendo al ritmo de una bailarina de la danza del vientre. Un poco de eso, un poco de aquello. *Musulmanus modernus*.

Pero en los últimos años todo había cambiado de forma drástica. Los colores se habían condensado en blancos y negros. Cada vez había menos matrimonios en los que —a diferencia del de sus padres— un cónyuge era piadoso y el otro no. La sociedad se había dividido en guetos invisibles. Estambul no era tanto una metrópolis como un mosaico urbano de comunidades segregadas. La gente era «acérrimamente religiosa» o «acérrimamente secular»; y quienes habían nadado entre dos aguas, negociando con el Todopoderoso y con los tiempos con idéntico fervor, habían desaparecido o se habían sumido en un silencio inquietante.

Por tanto, la reunión de esa noche era poco habitual, pues congregaba a personas de bandos opuestos. Peri comparó aquel lugar majestuoso y palaciego con un cuadro renacentista. De haber sido pintora, lo habría llamado *La última cena de la burguesía turca*. Contó los comensales sentados alrededor de la mesa. Trece, con ella incluida.

—Ni nos escucha —dijo la relaciones públicas.

Al darse cuenta de que hablaban de ella, Peri sonrió.

—¿Me decían algo?

—Su hija nos ha contado que estudió en Oxford.

La expresión de Peri se volvió impenetrable. Buscó con la mirada a Deniz, pero estaba cenando con su amiga en la habitación contigua.

—Pero bueno, querida, ¡qué hermética es usted! —exclamó la esposa del empresario—. ¿Por qué no lo dijo?

—Quizá porque no me licencié…

—¿Qué importa? —respondió un periodista bromeando—. Aun así tiene derecho a presumir.

—¡Mi hermano no para de hacerlo! —soltó la relaciones públicas—. «Cuando estaba en Oxford…»: es lo primero que dice a la gente. —Se volvió

hacia Peri—. ¿Cuándo estuvo usted?

—Hacia 2001.

—¡Oh, igual que él!

Peri sintió una punzada de inquietud que no hizo sino aumentar cuando oyó que su marido decía:

—Deniz ha dicho que tienes una foto. ¿Por qué no se la enseñas?

Adnan lo hacía a propósito, insistiendo y provocándola delante de todos. Le había sentado mal que ella siguiera llevando encima la polaroid. Él estaba al corriente, por supuesto. No de todo, pero casi. Al fin y al cabo fue él quien recogió los pedazos de ella cuando regresó de Oxford.

—¡Vamos, enséñenosla! —exclamó alguien, entusiasmado.

Esta vez Peri no logró desviar la conversación, por más que se esforzó. Estaban resueltos a ver qué aspecto tenía en sus años de estudiante… y comprobar cuánto había cambiado desde entonces.

Sacó la foto del bolso y la puso sobre la mesa. A la luz de las velas podían distinguirse cuatro figuras, rostros sonrientes de un pasado desechado, de pie en el patio nevado de la biblioteca Bodleiana; de las cornisas de la torre de entrada que había detrás colgaban carámbanos de hielo. Uno por uno, los invitados echaron un largo vistazo a la polaroid y la pasaron, no sin antes hacer algún comentario.

—¡Oh, qué joven está!

—Caramba, qué pelo. ¿Llevaba permanente?

Cuando la foto llegó a la relaciones públicas, se puso las gafas y la examinó con detenimiento.

—Un momento —dijo arqueando las cejas—. Este hombre me suena.

Peri se tensó.

—Visitaba a mi hermano todos los años. Estoy segura de que me enseñó su foto…, ¿dónde fue…?

Peri se mantuvo impertérrita.

—Ah, sí, ya me acuerdo. En un periódico. Este hombre era un profesor famoso… y cayó en desgracia… ¡Lo expulsaron de Oxford! Todo el mundo hablaba de él. Hubo un escándalo. —Fijó la mirada en Peri—. Por fuerza tuvo que enterarse.

Peri siguió inmóvil, incapaz de inventar una mentira y al mismo tiempo

reacia a contar la verdad. Para su gran alivio, en ese preciso momento entraron las criadas con los entremeses. El aire se llenó de olores apetitosos. Ella aprovechó la interrupción para guardarse la polaroid en el bolso. Le temblaban tanto las manos que tuvo que esconderlas un rato bajo la mesa.

SEGUNDA PARTE

La universidad

Oxford, 2000

El día que Nazperi Nalbantoğlu, recién acabada la secundaria, llegó a Oxford, lo hizo acompañada de su ansioso padre y de su aún más ansiosa madre. Estos habían planeado pasar el día juntos; después de dejar a su hija instalada en su nueva vida, cogerían el tren de vuelta a Londres por la noche. De allí regresarían en avión a Estambul, donde habían vivido la mayor parte de sus treinta y dos años de matrimonio firmemente inestable, como una vieja escalera que, pese a estar desvencijada, seguía soportando los estragos del tiempo. Sin embargo, las cosas resultaron ser más complicadas de lo previsto. Selma rompió a llorar dos veces, y su estado de ánimo osciló entre ciclos de consternación, autocompasión y orgullo. De vez en cuando cogía una punta de su pañuelo, aparentemente para secarse el rostro, pero en realidad lo hacía para disimular una lágrima. Por una parte, estaba encantada con el logro de su hija. Ningún miembro de la familia había obtenido una plaza en una universidad extranjera, y no digamos en Oxford. Tal posibilidad ni siquiera se les había ocurrido, tan alejado estaba el «aquí» del «allí».

Por otra parte, no podía aceptar que su hija menor, poco menos que una niña, fuera a vivir sola en otro continente, un lugar donde todo era extraño. Le dolía profundamente que Peri hubiera solicitado la plaza a sus espaldas, sin contar con su aprobación. Tras el *fait accompli*, percibía la sombra de su marido. Los dos la habían informado cuando todo estaba hecho, y lo único que pudo hacer ella fue murmurar una débil protesta, no fuera que eso las distanciara, tal vez para el resto de sus vidas. Ojalá hubieran tenido un pariente, por lejano que fuera, alguien —siempre que fuera musulmán sunní, hablara turco, temiera a Dios, leyera el Corán y se lo pudiera localizar por teléfono— en esa ciudad al cual confiar a su hija. Pero no conocía a nadie que

encajara con esa descripción.

Mientras tanto, Mensur, pese a sus deseos de que Peri destacara académicamente, no estaba menos angustiado por dejarla ir. En apariencia tranquilo, se expresaba de forma entrecortada e inconexa, con el mismo tono que habría utilizado para hablar de un terremoto lejano: aceptándolo pero con un trasfondo de dolor. Peri comprendía, y hasta cierto punto compartía la inquietud de sus padres. Jamás se habían separado; ella nunca había estado lejos de su familia, de su hogar y de su patria.

—Ya veis qué bonito es esto —les dijo. Sin dejarse amilanar por la presión cada vez más fuerte que sentía en el pecho, no podía evitar estar emocionada, lista para dejar que su vida alzara el vuelo.

Los cálidos rayos de sol entre las nubes creaban la sensación de que el verano había vuelto, a pesar de las intermitentes rachas de gélido viento otoñal. Con las calles adoquinadas, las torres almenadas, las arcadas de los claustros, las ventanas saledizas y los pórticos tallados, Oxford parecía un lugar sacado de un libro infantil ilustrado. Todo cuanto abarcaba con la mirada estaba impregnado de historia, hasta el punto de que incluso las cafeterías y los grandes almacenes parecían formar parte de ese legado centenario. En Estambul, pese a ser una ciudad antigua, el pasado era tratado como un visitante que se ha quedado más tiempo de la cuenta. Allí en Oxford saltaba a la vista que era el invitado de honor.

Los Nalbantoğlu pasaron el resto de la mañana paseando, admirando los jardines ocultos detrás de patios cuadrangulares desgastados por el tiempo y recubiertos de hiedra, pisando con cuidado la grava, sin saber si les estaba permitido entrar en esos lugares y sin que hubiera a quién preguntar. Algunas partes de la ciudad se veían tan vacías que los viejos muros de piedra caliza que bordeaban los antiguos senderos parecían suspirar por un poco de atención humana.

Cansados y hambrientos, vieron un pub en Alfred Street, un local de techo bajo, suelo de madera que crujía y clientela bulliciosa. Tímidamente, se sentaron en torno a una acogedora mesa junto a la ventana. Todo el mundo bebía cerveza en vasos hechos para las manos de un gigante. Cuando la camarera, una joven con un piercing en el labio inferior, se les acercó, Mensur pidió *fish and chips* y una botella de vino blanco.

—Imagino que este lugar tiene siglos… —comentó. Se quedó mirando los paneles de roble como si contuvieran un código que acabaría descifrando si lo intentaba el tiempo suficiente.

Selma asintió; no obstante, al mirar alrededor reparó en otras cosas: estudiantes que se ponían hasta las cejas de cerveza en un rincón, una mujer con un vestido escuálido que podía muy bien ser una camisola, un hombre cubierto de tatuajes que acariciaba a su novia, cuyo escote era más profundo que el abismo entre Selma y su marido… ¿Cómo iba a dejar a Peri sola en medio de aquella gente? Los occidentales tal vez estuvieran avanzados en ciencias, educación y tecnología, pero ¿y en moral? Le irritaba tener que callarse lo que pensaba por si su marido y su hija se enfadaban. Quiso hacer un comentario cáustico, pero se contuvo frunciendo los labios. No era justo que siempre le tocara a ella ser la progenitora aburrida y con principios.

Ajeno a las preocupaciones de su esposa, pero sin mostrarse del todo ingenuo, Mensur declaró:

—Estamos orgullosos de ti, Pericim.

Era la segunda vez que Peri oía esas palabras de boca de su padre y las disfrutó tanto como la primera. Con unos recursos modestos, él había invertido muy por encima de sus posibilidades en su educación. Estaba resuelta a no fallarle.

—Esto requiere un brindis —declaró Mensur cuando llegó el vino—. ¡Por nuestra brillante hija y por la mejor universidad del mundo!

El rostro de Selma se volvió hermético.

—Sabes que Alá no me permite que me una a vosotros.

—Está bien —dijo Mensur—. Seré yo el que peque. Cuando muera, mándame un pase desde el cielo.

—Si fuera tan simple… —respondió Selma—. Tienes que ir abriéndote paso hacia arriba a los ojos de Alá.

Mensur se mordió por un momento el interior de la boca. Oír a su esposa predicar con esas palabras elegantemente dispuestas surtía el mismo efecto que ver una hilera de fichas de dominó colocadas con esmero. No podía aguantarse las ganas de tirar una.

—Hablas como si supieras de primera mano lo que piensa Alá. ¿Has entrado en Su mente? ¿Cómo sabes lo que Él ve?

—Porque nos lo dice en el Corán —contestó Selma—. Si te molestaras en leerlo…

—Por favor, ¿podéis dejar de discutir por un día? —les suplicó Peri. Para cambiar de tema y bajar la tensión, añadió—: Pronto me tendréis de vuelta en Estambul para la boda.

Hakan estaba a punto de casarse. Aunque Umut —quien, al salir de la cárcel, se había refugiado en una ciudad junto al Mediterráneo— seguía soltero, Hakan se había negado a esperar su turno aun a expensas de desafiar el orden familiar. Al principio todos habían sospechado que detrás de esa impaciencia había una explicación embarazosa, un bombo demasiado visible para que la novia lo escondiera, pero al final se había hecho evidente que la única razón de las prisas era la personalidad del novio.

Terminaron de comer casi en silencio.

Mientras esperaban la cuenta, Selma tomó la mano de su hija.

—Aléjate de los que no son buenos.

—Lo sé, madre.

—La educación es importante, pero hay algo más importante para una joven, ¿comprendes? Si lo pierdes, no habrá diploma que te redima. Los chicos no tienen nada que perder. Las chicas han de ser especialmente cuidadosas.

—Bueno… —Peri apartó la mirada.

La virginidad, ese dogma al que podía aludirse pero nunca se pronunciaba abiertamente. Pendía amenazador sobre muchas conversaciones entre madres e hijas, tías y sobrinas. Un tema que esquivar de puntillas, como a un borracho dormido en mitad de la acera al que nadie se atreve a molestar.

—Confío en mi hija… —terció Mensur, que había acabado bebiéndose la mayor parte del vino él solo y parecía un poco achispado.

—Y yo también —repuso Selma—. Es de los otros de quienes desconfío.

—Eso es una estupidez. Si confías en ella, ¿por qué te preocupas tanto por los demás?

Selma esbozó una mueca.

—Un hombre que se mata día tras día con la bebida no puede llamar estúpido a nadie más que a sí mismo.

Mientras oía a sus padres pelearse de nuevo —batallas que nunca ganaban,

cuentas que nunca saldaban—, lo único que pudo hacer Peri fue mirar por la ventana el centro de la ciudad que, al menos durante los tres próximos años, se convertiría en su universidad, su santuario, su hogar. Tenía un nudo en el estómago. Sobre ella se cernían pensamientos oscuros. Pensó en el azafrán, no el falso sino el auténtico, que se vendía a precios desorbitados en delicados tubos de cristal en el mercado de especias de Estambul. Así era su optimismo: limitado, confinado, perecedero.

El mapa

Oxford, 2000

—¡Hola! —exclamó una voz a sus espaldas, instantes después de que llegaran a la portería del *college* donde los aguardaba la «compañera» de Peri, una alumna de segundo que había sido designada como su guía.

Al volverse vieron a una joven alta, con el porte de la sultana que podría haber sido en otra época y en otras tierras. Llevaba una camisa tan rosa como el merengue de agua de rosas que Peri apreciaba de niña. El cabello negro le caía en rizos sueltos por la espalda totalmente erguida. Se había pintado los labios de carmín brillante y las mejillas con colorete. Pero lo más asombroso eran sus ojos, negros y muy separados, perfilados con lápiz morado y cubiertos de sombra turquesa. Su maquillaje era como la bandera de un país inestable, al declarar no solo su independencia sino también lo impredecible que era.

—Bienvenidos a Oxford —les dijo sonriente mientras les tendía una mano cuidada—. Me llamo Shirin. —Y lo pronunció con tantas vocales como era posible juntar en una sola palabra.

Con su nariz aguileña y una barbilla prominente, no era guapa en un sentido convencional, pero poseía un aura tan poderosa que podía confundirse con la belleza. Peri se quedó tan prendada de su aspecto que se le acercó sonriendo de oreja a oreja.

—Hola, yo soy Peri, y estos son mis padres. —«Por un día fingiremos que somos una familia normal», se dijo.

—Encantada de conoceros. Tengo entendido que sois turcos. Yo nací en Teherán, pero nunca he vuelto —dijo Shirin con un ademán natural, como si Irán estuviera a la vuelta de la esquina, esperándola—. ¿Listos para la visita?

Peri y Mensur asintieron con entusiasmo. Selma miró con desaprobación la

falda corta, los altos tacones y el exagerado maquillaje de la joven. A sus ojos, no parecía una estudiante. Y menos aún iraní.

—¿Qué clase de estudiante es? —murmuró Selma en turco.

—Madre, por favor —siseó Peri, presa de la preocupación irracional de que la joven iraní británica entendiera el turco.

—¡Vamos allá! —exclamó Shirin—. Normalmente empezaríamos por nuestro *college* y luego veríamos el resto de la ciudad. Pero yo nunca hago nada en orden. ¡Seguidme, amigos!

Y acto seguido se embarcó en una larga perorata sobre la historia de Oxford mientras los conducía por las sinuosas calles de la vieja ciudad. Animada y de buen humor, hablaba muy rápido, y sus palabras salían en un torrente frenético que a los Nalbantoğlu les costaba seguir, sobre todo a Selma, que no veía el parecido entre ese galimatías y el anticuado inglés basado en la gramática que había aprendido hacía mucho en la escuela y que había olvidado a la velocidad de un rayo. Para ayudarla, Peri se prestó a traducir, aunque de una forma bastante libre. Suavizaba y reformulaba y, cuando era necesario, censuraba lo que pudiera irritar a su madre.

Shirin les explicó que todos los *colleges* en Oxford eran fundaciones autogestionadas y autónomas que controlaban sus propios asuntos, un dato que confundió a Mensur.

—Pero tiene que haber un rector, una autoridad por encima de todo —objetó chapurreando el inglés, y miró alrededor como si temiera que la ciudad pudiera sumirse en la anarquía.

—Debo discrepar. Sé por experiencia que la autoridad es como el ajo; cuanto más lo usas, más huele.

Mensur, que había pasado la mayor parte de su vida adulta anhelando una autoridad lo bastante central, firme, sólida y secular para detener el aumento del fundamentalismo religioso, alzó la vista alarmado. Para él la autoridad era un aglutinante, el mortero que mantenía unidas las piezas de una sociedad en perfecto orden. En su ausencia, los ladrillos caían y la estructura se derrumbaba.

—No toda autoridad es mala, por supuesto —insistió Mensur—. ¿Qué hay de los derechos de las mujeres? ¿Qué me dices de cuando un líder fuerte defiende a las mujeres?

—Bueno, yo le diría: gracias, pero puedo valerme por mí misma. ¡No necesitamos una autoridad superior que lo haga por nosotras! —repuso Shirin, y miró a Selma, reparando en el pañuelo y en el abrigo largo y amorfo que llevaba.

Peri, que siempre captaba los sentimientos de los demás, se percató de que la aversión era mutua. La joven iraní británica parecía albergar desdén hacia las mujeres que se cubrían la cabeza; un desdén que no creía necesario ocultar.

—Vamos, madre. —Peri asió a Selma por el brazo, el de la quemadura, recuerdo de un día de limpieza de alfombras años atrás. Los otros dos las siguieron.

En las escalinatas del Museo Ashmolean, madre e hija vieron a una pareja besándose con pasión. Peri se sonrojó como si ella misma hubiese sido la sorprendida en brazos del chico. Con el rabillo del ojo vio que Selma fruncía el ceño. Esa era la misma mujer que no le había enseñado absolutamente nada de sexo. Todavía recordaba que, de niña, un día le preguntó en el *hamam* acerca de lo que había visto colgando entre las piernas de un niño. La reacción de Selma fue precipitarse hacia la madre del niño y soltarle una invectiva que no se oyó dado el rumor del agua de las fuentes de mármol, pero que, a juzgar por los gestos, fue cruda. Peri se sintió avergonzada y también culpable, por tener curiosidad por algo que era evidente que no tenía derecho a saber.

Con el tiempo la curiosidad volvió a ser más fuerte que ella. Una vez le preguntó a su madre si había considerado alguna vez abortar, dado el largo intervalo entre los dos primeros embarazos y el último. Sus padres podrían haber considerado que la familia ya estaba completa y decidido no tenerla.

—Bueno, fue bochornoso —respondió Selma—. Yo tenía cuarenta y cuatro años cuando llegaste.

—¿Por qué no pusiste fin al embarazo?

—Habría sido un pecado. Me dije: el pecado a los ojos de Alá es peor que la vergüenza a los ojos de los vecinos. De modo que seguí adelante.

Peri nunca le confesó a su madre cuánto había detestado esa respuesta. Esperaba que le dijera algo más delicado, como «Nunca pensé en poner fin al embarazo; ya te quería muchísimo», o bien «Pedí hora en la clínica, pero la noche anterior te vi en un sueño, una niña de ojos verdes…». Sin embargo, tal como estaban las cosas, Peri llegó a la conclusión de que había sido un bebé

sándwich nacido entre el pecado y la vergüenza: dos capas de fatalidad.

Juntos visitaron el *college* donde Peri viviría: un magnífico edificio con gran valor arquitectónico que a los Nalbantoğlu les parecía más un museo que una residencia de estudiantes. Impresionada como estaba con los altos techos, los paneles de roble y el aura atemporal de la tradición, Peri disimuló su decepción al reparar en el tamaño y la austeridad de su habitación. Un lavabo, una cómoda, una cama, un escritorio y un armario. Eso era todo, en sorprendente contraste con un exterior espectacular. Pero luego estaba la estimulante libertad de vivir sola por primera vez.

Cuando bajaron por la estrecha escalera, dejando pasar a otros estudiantes, Shirin se volvió y le guiñó un ojo.

—Si quieres hacer amigos enseguida, deja la puerta abierta. Así la gente entrará a saludarte. Una puerta cerrada significa: «Déjame en paz, no deseo que me molesten».

—¿En serio? —susurró Peri, que no quería que sus padres lo entendieran —. Pero ¿cómo voy a estudiar con interrupciones?

Shirin soltó una risita, como si la mención del estudio fuera lo más gracioso que había oído ese día.

Durante el resto de la tarde, Shirin les enseñó a los Nalbantoğlu la cámara circular Radcliffe, el teatro Sheldonian y el Museo de Historia de la Ciencia con sus rudimentarios instrumentos científicos. La siguiente parada fue la biblioteca Bodleiana. Shirin explicó que «la Bod», pues así la llamaban tanto los estudiantes como los profesores, tenía más de ciento cincuenta kilómetros de estanterías subterráneas. En otros tiempos había que hacer el juramento de no robar los libros. En algunas bibliotecas de los *colleges* los libros todavía estaban sujetos con cadenas, como en la época medieval.

Mensur señaló una inscripción en un escudo de armas que había en la pared.

—¿Qué significa?

—*Dominus illuminatio mea*. «El Señor es mi luz» —respondió Shirin alzando la vista al cielo, sin darse cuenta o con sorna, no era fácil saberlo.

Al reconocer el gesto más que las palabras, Selma propinó un codazo a su marido en las costillas.

—Si en una universidad turca hubiera un letrero parecido sobre Alá en la pared, te habrías indignado. ¡Lo considerarías un refugio para fanáticos! ¡Un campo de terror para terroristas suicidas! ¡En cambio aquí no tienes ningún problema con las inscripciones religiosas!

—Porque en Europa la religión es de otra naturaleza —repuso Mensur, displicente.

—¿Cómo es eso? —replicó Selma—. La religión es la religión.

—No es cierto. Unos son más… religiosos —insistió Mensur, sonando como un niño enfurruñado, incluso a sus oídos—. Mira, en Europa la religión no intenta dominar a todos y todo. ¡La ciencia es libre!

—La ciencia floreció en Al-Ándalus —le rebatió Selma—. Nos lo explicó Üzümbaz Efendi, que Alá bendiga su alma. ¿Quién crees que inventó el álgebra? ¿O los molinos de viento? ¿O el cepillo de dientes? ¿El café? ¿Las vacunas? ¿El champú? ¡Lo inventaron los musulmanes! Cuando los europeos apenas se lavaban, nosotros teníamos maravillosos *hamams* aromatizados con agua de rosas. Somos nosotros quienes les enseñamos higiene a los occidentales, y ahora intentan vendérnosla.

—¿A quién le importa quién inventó qué hace un millar de años? —repuso Mensur—. ¡Pregúntate quién ha hecho más en el ámbito de la ciencia!

—Papá, mamá, ya basta —murmuró Peri, avergonzada de que una desconocida fuera testigo del enfrentamiento entre sus padres.

Shirin, ya fuese porque había percibido la tensión y quería avivar un poco las llamas, o por pura coincidencia, pasó a explicar que muchos de los viejos *colleges* de Oxford habían evolucionado a partir de fundaciones monásticas cristianas. Peri no tradujo nada de eso a su madre.

Mientras subían las escaleras de la biblioteca Bodleiana, Peri se detuvo a leer los nombres de los mecenas grabados en una tabla dorada. Desde tiempos inmemoriales, los ricos y poderosos habían apoyado ininterrumpidamente aquella magnífica colección. Le entristecía pensar que si hubieran construido esa biblioteca en Estambul alrededor de ese mismo período, habría sido arrasada, quizá más de una vez, y reconstruida en cada ocasión con una arquitectura diferente, un diseño modificado y un nuevo nombre, según la ideología imperante del momento, hasta que un día la habrían convertido en barracones militares y luego, lo más probable, en un centro comercial.

Suspiró.

—¿Estás bien? —le preguntó Shirin, deteniéndose a su lado.

—Sí. Solo me gustaría que hubiera bibliotecas tan bonitas como esta en Turquía —respondió Peri.

—Sigue deseándolo, hermana. Europa lleva imprimiendo libros desde la Edad Media. No sé exactamente cuándo empezó a hacerlo Oriente Próximo, solo sé que estamos todos condenados; me refiero a que es cierto que Irán, Turquía, Egipto poseen una cultura rica, una música preciosa y buena comida. Pero los libros son saber y el saber es poder, ¿no? ¿Cómo se va a cerrar la brecha?

—Doscientos ochenta y siete años —murmuró Peri.

—¿Cómo dices?

—Perdona. La imprenta de Gutenberg es de alrededor de 1440. En la década de 1500 se publicaron en Italia unos pocos libros en árabe. Pero fue con Muteferrika, del Imperio otomano, cuando los musulmanes empezaron a imprimir… bajo una férrea censura, por supuesto. Eso son doscientos ochenta y siete años de diferencia.

—Eres rara —comentó Shirin—. Seguro que sobrevivirás en Oxford.

—¿Eso crees? —repuso Peri sonriendo.

Se detuvieron a tomar un café en el Covered Market, que quedaba cerca. Mientras Peri y Shirin buscaban una mesa, Mensur y Selma fueron a buscar un aseo, cada uno por su cuenta.

—Hablando de brechas, parece que hay una muy grande entre tus padres —comentó Shirin de repente—. Tu padre es algo izquierdista, ¿no? Y tu madre…

—Yo no lo llamaría izquierdista, pero sí, es secularista… Kemalista, si sabes algo de Turquía. Y mi madre es… —Al igual que Shirin, Peri se interrumpió. Muy despacio se arrancó un hilo invisible de la manga y le dio vueltas entre los dedos. Nunca había conocido a una persona tan brusca y entrometida, pero no estaba ni la mitad de ofendida de lo que pensaba. Aun así, cambió de tema—: Entonces naciste en Teherán.

—Sí, la mayor de cuatro hijas. ¡Pobre *baba*! Quería desesperadamente un varón, pero Shaitan se le metió en la cama. *Baba* fumaba como una chimenea y comía como un pajarillo. «Me está matando», solía decir. Se refería al

régimen, no a nosotras. Al final encontró una salida. Mi madre no quería marcharse, pero accedió por amor. Acabamos como por arte de magia en Suiza. ¿Has estado allí?

—No, esta es la primera vez que salgo de Estambul —respondió Peri.

—Bueno, Suiza es bonito, demasiado, de un bonito acaramelado, ya me entiendes. Cuatro años de mi vida en la aletargada Sion. ¡Lo creas o no, una vez oí a una chica quejarse a su padre de que en el supermercado no tenían la variedad de fruta del bosque que más le gustaba! Vamos, el mundo está cambiando a pasos agigantados, ha caído el muro de Berlín ¿y te pones a hablar de las frutas del bosque? Aunque era niña, incluso yo sentía algo emocionante en el aire. Me encanta cuando se derrumban muros. Se vive bien en Suiza, pero quizá demasiado lentamente para mi gusto. Desde entonces he estado corriendo para recuperar el tiempo perdido.

Peri escuchaba y su expresión iba pasando de la curiosidad al deleite.

—Luego fuimos a Portugal. A mí me gustaba vivir allí, pero a *baba* no. Él seguía fumando y quejándose. Dos años en Lisboa y justo cuando había aprendido suficiente portugués, ¡pumba! ¡Haced las maletas que nos vamos a Inglaterra, la reina nos espera! Cuando tienes catorce años, lo que toca es lidiar con tu propio drama, no con el de tu familia. De todas formas, el mismo año que llegamos aquí murió *baba*. El doctor dijo que sus pulmones se habían convertido en carbón. ¿No te parece extraño que un médico utilice una metáfora? ¿Se cree que es un poeta o qué? —Shirin tamborileó con los dedos en la mesa y se miró el esmalte de las uñas—. Inglaterra era el sueño de *baba*, no el mío, y aquí estoy, tan británica como una tarta de melaza, pero ¡tan fuera de lugar como un pastel relleno de dátiles!

—¿Dónde imaginas tu hogar? —le preguntó Peri.

—¿Mi hogar? —Shirin chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Te diré una norma universal: el hogar es el lugar donde está tu abuela.

Peri sonrió.

—Eso es bonito. ¿Dónde está la tuya?

—Dos metros bajo tierra. Murió cuando yo tenía cinco años. Fui su primera nieta y me adoraba. Los vecinos dicen que hasta que exhaló el último suspiro estuvo esperando que regresáramos. ¡Ahí imagino mi hogar! Enterrada con *mamani* en Teherán. De modo que, técnicamente hablando, no tengo hogar.

—Ah… mmm… lo siento —respondió Peri, percibiendo en esta vacilación su incapacidad para ponerse a la altura de tanta extroversión, como mostraba Shirin.

—¿Sabes cómo llaman a los cementerios allí? El paraíso de Zahra. Es bonito, ¿verdad? Todos los cementerios deberían llamarse «paraísos». No hay necesidad de molestar al Todopoderoso con el día del Juicio Final, las calderas que hierven y los puentes frágiles y demás. Mueres, vas al paraíso y se acabó.

Peri se quedó inmóvil, igual de fascinada y desconcertada. Le parecía que su nueva amiga, aunque tenía la misma edad que ella, había vivido el doble y visto más mundo que toda su familia junta. Peri nunca había oído a nadie hablar así del más allá, ni siquiera a su padre, que a menudo expresaba su desagrado hacia todos los asuntos de la fe.

Al cabo de un rato Mensur y Selma regresaron. A esas alturas habían encontrado algo en lo que estar de acuerdo: Shirin. Por distintas razones, aunque con la misma intensidad, la chica les había caído mal. Por separado, tenían previsto decirle a su hija que permaneciera alejada de la iraní británica. Seguro que era una mala influencia.

Una hora después, tras caminar en círculos mareantes, acabaron la visita frente a la Oxford Union. Antes de separarse, Shirin abrazó a Peri como si fueran amigas que no se veían hacía tiempo. Su perfume era embriagador y almizclado, y tan potente que por un instante Peri se sintió desorientada y la cabeza le daba vueltas.

Shirin afirmó que los ingleses, aunque educados y de buenos modales, podían ser demasiado reservados y precavidos para una extranjera que se sentía sola en un nuevo país, y que era mejor que Peri se uniera a los otros estudiantes extranjeros o con los que provenían de una mezcla de culturas, como ella.

—Entonces supongo que te veré por aquí —dijo Peri.

Era sincera. Pues, aunque se sentía ligeramente intimidada ante la personalidad de Shirin, no podía evitar sentirse atraída por su parloteo interminable, su seguridad en sí misma y su audacia. Siempre codiciabas lo que no tenías.

—¿Verme por aquí? —repitió Shirin mientras besaba a Selma y a Mensur en ambas mejillas a pesar de lo rígidos que estaban—. ¡No lo dudes! He olvidado decirte que estamos en el mismo patio.

—¿En serio?

—Sí. —Shirin sonreía de oreja a oreja—. En realidad, estás en la habitación de al lado. Y como te atrevas a hacer ruido, armaré una… Es broma. Turquía e Irán vecinas, como en el mapa. Seremos grandes amigas. O grandes enemigas. Tal vez empezaremos una guerra. ¡La Tercera Guerra Mundial! Porque sabes lo que va a pasar, ¿no? Estallará otra maldita guerra, pues Oriente Próximo está jodido…, uy, perdonad la palabrota. —Luego, volviéndose hacia los sobresaltados padres de Peri, y pronunciando mal su apellido, declaró—: Señor y señora Nawbawmtlooo, no se preocupen por su hija. Está en buenas manos. En adelante mi tarea será cuidarla.

El silencio

Oxford, 2000

Cuando sus padres se marcharon a la estación de tren, Peri regresó hasta las escaleras del patio delantero del *college* con una desazonadora sensación de soledad. Por emocionante que fuera verse libre por una vez de sus continuas disputas, al menos le resultaban familiares, y su ausencia la llenó de inquietud, como si le hubieran quitado de pronto una alfombra de debajo de los pies y se viera obligada a caminar sobre un terreno abrupto. Ahora que el orgullo y la emoción del día se habían disipado, cayó en un profundo desasosiego. Haciendo frente al viento, tan distinto a la salada brisa de la última hora vespertina en Estambul, tomó aire y lo soltó poco a poco. Buscó los olores de siempre: a mejillones fritos, castañas asadas, roscas de pan con sésamo, tripas de cordero a la parrilla, mezclados con la fragancia de los árboles de Judas en primavera o de las plantas de Dafne en invierno. Como una hechicera trastornada que ha olvidado las fórmulas de sus pociones, Estambul mezclaba aromas insólitos en la misma olla: rancios y dulces; repugnantes y deliciosos. En cambio, en Oxford el olor resinoso que flotaba en el aire parecía constante, fiable.

Subió las oscuras escaleras de madera hasta su habitación, donde abrió las maletas, sacó la ropa y la colgó en el armario; colocó las fotos de su familia sobre el escritorio. En la mesilla de noche dejó su diario sobre Dios.

Se había llevado algunos de sus libros favoritos, unos en turco, otros en inglés: *La lechuza ciega*, de Sadeq Hedayat; *El amor de una mujer generosa*, de Alice Munro; *Dientes blancos*, de Zadie Smith; *Las horas*, de Michael Cunningham; *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy; *Sobre la historia natural de la destrucción*, de W. G. Sebald; *Tutunamayanlar*, de Oğuz Atay; *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino; *Un artista del mundo*

flotante, de Kazuo Ishiguro.

—¿Por qué lees siempre a escritores occidentales? —le preguntó una vez el único novio que había tenido.

Ella estaba entonces en el último curso del instituto, y él, que tenía tres años más, ya iba a la universidad, donde estudiaba sociología. La acusación que traslucía la pregunta la había pillado por sorpresa. En realidad, Peri leía literatura tanto de su país como del resto del mundo. Su tendencia era sumergirse en cualquier libro que capturara su imaginación y despertara su curiosidad, fuera cual fuese la nacionalidad de su autor. Sin embargo, al lado de su novio, en cuyos estantes solo había títulos turcos —y unas pocas novelas rusas y sudamericanas, que afirmaba que no eran corruptas puesto que no habían sido escritas a través de las «distorsionadas lentes del imperialismo cultural»—, la lista de sus lecturas era demasiado europea.

—Cuando te miro, veo al típico intelectual oriental en ciernes —decía él —. Enamorado de Europa y en conflicto con sus raíces.

Peri nunca había comprendido por qué las raíces estaban tan bien valoradas en comparación con las ramas o las hojas. Los árboles tenían múltiples brotes y filamentos que se extendían en todas direcciones, por debajo y por encima de los antiguos suelos de la Tierra. Si hasta las raíces se negaban a permanecer quietas, ¿por qué pedir lo imposible de los seres humanos?

Aun así, estaba enamorada de él y había sentido una punzada de remordimiento. Aunque era una lectora más ávida que él, por lo visto había perdido tiempo vagando por callejuelas y caminos secundarios en la Ciudad de los Libros, tentada por sus sabores y olores. Durante un tiempo intentó no gastar dinero en títulos occidentales, pero esa nueva resolución fracasó rápidamente. Un buen libro era un buen libro, y eso era lo único que importaba. Además, por nada del mundo comprendería una actitud reaccionaria ante la lectura. En muchas partes del mundo una persona era lo que decía y lo que hacía, y también lo que leía. En Turquía, como en todos los países obsesionados por cuestiones de identidad, una persona era, ante todo, lo que rechazaba. Al parecer, cuanto más hablaba alguien sobre un autor, menos probable era que hubiera leído sus libros.

Al final, la relación acabó, minada por su distinta actitud respecto a la

intimidad antes que por sus gustos literarios discrepantes. En Oriente Próximo había un tipo de novio que se impacientaba si su novia rechazaba sus avances sexuales; al mismo tiempo, en cuanto ella empezaba a reaccionar de forma apasionada a sus deseos, perdía valor a sus ojos. Condenada tanto si decía que «no» como si decía que «sí», la chica tenía todas las de perder.

Cuando Peri terminó de arreglar la habitación, abrió la ventana emplomada que daba a la impecable extensión de césped del jardín del *college*. En el aire flotaba una sensación de vacío que desdibujaba los contornos de cualquier forma que pudiera percibirse a lo lejos. Contemplando las sombras de los árboles cercanos, se estremeció como si un espíritu o un *yinni*, compadecido de su soledad, la hubiera rozado con mucha suavidad. ¿Tal vez fuera el niño de la bruma? No lo creía. Hacía mucho que no lo veía. Quizá se trataba de un fantasma inglés. Oxford parecía un lugar donde los fantasmas, desinhibidos y no necesariamente aterradores, podían moverse en la oscuridad.

Lo primero que llamó la atención a Peri en Oxford fue el silencio. Esa fue, y así sería durante meses, la única peculiaridad a la que le costó acostumbrarse: la ausencia de ruido. Estambul era desvergonzadamente bulliciosa, de día y de noche; incluso después de que cerraras los postigos, corrieras las cortinas, te pusieras tapones en los oídos y te taparas hasta la barbilla, el estruendo, apenas debilitado, penetraba por las paredes, colándose en tu sueño. Los últimos gritos de los vendedores ambulantes, el traqueteo de los camiones ya entrada la noche, las sirenas de las ambulancias, los barcos del Bósforo, las oraciones y las blasfemias, que se multiplicaban después de medianoche, flotaban en el aire, negándose a evaporarse. Estambul, como la naturaleza, odiaba el vacío.

Sentada en la cama, Peri sintió una especie de opresión en el pecho. La ansiedad de sus padres parecía haberla contagiado, aunque por motivos propios. Se sentía una impostora. Temía no lograr el éxito allí, entre estudiantes que sin duda estaban mucho mejor preparados y se expresaban mucho mejor que ella. El inglés que había aprendido en la escuela y perfeccionado durante largas noches leyendo por su cuenta tal vez no bastara para seguir el ritmo de algunos de los cursos avanzados de la licenciatura de FPE (filosofía, política y economía). Aunque se esforzó en ocultarlo como

pudo, su miedo al fracaso era enorme. Tenía un nudo en la garganta. Se sorprendía de la rapidez con que le afloraban las lágrimas. Cuando llegaban, eran calientes y familiares, y por alguna razón no eran tristes.

Llamaron a la puerta, y del susto Peri volvió al presente. Sin esperar respuesta, la puerta se abrió y entró Shirin.

—¡Hola, vecina!

Peri sorbió sin querer y sonrió, intentando recobrar la compostura.

—Te he dicho que dejaras la puerta abierta. —Shirin se plantó en mitad de la habitación, con los brazos en jarras—. ¿Un chico?

—¿Cómo?

—Las lágrimas. ¿Has roto con tu novio?

—No.

—Bien. No debes llorar nunca por un tío. Entonces, ¿qué pasa? ¿Has roto con tu novia?

—¿Cómo? ¡No!

—Está bien, relájate —respondió Shirin, alzando las manos en ademán de fingida disculpa—. Ya veo que eres hetero hasta la médula. Yo tiro más a lo otro.

Peri abrió mucho los ojos.

—Si esas lágrimas no son por un novio, debes de añorar tu casa —dijo Shirin ladeando la cabeza—. ¡Qué suerte tienes!

—¿Suerte?

—Sí, pues si añoras tu casa es porque tienes casa en alguna parte.

Shirin se dejó caer en el sillón junto al escritorio y sacó un frasquito de esmalte de uñas, de un rojo tan brillante que debían de haber sacrificado varias criaturas para fabricarlo.

—¿Te importa? —De nuevo sin esperar respuesta, se quitó las zapatillas y empezó a pintarse las uñas de los pies. Un acre olor a producto químico impregnó el aire—. Ahora que se han ido tus padres, quisiera preguntarte algo. ¿Eres creyente?

—Yo. En realidad no… —respondió Peri con dificultad, como si revelara algo que le había llevado un tiempo comprender—. Pero Dios no me es indiferente.

—Mmm… Necesito más información. Por ejemplo, ¿comes cerdo?

—¡No!

—¿Qué hay del vino, bebes?

—A veces, con mi padre.

—Ajá, eso me ha parecido. Eres mitad y mitad.

—¿Qué quieres decir? —dijo Peri frunciendo el ceño.

Pero Shirin ya no escuchaba. Parecía estar buscando otra cosa en los bolsillos. Incapaz de encontrarla, arrugó la nariz, se levantó y se dirigió a su habitación situada al otro lado de la escalera, tambaleándose sobre los tacones para que no se le corriera la laca de las uñas recién pintadas.

Intrigada y un poco irritada, Peri la siguió a su habitación, cuya puerta estaba abierta de par en par. Se detuvo en seco al ver el desorden. Cajas de maquillaje, cremas faciales, guantes de encaje, frascos de perfume, manzanas a medio comer, envoltorios de caramelos, bolsas de patatas fritas vacías, latas de Coca-Cola aplastadas, libros y páginas arrancadas de revistas esparcidos por el suelo. Algunas de esas páginas habían sido pegadas a las paredes, junto a un póster de Coldplay y una foto en blanco y negro de una mujer morena de expresión huraña en la que se leía: «Forugh Farrojzad». Desde el otro extremo de la habitación, un póster enorme de Nietzsche con su poblado bigote la miraba furioso. A su lado había lo que parecía una fotocopia ampliada y a color de una miniatura persa, con un marco dorado. Debajo, Shirin hurgaba en una mochila.

—¿Qué has querido decir? —repitió Peri.

—Mitad musulmana, mitad moderna. No puedes soportar la visión de un cerdo, pero estás conforme con el vino, el vodka o el tequila…, ya me entiendes. Relajada en lo que se refiere al Ramadán, ayunas algún que otro día y comes los días entre medias. No abandonarás la religión, porque nunca se sabe si habrá vida después de la muerte, y es mejor ir a lo seguro. Tampoco quieres renunciar a las libertades. Un poco de aquí y otro poco de allá. La gran fusión de los tiempos: *Musulmanus modernus*.

—Oye, me estás ofendiendo.

—No esperaba menos. Un *musulmanus modernus* siempre se ofende. —Y diciendo esto, Shirin sacó de la mochila un frasco transparente, un esmalte para el acabado de uñas, y exclamó—: ¡Lo encontré!

Peri la miró enfadada.

—Si yo soy lo que dices que soy, ¿tú qué eres?

—Oh, hermana, yo solo soy una nómada. No pertenezco a ningún lugar. —Mientras se aplicaba el barniz en las uñas, Shirin continuó arremetiendo contra los mojigatos, los hipócritas, los conformistas y lo que ella llamaba los palurdos. Como un río, sus ideas brotaban a borbotones, palabras en estado líquido que siseaban, salpicaban y buscaban. En su opinión, merecían el mismo respeto los que creían que quienes no creían con una pasión sincera. No podía soportar a los que no pensaban. Los copiones, los llamaba.

En el silencio que siguió, Peri tuvo la sensación de que tiraban de ella en dos direcciones opuestas. Por un lado, censuraba la arrogancia pendenciera de Shirin. Notaba su cólera, pero ¿contra qué iba dirigida exactamente? ¿Contra su patria, su padre, su religión, los mulás de Irán…? No estaba segura. Por el otro, disfrutaba oyendo a Shirin, reconociendo en su soliloquio ecos de la voz de su propio padre. Fuera como fuese, esa no era la clase de conversación en la que esperaba enfrascarse la primera tarde lejos de su hogar. Quería hablar de las clases, de los tutores, de adónde ir a tomar café, de dónde comprar los mejores sándwiches, de los pormenores de la vida cotidiana en Oxford.

Empezó a llover, y un suave y continuo repiqueteo colmó la habitación. Aquel ruido debía de tener un efecto sedante en Shirin porque cuando volvió a hablar, su voz, aunque todavía embargada por la emoción, era más serena.

—Perdona que te bombardee con mis mierdas. Eres muy libre de creer lo que quieras, no es asunto mío. No sé por qué me he dejado llevar de este modo.

—No te preocupes. Solo me alegro de que mi madre no esté aquí.

Shirin se rió…, una risa ligera, casi infantil.

—Háblame de los otros estudiantes —dijo Peri—. ¿Son muy inteligentes?

—¿Crees que en Oxford todos los estudiantes son putos Einsteins? —Shirin resopló al decir la última palabra—. Mira, los estudiantes son como los batidos de leche, los hay de sabores diferentes. Yo diría que de seis tipos.

Primero estaban los activistas involucrados en cuestiones sociales, medioambientales y defensores de la justicia. Habladores, serios, irritables, inmersos en campañas para salvar las selvas de Borneo o a los monjes budistas perseguidos de Nepal, explicó Shirin. Con sus jerséis holgados, collares de cuentas, pelo mal cortado y tejanos enrollados, eran fáciles de

distinguir por su expresión resuelta, y por sus bolígrafos y cuadernos, siempre dispuestos a recoger firmas. Organizaban vigilias nocturnas y durante el día repartían folletos en todas partes y se enzarzaban continuamente en acaloradas discusiones. Disfrutaban haciendo que te sintieras culpable por no formar parte de algo más decisivo y significativo que tu mezquina vida.

En segundo lugar estaba la eurochusma. Venían de familias ricas europeas y por alguna razón todas se conocían; en vacaciones iban a esquiar a las mismas estaciones y al regresar lucían sus bronceados y exhibían sus fotos. Practicaban una sofisticada forma de endogamia, ya que solo se ennoviaban entre ellos. En los largos desayunos consumían rebanadas de pan con capas de mantequilla y aun así lograban mantenerse delgados. Les gustaba quejarse de que los cruasanes estaban rancios y los *cappuccini* eran malos, y nunca se cansaban de hablar del tiempo.

En tercer lugar, los que venían de las escuelas públicas. Sociables de forma selectiva, formaban camarillas a una velocidad vertiginosa y escogían a sus amigos sobre todo según dónde hubieran estudiado. Llenos de energía y seguridad en sí mismos, se embarcaban inmediatamente en actividades extraescolares: remo, piragüismo, esgrima, teatro; jugaban al críquet, al golf, al tenis, al rugby, al waterpolo, y practicaban el taichí o el kárate en su tiempo libre. Toda esa acción debía de dejarlos sedientos, porque se reunían en «sociedades de bebedores», donde sacaban el mayor provecho de vestirse con corbata negra y ahogarse en alcohol, disfrutando con la exclusión de cuantos tenían vedado ser socios de sus clubes por su extracción social. Los candidatos, para unirse a ellos, tenían que ser propuestos por alguno de sus miembros, y el resto podía emitir votos en contra.

Luego estaban los estudiantes de otros países: indios, chinos, árabes, indonesios, africanos… La mayoría de ellos se dividía en dos subgrupos. Por un lado, aquellos que, como imanes que se atraen, iban en pos de lo conocido. Cenaban, estudiaban, fumaban y se juntaban en grupos donde podían hablar en su lengua materna. Por otro, los que hacían justo lo contrario, pues aspiraban a distanciarse todo lo posible de sus compatriotas. Estos últimos tenían un acento sumamente voluble, que cambiaba de forma drástica en sus intentos de parecer más británicos o, a veces, estadounidenses.

En quinto lugar estaban los nerds. Serios, estudiosos, inteligentes,

inquisitivos, merecedores de respeto pero incapaces de hacer amigos. En matemáticas, física y filosofía proliferaban como setas, preferían sus esquinas silenciosas umbrías a la plena luz del sol. Estudiaban con una pasión rayana en la neurosis. Podía vérseles, incluso en medio de una multitud, caminando con brío de la biblioteca a las clases, impacientes por discutir con los profesores en los claustros, pero al mismo tiempo satisfechos de su soledad; lo cierto era que se sentían más cómodos en compañía de los libros que en la de sus iguales en el bar del *college* o en la sala de estudiantes.

Mientras escuchaba a Shirin, Peri sintió una mezcla de emoción y ansiedad. Estaba preparada y al mismo tiempo asustada al descubrir ese nuevo mundo, consciente de que necesitaría hacer acopio de fuerzas para adentrarse en él.

—¿Cómo sabes tanto?

Shirin se rió.

—Porque he salido con chicos y chicas de cada grupo.

—¿Sales con… chicas?

—Claro. Puedo amar a una mujer y a un hombre indistintamente. Me traen sin cuidado las etiquetas.

Peri parecía incómoda.

—Bueno…, mmm… ¿qué hay de la sexta categoría?

—¡Ajá! —respondió Shirin con sus ojos oscuros iluminados por motas ámbar—. Son los que llegan aquí siendo de una manera y se convierten en otra persona totalmente distinta. Como se transforman los patitos feos en cisnes, las calabazas en carrozas o las Cenicientas en heroínas. Para algunos estudiantes, Oxford funciona como una varita mágica, les toca y… ¡tachán! Cambian de rana a príncipe.

Peri negó con la cabeza.

—¿Cómo?

—Bueno, ocurre de muchas maneras, pero suele ser gracias a alguien…, a un tutor, lo más probable. Alguien que te desafía y consigue que te veas como eres.

Algo en el tono de Shirin intrigó a Peri.

—¿Esa ha sido tu experiencia?

—¡Lo has pillado! Yo soy del tipo seis. No me habrías reconocido el año

pasado. No cabía en mi ira.

—¿Y qué pasó?

—¡Lo que pasó fue el profesor Azur! Él me abrió los ojos. Me enseñó a mirar en mi interior. Ahora soy una persona más serena.

Si esa era su faceta serena, Peri no quería saber cómo había sido la otra Shirin.

—¿Quién es el profesor Azur?

—¿No lo sabes? —Shirin se relamió los labios como si tuviera algo dulce en la boca—. ¡Aquí, Azur es una leyenda viva!

—¿De qué da clase?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Shirin.

—De Dios.

—¿En serio?

—En serio. Él mismo tiene algo de Dios. Ha publicado nueve libros, y siempre está participando en mesas redondas o dando conferencias. Es toda una celebridad, te lo advierto. El año pasado la revista *Time* lo nombró entre las cien personas más influyentes del mundo.

Fuera empezó a levantarse el viento, y en alguna parte del edificio una ventana golpeaba, abriéndose y cerrándose.

—¡Era muy duro ser alumna suya! —continuó Shirin—. ¡Nos hacía leer mucho! ¡Qué locura! Toda clase de textos raros: poesía, filosofía, historia. Me gustan estas asignaturas, no me malinterpretes, ¿por qué iba a estudiar humanidades si no me gustaran? Pero él encontraba textos sobre los que nadie sabía nada y nos hacía discutir sobre ellos. Aun así era divertido. Cuando terminé, yo había cambiado. —Una vez que Shirin empezó a hablar, no pudo parar, como un coche con los frenos rotos, incapaz de reducir la velocidad y menos aún de detenerse, a no ser por una fuerza externa—. Deberías plantearte hacer su seminario. Bueno…, si Azur te admite, claro. Cuesta convencerlo. Es más fácil hacer saltar una zanja a un camello.

Peri sonrió.

—En turco existe el mismo proverbio. ¿Por qué cuesta tanto matricularse en su curso?

—Tienes que reunir ciertos requisitos. Eso significa que debes hablar con tu asesor académico, etcétera. Si él da su aprobación, acudes a Azur. Es un

poco complicado. Es un hombre difícil de contentar. Hace preguntas de lo más extrañas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Dios…, el bien y el mal, la ciencia y la fe…, la existencia y la mortalidad. —Shirin frunció el ceño, buscando más palabras—. Todo. Es como una prueba de casting académica. Nunca he comprendido qué buscaba. Al final escoge solo a unos pocos alumnos.

—Parece que has pasado la prueba dos veces —dijo Peri, notando algo parecido a la envidia sin ningún motivo.

—Así es —respondió Shirin. Era imposible pasar por alto el orgullo que traslucía su voz.

Siguió un breve silencio.

—Todavía lo veo por lo menos una vez a la semana, para que me asesore —balbuceó Shirin, incapaz de permanecer callada más de un minuto—. En realidad, estoy un poco enamorada de él. Es muy guapo. No solo es guapo. ¡Está muy bueno!

Peri se sentó con rigidez en su silla, sin saber cómo reaccionar. En teoría, las dos venían de países musulmanes, de culturas parecidas. Y, sin embargo, qué diferente de ella era aquella chica, que parecía totalmente relajada, a gusto consigo misma y con su sexualidad.

—Caramba, da la impresión de que estás chiflada por tu profesor. —Y no pudo evitar añadir—: ¿Eso está bien?

Shirin echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—No, está muy pero que muy mal. ¡Detenedme y encarceladme!

Avergonzada de su ingenuidad, Peri se encogió de hombros.

—Bueno…, el curso suena bien. Pero necesito concentrarme en otras asignaturas.

—Quieres decir que estás demasiado ocupada siendo mortal —replicó Shirin, clavando su mirada penetrante en su nueva amiga—. Dios tendrá que esperar.

Aunque se suponía que era una broma, fue un comentario tan inesperado e impactante que perturbó a Peri. Desvió la vista hacia la ventana y el cielo gris pizarra, del que se estaba yendo la última luz del día. El viento, la lluvia, el postigo de la ventana que golpeaba, el frío invernal en el aire aunque solo

estaban a comienzos de otoño…, todo lo recordaría durante muchos años. Fue un momento decisivo en su vida, aunque no lo entendería hasta que se desvaneció.

El pasatiempo

Estambul, 2016

Los entremeses desaparecieron entre efusivos elogios al chef. Puré de berenjenas ahumadas, pollo al estilo circasiano relleno de ajo y castañas, alcachofas con habas, flores de calabacín rellenas, pulpo a la parrilla en salsa de mantequilla de limón. Cuando vio esto último, el rostro de Peri se ensombreció. Hacía mucho tiempo que había dejado de considerar el pulpo un alimento y lo apartó con delicadeza con el tenedor.

Tras intentar resolver las intrigas del mundo del fútbol, la conversación viró hacia el siguiente tema favorito de las cenas en Estambul: la política. E inevitablemente se formuló la pregunta inevitable que se formulaba cada vez que se reunían más de tres turcos: «¿Adónde nos dirigimos?».

A Peri le parecía que había algo hipócrita en la clase capitalista de aquella parte del mundo. Se declaraban conservadores y estaban a favor del *statu quo*, pero en su fuero interno bullían de ira y frustración. Con una identidad pública y otra privada que tenían poco en común, la élite —sobre todo la empresarial — se pasaba la vida mirando por encima del hombro. Ella veía cómo en público se guardaban sus opiniones, evitaban hablar de política a no ser que se vieran obligados, en cuyo caso se limitaban a hacer unos pocos comentarios inocuos. Se paseaban por la sociedad con aire indiferente, como los clientes se pasean por delante de las tiendas sin mostrar interés aparente. Cuando se topaban con algo que les preocupaba, como a menudo sucedía, cerraban los ojos, se tapaban los oídos, apretaban los labios. Entre las cuatro paredes de sus hogares, sin embargo, la máscara de la despreocupación caía y sufrían una metamorfosis. Su apatía se convertía en descaro, sus murmullos en gritos, su discreción en aspereza. En las fiestas privadas, la burguesía de Estambul apenas lograba despotricar lo bastante sobre política para resarcirse de su

silencio fuera de ellas.

Peri había estudiado en Oxford cómo la burguesía en Occidente, con sus valores liberales e individualistas, y su oposición al feudalismo, había desempeñado un papel progresista en el curso de la historia. En Turquía la clase capitalista era un pensamiento tardío, un epílogo de una crónica todavía por contar. Según Marx, la burguesía había creado un mundo a su imagen y semejanza. De haber escrito *El manifiesto comunista* en y sobre Turquía, su tesis habría sido algo distinta. Claramente evasiva, la burguesía turca había cedido ante la cultura que la rodeaba. Como un péndulo que no conocía el reposo, oscilaba entre un elitismo autocomplaciente y un estatismo modesto. El Estado —en mayúsculas— era el principio y el final de todo. Como un nubarrón en el cielo, la autoridad estatal se alzaba por encima de cada hogar, ya fuera una majestuosa villa o una modesta casucha.

Peri observó los rostros alrededor de la mesa. Los ricos, los aspirantes a ricos y los ultrarricos se sentían todos igual de inseguros. Su tranquilidad de espíritu dependía en gran medida de los caprichos del Estado. Hasta a los más poderosos les preocupaba perder el control. Incluso a los más adinerados les daban pavor las privaciones. Debían creer en el Estado por la misma razón que debían creer en Dios: por miedo. Pese a su glamour y su brillo, la burguesía recordaba a un niño temeroso de su padre: el eterno patriarca, el *baba*. En medio de la incertidumbre, la burguesía turca se distinguía de la europea en que carecía de audacia, autonomía, tradición y memoria. Asfixiados entre lo que se espera que sean y lo que ellos quieren ser, no son muy diferentes a mí, pensó Peri.

El olor de las velas mezclado con el de las especias se extendía como un denso banco de niebla sobre ellos. La sala estaba más cargada y era más sofocante pese al aire fresco que llegaba de la terraza, donde varios hombres habían salido a fumar. La tensión existente entre algunos invitados no pasó inadvertida a Peri. La política transformaba a los amigos en enemigos. Aunque lo contrario también era cierto: la política unía a personas que por lo demás poco tenían en común, volviendo camaradas a los adversarios.

En el siguiente cuarto de hora, mientras tomaban el primer plato, cambiaron las posturas, se endurecieron las expresiones y se esfumaron las sonrisas. Intercalando exclamaciones en sus afirmaciones, hablaron sobre el

futuro de Turquía. Dado que estaba sujeto al futuro del globo, hablaron también de Estados Unidos, Europa, la India, Pakistán, China, Israel e Irán. Era evidente que desconfiaban de todo, aunque unos más que otros. Los *lobbies* más siniestros con sus títeres maquinaban contra Turquía, los materialistas manipulaban a sus lacayos, y unas manos ocultas lo controlaban todo a distancia. Discutieron sobre las relaciones internacionales con la cautela que reservaban para los esnifadores de pegamento y los drogadictos de la calle, esperando ser asaltados y robados en cualquier momento.

Peri escuchaba en silencio, aunque en su fuero interno era un mar de emociones. Quería estar sola en su casa, bajo una manta, leyendo una novela. Por un lado, se avergonzaba de no saber disfrutar de la velada, la comida exquisita, el buen vino; de no ser lo bastante divertida, como a menudo le recordaba su hija. Por el otro, quería emborracharse, volver al cuarto de baño y hacer añicos el acuario. Todavía recordaba vívidamente la historia que le había contado su padre: bancos de peces negro carbón que mordisqueaban los versos de un poema y los ojos de un poeta.

Así era como se sentía aquella noche: Estambul le corroía el alma.

Haciendo footing

Oxford, 2000

Ser estudiante en Oxford tuvo dos efectos inmediatos en Nazperi Nalbantoğlu. El primero fue cinematográfico. Con sus antiguos patios cuadrangulares y jardines tranquilos, sus elevados chapiteles y torres almenadas, sus comedores solemnes y capillas majestuosas, los *colleges* evocaban una sensación de amplitud, belleza y finalidad, como si cada detalle formara parte de un panorama bien diseñado, un relato fílmico en el que ella, la nueva alumna, era la protagonista. Una sensación de júbilo. La expectativa de que algo importante sucedería y ella estaría en el centro de la acción.

Peri se levantaba muchas mañanas eufórica, pletórica de energía y ambición, como si no hubiera nada que no pudiera alcanzar si se esforzaba lo suficiente. Después de licenciarse tenía previsto seguir formándose o buscar un empleo en alguna institución internacional importante. Ganaría mucho dinero y les compraría a sus padres una gran casa junto al mar, donde cada uno ocuparía una planta, así nunca tendrían que discutir. Resuelta a que su padre se enorgulleciera de ella, ya veía el título enmarcado colgando del salón, junto a un retrato de Atatürk. Por las noches, cuando Mensur brindara por el héroe nacional, también aplaudiría los logros de su hija.

El segundo efecto que tuvo Oxford en Peri resultó ser opuesto al primero. Fue claustrofóbico. Una forma particular de encerrarse en sí misma que rayaba en la evasión; había demasiadas cosas que asimilar y solo era posible descifrarlas poco a poco. En mañanas como esas, Peri se retraía, atrapada en sus pensamientos, intimidada por la dificultad de las clases, la manera de actuar de los profesores o la formalidad que estos afirmaban que era fundamental para el estudio académico.

No tardó en averiguar que no estaba bien visto tener camisetas y ositos de

peluche con el nombre de la universidad estampado, que solo eran para los turistas, aunque no pudo evitar hacerse con un tazón. Cuando regresara a casa para la boda de su hermano, tenía pensado llevárselo consigo y regalárselo a su madre. Selma lo pondría probablemente en su estantería, junto a su colección de caballos de porcelana y los libros de rezo.

Una mañana que la luna seguía alta en el cielo, Peri observó desde la ventana cómo una estudiante —con auriculares y las mejillas encendidas— hacía footing por el patio cuadrangular. Ella misma lo había intentado unas cuantas veces en Estambul, pese a los obstáculos que la ciudad ponía. Allí, en cambio, era una especie de privilegio no tener que preocuparse por las aceras agrietadas, los baches en las calzadas, el acoso sexual o los coches que no reducían la velocidad ni en los cruces peatonales. Ese mismo día se compró unas zapatillas de deporte.

A fuerza de probar y equivocarse, descubrió la ruta ideal. Cruzaría Magdalen Bridge, enfilaría por Merton Fields y atravesaría los prados de Christ Church, para regresar por Addison's Walk, dependiendo de la energía que tuviera. A veces los adoquines parecían prolongarse de tal modo bajo sus pies que tenía la impresión de que al final de una de esas pequeñas calles pintorescas aparecería en otra época. Lo más difícil era coger el ritmo, pero una vez que lo conseguía era capaz de continuar casi una hora. Después de correr un buen rato, con el cabello húmedo pegándosele al cuello y el corazón latiéndole con fuerza hasta el dolor, tenía la sensación de haberse adentrado en otro espacio, un umbral entre los vivos y los muertos. Era consciente de que pensaba demasiado en la muerte para ser una persona tan joven.

En Oxford hacían footing muchas personas: profesores, alumnos y miembros del personal administrativo. Era fácil distinguir entre los que disfrutaban con el ejercicio y los que lo veían como una carga y solo lo practicaban porque se lo habían prometido a su médico, a su pareja o a una versión mejor de sí mismos. Peri envidiaba a los que la aventajaban con el footing, pero en general estaba satisfecha, pues corría todos los fines de semana y los días de entre semana, sin falta. Cuando tenía que trabajar por las mañanas, salía a correr al atardecer, y si tenía las noches ocupadas, se obligaba a levantarse al amanecer. Algunas veces, demasiado espaciadas entre sí para convertirse en un hábito, salía a correr entrada la noche para

despejarse, y el silencio era tan absoluto que no oía más que el sonido silbante que hacían sus pulmones mientras corría por el centro de la ciudad. Esa disciplina de hierro que se imponía le sentaba bien, tanto física como emocionalmente, se decía para darse seguridad.

Cuando acomodaba su paso al de otro corredor, se preguntaba en qué pensaba este. Tal vez en nada. En el caso de Peri, era el único momento en que conseguía calmar sus inquietudes y hacer desaparecer sus temores. Al cruzar a toda velocidad los prados, respirando el aire húmedo que en cualquier momento podía convertirse en lluvia, sentía una levedad nunca experimentada, como si ella —Peri, Nazperi, Rosa— no hubiera acumulado todos esos años sus preocupaciones como quien colecciona envoltorios dorados o sellos extranjeros; se sentía un espíritu despreocupado, igual que si no tuviera pasado ni memoria del pasado.

El pescador

Oxford, 2000

La Semana de los Novatos la llamaban. Antes de que el primer trimestre empezara en serio en octubre, había una gran variedad de actividades sociales y entretenimientos concentrados en unos pocos días para ayudar a los nuevos alumnos a conocer la universidad, la ciudad y sus alrededores, hacer nuevas amistades —y posibles enemigos— y librarse de su nerviosismo tan rápidamente como un gingko deja caer sus hojas con la primera helada. Barbacoas, reuniones con los tutores, concursos de cocina, meriendas, bailes, karaoke, fiestas de disfraces… Con su camiseta de novata, Peri deambuló y charló con estudiantes y profesores, y cuanto más hablaba, más se convencía de que todo el mundo sabía lo que se hacía menos ella.

Averiguó que la universidad —resuelta a cambiar su imagen de coto exclusivo de unos pocos privilegiados y a crear una pluralidad de estudiantes y ambientes— había anunciado hacía poco un programa de becas para alentar a matricularse a aspirantes de origen social desfavorecido. Escrutaba los rostros que la rodeaban, observando una variedad de etnias y nacionalidades, pero sus circunstancias económicas eran más difíciles de establecer.

Reparó en el sutil tráfico de miradas que subyacía al alboroto frenético. Un chico en particular pareció interesarse por ella. Alto, de mandíbula firme, cabello rubio y muy corto, hombros fuertes y postura triunfal —de hacer natación o remo, supuso ella— le sonrió como sonreiría un gourmet ante un plato exótico.

—Mantente alejada de él —le susurró una voz al oído.

Peri se volvió al instante. Vio a una joven con un pañuelo en la cabeza, cejas arqueadas y ojos perfilados con el más oscuro kohl. En la nariz llevaba un piercing en forma de minúscula media luna plateada.

—Pertenece al Club de Remo de la universidad y es muy famoso —dijo la chica—. Es un ligón de novatas.

—¿Un qué?

—Al parecer hace lo mismo todos los años, y luego va por ahí jactándose de cuántos peces han caído en una sola semana. Alguien me dijo que se ha propuesto batir el récord del año pasado.

—¿Quieres decir que los peces son… chicas?

—Sí. La ironía es que algunas no tienen inconveniente en que las traten como estúpidos peces y pican. —Una nota burlona afloró en su voz—. Nos resulta más difícil romper las cadenas si a algunas de nosotras les encanta que las encadenen.

Peri abrió mucho los ojos tratando de imaginar el aspecto de un pez encadenado.

—Pregunta por aquí, ¿quién necesita el feminismo? —continuó la chica—. Te dirán: «Eh, eso es para las mujeres de Pakistán, Nigeria y Arabia Saudí, pero no para las de Gran Bretaña. ¡Nosotras lo hemos superado! Desde luego, no es para las de Oxford». Pero la realidad es muy diferente. ¿Sabías que las estudiantes suelen sacar muy malas notas? En los resultados de los exámenes se aprecia una gran brecha entre los géneros. ¡Una alumna de primero en Oxford necesita del feminismo como una madre campesina en el Egipto rural! Si estás conmigo, firma nuestra petición. —Le ofreció un bolígrafo y un fajo de papeles en los que se leía: Brigada Feminista de Oxford.

—Mmm… ¿y tú eres feminista? —le preguntó Peri con cautela, pues le costaba relacionar el término con el aspecto de la chica.

—Por supuesto. Soy feminista musulmana, y si alguien cree que eso es imposible, es su problema, no el mío.

Mientras Peri firmaba pensó de pronto en su antiguo novio en Turquía. No solo estaba en contra de leer literatura europea sino también contra toda clase de ideologías occidentales, de las cuales el feminismo era la principal amenaza. Una excusa para desviar la atención de nuestras hermanas del problema más grave: el conflicto de clases. No había necesidad de crear un movimiento de mujeres aparte, puesto que la desaparición de la explotación económica pondría fin automáticamente a toda clase de discriminación. La emancipación de las mujeres llegaría con la del proletariado.

—Gracias —respondió la chica recogiendo el bolígrafo y los papeles—. Me llamo Mona, por cierto. ¿Y tú?

—Peri.

—Encantada de conocerte. —La sonrisa de Mona era radiante.

Peri averiguó que Mona era egipcia estadounidense. Había nacido en New Jersey, pero se trasladó con su familia a El Cairo a los diez años. «Los niños deben criarse en la cultura islámica», dijo su padre. Varios años después, tras descubrir que la vida en Egipto era más dura de lo previsto —o que, después de todo, eran estadounidenses auténticos— regresaron a Estados Unidos. Era su segundo curso en Oxford, e iba a cambiar de asignaturas para centrarse en la filosofía. Su madre iba cubierta, añadió, pero su hermana mayor no.

—Hemos tomado distintas opciones en la vida.

Además de defender el feminismo, Mona colaboraba como voluntaria en una serie de organizaciones: Ayuda a la Sociedad Balcánica, Amigos de la Sociedad Palestina, Sociedad de Estudios Sufíes, Sociedad de Estudios Migratorios y la Sociedad Islámica de Oxford, de la que era una de los miembros principales. También estaba a punto de fundar una «asociación de hip-hop» porque le encantaba la música. A partir de su encuentro con diversas culturas, escribía letras de canciones con la esperanza de que algún día alguien las convirtiera en rap.

—Caramba, ¿dónde encuentras el tiempo para hacerlo todo? —le preguntó Peri.

Mona negó con la cabeza.

—No se trata de encontrar tiempo, sino de saber gestionarlo. Por eso Alá nos da cinco rezos al día, para que estructuremos nuestra vida alrededor de ellos.

Peri, que nunca había hecho los cinco rezos —ni siquiera uno, ni en su fase religiosa tras el infarto de su padre—, apretó los labios.

—Pareces sentirte cómoda con la religión —musitó.

—Supongo que puede decirse que estoy en paz conmigo misma —respondió Mona. Luego miró el reloj—. Tengo que irme, pero seguro que nos vemos por aquí. Siempre estoy recogiendo firmas para alguna buena causa.

Antes de separarse se estrecharon la mano con firmeza; ese era el estilo de Mona.

Esa misma noche Peri escribió en su diario sobre Dios: «Algunas personas quieren cambiar el mundo, otras quieren cambiar a sus parejas o incluso a sus amigos. Solo unas pocas quieren reconstruirse a sí mismas. En cuanto a mí, me gustaría cambiar a Dios. Eso sería magnífico. ¿No se beneficiaría todo el mundo?».

En Estambul, Peri había intentado en vano comportarse como una persona extrovertida cuando en realidad no lo era y había socializado más de lo que quería. En Oxford, sin la presión cultural encima, disfrutaba, mejor dicho, valoraba, la soledad. La introversión no fue la única razón por la que rehuyó la mayor parte del alboroto de la Semana de los Novatos. Descubrió que, aunque ciertas actividades (meriendas en las salas de estudiantes, reuniones con los tutores) eran gratuitas, otras cosas (pasteles veganos, nubes de malvavisco *halal*, pizzas vegetarianas) requerían dinero. Con su escueto presupuesto pensó que haría bien evitando el jaleo. En su lugar se concentró en una lista de tareas pendientes: conseguir el carnet de estudiante; comprar los libros de texto, a ser posible de segunda mano; abrir una cuenta bancaria para estudiantes. Resuelta a averiguar la forma más barata de sobrevivir, se dedicó a comparar los precios de las tiendas y los supermercados.

Peri fue probablemente una de los pocos estudiantes que se alegró de que se acabara la semana, con toda la diversión y el jolgorio. El trimestre empezó de inmediato. Aliviada, se adaptó a una rutina que consistía en clases, seminarios, listas de libros que leer y trabajos. En un ambiente totalmente nuevo para ella, estudiar era un fuerte amarre al que asirse, y se asió a él con todas sus fuerzas.

Shirin entraba y salía de su habitación a distintas horas, dejando tras de sí una estela de perfume. Moléculas embriagadoras de magnolia y cedro. Aunque los ritmos de sus vidas cotidianas estaban sujetos a hábitos incompatibles, cada vez más a menudo desayunaban y comían juntas, y hablaban de las clases, de los profesores, y a veces del tema de interés perpetuo: los chicos. A Peri, que no tenía mucha experiencia en ese campo, se le caía el alma a los pies al oír a Shirin parlotear sin parar sobre el arte de salir con los machos de la especie. En compañía de amigas experimentadas para quienes flirtear era algo natural, a una relativa novata le sobreviene el desaliento, la sensación de

quedarse atrás, de convertirse en mera espectadora.

Peri también buscó el curso que Shirin le había mencionado. Lo localizó en una lista de asignaturas que ofrecía el departamento de filosofía, entre elaborados e impresionantes títulos: «La crítica de los atomistas al creacionismo»; «El holismo en la psicología estoica y la epistemología»; «Los reyes filósofos de Platón, La buena vida y la mentira noble»; «Aquino: Su crítica medieval y sus compañeros escolásticos»; «Idealismo alemán y Kant sobre filosofía de la religión»; «Cuestiones filosóficas en las ciencias cognitivas…».

Al final había un título corto: «Dios». A su lado, una descripción: «Bebiendo de fuentes que abarcan desde la Antigüedad hasta el presente, desde la filosofía hasta la poesía, desde el misticismo hasta la neurociencia y desde los filósofos orientales hasta sus homólogos occidentales, este curso analiza de qué hablamos cuando hablamos de Dios».

Entre paréntesis aparecía el nombre de quien impartía el curso: el profesor Anthony Zacharias Azur. Y debajo, una nota: «Cupo limitado; hablar antes con el profesor. Atención, este podría ser o no ser el curso adecuado para ti».

A Peri le pareció intrigante la descripción, la arrogancia que subyacía, tan cautivadora como desalentadora. Pensó en averiguar más, pero en el frenesí de los primeros días enseguida lo olvidó.

Shirin tenía razón. «Dios» tendría que esperar.

El caviar negro

Estambul, 2016

El plato principal —*risotto* de setas silvestres y cordero asado al azafrán con salsa de miel y menta— se sirvió en grandes bandejas de plata, con verdura a la parrilla de guarnición. La visión de los camareros con librea entrando muy ufanos en el comedor y destapando las fuentes de carne humeante fue tan teatral que algunos de los presentes aplaudieron con deleite. Animados por las exquisiteces y el vino, los invitados cada vez se mostraban más alegres, más bulliciosos y más audaces.

—Con franqueza, yo no creo en la democracia —dijo un arquitecto con el cabello muy corto y una perilla pulcramente recortada. Su empresa había obtenido grandes beneficios construyendo por toda la ciudad—. Tomemos por caso Singapur, el éxito sin democracia. Y lo mismo puede decirse de China. El mundo cambia muy deprisa, y hay que tomar las decisiones a la velocidad de un rayo. Europa pierde el tiempo con pequeños debates, mientras Singapur galopa por delante. ¿Por qué? Porque están centrados. La democracia es una pérdida de tiempo y dinero.

—Bravo —respondió una interiorista que era la prometida del arquitecto y su futura tercera esposa—. Como digo siempre, en el mundo musulmán la democracia está de más. Incluso en Occidente es un quebradero de cabeza, admitámoslo, pero ¡aquí es totalmente inapropiada!

La mujer del empresario le dio la razón.

—Mi hijo tiene un máster en gestión de empresas y mi marido emplea a cientos de personas. Sin embargo, en nuestra familia solo votan tres. El hermano de nuestro chófer tiene ocho hijos en su pueblo. No creo que hayan leído un libro en su vida. ¡Y tienen diez votos! En Europa, la gente es culta. La democracia no es dañina. ¡Oriente Próximo es otro cantar! Conceder igualdad

de voto a los ignorantes es como dar una caja de cerillas a un niño de dos años. ¡Podría incendiar la casa!

—Bueno —intervino el arquitecto, acariciándose la barba con el nudillo del índice—, no estoy insinuando que renunciemos a las urnas. No podríamos justificarlo ante Occidente. Una democracia controlada nos vendría bien. Un cuadro de burócratas y tecnócratas bajo un dirigente inteligente y fuerte. Siempre que la persona de arriba sepa lo que está haciendo, acepto la autoridad. ¿Cómo vendrán si no los inversores extranjeros?

Todo el mundo se volvió para mirar al único extranjero sentado a la mesa, un gestor de fondos de cobertura estadounidense de visita en la ciudad. Había intentado seguir la conversación con ayuda de las traducciones esporádicas que le susurraban al oído. Convertido de pronto en el centro de atención, se movió inquieto en su silla.

—Nadie tiene interés en una región desestabilizada, eso es evidente. ¿Saben cómo llaman en Washington a Oriente Próximo? ¡Oriente Movido! Lo siento, amigos, pero es un desastre.

Algunos de los invitados se rieron, otros torcieron el gesto. Era un desastre, pero era su desastre; ellos podían criticarlo cuanto quisieran, pero no un estadounidense rico. Al notar la energía negativa, el gestor de fondos de cobertura hizo una mueca.

—Razón de más para apoyar mi tesis —replicó entre cucharadas de *risotto* el arquitecto, quien, apolítico durante muchos años, y medio kurdo de sangre, últimamente daba muestras de tendencias chauvinistas.

—Bueno, toda la región está haciendo el mismo descubrimiento —concedió el director de banco.

—¡La democracia está pasada de moda! Sé que a algunos le chocará oírlo, pero me da igual —confesó el arquitecto, satisfecho de que sus opiniones tuvieran aceptación—. Soy más partidario de una dictadura benévola.

—El problema de la democracia es que es un lujo, como el caviar de Beluga —señaló un cirujano plástico que era dueño de una consulta en Estambul y vivía en Estocolmo.

—En Oriente Próximo no está al alcance de nuestro bolsillo.

—Ni siquiera Europa cree ya en ella —terció el periodista, clavando el tenedor en un pedazo de cordero—. La Unión Europea está para el arrastre.

—Se comportaron como un gatito cuando Rusia se convirtió en un tigre en Ucrania —apuntó el arquitecto, en plena forma—. Les guste o no, este es el siglo de los tigres. Seguro que no te quieren si eres tigre. Pero te temerán, y eso es lo que importa.

—Personalmente, me alegro de que no nos dejaran entrar en la Unión Europea. Adiós y buena suerte —murmuró la relaciones públicas—. Si no nos podría haber pasado lo mismo que a Grecia. —Se tiró con suavidad del lóbulo de la oreja, emitió un chasquido y golpeó dos veces la mesa.

—¿Los griegos? Están deseando que regresen los otomanos. Eran mucho más felices cuando nosotros los gobernábamos… —comentó el arquitecto con una risita, que cortó en seco al reparar en la expresión de Peri. Luego se volvió hacia Adnan, con un guiño—. Me temo que a su mujer no le gustan mis bromas.

Al oírlo, Adnan, que había escuchado con la barbilla apoyada en una mano, esbozó una sonrisa medio sombría, medio compasiva.

—Seguro que sí.

Peri posó los ojos en el *risotto* solidificado que tenía en el plato. Podría haber dejado pasar el momento; como el humo del puro de los demás, que no era deseado pero se toleraba hasta cierto punto. Sin embargo, se había prometido a sí misma hacía años, justo después de dejar Oxford, que nunca volvería a guardar silencio.

—Pero es cierto —le dijo a su marido con un gesto de asentimiento—. No me gusta esta clase de conversación. La democracia es como el caviar, los Estados son como tigres… —Dado que era la primera vez que hablaba en un rato, todos los comensales volvieron la cabeza. Ella les sostuvo la mirada—. Verán, no existe lo que llaman una dictadura benévola.

—¿Por qué no? —preguntó el arquitecto.

—Por la misma razón que no existe un dios pequeño. Una vez que alguien empieza a jugar a ser Dios, tarde o temprano las cosas se le escapan de las manos. —Mientras hablaba se agolparon en su mente pensamientos sobre el profesor Azur. «¡Él mismo tiene algo de Dios!» ¿Habrían ido las cosas un poco mejor si él hubiera reconocido que, como sus alumnos, solo era humano?

—Seamos realistas —la interrumpió el arquitecto—. ¡Ya no está en su elegante Oxford! Estamos hablando de política real. Nuestros vecinos son

Siria, Irán e Irak, no Finlandia, Noruega y Dinamarca. En Oriente Próximo nunca tendremos una democracia al estilo escandinavo.

—Tal vez no —replicó Peri—, pero no puede impedir que lo desee. No puede impedir que soñemos con lo que nos es negado.

—¡Desear! ¡Menuda palabra! —exclamó el arquitecto echándose hacia delante y apoyando las palmas en la mesa—. Nos estamos adentrando en aguas turbulentas.

Peri negó con la cabeza, consciente de que, según la *Guía avanzada hacia el patriarcado*, las miembros del Club de Mujeres Decentes Turcas no podían defender en público el valor del «deseo». Pero ella estaba impaciente por dejar de ser miembro, y como no podía darse de baja, tendrían que echarla. De pronto pensó en Shirin. Su alegre amiga sin duda le habría echado un buen rapapolvo a ese hombre. Animada por esa idea, replicó en voz baja:

—Si está diciéndome que debo aceptar las cosas tal como son…, que las naciones, como buenas y sumisas esposas, también deben renunciar a sus sueños…, a sus fantasías…, entonces su comprensión de las relaciones internacionales, y de las mujeres, ya puestos, es más pobre de lo que creía.

Hubo un breve silencio tangible en el que nadie supo qué decir. Tras un momento de tensión, el empresario alzó la barbilla, irguió la espalda, aplaudió como un bailaor de flamenco a punto de salir al escenario y bramó con la jovialidad que lo caracterizaba:

—¿A qué demonios esperan para traer el siguiente plato?

Las puertas de vaivén que separaban el comedor de la cocina se abrieron y aparecieron los criados.

La celebración

Oxford, 2000

Shirin cumplía veinte años y estaba celebrándolo en el Turf Tavern, un pub centenario con entramado de madera que había en un estrecho callejón bajo las viejas murallas de la ciudad. Peri, que llegaba tarde a la fiesta, caminaba resuelta con un regalo bajo el brazo. Después de haber pensado mucho qué comprarle, se había decantado por algo que sabía que a su amiga le encantaría: una cazadora tejana tachonada con cuentas de vivos colores. Le había costado una pequeña fortuna.

Cuando Peri entró en el pub revestido de paneles de roble, un cálido hálito a alcohol y risas la envolvió bajo el techo poco elevado. Dado lo popular que era Shirin, esperaba encontrar a mucha gente, como así fue. Un corro de amigos bulliciosos rodeaban a la cumpleañera, cuyo nuevo novio estaba a su lado y le pasaba un brazo sobre los hombros. Su novio anterior —un estudiante de física de segundo, inteligente y amable— había planeado todas las citas de ambos hasta la exasperación, según Shirin. «Después de ver su agenda, decidí dejarlo.» Cada una de las horas correspondientes a las clases matinales, la biblioteca, el gimnasio y las tutorías estaban tomadas, excepto entre las 16.15 y las 17.15, en que había escrito el nombre de ella. Solo el viernes por la noche había otro hueco para Shirin. «¿Puedes creer que me metiera entre las 19.30 y las 22.30? Cena, película y polvo.»

La voz de Shirin sacó a Peri de su ensimismamiento.

—Eh, aquí está mi vecina. ¡Hola! —Despampanante con su camiseta de lentejuelas de nácar y unos ceñidos tejanos de cintura baja, aferró su regalo mientras le daba un beso y un abrazo—. ¿Dónde te habías metido? Te has perdido al invitado de honor. Acaba de irse.

—¿Quién era?

—Azur —respondió Shirin, y se le iluminaron los ojos—. No puedo creer que haya venido. ¡Qué enrollado! Solo ha entrado, ha brindado y se ha ido.

Shirin parecía a punto de añadir algo, cuando alguien le tiró del brazo para que soplara las velas del pastel. Peri miró alrededor, sin esperar conocer a ninguno de los amigos de Shirin, que estaban de pie bebiendo y gritando. Se sorprendió al ver una cara conocida. Con una túnica naranja de manga larga encima de unos pantalones y un pañuelo en la cabeza a juego, Mona estaba sentada a una mesa de la esquina, bebiendo Coca-Cola.

—Hola, Mona.

—Me alegro de verte —respondió ella, aliviada por tener a alguien con quien hablar.

—No sabía que eras amiga de Shirin —comentó Peri sentándose a su lado.

—Bueno, no somos exactamente amigas, pero me ha invitado y pensé que… —Mona se calló, dejando la frase en suspenso.

Peri comprendió lo que no había dicho con palabras. No se rechazaba tan a la ligera una invitación de una de las estudiantes más conocidas de la ciudad. De modo que Mona —sociable y segura de sí misma— había acudido, sin saber muy bien qué esperar. Entre tantas personas desinhibidas y divertidas que se balanceaban a un ritmo que solo ellas lograban oír, no se sentía cómoda ni se atrevía a exteriorizar su incomodidad.

Las dos se pusieron a hablar mientras comían un pedazo de pastel. Shirin y sus amigos se divertían ruidosamente.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Peri—. Cuando nos conocimos comentaste que tu hermana y tú habíais tomado distintos caminos. ¿Eso significa que… tú prefieres cubrirte la cabeza?

—Mis padres siempre me dieron a escoger, por supuesto. Mi hiyab es una decisión personal, un testimonio de mi fe. Me da seguridad y paz. —A Mona se le ensombreció el rostro—. Aunque me han acosado sin cesar.

—¿En serio?

—Sí, pero eso no me ha disuadido. Si yo no desafío los estereotipos con el pañuelo, ¿quién lo hará por mí? Quiero replantear las cosas. La gente me mira como si fuera una víctima pasiva y sumisa del poder masculino. Bueno, pues no lo soy. Pienso por mí misma. Mi hiyab nunca ha sido un obstáculo para mi independencia.

Peri escuchaba intrigada, al descubrir en esa chica una versión más joven de su madre. El mismo desafío extrovertido, la misma determinación. Era un sentimiento que conocía muy bien. Estaba acostumbrada a oír hablar con idénticos fervor y aplomo. ¿Qué tenía ella que alentaba a los demás a confesarle sus emociones? Para alguien tan indecisa como Peri, era una experiencia curiosa verse inundada de las certezas y las pasiones de los demás.

—Las letras de hip-hop que escribes… ¿hablan de religión?

Mona se echó a reír.

—El hip-hop habla de amor, de poesía, tal vez también un poco de rabia… contra la injusticia y la desigualdad. Habla del poder…

Una carcajada de fondo la interrumpió. Alguien había desafiado al novio de Shirin a participar en un concurso de beber cerveza. Habían llenado un vaso estrecho de unos sesenta centímetros de longitud con la boca más ancha, y el chico se lo estaba puliendo lo más deprisa que podía. Logró apurarlo; sonreía de oreja a oreja y tenía la camisa empapada. Entre los vítores de los presentes, dio a Shirin un beso largo, húmedo y feliz, pero de repente se interrumpió y salió corriendo, pues le habían entrado ganas de vomitar.

—Creo que es mejor que me vaya —anunció Mona.

—Me voy contigo —dijo Peri.

No es que a ella le molestara el alcohol o el comportamiento provocativo, como parecía incomodar a Mona. Su incomodidad era de otra naturaleza. Frente a la euforia de los demás siempre se retraía, incapaz de estar a su altura; como un erizo que rodaba hasta convertirse en una bola, se protegía de la alegría.

Cuando salieron con discreción del pub, Peri y Mona vieron que había luna llena. Pasando por debajo del puente de los Suspiros, caminaron por callejuelas muy poco iluminadas.

—No lo entiendo —comentó Mona—. ¿Por qué me ha invitado Shirin?

Peri se había preguntado lo mismo.

—Bueno, le gusta hacer nuevas amistades.

Mona negó con la cabeza.

—No, hay algo más. No sabría decir en concreto qué, pero hace tiempo que nos conocemos y siempre he tenido la sensación de que no le gusto por…

mi pañuelo, seguramente.

Al recordar cómo había mirado Shirin a su madre, Peri guardó silencio.

—Si es así, no me importa. Pero ¿por qué intenta hacerse amiga mía? —La expresión de Mona estaba cargada de orgullo—. ¿Crees que estoy siendo paranoica?

—No. Bueno, un poco. Seguro que podéis ser amigas.

—Ya veremos. Shirin siempre me dice que debo hacer el curso del profesor Azur.

—¿En serio? —Peri se tensó como si su cuerpo detectara un peligro que la mente aún no había percibido—. A mí también me insiste.

—Entonces no soy la única… —respondió Mona, distraída. Señaló Turl Street—. Yo sigo por aquí.

—Buenas noches entonces.

—Lo mismo digo, hermana. Tenemos que vernos más. —Y Mona le asió la mano con firmeza entre las suyas, estrechándosela con vigor antes de desaparecer en la noche.

Sola de nuevo con sus pensamientos, Peri se adentró en Broad Street. En la oscuridad que tenía ante sí distinguió una figura iluminada por las farolas de sodio: una vagabunda que empujaba un carrito oxidado lleno de ropa, cartones y bolsas de plástico; una perenne nómada que iba de allí a ninguna parte. Peri la observó. Vestía ropa mugrienta que se le pegaba húmeda al cuerpo y tenía el cabello apelmazado de suciedad y lo que parecía sangre seca. Poco a poco Peri distinguió más detalles: los callos en las palmas de las manos, la huella de un moretón en el pómulo, la hinchazón de los ojos. En Estambul veías vagabundos todo el tiempo. Algunos se acurrucaban en rincones oscuros para evitar la mirada de los desconocidos, pero la mayoría de ellos mendigaban para llamar la atención y conseguir comida y dinero. En cambio, en Oxford, por alguna razón, toparte con una persona sin techo resultaba desconcertante: un vagabundo contrastaba de manera intensa con la exquisita serenidad de la ciudad.

Sintiéndose extrañamente atraída por aquella mujer, que avanzaba a pasitos lentos, Peri se puso a seguirla. Un olor fétido impregnó sus fosas nasales cuando el viento cambió de repente de dirección. Una mezcla de orina,

sudor y excrementos.

La vagabunda hablaba consigo misma, con voz crispada:

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, maldita sea? —Se le endureció el rostro mientras esperaba una respuesta. Rió con regocijo, pero enseguida montó en cólera—: ¡No, cabrón!

Peri sintió una pesadumbre tan profunda que rayaba en la melancolía. ¿Qué la separaba a ella —una estudiante de Oxford con un futuro prometedor— de aquella mujer que no tenía nada que pudiera llamar suyo? ¿Existía un borde por el que la sociedad culta temía caer, como el límite de la Tierra plana que en otra época atemorizaba a los antiguos navegantes? Si era así, ¿dónde estaba la frontera entre la cordura y la locura? Recordó lo que dijo el *hodja* cuando había ido a verlo con su madre. Tal vez tenía razón y ella tendía a la oscuridad.

La mujer se detuvo y se volvió.

—¿Me busca a mí, querida? —dijo traspasando a Peri con la mirada. Se rió, dejando ver una dentadura manchada de nicotina—. ¿O está buscando a Dios?

Peri palideció. Negó con la cabeza, incapaz de responder. Luego dio un paso hacia delante y abrió el puño para ofrecerle las monedas que había preparado. La mano de la mujer salió disparada de la manga del abrigo y las cogió, con la destreza de una lagartija que atrapa un insecto con la lengua.

Peri dio media vuelta y casi echó a correr hacia su *college*, asustada sin saber por qué, esperando que cada paso la alejara de la vagabunda y de la creciente sospecha de que las dos pertenecían al mismo lugar.

Aquella noche Peri se quedó leyendo hasta tarde. De haber estado atenta habría visto cómo Shirin, al no poder entrar en el *college* con la última llave que tenía, se quitó los zapatos de cuña y se subió a la pierna de un amigo igual de ebrio que ella para saltar el muro de piedra del jardín, de tres metros y medio de altura, y cómo, tras rasgarse y mancharse sus ceñidos pantalones blancos, cayó en un parterre de flores, del que se levantó tambaleante para ir a llamar al azar a una ventana de la planta baja, sin dejar en ningún momento de reír y de cantar una cadenciosa melodía persa.

El diccionario

Oxford, 2000

En Oxford no escaseaban los pubs y los restaurantes al alcance del bolsillo de un estudiante. Sin embargo, Peri casi nunca traspasaba el umbral de ninguno. Y si bien había más de cien clubes y sociedades a los que podía inscribirse, los rehuía, entre ellos la Escuadra Feminista. Se recordaba a sí misma que tenía que centrarse; cualquier cosa podía distraerla de sus estudios, y eso incluía a los chicos. Enamorarse era complicado; romper una relación lo era aún más. Tantas emociones, y ese tira y afloja; las comidas, las cenas y los paseos; luego las peleas por tonterías y las reconciliaciones. En suma, poner a otro ser humano, si no en el centro de tu vida en algún lugar cercano a él, requería un gran esfuerzo. Ella no tenía tiempo. Por otra parte, las amistades podían ser igual de exigentes e intensas. De vez en cuando se topaba con alguna estudiante con quien congeniaba enseguida, pero luego no quería estrechar lazos. Siempre hubo algo rígido y robótico, casi dogmático, en el modo como Peri se disciplinó respecto a un único lema en aquellas primeras semanas en el *college*: estudio, estudio, estudio.

Acostumbrada al éxito en toda su vida escolar, sin embargo era muy consciente de sus debilidades académicas recién adquiridas. No le costaba seguir las clases. Pero sí participar en los seminarios y los debates y hacer los trabajos. Poner por escrito sus ideas en un idioma que no era el suyo suponía todo un reto. Resuelta a no fracasar se esforzaba mucho y nunca estaba satisfecha.

Comprendió que para destacar en Oxford tenía que mejorar su inglés. El cerebro necesitaba las palabras para expresarse, del mismo modo que un arbolillo las gotas de lluvia para crecer y fructificar. Se compró muchos posits de colores, en los que escribía las palabras con las que iba topándose por

casualidad, que le encantaban y que se proponía usar a la primera oportunidad, como hacía cualquier extranjero, de un modo u otro:

> Autotomía: Mutilación de una parte del cuerpo que lleva a cabo un animal cuando se siente en peligro.
>
> Brete (de *El señor de los anillos* de Tolkien): Encontrarse en una situación comprometida.
>
> Cafre (de *La leyenda del jinete sin cabeza)*: Persona bárbara, temeraria, a veces belicosa.

En su primer trabajo de filosofía política escribió: «En Turquía, donde la política diaria es cafre, cada vez que el sistema se encuentra en un brete, la democracia es lo primero que se sacrifica en un acto de autotomía».

Cuando tuvo que leerlo en voz alta, el profesor la interrumpió, mirándola entre perplejo y divertido: «¿Lo has escrito en mi idioma?».

Qué vergüenza. La frase que a sus oídos extranjeros había sonado tan hábil, sofisticada y elegante no era más que un galimatías para un nativo. ¿Cómo podían oír las palabras de forma tan diferente? Sin desanimarse, obsesionada con los matices, siguió coleccionando palabras asombrosas. Le recordaban las caracolas y los corales rosas, pulidos por infinidad de mareas, que recogía de niña cuando iba con su familia al mar. Pero a diferencia de aquellos pequeños recuerdos inamovibles las palabras respiraban, estaban vivas.

El sentido de la orientación no era un punto fuerte de Peri, y de vez en cuando se perdía. En uno de sus paseos descubrió una librería llamada Two Kinds of Intelligence. Las tablas desiguales del suelo crujieron con elegante afinidad cuando cruzó la sala delantera, donde las paredes estaban forradas de estanterías hasta el techo; en la esquina había una chimenea con viejos grabados de Oxford; y por un tramo de escaleras de madera se accedía a dos pequeñas salas, ambas abarrotadas de volúmenes cuidadosamente seleccionados que reflejaban los peculiares gustos de los propietarios por la filosofía, la psicología, la religión y el ocultismo. Con fotografías enmarcadas en las paredes, cojines de colores pastel en el suelo para que los clientes se sentaran y una máquina donde podías servirte café gratis durante todo el día,

no tardó en convertirse en su lugar favorito.

Los dueños (ella era escocesa, él, paquistaní) se quedaron impresionados con Peri cuando descubrieron que conocía el origen del nombre de la librería. Era el título de un poema de Rumi. Peri incluso recordaba unos pocos versos: «Hay dos clases de inteligencia, una adquirida, como un niño en la escuela memoriza… de los libros y lo que dicen los profesores… la otra… inteligencia… fluida… una fuente de tu interior que se mueve hacia fuera».

—Enhorabuena —exclamó la mujer—. Vente a leer aquí cuando quieras.

—Para seguir alimentando tu inteligencia. ¡Las dos clases! —añadió el hombre.

Así lo hizo Peri, y pronto se convirtió en una costumbre. Se servía un café, echaba una moneda en la caja de las propinas y se sentaba sobre un cojín a leer, hasta que le dolía la espalda y notaba las piernas entumecidas. También acudía a menudo a la biblioteca Bodleiana, donde buscaba un apartado reservado en una esquina, amontonaba más libros de los que era capaz de leer, abría a hurtadillas un paquete de palitos salados y ocultaba la cabeza en olas de palabras.

Compró postales de Oxford. Las calles medievales iluminadas por el sol, los edificios de piedra caliza color miel, los jardines del *college* en sombra… Envió unas cuantas a sus padres y el resto las reservó para su hermano Umut. Le escribía continuamente, aunque él le contestaba de forma irregular y sucinta. Aun así, Peri nunca se rindió. Las escribía en un tono ligero, incluso alegre. No mencionaba sus miedos, sus migrañas, sus pesadillas, la soledad, que a esas alturas ya sabía que era a un tiempo una maldición y una compañera. Se limitaba a hablar de las curiosas costumbres de los británicos, de su pragmatismo, su confianza tácita en las instituciones, su peculiar sentido del humor.

Umut le respondía en papel a rayas, en tiras arrancadas de cajas de galletas, en calendarios o en bolsas de papel de la compra. Pero una vez le envió también una postal. Un mar azul añil, un bote pesquero rojo, la suave brisa del Mediterráneo y una arena tan blanda como una promesa…, como si él también probara suerte fingiendo felicidad.

Durante las «cenas formales» —celebradas en un gran vestíbulo que databa de 1379—, rodeada de retratos al óleo de antiguos directores del

college, Peri se sentaba en los antiguos bancos de roble, frente a mesas engalanadas con la vajilla de plata de la institución y servidas por boy scouts con americana blanca, y se sentía transportada a otra dimensión. Ella era una figura en un cuadro surrealista y romántico al mismo tiempo. En el *college* algunas cosas habían permanecido intactas durante siglos; a Peri le fascinaba el tacto y el aroma de la historia, la continuidad. Muchos días acudía a la vieja biblioteca solo para aspirar el embriagador olor de los estantes repletos de libros. Iba a un sótano, donde había que accionar una manija para mover los estantes por orden y alcanzar los que necesitaba. Entre miles de títulos, cada uno un refugio, se sentía completa. Por extraño que pareciera, tenía un solo pensamiento recurrente cuando se hallaba metida en aquella vastedad de conocimientos: Dios.

Eso la desconcertaba, ya que de todos los rasgos que podía atribuirse, ninguno se aproximaba al de «religiosa» o incluso «espiritual». No se atrevería a decírselo a su madre, pero había momentos en que no estaba segura de creer en algo. Culturalmente era musulmana, por supuesto. Le encantaba el Ramadán y la fiesta del Eid, que le llenaban el corazón de calidez y la mente de recuerdos arraigados de olores y gustos. El islam le recordaba su niñez: era algo familiar y personal, y al mismo tiempo vago, muy alejado en el espacio y el tiempo. Como un terrón de azúcar disuelto en el café, estaba y no estaba allí.

Siempre le había extrañado que tantos turcos memorizaran oraciones en árabe sin tener la menor idea de lo que decían. A ella le fascinaban las palabras, fuera cual fuese el idioma. Las sostenía en las manos como huevos cuyo cascarón estaba a punto de romperse, con su pequeño corazón latiendo contra su piel, lleno de vida. Ahondaba en su significado —oculto y manifiesto —, estudiaba su etimología. Sin embargo, para la mayoría de los creyentes las palabras de las plegarias eran sonidos sagrados que se debían reproducir antes que comprender; un eco sin principio ni fin en el que el acto de pensar importaba menos que el de imitar. En el resguardado corazón de la fe, hallabas las respuestas desprendiéndote de las preguntas, avanzabas rindiéndote.

En su diario sobre Dios, Peri escribió: «Los creyentes prefieren las respuestas a las preguntas, la claridad a la incertidumbre. Los ateos, más o menos lo mismo. Es curioso que, cuando se trata de Dios, del que apenas

sabemos nada, muy pocos digamos realmente: “No sé”».

El ángel

Oxford, 2000

Desde que llegó a Oxford, Peri hablaba con regularidad con su padre por teléfono, llamando a propósito a horas que sabía que probablemente contestaría él. Sin embargo, aquel día, cuando telefoneó a Estambul desde una cabina, respondió su madre.

—Pericim... —dijo cariñosa, pero enseguida cambió de tono—: Tienes que venir a la boda de tu hermano.

—Sí, madre. Ya te dije que iré.

—Es un ángel.

—¿Quién?

Nerviosa por los preparativos, Selma alabó las virtudes de su futura nuera con una vehemencia que no pasó inadvertida a Peri.

—Me alegro. No nos vendrá mal un ángel en la familia —respondió ella, que percibía las indirectas en los elogios de su madre como caramelos que tienen un gusto rancio a pesar del brillante envoltorio. La novia era la hija que Selma nunca había tenido: devota, de trato fácil, obediente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su madre.

—Nada.

Selma suspiró.

—Debes estar aquí para la noche de *henna*.

A diferencia de la boda, que se consideraba responsabilidad del novio, de la despedida de la novia se encargaban los familiares de esta.

—Mamá, ya lo hemos hablado. Solo puedo asistir a la boda.

—No basta. La gente chismorreará. Tienes que venir antes.

Peri puso los ojos en blanco. Todavía le asombraba la rapidez con que su madre podía hacerle cambiar de humor, como si ella y solo ella supiera

exactamente cómo hacer que le hirviera la sangre.

—No puedo permitirme faltar a más clases —respondió con firmeza.

La conversación se agrió, cada parte se puso a acusar a la otra de egoísmo. Al colgar, Peri sintió un fuerte resentimiento por todo lo que se había dicho y dejado de decir, todo lo que se había roto entre ellas y no podía arreglarse.

Esa noche Peri durmió muy mal. Despertó con un martilleo en la cabeza que casi acabó en migraña. Buscó en los cajones, pero no encontró analgésicos. Masajeándose las sienes, se apretó la base de una lata en el ojo derecho, que le palpitaba, pues eso siempre le servía. Regresó a rastras a la cama y se acurrucó. No creía que pudiera dormir, pero antes de que se diera cuenta estaba soñando.

Un jardín de árboles retorcidos. Sola, con un vestido que ondeaba en la brisa, Peri paseaba. Junto a un arroyo vio un enorme roble. De una de las ramas colgaba un bebé en una cesta; una mancha oscura le cubría la mitad del rostro. Peri advirtió horrorizada que el árbol estaba ardiendo, que las llamas lamían el tronco desde la tierra y se elevaban. Cogió un cubo y empezó a sacar agua del arroyo. Pronto había agua por todas partes, revolviéndose y arremolinándose alrededor de sus pies. Cuando alzó la vista de nuevo, el bebé ya no estaba; se lo había llevado un río que ahora era ruidoso. Peri gritó al darse cuenta de que había hecho algo terrible e inconfesable.

Llamaron a la puerta de un modo delicado pero persistente. Peri intentó abrir los ojos, sin saber si ese ruido también formaba parte del sueño.

—Soy yo, Shirin. Me has asustado. —La voz llegó del otro lado—. ¿Estás bien?

Peri se sentó en la cama, parpadeando confusa.

—Sí, estoy bien —respondió, con la garganta seca como hojas muertas.

Le horrorizaba haber gritado tan fuerte como para que la hubieran oído en la habitación de enfrente.

—No pienso irme hasta que lo compruebe con mis propios ojos.

Peri se levantó muy despacio de la cama y abrió. Shirin llevaba un pijama de seda color melocotón con un antifaz a juego que se había subido a la frente. Los ojos, sin maquillar y rodeados de una gruesa capa de crema, se le veían más oscuros y pequeños.

—Joder, parecías una mujer en una peli de horror —le dijo—. Una de esas heroínas estúpidas que, cuando ven a un psicópata, suben corriendo las escaleras en lugar de abrir la puerta de la calle y largarse.

—Siento haberte despertado.

—No te preocupes por mí. —Shirin cruzó los brazos sobre su impresionante pecho—. ¿Siempre tienes pesadillas?

—A veces… —admitió Peri. Se quedó mirando la moqueta, al reparar en una mancha que no había visto antes—. Solo son sueños bobos.

—¿Recurrentes?

—En cierto modo, sí.

Shirin se pasó un mechón detrás de la oreja y en un tono que no admitía protestas dijo:

—He visto suficiente locura en mi familia, y sabe Dios que yo misma estoy zumbada. La reconozco cuando la veo.

—¿Quieres decir que estoy loca?

—No como para que te encierren, pero el grito que he oído no era normal. Si tienes un problema psicológico, debes solucionarlo.

—¡No tengo ningún problema psicológico!

—¡Arghhh! —Shirin emitió un sonido espantoso, como un animal atravesado por una flecha—. Me saca de quicio que la gente se ofenda con la palabra «psicológico». Apuesto a que no te habrías ofendido tanto si hubiera dicho que eras hemorroidea.

—Hemorroidal —la corrigió Peri.

—Lo que sea —replicó Shirin, mirando los posits de las paredes—. Eres un diccionario ambulante.

—Mira, muchas gracias por venir, pero estoy bien. —A través de la ventana emplomada la luna proyectaba en su rostro un distorsionado rectángulo de luz—. Tendré que volver a casa para la boda de mi hermano. No puedo permitirme saltarme las clases, pero primero están las obligaciones familiares. Estoy un poco estresada.

Shirin asintió.

—De acuerdo, ve a la boda, pero cuando regreses tendrás que salir más. No hay nada malo en divertirse un poco; eres joven, ¿lo recuerdas?

—Yo no soy como tú —susurró Peri.

—Quieres decir que te gusta sufrir.

—¡Claro que no!

—Oye, solo hay dos formas de combatir la melancolía —dijo Shirin—. O te sientas al volante y pisas el acelerador mientras el señor Depresión grita en el asiento trasero, o dejas que él conduzca y te asuste.

—¿Qué cambia si vas a estrellarte contra un árbol de todos modos? —le preguntó Peri.

—Pues que eres tú la que conduce, hermana, y no ese viejo y triste señor. ¿No te parece suficiente?

Intuyendo que no podía ganar la discusión, Peri intentó cambiar de tema de la única manera que se le ocurrió.

—Por cierto, respecto a ese profesor que mencionaste, Azur…, he buscado su curso.

—¿En serio? —Un rubor tiñó las mejillas de Shirin—. ¿No es encantador?

—Aún no lo conozco, solo he leído la descripción del curso.

—Bueno, ¿y qué te parece?

—Suena interesante.

Shirin se acercó a zancadas a la puerta.

—¿Puedo darte un consejo? De una mujer iraní a una hermana turca. Tómalo como un gesto de camaradería entre condenados. Si logras entrar en el curso de Azur, no se te ocurra utilizar jamás la palabra «interesante». No la soporta. Según él, no hay nada remotamente interesante en ese término. —Y dicho esto, Shirin salió y cerró tras de sí, dejando a Peri sola con sus pesadillas.

La caja de música

Estambul, 2016

Llegaron los postres, servidos en fuentes de cristal: tarta de *mousse* de avellana con chocolate fundido en el centro y membrillo al horno con crema. Los invitados prorrumpieron en un coro de cumplidos intercalados con exclamaciones de preocupación.

—Ay, seguro que esta noche he ganado un kilo —se quejó la relaciones públicas, dándose palmaditas en el vientre.

—Tranquila, las habrás quemado antes de que llegues a casa —la tranquilizó la mujer del empresario.

—Basta con que sigamos discutiendo de política —terció el periodista—. Así es como quemamos calorías en este país.

Cuando la criada se puso al lado de Peri, esta murmuró:

—No, gracias.

—Muy bien, señora —respondió la criada en voz baja, haciéndose cómplice de buen grado.

Pero la anfitriona, que lo había oído, intervino desde el otro extremo de la mesa:

—¡Ni hablar, querida! No me he enfadado cuando nos ha llevado la contraria, pero me llevaré un disgusto si no prueba mi tarta.

Peri no tuvo más remedio que ceder. Se comería el membrillo y la tarta. Nunca dejaba de asombrarle lo aficionadas que eran las mujeres a engordarse unas a otras. Debía de estar relacionado con la «ley de estética comparativa», según la cual donde había muchas mujeres tirando a rollizas, ninguna lo era. Pero quizá estaba siendo un poco cínica. Le pareció oír la voz de Shirin, a quien había perdido de vista hacía mucho: «Créeme, Ratón, no es lo bastante cínico».

En cuanto la anfitriona, por fin satisfecha, se concentró en la invitada que tenía al lado, Peri cogió la copa de vino. Esa noche estaba bebiendo más de lo normal, aunque nadie parecía notarlo, y menos aún ella misma. Por lo visto, en el dique que había erigido con los años para impedir el flujo de emociones no deseadas hasta el corazón había aparecido una grieta, a través de la cual se estaba colando un hilillo de melancolía. Mientras tanto, otra parte de sí, consciente del peligro y de la destrucción que podía implicar, estaba en alerta, intentando frenéticamente rellenar la grieta para que todo volviera a su cauce.

—Creía que iba a venir un médium —comentó la novia del periodista con su ronca voz de fumadora.

Todo el mundo sabía que estaba nerviosa a raíz de los rumores —colgados hacía poco en una web de noticias— de que habían sorprendido al periodista en una cena romántica con su ex mujer y que la pareja podría reconciliarse.

—Lo esperábamos hace una hora —dijo el empresario—. Parece que el pobre se ha quedado atascado en el tráfico.

—Ni siquiera los médiums saben qué carreteras tomar en Estambul —se mofó el gestor de fondos de cobertura estadounidense.

—Verá, amigo, ese tipo es el mejor —replicó el empresario medio en inglés, medio en turco—. Dicen que profetizó la crisis financiera.

—Quizá todos deberíamos consultar a los médiums, dado que los analistas políticos son unos inútiles y los financieros son aún peores —terció la relaciones públicas.

De forma impulsiva, Peri se excusó para levantarse de la mesa.

—Oh, no, ¿hemos vuelto a aburrirla? —le preguntó el arquitecto por encima de su copa, con los ojos vidriosos. Un hombre de pequeñas venganzas que no la había perdonado por cuestionarlo en público.

—Solo voy a llamar a casa para asegurarme de que mis hijos están bien —respondió Peri mirándolo.

—Por supuesto —dijo el empresario—. ¿Por qué no va a mi despacho, que está en el primer piso? Allí tendrá calma y tranquilidad.

Tras tomar prestado el móvil de su marido, Peri subió las escaleras oyendo de fondo las voces de los comensales.

El despacho del empresario tenía grandes ventanales desde los que se

disfrutaba de una vista espectacular del Bósforo. Con paneles revestidos de cuero, techo de madera, un enorme escritorio de caoba y mármol, altas butacas color yema, antigüedades de arte y buenos cuadros, no parecía tanto un espacio de trabajo como un salón privado de un derrochador capo de la mafia.

Un ángulo estaba decorado con fotos enmarcadas de él junto a políticos, celebridades y oligarcas. Peri reparó en la sonrisa de porcelana de un dictador de Oriente Próximo que ya no estaba en el poder, que estrechaba la mano al anfitrión delante de lo que parecía una carpa beduina. Detrás, en otra foto, se veía el rostro de hierro fundido de un autócrata de Asia Central conocido por todos por engalanar su ciudad natal con su propia imagen, e incluso por ponerle su nombre a un mes y el de su madre, a otro. Peri respiró hondo, conteniendo una nube de humo imaginaria en los pulmones, incapaz de soltar el aire. ¿Qué estaba haciendo en aquella mansión, construida con dinero que fluía a través de secretos y sombras? En ese momento se sintió como un guijarro que rodaba sin cesar en la corriente de un río. Si el profesor Azur hubiera estado allí, quizá le habría dicho sonriendo: «No hay sabiduría sin amor. Ni amor sin libertad. No hay libertad si no nos atrevemos a alejarnos de aquello en que nos hemos convertido».

Como para huir de sus pensamientos, marcó rápidamente el número de su casa. Apoyando la frente contra el cristal mientras contemplaba la vista, esperó a que su madre, que había ido a ver a los niños, contestara. Al otro lado de la ventana, bajo una luna creciente tan luminosa que parecía irreal, la ciudad se extendía: casas que se inclinaban unas contra otras como si se susurraran secretos; calles con curvas pronunciadas que ascendían serpenteantes por colinas empinadas; los últimos salones de té que cerraban sus puertas y los últimos clientes que salían… ¿Qué estarían haciendo las niñas que le habían robado el bolso? ¿Dormirían ya? Y si era así, ¿se habían acostado con hambre? Se le ocurrió que tal vez estaban soñando y que ella podía aparecer en sus sueños, una mujer loca que las perseguía con sus zapatos de tacón en la mano.

Selma contestó al cuarto timbrazo.

—¿Ya se ha terminado la cena?

—Aún no. Todavía estamos aquí. ¿Los niños están bien?

—Por supuesto. ¿Por qué no iban a estarlo? Se lo han pasado en grande

con su abuela. Ahora están durmiendo.

—¿Han cenado?

—¿Crees que les dejaría pasar hambre? He preparado *manti* y se las han zampado. Pobrecillos, parece que las han echado de menos.

Peri, que no había heredado la habilidad culinaria de Selma, acusó el reproche.

—Gracias. Seguro que las albóndigas les han gustado mucho.

—De nada. Te veré mañana. Quizá cuando regreses ya esté dormida.

—¡Espera! —Peri permaneció callada un momento y luego dijo—: Mamá, ¿puedes hacerme un favor?

Se oyó un ruido indefinido, pero Peri supo que su madre se había pasado el auricular al oído izquierdo para oír mejor. Había envejecido visiblemente desde la muerte de su marido. Por extraño que pareciera, después de tantos años de hostilidad mutua, el mundo de Selma se había derrumbado el día en que él había fallecido, como si la resistencia que oponía a su marido hubiera sido lo que la había mantenido viva hasta entonces.

—En mi habitación, en el segundo cajón de la cómoda, encontrarás un cuaderno —dijo Peri—. Es de cuero de color turquesa.

—¿El que te regaló tu padre? —En su voz se traslució cierta amargura, aun después de tantos años. Selma estaba celosa del vínculo que había existido entre su marido y su hija, y la muerte de él no había cambiado esos sentimientos. Lo sabía por experiencia, era posible envidiar al muerto y el dominio que ejercía sobre los vivos.

—Sí, madre. Está cerrado, pero en el último cajón encontrarás la llave. Debajo de las toallas. En la contraportada hay un número de teléfono. Pone: «Shirin». ¿Podrías dármelo?

—¿No puede esperar a mañana? Sabes que ya no tengo la vista de antes.

—Por favor, necesito hacer una llamada —le suplicó Peri—. Esta noche.

—Está bien, espera. —Selma suspiró—. Voy a ver.

—Ah, madre…

—¿Sí?

—Cuando acabes, ¿podrías volver a cerrar el cuaderno con llave?

—Una cosa después de la otra —dijo Selma en tono cansado—. No me líes.

Peri oyó un golpe cuando su madre dejó el auricular, seguido de un rumor de pasos pesados y apresurados que se alejaban. Esperó, mordiéndose el labio inferior. A lo lejos, bajo las luces del Segundo Puente, el mar se veía azul verdoso, el color de la expectación. Observó su reflejo en la ventana, advirtiendo con desaprobación su abdomen fláccido. Aun así todavía no había empezado a envejecer a marchas forzadas, como temía. Quizá había diferentes formas de hacerse viejo. Unos se debilitaban primero de cuerpo, otros de mente y otros aun de espíritu.

En la parte de su cerebro que almacenaba la memoria había una caja de música con el esmalte desportillado y una melodía inquietante. En ella guardaba todas las cosas que la mente no quería olvidar o no se atrevía a recordar. En momentos de estrés o traumáticos, o quizá sin ningún motivo aparente, la caja se abría y cuanto había dentro se desparramaba fuera. Eso era lo que sentía que estaba ocurriéndole esa noche.

—No lo encuentro —oyó decir a Selma, jadeando.

—¿Puedes volver a buscarlo? Avísame cuando lo encuentres.

—Estaba viendo la tele —protestó su madre; luego, adoptando un tono más conciliador, añadió—: Está bien, haré lo posible.

Las cosas habían mejorado mucho entre ellas por la misma razón que en el pasado se habían distanciado: Mensur. Causa de divisiones en vida, con su muerte las había unido.

—Espera… —se apresuró a añadir Peri—. Me han robado el móvil. Envía un mensaje de texto a Adnan, pero no le menciones el cuaderno. Solo escríbele: «Llama a casa». Y te llamaré enseguida.

—¿Qué está pasando? —preguntó Selma. Siguió un breve silencio, receloso—. ¿Shirin no es esa chica espantosa de Inglaterra?

A Peri le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué quieres hablar con ella? —la presionó su madre—. No es amiga tuya.

Era mi mejor amiga, pensó Peri, pero no lo dijo. Mona, ella y yo. La Creyente, la Pecadora y la Confusa.

—Ha pasado mucho tiempo, madre —respondió—. Ahora somos adultas. No tienes por qué preocuparte. Estoy segura de que Shirin ha dejado todo eso atrás —añadió Peri, y aunque se obligó a creer en lo que decía, en el fondo

sabía que era poco probable que fuera cierto.

Shirin nunca podría dejar el pasado atrás. Ni siquiera Peri había sido capaz de ello.

El cinturón de castidad

Oxford-Estambul, 2000

Una tarde de viento con sabor a sal marina y azufre, ya a las puertas del invierno, Peri llegó a Estambul para la boda de su hermano. Había echado mucho de menos su ciudad natal; y aunque se había sentido muy sola cuando vivía allí, la soledad había sido infinitamente mayor lejos de ella. Quizá para evitar que albergara pensamientos melancólicos, en cuanto dejó la maleta se vio sumida en las obligaciones: parientes que visitar, regalos que comprar, recados que hacer.

No tardó mucho en darse cuenta de que, en su ausencia, en casa de los Nalbantoğlu se había erigido una pirámide de tensión y el ambiente estaba tan cargado que casi resultaba irrespirable. Parte del resentimiento venía de antiguo y se manifestaba en las habituales conversaciones amargas e irascibles entre sus padres. No obstante, otra parte era reciente, a causa de los preparativos de la boda. La familia de la novia había insistido en celebrar una ceremonia lujosa, digna de su hija. El salón que habían alquilado fue reemplazado en el último minuto por uno más amplio, lo que llevó a engrosar la lista de invitados, encargar más comida y, en última instancia, gastar más dinero. Aun así nadie se quedó satisfecho. Mientras las dos familias no cesaban de intercambiar formalidades y cumplidos, subyacente a la gentileza fluía una corriente de resentimiento en ambos sentidos.

La mañana de la boda, Peri se despertó envuelta en los suculentos olores que flotaban por la casa. En la cocina, se encontró a su madre con un delantal estampado con margaritas amarillas cocinando tres tipos diferentes de *börek*: de espinacas, de queso blanco y de carne picada. Selma había restregado, encerado, quitado el polvo y lavado, trabajando a un ritmo sobrehumano que parecía incapaz de frenar.

—Dile a esta mujer que el trabajo acabará con ella —le dijo Mensur a su hija. Estaba sentado a la mesa de la cocina y no levantó los ojos del periódico, un diario de centro-izquierda al que llevaban suscritos desde que Peri alcanzaba a recordar.

—Dile a este hombre que su hijo se va a casar. Solo sucede una vez en la vida —replicó Selma.

Peri suspiró.

—Sois como niños. ¿Por qué no os habláis?

Al oírla, su padre pasó la página y su madre extendió otra porción de masa con el rodillo. Peri se sentó entre ellos a modo de parachoques, y preguntó:

—¿Qué tal fue la noche de *henna*?

Selma frunció los labios y le lanzó una mirada que era como esquirlas de vidrio.

—Te la perdiste. Deberías haber estado.

—Mamá, ya te dije que me era imposible venir. Tenía clases.

—Pues, para que lo sepas, todo el mundo preguntó por ti. La gente ha estado chismorreando a mis espaldas. El hijo no está, la hija no está... ¡Menuda familia!

—¿No va a venir Umut? —preguntó Peri.

—Dijo que vendría. Nos lo prometió. Le preparé sus platos favoritos. Les dije a todos que vendría. Pero en el último minuto me llamó y dijo: «Mamá, tengo asuntos importantes que atender». ¿Qué asuntos son esos? ¿Se cree que soy tonta? No entiendo a este chico.

Pero Peri sí lo entendía. Desde que había salido de la cárcel, su hermano prefería llevar una vida tranquila en una ciudad del sur, fabricando baratijas para los turistas en una cabaña que llamaba casa; su sonrisa no era menos frágil que las conchas marinas que ahora le proporcionaban el sustento. Lo habían visitado un par de veces. Umut siempre se mostraba amable y reservado, como si hablara con desconocidos. La mujer con quien vivía, una divorciada con dos hijos, les dijo que estaba bien, pero que en ocasiones su humor se ensombrecía inesperadamente; se volvía desagradable, irritable, era incapaz de levantarse de la cama, de lavarse la cara; también les comentó que a veces estallaba de tal modo que lo vigilaba día y noche, no porque temiera que pudiera hacerles daño a ella o a sus hijos, sino por miedo a que se lo

hiciera a sí mismo; escondía las cuchillas de afeitar, porque los cortes no cicatrizaban con facilidad. Ni la mujer hizo mucho hincapié en ello, ni los Nalbantoğlu le sonsacaron más por temor a que eso les resultara demasiado complicado de manejar.

—Mira, lo siento. Si hubiera podido, habría venido antes —dijo Peri. No tenía intención de discutir con su madre—. Cuéntame qué tal fue.

—Oh, normal, nada extraordinario —respondió Selma—. A cambio esperan que los colmemos de diamantes.

Como una minuciosa contable, Selma llevaba la cuenta de cuánto dinero habían puesto los Nalbantoğlu y cuánto la otra familia; del número de personas que iba a invitar el novio frente a la lista de invitados de la novia, etcétera. Era como si en medio de sus vidas hubiera aparecido una balanza: lo que una familia ponía en un platillo debía ser contrapesado por la otra parte. Si se trataba de una especie de tira y afloja, se llevaba a cabo con sumo decoro. Peri se quedó atónita al ver que su madre tan pronto comparaba y se quejaba, como charlaba alegremente con la madre de la novia por teléfono, bromeando y riéndose como una colegiala.

Aparte de los gastos, la novia tenía cualidades que complacían mucho a Selma; para empezar, su familia era bastante religiosa.

—Hay que reconocer que la noche de *henna* trajeron un *hodja* estupendo. ¡Tenía la voz de un ruiseñor! Todo el mundo se echó a llorar. La familia de la novia es más piadosa que nuestros antepasados de siete generaciones. Descienden de *hajis* y *sheijs*. —Pronunció las últimas palabras con énfasis, para asegurarse de que llegaban a los oídos poco cultos de su marido.

—¡Estupendo! —replicó Mensur desde su rincón—. Eso significa que hay otros tantos herejes en su linaje. Peri, coméntale a tu madre la ley de la dialéctica. La negación de la negación. Toda doctrina engendra su opuesto. ¡Donde hay muchos santos, sin duda habrá muchos pecadores!

Selma frunció el ceño.

—Peri, dile que está diciendo tonterías.

—Papá, mamá, ya basta… —los interrumpió Peri—. Tenemos suerte de que mi hermano haya encontrado una compañera que lo haga feliz. Eso es lo único que cuenta.

Había coincidido con la novia en un par de ocasiones. Una joven de

hoyuelos en las mejillas y ojos castaños que abría mucho ante la menor sorpresa, y era muy aficionada a los brazaletes de oro; parecía bastante tímida. Llevaba un pañuelo en la cabeza que se ataba «al estilo de Dubai», según aprendió Peri; «el estilo de Estambul» favorecía a los rostros redondos, «el estilo de Dubai» a los ovalados y «el estilo del Golfo» a los cuadrados. Peri se quedó atónita al descubrir toda una línea de moda islámica que, o bien había surgido hacía poco, o bien había escapado totalmente a su atención. Junto con el «hiyab de alta costura», el «burquini» y los «pantalones halal», era una tendencia de moda y una gran industria.

A diferencia de muchos secularistas que conocía, entre ellos su padre, Peri no estaba abiertamente en contra de las mujeres cubiertas; de ahí la facilidad con que había trabado amistad con Mona. Lo que a ella le importaba era el interior de las personas, no lo que cubría sus cabezas. Y ahí radicaba su dilema. Nunca se lo había confesado a sus padres, y casi le resultaba igual de difícil admitirlo ante sí misma, pero, pese a aceptar el aspecto externo de la novia, en su fuero interno la había mirado con superioridad. La joven no era muy culta; quizá la última vez que había tenido un libro entre las manos fue en la secundaria. No podían sostener una conversación a no ser que tratara de temas que carecían de todo interés para Peri: las populares series de televisión, las dietas bajas en carbohidratos. Para ser justos, la novia no estaba menos informada que su futuro marido, a quien Peri en secreto también tenía en menos. No recordaba haber mantenido nunca una conversación normal y fluida con su hermano pequeño.

Ese esnobismo intelectual solo se limitaba a los jóvenes. Peri no tenía ningún problema con los ancianos analfabetos, que no habían tenido la suerte de la generación más joven de acceder al saber. Pero Peri miraba con un ligero desdén a cualquier persona de su edad que pareciera tratar los libros como objetos decorativos a juego con los muebles.

—Si algún día me enamoro —se prometió—, será del cerebro de alguien. No me importará su físico, ni su estatus ni su edad, solo su intelecto.

El local alquilado para la boda era el gran salón de un hotel de cinco estrellas con espléndidas vistas del Bósforo. Tapetes de raso, cascadas de flores de seda, sillas con una banda y lazo alrededor del respaldo, un pastel de ocho

pisos con arcos y hojas de azúcar confeccionados a mano, y en el centro un árbol de vidrio que cambiaba de color. Peri sabía que aquella velada se había tragado una gran parte de los ahorros de sus padres. Sus estudios en Oxford ya habían supuesto una carga para el presupuesto familiar. Ante aquel derroche, decidió que en cuanto regresara a Inglaterra se buscaría un empleo de media jornada.

Enseguida empezaron a llegar los invitados. Parientes, vecinos y amigos por parte de ambas familias tomaron asiento en las mesas engalanadas colocadas en hilera en el amplio salón de baile. Los recién casados parecían nerviosos, él saludaba a los asistentes con la mano, ella bajaba la vista; él estaba demasiado gritón, ella demasiado callada. La novia llevaba un vestido de manga larga de encaje y tafetán color marfil, con bordados de plata e incrustaciones de estrás, atuendo que en el catálogo definían como «hiyabi con clase». Era bonito, aunque tan grueso que ya sudaba bajo los focos. El novio, ataviado con un esmoquin negro, parecía más relajado y se quitó la chaqueta cuando tuvo calor. Uno por uno, los invitados se les acercaron para darles la enhorabuena y colgar sus ofrendas: monedas de oro y frío efectivo (en liras, dólares, euros). El vestido de la novia acabó adornado con tantos billetes y monedas envueltas en cintas que al levantarse para posar para una fotografía parecía una escultura contemporánea oscilando delicadamente entre lo vanguardista y lo lunático.

De fondo, una banda de músicos aficionados tocaba un repertorio variado: desde canciones populares de Anatolia a lo mejor de los Beatles, y de vez en cuando interpretaban un tema suyo, aunque poco armonioso. Pese a las protestas de la familia de la novia, en un rincón se servía alcohol. Mensur se había mantenido firme y amenazado con no asistir al día más feliz en la vida de su hijo si vetaban el *raqi*, su compañero inseparable. Casi todos los invitados optaron por los refrescos, pero unos cuantos parecían haber localizado la barra pecaminosa. Sorprendentemente, entre los pioneros de aquel territorio prohibido estaba el tío de la novia. Dada la velocidad con que se bebía las copas, no tardó en estar como una cuba, detalle que Mensur observó con deleite.

En su papel de anfitriona, Peri —con un vestido color aguamarina hasta la rodilla y el cabello recogido en un moño tan grande que le cambiaba el centro

de gravedad de la cabeza—, tuvo que hablar con muchos invitados y sonreír a menudo. Mientras arrullaba a los niños, besaba en la mano a los ancianos y escuchaba el cotilleo de sus iguales, advirtió que un joven la miraba con atención. No era la clase de mirada masculina que expresaba atracción y se detenía en esa fina línea, sino una mirada que insistía, presionaba, reclamaba. No parecía comprender que de la asertividad a la agresividad apenas había un paso de liliputiense. Al encontrarse sus miradas, Peri frunció el ceño, esperando que así quedara claro que no tenía ningún interés en él. Este respondió con una sonrisa burlona, dejando la señal de ella suspendida en el aire, sin transmitir.

Cuando al cabo de media hora Peri se dirigió al aseo de señoras, el joven le salió al paso.

—Pareces un hada —le dijo, poniendo una mano en la pared para impedir que pasara—. Es evidente que tus padres acertaron con tu nombre.

—Disculpa, pero ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No es culpa mía que seas tan guapa —replicó él sonriendo con lascivia.

Peri notó que le hervía la sangre, y las palabras le salieron de la boca a trompicones.

—¡Déjame en paz! Nadie te ha dado derecho a molestarme.

Él parpadeó, sorprendido y, con un esfuerzo exagerado, bajó el brazo. En el rostro que hacía apenas unos segundos lucía una sonrisa confiada, ahora se reflejaba una hostilidad inconfundible.

—Me contaron que te dabas aires. Debería haberles hecho caso. ¡Solo porque estudias en Oxford te crees que eres mejor que nosotros!

—Esto no tiene nada que ver con Oxford —replicó Peri sin alterarse.

—Zorra arrogante —masculló él, lo bastante fuerte para que ella lo oyera.

Peri palideció mientras lo veía alejarse. Qué fácil era pasar de la atracción al odio. En el reino de Oriente, el corazón masculino se balanceaba de un extremo a otro como la bola de un péndulo. Oscilando entre la adoración y el desdén exagerados, suspendidos sobre el detritus emocional que apenas el día anterior había tomado forma de pasión, los hombres amaban demasiado, bramaban demasiado, odiaban demasiado, siempre demasiado.

Al volver al salón, Peri vio a la novia y al novio absortos en el baile que los invitados esperaban. Decenas de ojos los seguían desde todos los lados.

Con la espalda más tiesa que un palo y las manos rígidas, se balanceaban al unísono sin apenas tocarse, dos sonámbulos atrapados en el mismo sueño.

Peri se entristeció. La brecha entre la persona que llevaba dentro y la que esperaba ser parecía mayor que nunca. Percibió la distancia infranqueable entre el ambiente del que procedía y aquel del que deseaba formar parte. Ella no sería esa clase de novia. No viviría la vida de su madre. No sería una mujer inhibida, limitada, reducida a lo que no era.

Un pensamiento le cruzó la mente con la velocidad del rayo: «Nunca me casaré con un hombre de esta parte del mundo». Se oponía a cuanto le habían enseñado, y era tan deliciosamente incorrecto, tan impronunciablemente blasfemo, que bajó la vista para que sus ojos no la delataran ante los demás. El marido que ella escogiera procedería de una cultura tan lejana y diferente como fuera posible. Quizá un esquimal. Alguien llamado Aqbalibaaqtuq.

Sonrió al imaginar a su padre invitando a su yerno esquimal a tomar unas copas con él; sus nuevos *mezes* serían la sopa de cabeza de pescado, la carne de ballena cruda y las aletas de foca fermentada. Entretanto su madre insistiría para que se convirtiera al islam, circuncisión incluida. Aqbalibaaqtuq pasaría a llamarse Abdullah. Luego su hermano Hakan lo llevaría a un curso acelerado de masculinidad turca. Aqbalibaaqtuq pasaría muchas horas de ocio en el salón de té jugando a las cartas y fumando narguile. Si frecuentaba suficiente tiempo las malas compañías, muy pronto se vería inducido a las costumbres del arquetipo masculino del país, exigiendo los privilegios propios de su sexo. Su amor ártico se fundiría rápidamente al calor de las costumbres patriarcales.

Pasada la medianoche la celebración tocó a su fin. Uno por uno, los últimos invitados se despidieron y los integrantes de la banda recogieron sus bártulos y se marcharon; solo se quedaron los parientes cercanos. A la mañana siguiente los recién casados emprenderían el viaje de luna de miel de una semana. Su destino era un centro turístico exclusivo de la costa mediterránea de Turquía que se había hecho famoso por sí mismo, y suscitado cierta controversia, a raíz de sus restaurantes halal, sus piscinas halal y sus discotecas halal con secciones separadas, una para hombres, otra para mujeres. Incluso habían seccionado la playa y dividido el mar en una y otra área.

Pero esa noche, a insistencia de Selma así como por decoro, los recién casados dormirían en casa de los Nalbantoğlu, cerca del aeropuerto. Los padres de la novia —que vivían en el otro extremo de la ciudad— también estaban invitados. De modo que todos se apretujaron en la furgoneta, cargados de bolsas y cestas, y de un ramo de flores de seda cuyos pétalos estaban arrugados y raídos después de tantas horas.

Hacía un frío impropio de la época del año, el viento azotaba las ventanillas con fuerza, como si fuera un espíritu agraviado.

Mientras la furgoneta recorría las calles resbaladizas por la lluvia, Peri se fijó en que la madre de la novia sacaba del bolso una faja de un rojo brillante —«el cinturón de castidad»— y lo ataba a la cintura de su hija. Aunque sabía que en muchas partes del país era práctica común, aquello la confundió. Como no quería darle más vueltas, intentó hablar con Hakan, que iba sentado a su lado. Su hermano parecía cansado, distraído, una fina capa de sudor perlaba su frente. Peri no tardó en sumirse también en el silencio.

El hospital

Estambul, 2000

Al llegar a casa, a los recién casados se les cedió el dormitorio principal, mientras los padres de la novia ocupaban la habitación de Peri. Selma y Mensur no tuvieron más remedio que dormir en el cuarto de su hijo y compartir lecho. Peri debía contentarse con el sofá del salón.

En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, sintió una oleada de cansancio. En una especie de duermevela oyó un murmullo lejano, palabras que flotaban en el aire poco antes de que se apagara la última luz. Alguien rezaba. Intentó adivinar quién era, pero la voz parecía desprovista de edad y género. Tal vez Peri estuviera ya soñando. Arrullada por el tictac del reloj del pasillo, demasiado adormilada para lavarse los dientes, el pecho moviéndose al ritmo acompasado de su respiración, se durmió.

Más o menos una hora después, despertó sobresaltada. Le parecía haber oído un ruido, pero no estaba segura. Incorporándose sobre un codo, se quedó inmóvil y rígida. Aguzó el oído, a la espera, y en medio de la oscuridad no supo si era ella quien escuchaba o la escuchaban a ella. Conteniendo la respiración, contó los latidos de su corazón: tres, cuatro, cinco… Alguien lloraba. Entre los sollozos se oía un constante e insistente susurro, como el viento que sopla en un bosquecillo antes de una tormenta. Una puerta se abrió y se cerró de golpe, de forma accidental o por una mano furiosa.

Aunque intuía que pasaba algo, Peri no se movió, confiando en que, fuera lo que fuese, se resolviera por sí solo. Pero los ruidos se multiplicaron. Los susurros se convirtieron en gritos, resonaron pasos por el pasillo y ya no se oían sollozos de fondo sino un gemido, el grito de un alma en pena.

—¿Qué pasa? —preguntó Peri en voz alta levantándose de la cama, y la voz se propagó por delante de ella hasta llegar a lo más profundo de la casa.

Se acercó a la habitación donde sus padres deberían estar durmiendo. Su madre ya estaba despierta y activa, con el rostro lívido. Su padre se paseaba de un lado para otro, con las manos a la espalda y el pelo revuelto. Junto a él estaba su hermano Hakan, con un cigarrillo entre los dedos, al que dio una calada con un gesto de exagerada desesperación. Peri los miró y tuvo la extraña sensación de que no conocía a ninguna de esas personas: eran desconocidos que se hacían pasar por sus seres queridos.

—¿Qué hacéis despiertos? —preguntó.

Su hermano la miró furioso, con los ojos entornados como dos filos de cuchillo.

—¡Vuelve al salón!

—Pero…

—¡He dicho que te vayas!

Peri retrocedió un paso. Nunca había visto a Hakan así; aunque tendía a los arrebatos de cólera y las palabrotas, esta vez su ira era tan feroz y tan descontrolada como si hubiera una criatura salvaje en la habitación, imposible de domar.

En lugar de regresar al salón, Peri se dirigió hacia el dormitorio principal. La puerta estaba entreabierta y la novia estaba sentada al borde de la cama, en camisón y con el cabello moreno desparramado sobre los hombros. Sus padres, sentados uno a cada lado de su hija, apretaban los labios.

—Os juro que no es verdad —dijo la novia.

—Entonces, ¿por qué dice tal cosa? —bramó su madre.

—¿A quién crees, a él o a tu hija?

La madre guardó silencio unos minutos.

—Creeré lo que diga el médico.

Como si estuviera en trance, Peri acabó comprendiendo poco a poco el motivo de aquellos sonidos que había oído poco antes; su hermano había salido en tromba del dormitorio, convencido de que su esposa no era virgen.

—¿Qué médico? —preguntó la novia con ojos enrojecidos y asustados, mirando por la ventana la ciudad. El cielo, de un negro carbón al ocultarse la luna tras una nube, tenía un tono morado sobre el horizonte, presagio del amanecer.

—Es la única manera de llegar al fondo de la cuestión —dijo la madre

levantándose, y cogiendo a su hija por la mano tiró de ella.

—Por favor, mamá. No lo hagas —susurró la novia con un hilo de voz.

Pero la madre no atendía a razones.

—Ve por los abrigos —ordenó a su marido, quien asintió por inercia si no en conformidad.

La sangre se agolpó en el rostro de Peri, que regresó corriendo con sus padres.

—*Baba*, detenlos. ¡Van a ir al hospital!

La expresión desgraciada de Mensur, con su pijama de algodón, era la de alguien a quien le han obligado a actuar en una obra cuyo papel desconoce. Miró a su hija y luego a la novia, que pasaba con su madre por delante de ellos en dirección a la puerta. Era la misma impotencia de años atrás, la noche en que la policía había hecho una redada en su casa.

—Tranquilicémonos —dijo Mensur—. No hay necesidad de involucrar a desconocidos. Ahora somos una familia.

La madre de la novia rechazó esas palabras con un ademán.

—Si mi hija es culpable, yo misma la castigaré. Pero si su hijo miente, pongo a Alá por testigo de que me encargaré de que se arrepienta.

—Por favor, no debemos dejarnos llevar por la cólera…

—Deja que hagan lo que quieran —lo interrumpió Hakan. El humo de su cigarrillo salía en volutas desde sus fosas nasales—. Yo también quiero averiguar la verdad. Tengo derecho a saber con qué clase de mujer me he casado.

Peri miró a su hermano boquiabierta.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Cierra la boca! —soltó Hakan en un tono tan cansino que contradecía la aspereza de su mensaje—. Te he dicho que no te metas en esto.

En menos de una hora estaban todos sentados en un banco del hospital más cercano. Todos menos la novia.

De esa noche, que Peri rememoraría durante años, quedarían grabados varios detalles: las grietas del techo, que parecían el mapa de un continente olvidado; los zapatos de la enfermera repiqueteando contra el suelo de hormigón; el olor a desinfectante mezclado con los de la sangre y la

enfermedad; la pintura verde musgo de las paredes; el letrero «SAL DE URGENCIAS», al que le faltaba una letra; y el pensamiento perturbador que le taladraba el cerebro: que por surrealista que pareciera cuanto estaba sucediendo, podrían haberla sometido a examen a ella si sus padres la hubieran casado con alguien para cuya familia esas cosas eran importantes. Peri se percató de ello con el corazón encogido.

Había oído hablar de las crisis en la noche de bodas, pero siempre había creído que eso les sucedía a otros: a campesinos en pueblos abandonados de la mano de Dios o a provincianos ignorantes. Su familia no era de las que se veían envueltas en pruebas de virginidad en un hospital destartalado. Desde niña la habían tratado igual que a sus hermanos, si no con cierto favoritismo. Sus progenitores la habían querido, consentido y valorado. Al mismo tiempo, al crecer en un barrio cerrado donde detrás de todos los visillos había ojos que observaban y juzgaban, ella era consciente de ciertos límites que no había que traspasar, de la ropa que no podía vestir, de los lugares públicos donde no podía sentarse, de a qué hora debía regresar por la noche si salía…, al menos la mayoría de las veces. En el último año de secundaria, la vorágine de disidentes y rebeldes que había arrastrado en su corriente a la mayoría de sus compañeros de clase, al principio la había dejado ilesa, amarrada sobre un terreno moral elevado. Mientras sus iguales rompían tabúes y se destrozaban unos a otros el corazón con idéntico fervor, Peri había llevado una vida tranquila. Pero luego se había enamorado, y el amor, tan breve como atrevido, hizo añicos las fronteras bien resguardadas. Sus padres no sabían que había llegado hasta el final con su novio izquierdoso. Ahora se daba cuenta de la fragilidad de su situación como la «hija querida». Se sentía hipócrita. Allí estaba, esperando el resultado de la prueba de virginidad de otra joven cuando ella misma no era virgen.

—¿Por qué tardan tanto? ¿Hay algún problema? —preguntó el padre de la novia, levantándose de un brinco y tomando de nuevo asiento.

—Por supuesto que no —soltó su mujer. Estaba tan agitada que la enfermera de guardia se le había acercado dos veces para pedirle que bajara el tono.

Transcurrió una hora, o eso pareció. Al final salió la doctora, con el cabello recogido muy tirante y los ojos grises echando fuego detrás de las

gafas. Los escudriñó con un desdén mal disimulado. Era evidente que detestaba lo que había hecho y aún más a ellos por haberle pedido que lo hiciera.

—Puesto que insisten en saberlo, es virgen —anunció—. Algunas chicas nacen sin himen, y hay casos en que el himen se rasga en el acto sexual o durante una simple actividad física, y la chica no sangra.

Parecía utilizar los datos médicos a propósito para humillarlos: un acto de venganza por la vergüenza que habían hecho pasar a la novia.

—Han causado daños psicológicos a una joven. Les aconsejo que la lleven a un psicólogo, si ella les importa. Ahora, por favor, váyanse todos. Me esperan pacientes con problemas de verdad. Las personas como ustedes nos hacen perder el tiempo.

Y sin decir una palabra más, se volvió y se alejó. Durante un largo minuto nadie habló. La madre de la novia rompió el silencio:

—¡Alá es grande! —exclamó—. Han tratado de desacreditar a mi hija. Pero Dios, mi Dios, les ha dado una bofetada y les ha dicho: «¿Cómo se atreven a mancillar a una virgen? ¿Cómo se atreven a deslustrar un capullo de rosa?».

Con el rabillo del ojo, Peri vio que su padre bajaba la cabeza y miraba el suelo de hormigón como si esperara que este se lo tragara.

—¡Es su hijo quien no ha podido hacerlo! ¿Me oyen bien? Si no es lo bastante hombre, ¿qué esperan que haga mi hija? ¡Tendrían que llevar a su hijo ya saben adónde!

—Mujer, cálmate —murmuró su marido, incómodo, sin saber abordar la situación.

Su intervención solo sirvió de acicate a su mujer.

—¿Por qué? ¿Por qué voy a evitarles la vergüenza?

Una puerta del pasillo se abrió y salió la novia. Se acercó a ellos con pasos comedidos y pausados. En un instante su madre se precipitó hacia delante, golpeándose los muslos con los puños como en duelo.

—Capullo de rosa, ¿qué te han hecho? ¡Que se hundan en el barro al que han intentado arrastrarnos!

Sin hacer caso de su madre, la novia se dirigió a zancadas hacia la salida. Al pasar por delante de los Nalbantoğlu y de su marido, a quien le temblaban

las piernas con tal fuerza que el banco vibraba, alzó la barbilla, rehuyendo la mirada de todos. Peri se fijó en sus manos, bien cuidadas y decoradas con *henna*, con las palmas repletas de marcas moradas. Ese detalle fue lo que más la conmovió de cuanto presenció aquella desdichada noche. Eran las marcas que se hace una joven al clavarse las uñas durante una prueba de virginidad.

—Feride, espera...

Era la primera vez que Peri pronunciaba su nombre. Hasta ese día siempre se le había dirigido con un «tú», «ella» o «la novia».

Aunque aminoró el paso, Feride no se detuvo ni se volvió. Caminando en línea recta, desapareció por las puertas automáticas con sus padres a la zaga.

Peri notó que hervía de indignación, contra su hermano, cuyo egoísmo e inseguridad habían causado aquel desastre; contra sus padres, por no haberse esforzado más por paliar la ofensa; contra la tradición ancestral que buscaba el valor de un ser humano entre las piernas; pero sobre todo contra sí misma. Ella podría haber ayudado a Feride, y sin embargo se había quedado de brazos cruzados. Siempre pasaba lo mismo. En los momentos de estrés, justo cuando había que implicarse y actuar, se sumía en el letargo, como si una mano invisible la empujara hacia él, y desde allí observaba cómo el mundo a su alrededor perdía intensidad y se volvía borroso, y sus sentimientos se iban debilitando, como bombillas que se apagan una tras otra.

Los Nalbantoğlu regresaron solos en la furgoneta alquilada para la boda. Hakan conducía; Mensur, sentado en el asiento trasero, miraba por la ventanilla. Peri iba sentada junto a su madre.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó.

—Nada, *inshallah* —dijo Selma—. Compraremos bombones, sedas, joyas… y nos disculparemos. Haremos lo posible para desagraviarlos, aunque la idea de ir al hospital fue suya, no nuestra.

Peri reflexionó un momento.

—¿Cómo puede sobrevivir un matrimonio después de un comienzo tan horrible?

Su madre esbozó una sonrisa torcida. La luz de una farola dividía su rostro en dos mitades: una iluminada y la otra en sombra.

—Créeme, Pericim, muchos matrimonios han sobrevivido a cosas peores.

Todo se arreglará, *inshallah*.

Peri miró a su madre, tal vez viéndola por primera vez. Se dijo que el matrimonio de sus padres quizá no había sido lo que parecía y su querido padre no siempre había sido el caballero que ella creía.

Sus pensamientos volaron hacia el retrato de sus padres el día de su boda que guardaban en la vitrina, enmarcado pero no expuesto. Mensur y Selma, los dos jóvenes y delgados, estaban rígidos y no sonreían, como si acabaran de caer en la cuenta de la gravedad de lo que habían hecho. Tras ellos había un fondo absurdo de orquídeas silvestres y gansos que volaban. Alrededor de la cabeza todavía sin cubrir, Selma llevaba una corona de margaritas trenzadas; su belleza plástica no era menos falsa que la felicidad de ambos.

Peri cogió la mano de su madre, más de forma instintiva que deliberada, y se la apretó con suavidad. Se le ocurrió que la madre que siempre había visto frágil y llorosa tal vez había poseído una resistencia interior. Selma lidiaba con las crisis emocionales igual que se ocupaba de los quehaceres domésticos. Con diligencia, recogía los pedazos del mismo modo que ordenaba los adornos esparcidos por la casa.

—Tengo fe, eso ayuda —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento a Peri—. Debe de haber una razón que explique por qué hemos tenido que pasar por esto. Nosotros aún no la sabemos, pero Alá sí.

Por el rubor de las mejillas y el brillo de los ojos de su madre, Peri supo que era sincera. La fe, como Selma la entendía, le infundía un sentido de rendición que podría haber sido una causa de debilidad si no la hubiera hecho más fuerte. ¿Era la religión una fuerza que otorgaba poder a mujeres que de otro modo habrían tenido un poder limitado en una sociedad diseñada por y para los hombres, o solo era un instrumento más para enseñarles a ser sumisas?

Al día siguiente Peri voló a Inglaterra con la mente repleta de preguntas, sin saber si era mejor buscar las respuestas o dejarlo estar.

El saqueo

Estambul, 2016

En cuanto acabó de hablar por teléfono con su madre, Peri bajó por la escalera principal adornada con falsas urnas griegas y cruzó el suelo de mármol pulido hasta la mesa de comedor. Por un lado, estaba decepcionada por no haber conseguido el número de Shirin. Por el otro, se sentía aliviada. No tenía ni idea de qué le habría dicho, y tampoco si ella la habría escuchado, en el caso de que hubiera sido capaz de dar con las palabras adecuadas. La había telefoneado unas cuantas veces en el pasado, poco después de marcharse de Oxford, pero entonces Shirin estaba demasiado enfadada para hablar: la herida seguía abierta. A pesar de los años transcurridos, no había garantías de que esta vez fuera diferente.

Entró en el comedor, con la risa de los comensales taladrándole los oídos. La relaciones públicas la esperaba junto al mueble bar.

—Eh, he llamado a mi hermano mientras estaba fuera —le dijo sonriendo, pero la sonrisa no le alcanzaba a los ojos—. Estaba encantado cuando le he contado que usted fue a Oxford más o menos en la misma época que él. Deben de tener amistades en común.

Peri le sostuvo la mirada con la misma intensidad.

—Quizá, pero Oxford es una ciudad grande.

—Le he comentado que usted tenía una foto del profesor del escándalo. Parecía muy sorprendido.

Peri apretó la mandíbula, preparándose para lo siguiente.

—¿Cómo lo llamaban? Mi hermano me lo ha dicho, pero me he olvidado.

—Azur —respondió Peri, y el nombre le quemó la lengua como una esquirla de fuego.

—¡Eso es! Sabía que era un nombre raro. —La relaciones públicas

chasqueó los dedos para enfatizar sus palabras—. Verá, mi hermano tiene curiosidad por saber… Me ha pedido que le pregunte si usted fue alumna suya.

—No, no lo conocí tan bien —respondió Peri sin titubear—. Las chicas de la foto eran alumnas suyas. Yo solo era una amiga. De todas formas perdí el contacto con ellas.

—Oh —respondió la relaciones públicas, y la decepción ensombreció su rostro, aunque aún no estaba decidida a desistir—. Pruebe por Facebook. Yo he recuperado a todos mis amigos de la universidad…, y hasta los de la escuela de primaria. Tomamos *pilaff* y alubias…

Peri asintió, impaciente por deshacerse de aquella mujer que, como un ejército hostil, había invadido sus dominios y estaba saqueando su privacidad, su pasado. Nunca le diría cuántas veces había googleado el nombre de Azur —sus logros, sus libros, sus fotos— y mirado con detenimiento todas las entradas que aparecían sobre él, y luego leído acerca del escándalo, tras el cual él había abandonado la enseñanza pero continuaba dando entrevistas y charlas.

—Mi hermano recuerda rumores acerca de una chica turca que iba al curso de ese profesor. Según él, no se hablaba más que de eso.

La tensión colmó el espacio entre ellas como un charco sucio.

—¿Qué insinúa? —le preguntó Peri, sorprendida de la frialdad de su propia voz.

—Nada. Solo tengo curiosidad.

Ante los ojos de Peri apareció la imagen del vagabundo. El cuerpo demacrado, los ojos penetrantes, las manos con eczemas. Esa mujer, aunque adinerada y privilegiada, no era menos adicta que él. Peri la imaginó sosteniendo ante la cara una bolsa de plástico llena de las desgracias y secretos oscuros de otras personas, y metiendo la nariz en ella e inhalando para darse una tregua de su propia vida.

—Me encantaría tener algo más interesante que contarle —replicó, pero se detuvo una fracción de segundo al pronunciar la palabra «interesante». Su comentario, aunque era para esa entrometida, parecía dirigido a sí misma—. Yo era una alumna discreta, no de las que se involucraba en escándalos.

La relaciones públicas apretó los labios como en señal de solidaridad.

—La próxima vez que hable con su hermano, dígale que debe de tratarse

de otra persona.

—Sí, por supuesto.

Durante el resto de la cena, Peri rehuyó la mirada de la relaciones públicas. No se sentía mal por haber mentido. No tenía ninguna intención de revelar su pasado a una desconocida y menos aún a una que hurgaba en la carroña en busca de cotilleos con que alimentarse. Además, pensándolo bien, no era exactamente una mentira. Al fin y al cabo, había sido otra chica, muy distinta a la mujer de hoy, la que en otro tiempo había sido la alumna favorita del profesor Azur, y más adelante su perdición.

Footing al anochecer

Oxford, 2000

Al regresar al *college,* Peri se enfrascó en los estudios. Por las mañanas, cuando iba a buscar su café —tan distinto del turco, que era dulce y fuerte—, observaba la expresión absorta de los estudiantes y los profesores que corrían de un edificio a otro con libros y apuntes apretados contra el pecho, y se preguntaba cuántos de ellos tenían alguna experiencia de la vida en otra parte. Qué fácil era dar por sentado que Oxford —o cualquier lugar, en realidad— era el centro del universo.

El miércoles salió de la biblioteca al anochecer. Había estado casi tres horas leyendo y estaba saturada de pensamientos. Se imaginaba la mente como una mansión laberíntica con muchas habitaciones en las que guardaba cuanto leía, oía y veía, y donde un hombrecillo, un homúnculo que se hallaba enteramente a su servicio, las inspeccionaba, procesaba y registraba. Sin embargo, creía posible que a uno mismo se le ocultaran sus propios pensamientos.

Decidió salir a correr. Tras una rápida parada en su escalera para dejar los libros que había sacado de la biblioteca y cambiarse de ropa, bajó por Holywell Street. Poco a poco encontró el ritmo. El viento frío en el rostro era como un bálsamo.

Los ciclistas pasaban en silencio por su lado; sus faros parpadeaban con complicidad en la oscuridad. Todo el mundo se desplazaba en bicicleta —a las tiendas, los restaurantes, los seminarios—, y una de las imágenes que más le gustaban era la de sus profesores entrados en años en bicicleta y sus togas ondeando suavemente con el viento. A ella no se le daba bien la bici. Era una de esas cosas que tenía que practicar…, como la felicidad.

Tras desviarse de su trayecto habitual, cruzó corriendo calles y callejones

que parecían desiertos. Aspiró el olor de plantas de invierno anónimas, y al doblar una esquina se detuvo, jadeando con fuerza. Se encontró cara a cara con un póster en la pared.

EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL
DE LA UNIVERSIDAD DE OXFORD
presenta

EL DEBATE SOBRE DIOS
Profesor Robert Fowler, profesor John Peter
y
profesor A. Z. Azur.
Únase al espectacular debate
entre las mentes más brillantes de nuestro tiempo.

Peri abrió los ojos como platos. Comprobó la hora y la dirección escritas en el póster. Era ese mismo día, a las cinco de la tarde, en el Museo de Historia Natural.

Ya había empezado. El lugar estaba a un poco más de dos millas de distancia, no tenía entrada y tampoco llevaba dinero en el caso de que todavía pudiera comprarla. No sabía cómo entraría, pero dio media vuelta, respiró hondo y echó a correr.

El tercer camino

Oxford, 2000

Antes de que Peri llegara a su destino, con el pelo revuelto y arroyuelos de sudor bajándole por el cuello, el sol ya se había puesto en un cielo color ámbar. Se acercó al edificio neogótico, diseñado como «una catedral a la ciencia». La arquitectura de Oxford se dividía en dos categorías: la que evocaba y la que soñaba. El Museo de Historia Natural pertenecía a ambas. La grava crujía bajo sus pies mientras pensaba que el edificio —al margen de las colecciones que albergaba— exigía a sus visitantes sobrecogimiento y respeto.

En la puerta principal había dos ayudantes, un chico y una chica —estudiantes, a juzgar por su aspecto—, con sendas camisas azul brillante y expresión aburrida. El chico la saludó con un gesto de la cabeza.

—He venido por el debate —dijo Peri, intentando recobrar el aliento.

—¿Tienes entrada? —le preguntó el chico, que era desgarbado, con el labio inferior prominente y una frente estrecha coronada por una abundante mata de cabello pelirrojo.

—Mmm…, no —respondió Peri, ansiosa—. Y no llevo el monedero encima.

—Daría igual. —El chico negó con la cabeza—. Hace semanas que se agotaron.

Las palabras brotaron de la boca de Peri por voluntad propia:

—Pero ¡he venido corriendo hasta aquí!

Ante la vehemente y espontánea reacción de Peri, la chica sonrió compasiva.

—De todas formas, está a punto de acabar. Has llegado tarde.

—¿Puedo echar un vistazo al menos? —preguntó Peri, aferrándose a un

hilo de esperanza.

La chica se encogió de hombros. Por ella, no había inconveniente. Pero el chico no estaba de acuerdo.

—No podemos permitirlo —insistió con el tono de quien ocupa de forma inesperada una posición de autoridad y está dispuesto a sacarle el mayor partido.

—Están grabando el debate. Más tarde habrá un pase gratuito —insinuó la chica.

Peri no se dio por satisfecha. Aun así, asintió.

—Está bien. Gracias.

Se volvió, enojada; vista a la débil luz del atardecer parecía una niña frustrada. Si alguien le hubiera preguntado por qué tenía tanto interés en entrar, solo se le habría ocurrido una respuesta: por instinto. Algo le decía que muchas de las preguntas que le rondaban por la cabeza estaban respondiéndose dentro. Esa convicción la llevó a hacer lo que hizo a continuación.

En lugar de dirigirse a la carretera principal, deambuló alrededor del museo en busca de una puerta lateral. No fue necesario. Se le presentó otra oportunidad de entrar cuando, al mirar por encima del hombro hacia la puerta principal, advirtió que la chica ya no estaba. Tras unos segundos, el otro ayudante desapareció también dentro del edificio.

Siguiendo un impulso, aprovechó que la puerta estaba sin vigilancia y entró. Una vez en el interior se movió con cautela, los sentidos alerta como si de algún modo esperara que el chico pelirrojo apareciera de un salto de detrás de una esquina y la echara. Pero no había ni rastro de él. Siguiendo los letreros de «DEBATE SOBRE DIOS», enseguida se vio en una gran sala abarrotada de gente.

En hileras apretadas, un público compuesto de alumnos y académicos escuchaba con embelesada atención, sin apartar la mirada de las cuatro figuras del escenario. Una de ellas era un destacado periodista de la BBC que moderaba el debate; parecía estar dando por finalizado el acto. Peri observó a los tres profesores, preguntándose cuál de ellos era Azur.

El primer profesor —un hombre alto y demacrado de ojos rasgados e inteligentes— era calvo y tenía una poblada barba entrecana que se toqueteaba

nervioso cuando oía algo que no le gustaba. Vestía traje gris, camisa a cuadros rosas y tirantes rojos con cierres metálicos, y de vez en cuando un rictus de beligerancia traicionaba su forzada sonrisa. La mayor parte del tiempo se miraba las manos fijamente, como si encerraran un misterio que esperara resolver.

El segundo profesor, el mayor de los tres, tenía el rostro ancho, la tez rubicunda, un pelo gris que le clareaba y una barriga que se olvidaba de meter cuando se alteraba. Llevaba una chaqueta rojiza que le apretaba o con la que no estaba cómodo, porque parecía inquieto, encorvado en su silla con la mirada perdida. A Peri le pareció un tipo amable, la clase de hombre que prefería pasar el tiempo con sus alumnos y nietos antes que en un estrado debatiendo sobre Dios.

El tercer orador, que se había sentado algo apartado de los demás a la izquierda del moderador, tenía un cabello rubio castaño que le caía en elegantes ondas por el cuello de la camisa y una nariz prominente que oscilaba entre lo horrible y lo magnífico. Los ojos le brillaban como partículas de obsidiana tras las clásicas gafas de pasta de color negro cuando miraba al público sonriendo con hastío. Peri no sabía decir si su sosiego era una señal de que estaba en paz consigo mismo o un reflejo de un orgullo desmedido. Igual de difícil era calcular su edad. En su postura había cierta agilidad en tensión, lo que sugería que era más joven que los demás, y su semblante traslucía una vehemencia que podía o no deberse a su relativa juventud. Peri no dudó de que era el profesor que Shirin había puesto por las nubes.

—Creo que hablo en nombre de todos los presentes si digo que hemos disfrutado de un debate fascinante y que nos marchamos con provocadoras ideas que rumiar —declaró con entusiasmo el moderador.

Parecía bastante agotado y aliviado de que el acto acabara. Peri se preguntó qué había ocurrido antes de que llegara ella, ya que bajo la capa de cortesía académica percibía un mar de fondo cargado de tensión.

—Ahora tiene la palabra el público. Respeten unas normas básicas: procuren que las preguntas sean concisas y vayan al grano. Por favor, esperen a que les llegue el micrófono y no olviden presentarse antes de hablar.

Una oleada de emoción recorrió la sala como una ráfaga de brisa sobre un campo de trigo. De inmediato se alzaron unas cuantas manos, las de los

valientes y los atrevidos.

El primero en hablar fue un estudiante. Tras presentarse brevemente, soltó una diatriba sobre la dicotomía entre el bien y el mal, empezando por la Antigua Grecia y Roma y continuando por la Edad Media. Cuando llegó al Renacimiento, el público estaba impacientándose y el periodista lo interrumpió.

—Muy bien, señor… ¿Quiere hacer alguna pregunta o se propone darnos un sermón secular?

Hubo risas. El estudiante se sonrojó y cuando por fin soltó el micrófono —sin haber formulado aún una pregunta— lo hizo de mala gana.

A continuación se levantó un clérigo con sotana negra, un pastor anglicano quizá. Peri no sabía distinguirlos. Dijo que había disfrutado del debate, pero que se había quedado atónito tras afirmar el primer orador que la religión no admitía un debate libre. La historia de la Iglesia cristiana estaba llena de ejemplos que lo desdecían. Las semillas de muchas universidades en Europa, entre ellas la suya, habían sido sembradas gracias a la teología. Los ateos estaban en su derecho de tener sus opiniones siempre y cuando no tergiversaran los hechos, añadió.

Siguió un breve diálogo entre el clérigo y el profesor barbudo, quien, según entendió Peri, era el «ateo» en cuestión. El profesor afirmó que la religión, lejos de ser un aliado del debate libre, era su antiquísima némesis. Cuando Spinoza había cuestionado las enseñanzas de los rabinos, no se elogió su intelecto sino que se lo expulsó de la sinagoga. El mismo patrón perturbador se hallaba tanto en la historia del cristianismo como en la del islam. En cuanto hombre consagrado a la ciencia y la claridad, no podía ponerse bajo el influjo de la religión.

El siguiente miembro del público que cogió el micrófono fue una elegante mujer de mediana edad. La ciencia y la religión nunca serían aliados, afirmó, citando ejemplos de filósofos y científicos —en Oriente y en Occidente— perseguidos por las autoridades religiosas a lo largo de la historia. Clamó contra el segundo profesor, quien, según advirtió Peri, además de ser un erudito famoso, era un hombre considerablemente piadoso.

Ese segundo profesor, aunque no era tan elocuente como su compañero ateo, hablaba en voz baja con un marcado acento irlandés, pronunciando cada

palabra despacio, como una exquisitez que saborear. Desde su punto de vista, dijo, entre la religión y la ciencia no había ningún conflicto. Podían ir de la mano, si dejábamos de pensar que eran incompatibles como el agua y el aceite. Conocía en persona a varios científicos, expertos en sus campos, que eran devotos cristianos. Como sostuvo Darwin —que nunca se consideró ateo —, era absurdo cuestionar que un hombre pudiera ser un creyente ferviente y un evolucionista a la vez. Muchos científicos aclamados como «ateos acérrimos» en el fondo eran creyentes.

Entretanto, Peri, que no había encontrado un asiento libre, se apoyó contra la pared. Escudriñó a Azur, que escuchaba el diálogo con el pelo sobre la frente, el rostro iluminado con un brillo enigmático y la barbilla apoyada en una mano. No podía permanecer mucho tiempo en esa postura; la siguiente pregunta iba dirigida a él.

Una joven de la primera fila se levantó. Se cuadró de hombros, y en su cola morena se reflejó la luz del techo mientras se erguía con firmeza. Aun viéndola de espaldas, Peri supo que era Shirin.

—Profesor Azur, como espíritu libre tengo un problema con la religión en que me criaron. No puedo soportar la arrogancia de los supuestos «expertos» o «pensadores», ni las peroratas interesadas de los imanes, los sacerdotes y los rabinos. Disculpe mi brusquedad, pero es una farsa total. En cada uno de sus libros, encuentro una voz que le habla a mi ira. Habla con convicción sobre temas delicados. Y me enseña a identificarme con los demás. Cuando se sienta a escribir, ¿tiene en mente a un lector en particular?

Azur ladeó la cabeza sonriendo con comprensión y complicidad, detalle que a Peri se le escapó, pues una camisa estampada azul la había distraído. ¡Era el ayudante que no la había dejado entrar! Temiendo que estuviera buscándola, se pegó aún más contra la pared. Pero el joven, con una inconfundible expresión hostil, miraba fijamente el escenario, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en un orador en particular: en Azur.

En cuanto Shirin se sentó, ese mismo joven se precipitó hacia delante, zigzagueando entre el público. Se detuvo junto a Shirin, se inclinó mucho hacia ella y le pidió el micrófono. Peri no vio qué ocurría entre ellos, pero la espalda de Shirin se puso rígida. Agarrando aun así el micrófono, el joven se volvió hacia la mesa redonda y su voz atronadora sonó casi como un grito:

—¡Tengo una pregunta para el profesor Azur!

El rostro de Azur se ensombreció. Asintió despacio y deliberadamente, dando a entender que conocía al joven.

—Le escucho, Troy.

—En uno de sus primeros libros, creo que era *Romper la dualidad*, escribió que no se embarcaba en debates con ateos ni con creyentes, y sin embargo aquí le tenemos hoy, haciendo justo eso, a no ser que me esté dirigiendo a un clon. ¿Qué ha cambiado? ¿Se equivocó entonces o se está equivocando ahora?

Azur le dirigió una sonrisa —distinta de la que había dedicado a Shirin— que rezumaba una fría seguridad en sí mismo.

—Está en su derecho de criticar mis palabras siempre que las cite fielmente. No dije que nunca discutiría con ateos y creyentes. Lo que dije fue… —Y arqueó una ceja—. ¿Alguien tiene un ejemplar de mi libro? Necesito comprobar lo que dije.

Hubo risas.

El moderador le entregó un volumen y Azur encontró enseguida la página que buscaba.

—Aquí está. —Tras carraspear de un modo que a Peri le pareció casi teatral, empezó a leer—: «La cuestión imperante sobre si existe Dios suscita uno de los debates más tediosos, improductivos y desaconsejables en que se han enzarzado personas por lo demás inteligentes. Demasiadas veces hemos constatado que ni los creyentes ni los ateos están dispuestos a abandonar la hegemonía de la certeza. Su aparente discrepancia es como un estribillo que se repite sin cesar. Ni siquiera es exacto llamar "debate" a esta batalla de palabras, puesto que los participantes, al margen de sus puntos de vista, son conocidos por ser intransigentes en sus posiciones. Donde no hay posibilidad de cambio, no hay una base para un verdadero diálogo». —Alargó el cuello y buscó entre el público mientras cerraba el libro—. Como ve, participar en un debate abierto es un poco como enamorarse. —Hablaba con voz serena; sus gestos eran enfáticos, suaves y opulentos—. Se es otra persona cuando se acaba. Por tanto, amigos míos, si no están dispuestos a cambiar, no se embarquen en discusiones filosóficas. Esto es lo que dije en el pasado y lo que digo ahora.

Entre los presentes, se elevaron algunos aplausos.

—Me temo que se nos está agotando el tiempo. Una última pregunta de nuestro público —anunció el moderador.

Se levantó un anciano.

—¿Puedo preguntar a los distinguidos eruditos si tienen un poema favorito sobre Dios, tanto si creen en Él como si no?

El público se removió en sus asientos, expectante.

—Mis poemas favoritos suelen cambiar con el paso del tiempo… —respondió el primer profesor—, pero en este momento estoy pensando en unos versos de «Prometeo» de lord Byron:

¡Titán! Ante cuyos ojos inmortales
los sufrimientos de la humanidad,
vistos en su triste realidad,
no eran como las cosas que los dioses desprecian.
Un callado e intenso sufrimiento;
la roca, el buitre, y la cadena…

—No se me da muy bien memorizar poemas —apuntó el segundo profesor —. Probaré con T. S. Eliot.

Muchos desean ver sus nombres impresos,
muchos no leen nada si no son los reportes de las carreras.
Mucha es vuestra lectura, pero no la palabra de Dios,
mucho es vuestro construir, pero no la casa de Dios.

Aunque era su turno, Azur permaneció callado durante lo que pareció un segundo más de la cuenta. En el silencio expectante dijo:

—Mis versos son del gran persa Hafez. Es posible que cambie un poco las palabras, dado que, como saben, cada traducción es una traición de amante. —Hablaba tan bajo que Peri tuvo que echarse hacia delante para oírlo. Se fijó en que varias personas del público también lo hacían.

He aprendido tanto de Dios
que ya no puedo llamarme
cristiano, hindú, musulmán, budista o judío.
La verdad ha compartido tantas cosas de sí misma conmigo

que ya no puedo llamarme
hombre, mujer, ángel o incluso alma.

Mientras pronunciaba esos versos, había levantado la vista hacia un punto al frente. Aunque no miraba a nadie en particular, y parecía a igual distancia de sus admiradores que de sus críticos, en ese instante Peri sintió que le hablaba a ella.

El moderador miró el reloj de soslayo.

—Tenemos tiempo para que cada orador haga un último comentario —declaró—. Caballeros, ¿cómo resumirían sus posturas en una sola frase?

—Reproduciré una conocida cita y lo dejaré ahí —respondió el profesor ateo—: «La religión es un cuento de hadas para los que tienen miedo a la oscuridad».

—En ese caso, el ateísmo es un cuento de hadas para los que tienen miedo a la luz —replicó el profesor piadoso de acento irlandés.

Todas las cabezas se volvieron hacia Azur.

—En realidad, me gustan bastante los cuentos de hadas —repuso este con picardía—. Mis colegas van igual de desencaminados. No parecen entender que yo, en mi simple condición de ser humano, necesito tanto de la fe como de la duda. La incertidumbre es una bendición, caballeros. Lejos de aplastarla, la aclamamos. Ese es el tercer camino.

—Con este comentario doy por finalizado el debate, no sin antes dar las gracias a nuestros distinguidos invitados —se apresuró a decir el moderador, temiendo que la intervención de Azur pudiera avivar la discusión. Luego comentó que el acto había sido un ejemplo perfecto de un debate abierto, sincero y sin censura en la mejor tradición británica y de Oxford—. ¡Un caluroso aplauso para nuestros oradores! Y no se olviden de que ahora firmarán los libros que ustedes compren.

El público prorrumpió en un prolongado aplauso. A continuación, los que querían ejemplares firmados se precipitaron hacia un puesto donde estaban apilados los libros de los profesores, mientras el resto de los presentes se abrían paso hacia el escenario esperando intercambiar unas palabras con uno de los oradores, o se quedaban sentados cuchicheando entre ellos. El resto del público avanzó poco a poco hacia la salida.

Entretanto, los tres oradores se acercaron a la mesa que les habían preparado. Los organizadores del acto pusieron una rosa amarilla delante de cada uno.

Peri avanzó poco a poco con la multitud, escuchando sin querer conversaciones a izquierda y derecha. Justo antes de verse arrastrada fuera de la sala, se detuvo y se volvió como queriendo memorizar todos los detalles que se hallaban al alcance de su mirada. Vio cómo el moderador guardaba sus notas en su maletín. Vio cómo los dos profesores de más edad charlaban con sus lectores. Y, por último, vio cómo se formaba una cola desordenada de admiradores frente a Azur, hasta que este desapareció poco a poco entre el torrente de cuerpos.

El Optimizador

Estambul/Oxford, 2001

El final del primer trimestre transcurrió en una nebulosa. Al regresar a casa por Navidad, Peri se convenció de que la salud de su padre no había empeorado y de que la preocupación de su madre por la higiene no se había convertido en una obsesión. La casa entera olía a lejía y a colonia de limón. En todos los radiadores había ropa secándose, lavada tan a menudo que estampados y colores estaban desvaídos, y debajo se formaban pequeños charcos de agua, como lágrimas derramadas por cosas pasadas.

Padre e hija se pasaron la Nochevieja sentados frente al televisor, comiendo castañas asadas mientras veían a una joven bailar la danza del vientre, la forma tradicional que tenía Mensur de celebrar la llegada de un nuevo año. Selma se había retirado tan temprano como siempre a su habitación, no para dormir sino para rezar. Desde que Umut y Hakan se habían ido de casa, solo estaban padre e hija, igual que años atrás. No hablaban mucho, como si entre ellos el silencio tuviera un lenguaje propio. Eran los rituales, sus rituales, lo que más echaba de menos Peri: los largos paseos por la playa, los *menemen* que cocinaban juntos, las partidas de backgammon en la mesa de cartas junto al cactus de la ventana.

Una semana después Peri regresó a Oxford. Dos viajes consecutivos a Estambul habían acabado con su presupuesto, y estaba resuelta a buscar empleo de media jornada. También tenía algo más en mente: indagar sobre el profesor Azur.

El segundo trimestre empezó con nuevas expectativas y nuevas decisiones. Peri se citó con su tutor para que la orientara en los estudios. Con sus gafas de montura metálica y un permanente aire distraído, como si intentara resolver

mentalmente una ecuación de segundo grado, el doctor Raymond era un hombre de baja estatura y mentón firme. Animaba a todos los alumnos a confeccionar el perfecto plan de estudios para optimizar sus recursos intelectuales. Por eso, los alumnos le habían puesto un apodo: el Optimizador.

El doctor Raymond y Peri hablaron largo rato de las asignaturas que ella quería cursar en el segundo trimestre. No es que hubiera mucha flexibilidad. El programa era más o menos fijo y solo se les permitía pequeños ajustes.

—Pensaba inscribirme en un seminario. Todo el mundo dice que está muy bien —añadió Peri enseguida—. Bueno, todo el mundo no. Solo una amiga mía.

—¿De qué curso se trata? —le preguntó el doctor Raymond quitándose las gafas.

Con los años el doctor Raymond había visto repetidas veces que muchos estudiantes se aconsejaban mal entre sí. Lo que funcionaba para uno a otro lo hacía desgraciado. Además, los jóvenes tenían una tendencia a mudar de opinión con la rapidez con que cambiaban sus cinco canciones favoritas. La asignatura de la que hablaban extasiados al comienzo de un trimestre era objeto de ataques al final. En sus veintitrés años como miembro del cuerpo docente del *college*, había llegado a la conclusión de que era mejor no dar demasiadas opciones a los alumnos. La elección y la confusión iban de la mano.

Ajena a los pensamientos que pasaban por la mente de su tutor, Peri continuó.

—Es un curso sobre Dios. El profesor que lo imparte se llama Azur. ¿Lo conoce?

La boca del doctor Raymond, fija en una sonrisa afable, se torció hacia abajo de un modo casi imperceptible. Solo un ligero temblor en la ceja delató su incomodidad.

—Por supuesto que sí. ¿Quién no lo conoce?

Las ideas se agolpaban en la mente de Peri mientras intentaba interpretar la entonación de aquel comentario en apariencia simple. Había aprendido que los ingleses tenían una forma indirecta de expresar sus opiniones. A diferencia de los turcos, no comunicaban el resentimiento por medio del resentimiento o la cólera por medio de la cólera. En su conversación había capas: la más

profunda incomodidad se transmitía con una sonrisa reticente. Te hacían un cumplido cuando en realidad querían denunciar algo, y revestían las críticas de elogios crípticos. «Si fuera una cantante mala sobre el escenario —pensaba Peri—, en Turquía me arrojarían ramas de acebo espinoso, y en Inglaterra rosas, contando con que pillaría el mensaje por las espinas. Son estilos totalmente distintos.»

Entretanto el doctor Raymond guardó silencio unos minutos, pensando en la mejor forma de abordar un tema delicado. Cuando volvió a hablar, pronunció las palabras con cuidado, como un padre que explica una desagradable realidad vital a un niño hosco.

—No estoy muy seguro de que sea la opción adecuada para usted.

—Pero antes ha dicho que podía escoger cualquier asignatura que me interesara siempre que estuviera en la lista, y esta lo está. Lo he comprobado.

—Tal vez podría decirme por qué quiere cursar ese seminario.

—El tema es… importante para mí, por motivos familiares.

—¿Motivos familiares?

—Dios siempre ha sido un tema de discusión en mi casa. O tal vez debería decir la religión. Mi madre y mi padre tienen puntos de vista opuestos. Me gustaría estudiarlo como es debido.

El doctor Raymond carraspeó.

—Tenemos la suerte de contar con una de las mayores colecciones de libros del mundo. Puede leer sobre Dios cuanto quiera.

—¿No es mejor hacerlo bajo las directrices de un profesor?

Esa era una pregunta que el doctor Raymond prefería no responder, así que no lo hizo.

—No dudo de que Azur sea muy sabio, pero debo prevenirle de que su método de enseñanza es..., cómo decirlo, poco ortodoxo. No funciona con todo el mundo. Ese seminario divide a los alumnos; algunos lo disfrutan pero otros son profundamente desdichados. Acuden a mí para quejarse.

Peri se quedó inmóvil. Por extraño que pareciera, la falta de entusiasmo del tutor no había hecho sino aumentar su curiosidad; ahora estaba aún más impaciente por inscribirse en el seminario.

—Tenga en cuenta que es una clase pequeña. Azur acepta a muy pocos alumnos y espera que acaben el curso, lo que implica mucho trabajo.

—No me asusta la perspectiva de trabajar mucho.

El doctor Raymond suspiró sonoramente.

—Bueno, vaya a hablar con Azur y pídale que le enseñe el programa. —No pudo evitar añadir—: Si es que tiene alguno.

—¿Cómo dice, señor?

El doctor Raymond no respondió enseguida, y en su expresión, por lo general amable, se reflejó inquietud. Luego hizo algo que no había hecho en los largos años que llevaba como profesor de Oxford: hablar de forma negativa a un alumno sobre un colega a sus espaldas.

—Mire, aquí tienen a Azur por un excéntrico. Se cree un genio y los genios creen que a ellos no les atañen las normas de los demás mortales.

Peri sofocó un grito.

—Oh, ¿es cierto eso?

—¿Es cierto qué?

—¿Es un genio?

El doctor Raymond se dio cuenta de que su cinismo le había salido por la culata, y que lo que dijera a continuación lo pondría aún más entre la espada y la pared. Cambió su expresión solemne por otra despreocupada.

—Era una broma.

—¿Una broma?

—Tómeselo con calma —zanjó el tutor, poniéndose de nuevo las gafas para indicar que la conversación había acabado—. Primero piénselo, y si tiene dudas, venga a verme de nuevo. Encontraremos una opción más adecuada para usted.

Peri se levantó de un salto, tras oír solo lo que le interesaba.

—Estupendo. Gracias, señor.

Cuando salió, los labios del tutor se torcieron hacia abajo en un gesto contemplativo. Con la mandíbula aún más tensa, las fosas nasales ensanchadas y los dedos entrelazados debajo de la barbilla, se quedó un rato sentado sin moverse. Al final se encogió de hombros y decidió que había hecho lo que estaba en su mano. Si esa chica boba quería abarcar más de la cuenta, ella sería la única responsable.

La juventud

Estambul, 2016

Deniz se puso detrás de la silla de Peri y se inclinó para darle un beso fugaz en la mejilla.

—Mamá, quiero irme —le susurró al oído.

La araña de luces de cristal de Murano le iluminaba el rostro. A su lado estaba su amiga, enrollándose un mechón de cabello con un dedo. Las dos adolescentes parecían aburridas. Por más que se morían de ganas de que las incluyeran en el mundo de los adultos, era evidente que este les parecía tedioso y quizá predecible.

—Selim nos llevará a casa —añadió Deniz.

No pedía permiso a su madre, solo le informaba. La otra chica se iría con ella y se quedaría a dormir; una decisión de última hora. Habían hecho sus planes. Seguramente estarían levantadas hasta tarde, escucharían música, enviarían mensajes a sus amigos, pillarían algo de comer y se reirían de las fotos de instagram de otras personas y de vídeos tontos de gatos; aun así, Deniz se quejaría, soltando un aluvión de agravios acumulados en el pecho, como si viviera en un centro de detención y no en la casa de unos padres cariñosos.

—Está bien, corazón —dijo Peri. Confiaba en el chófer de su marido, Selim, que llevaba muchos años con la familia—. Puedes irte; papá y yo no volveremos muy tarde.

Los comensales sonrieron. Unos cuantos pusieron los ojos en blanco. Era una conversación que resultaba familiar a todo el que tenía hijos adolescentes.

La relaciones públicas les dijo adiós con una mano desde su esquina.

—*Ciao*, chicas.

—Os acompañaré a la puerta —se ofreció Peri apartando la silla de la

mesa.

Adnan se levantó.

—No, quédate aquí, cariño. Ya voy yo.

Al mirarse, a él se le iluminaron los ojos. Ya no parecía enfadado por la polaroid. No le había dado más importancia. A diferencia de Peri, sabía cuándo no había que dar importancia a algo. Le sonrió sin esfuerzo, y su sonrisa significaba que se disponía a hacerse cargo de la situación y poner orden. Ecuánime y sensible, Adnan disfrutaba resolviendo problemas; y si no podía resolverlos, sabía cómo manejarlos. Todo lo contrario de Peri, para quien los problemas eran como picaduras de insecto; se rascaba sin parar, y no podía esperar a que cicatrizaran ni olvidarse de ellas. En cambio, a él le gustaba reparar lo que veía roto alrededor, tanto cosas como personas. Cómo explicar si no su atracción por lo inestable, pensó Peri, o su atracción por ella.

Cuando Adnan pasó con su hija por su lado, Peri se levantó y lo besó en los labios, aun sabiendo que a algunos invitados les parecería inapropiado y a otros, indecente.

—Gracias, cariño.

A veces, cuando le daba las gracias por las cosas pequeñas de la vida, tenía la sensación de que en realidad le estaba agradeciendo las más grandes, que era mejor no expresar con palabras. Sí, ella estaba agradecida, a él y al destino que la había llevado a él. Pero sabía que la gratitud no era amor.

«Mira, Ratón, hay dos clases de hombres: los que rompen y los que arreglan. Nos enamoramos de los primeros, pero nos casamos con los segundos.» No soportaba pensar que la vida, su vida, había confirmado la teoría de Shirin.

Con una mirada rebosante de afecto, Peri sonrió a su hija. Estaba a punto de abrazarla, pero la expresión de Deniz decía: «Mamá, por favor, no lo hagas, sobre todo delante de este grupo de gente».

—Te quiero —susurró Peri.

Deniz se detuvo un segundo.

—Yo también te quiero. ¿Cómo tienes la mano?

Peri dio la vuelta al vendaje, manchado de sangre seca por los bordes.

—Bien. Mañana estará como nueva.

—No vuelvas a hacerlo —le susurró Deniz a su vez, como si ella fuera la

madre preocupada, y Peri, la hija rebelde. Y, dirigiéndose a los invitados, añadió alegremente—: Buenas noches a todos. Y no fumen. Recuerden que es malo para su salud.

—Buenas noches —respondió un coro de voces.

—¡Ah, la juventud! —exclamó la esposa del empresario en cuanto las muchachas salieron—. Cómo me gustaría regresar a unos años atrás. ¿Los sesenta años son los nuevos cuarenta? No es cierto.

—Habla por ti —dijo el empresario a su esposa—. Soy tan joven como una moneda recién acuñada. Cuidado, podría divorciarme de ti y buscarme una más joven.

El periodista fingió toser.

—Aunque es un fenómeno oriental. Me refiero al envejecimiento prematuro. Miren a los occidentales. Todo arrugas y canas, y continúan viajando al extranjero. Es bochornoso ver a todas esas ancianas estadounidenses asaltando en grupo nuestra Santa Sofía y dando brincos sobre las piedras de Éfeso. ¿Cómo se llaman a sí mismos? Los Panteras Grises. Todavía estoy esperando ver a un septuagenario de Oriente Próximo de viaje por el mundo. Turcos, árabes, iraníes, paquistaníes… Tenemos grandes ideas acerca del mundo… pero ¡nunca lo hemos visto!

El arquitecto que había hecho alarde de su sensibilidad nacionalista a lo largo de la velada lo miró furioso.

La mujer del empresario, de pronto pendiente del móvil, levantó la cabeza con el rostro radiante.

—¡Una buena noticia para todos! El vidente está al caer. Acaba de enviarme un mensaje.

—Estupendo —exclamó la relaciones públicas, recostándose en su silla —. Tenemos tantas cosas que preguntarle... Ahora que las niñas se han ido y hemos rellenado las copas…, podemos tratar de temas más subidos de tono. Me encantaría desenterrar unos cuantos secretos esta noche. —Y diciendo esto, le guiñó un ojo a Peri.

Gesto que ella no le devolvió.

La extranjera original

Oxford, 2001

Como nunca había tenido un empleo, Peri no sabía cómo empezar a buscarlo. Aun así, estaba resuelta a encontrar uno, pese a las exigencias de su agenda, por no hablar de su visado de estudiante, que solo le permitía trabajar un número limitado de horas a la semana. De modo que acudió directamente a su resuelta amiga que tenía opiniones para todo, incluso respecto a asuntos de los que no tenía ni idea.

—Debes preparar un currículum que explique tu experiencia laboral —le dijo Shirin.

—Pero si no tengo.

—¡Pues invéntatela! ¿Quién va a comprobar si has sido camarera en una pizzería de Estambul?

—¿Pretendes que mienta?

Shirin la miró exasperada.

—¡Ah, el poder de la semántica! Dicho así suena fatal. Solo te animo a usar la imaginación. Es un poco como maquillar tu biografía. ¡No me digas que estás en contra del maquillaje!

Ambas se miraron un instante; una maquillada, la otra con la cara lavada. Fue Shirin quien rompió el silencio:

—Creo que será mejor que te eche una mano.

A la mañana siguiente Peri vio un sobre debajo de su puerta. Al parecer, Shirin le había preparado un currículum.

Un momento después Peri llamaba a la habitación de su amiga. En cuanto le llegó un débil murmullo del interior, entró agitando un papel.

—¿Qué es esto? ¡No he hecho ninguna de estas cosas!

Oyó un gruñido amortiguado de Shirin, que seguía en la cama con una almohada sobre la cabeza.

—Lo sabía. Así es como se paga la amabilidad.

—Agradezco la ayuda. Pero aquí pone que fui camarera en un bar *underground* de Estambul hasta que se quemó. ¡Un incendio provocado! ¡Que trabajé en la biblioteca de manuscritos otomanos y me especialicé en bufones y eunucos de palacio! ¡Ah, y que en los veranos cuidé de un pulpo en un acuario privado!

Shirin se sentó con su pijama de raso color salmón y se levantó el antifaz, riéndose.

—Puede que se me fuera un poco la mano al final.

—¿Solo al final? ¿En serio crees que estos disparates me ayudarán a encontrar un trabajo?

—No te ayudarán, pero te convertirán en una curiosidad extranjera. Créeme, a los británicos cultos les pone el multiculturalismo. No le dan muchas vueltas, solo las justas. A las personas como tú y como yo se nos permite ser un poco… excéntricas. Resulta divertido tenernos cerca. De modo que puedes exagerar y sacarle partido. Si los extranjeros no traen consigo emoción… y buena comida, ¡quién los quiere en Inglaterra!

Peri guardó silencio.

—Escucha, ¿qué crees que sabe de nuestro país el británico medio? Tan pronto creen que todos estamos nadando con delfines y comiendo calamares como que llevamos *burkas* y entonamos eslóganes islámicos.

Peri parpadeó mientras a su mente acudía una plétora de imágenes.

—Lo que quiero decir es que, o bien tienen una imagen alegre de playas de arena y hospitalidad oriental, y esa clase de mierdas, o bien tienen una imagen sombría de fundamentalistas islámicos, brutalidad policial y *El expreso de medianoche*. Cuando quieren ser agradables contigo, echan mano de la primera, pero si quieren cuestionarte, de la segunda. Ni siquiera los más cultos son inmunes a los tópicos. —Shirin se levantó para lavarse la cara en el lavabo que había contra la pared—. Te guste o no, hermana, lo que oyes de mi boca es la fría y cruda verdad. Tienes que plantar cara a los estereotipos.

—¿Y esta es la manera de hacerlo, con una falsificación? —preguntó Peri mirando el currículum que sujetaba.

—Esta es la puta manera —respondió Shirin, peinándose con los dedos mientras le caían gotas de agua de la barbilla.

Sintiéndose culpable, Peri se lanzó a la calle con su currículum. Al principio buscó los letreros «SE NECESITA PERSONAL» en los escaparates de las tiendas. No vio ninguno. Se armó de valor, entró en una pastelería y habló con el gerente. La rechazaron educadamente. A continuación probó suerte en el pub donde había estado con sus padres. Lo mismo. El tercer lugar al que acudió fue su librería favorita, Two Kinds of Intelligence. Los dueños no se sorprendieron al oír su petición. Solían pasar alumnos buscando empleo de media jornada.

—¿Has trabajado en alguna parte? —le preguntó el marido.

Peri titubeó.

—Me temo que no. Pero, como saben, me encanta leer.

La mujer sonrió.

—¡Hoy es tu día de suerte! ¡Estamos buscando a alguien que nos eche una mano las próximas semanas! No podemos prometerte continuidad. Quizá de vez en cuando, cuando haya mucho trabajo. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto —respondió Peri, incrédula.

Cuando salía de la librería, vio en un estante las *Cuartetas persas* de Umar Jayyam, el poeta favorito de su padre. Con una introducción del traductor Edward FitzGerald y repleta de ilustraciones, aquella bonita y antigua edición era irresistible. Por suerte, le hicieron un ventajoso descuento.

Fuera empezó a lloviznar, finas y tibias gotas que le levantaron el espíritu. Sonriente, guardó el currículum dentro del libro y miró el reloj. Todavía faltaba una hora para su próxima clase. Se le ocurrió que tenía tiempo para ir a ver a Azur y pedirle el programa de su seminario sobre Dios. Después de todo lo que Shirin le había dicho de él —por no hablar de sus propios sentimientos encontrados desde que lo había visto en el debate—, le asustaba un poco conocerlo en persona.

Pensando aún en el profesor, abrió al azar el libro de poemas, que eran el aliento y el alma de Jayyam:

¡Oh, Amor! Si pudiéramos tú y yo conspirar con el Destino
para adueñarnos por entero de este triste Esquema de Cosas.

Leyó los versos detenidamente. ¿Era un presagio de lo que estaba por venir? Si lo era, ¿qué podía significar? Si su padre hubiera podido verla buscando una señal en las palabras de un poeta que había vivido casi mil años antes, no le habría gustado mucho.

Pero Peri no creía desafiar la regla de oro de su padre al consultar a Jayyam.

«Por eso me gusta tanto la poesía —murmuró para sí—. Puedo tocar, ver, oír, oler y saborear los poemas. ¡Pongo a trabajar todos mis sentidos, créeme, *baba*!»

Había llegado el momento de tener un encuentro cara a cara con el famoso profesor.

TERCERA PARTE

El lugano

Oxford, 2001

Sin saber dónde localizar al profesor Azur, Peri pensó que lo encontraría en la Escuela de la Divinidad. Si impartía clases sobre Dios, allí tendría que estar.

Majestuoso y modesto, aquel edificio medieval construido para la lectura y la enseñanza era el más antiguo de Oxford. De lejos, con sus bóvedas compuestas, sus puertas de madera tallada y sus arbotantes parecía más una delicada acuarela de un artista soñador que la proeza arquitectónica que en realidad era. En el aire flotaba una expectación aletargada, como si las piedras antiguas, cansadas de décadas de tranquilidad, esperaran algo. O eso le pareció a Peri al acercarse aquel día en concreto.

Algo elevado y espiritual en las sublimes líneas de la bóveda de crucería del siglo XV la atrajo hacia su interior. Ninguna persona le interceptó el paso, y en la sala alargada iluminada por ventanas perpendiculares no vio a nadie, aparte de un estudiante sentado con las piernas cruzadas en el suelo y enfrascado en la lectura de un libro. Al oír los pasos de Peri, alzó la vista. Bajo la luz que entraba sesgadamente por una ventana alta, sus rasgos se difuminaron y acto seguido se volvieron nítidos: la frente estrecha, pelirrojo, las mejillas pecosas. Era el chico que no le había dejado entrar en el museo donde se había celebrado el debate sobre Dios, el que luego había atacado al profesor Azur delante de todos. Recordaba su nombre solo porque coincidía con el de una antigua ciudad turca, pero en inglés: Troy.

—Hola —lo saludó Peri con cautela.

Él sonrió al reconocerla.

—Hola.

—Estabas en el museo el otro día. ¿Trabajas allí? —le preguntó ella.

—No, solo hago de voluntario. Soy un humilde universitario como tú.

Casi esperaba que la reprendiera por haberse metido a hurtadillas en el debate, pero o bien no la había visto o bien prefirió no sacar a relucir el asunto. Charló despreocupadamente con ella, preguntándole de dónde era y qué estudiaba. Despojado de toda autoridad, era accesible, incluso afable.

—Estoy buscando al profesor Azur —dijo Peri tras una pausa en la conversación—. ¿Sabes dónde está su despacho?

Troy permaneció imperturbable un instante. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tan hueca como un globo vacío:

—No lo encontrarás en este edificio. Ahora se usa para oficinas administrativas. ¿Por qué lo buscas?

Peri, que no se esperaba esa pregunta, titubeó.

—Mmm… Estoy interesada en su seminario.

—¡No me digas que quieres inscribirte en «Dios»!

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Todo —respondió Troy—. ¡Ese tipo es un lobo disfrazado de profesor!

—¿No te cae bien?

—Me echó de su clase… De todas formas, voy a demandarlo. Pienso llevarlo a los tribunales.

—Caramba, no sabía que los alumnos podían hacer esas cosas. Quiero decir…, siento que tuvieras problemas.

—¿Problemas? —Troy repitió la palabra con desdén—. Azur es el mismísimo diablo. Mefistófeles. ¿Sabes quién es?

—Claro. De *Fausto*.

Troy pareció gratamente sorprendido de que una chica turca hubiera oído hablar de *Fausto*.

—Mira, pareces lista, pero al ser extranjera no sabrás detectar lo loco que está ese tío. Hazme caso. ¡Mantente bien lejos de Azur!

—Bueno, gracias por la advertencia —dijo Peri, notando cómo se desvanecía la sintonía que había surgido entre ellos—. Pero ya lo decidiré.

Troy se encogió de hombros.

—Está bien, tú verás. Tiene su despacho en su *college*. La entrada está al final de Merton Street. Al llegar al patio delantero busca la tercera escalera a la izquierda. Allí verás una lista de nombres pintados en blanco sobre negro.

Peri le dio las gracias, aunque en su fuero interno le extrañó bastante que

estuviera tan impaciente por conducirla hacia un hombre a quien consideraba el diablo.

El *college* del profesor Azur se hallaba en una antigua callejuela adoquinada que salía de High Street y a la que se accedía a través de un arco ojival y un patio de piedra color miel.

Peri enseguida encontró la escalera. A cada lado del muro exterior habían escrito en tiza los resultados de la última regata de remo del *college* y dibujado dos remos cruzados encima. Dentro del porche leyó los nombres en los listones de un tablero: Prof. T. J. Patterson, G. L. Spencer, Prof. M. Litzinger... y Prof. A. Z. Azur, en el primer piso. Avanzó por el oscuro y estrecho pasillo de losas. A la derecha había una entrada con el dintel torcido por el peso de la antigüedad; la puerta estaba entreabierta y en ella había clavada un papel:

Profesor A. Z. AZUR
Disponible: Martes de 10 a 12 h / Viernes de 14 a 16 h.
Teoría: Si tienes una pregunta, ven en horas de oficina.
Contrateoría: Si tienes una pregunta urgente fuera de las horas de oficina, entra y a ver qué pasa.
Piensa detenidamente si tu caso es teoría o contrateoría.

Al no ser martes ni viernes, Peri pensó que debía irse y volver en otro momento. Sin embargo, la ambigüedad de la nota la envalentonó. Llamó a la puerta, un gesto vano, pues a juzgar por el silencio que reinaba dentro no había nadie para atenderla. Volvió a llamar, solo para asegurarse. De las profundidades del despacho llegó un sonido demasiado melodioso para ser humano, tal vez el que emite un escarabajo macho intentando atraer a una hembra o el de una mariposa al liberarse de su crisálida. En tensión, aguzó el oído. Una vez más el silencio era absoluto.

De pronto se apoderó de ella la curiosidad, esa ansia persistente de descubrir algo que no está a tu alcance. En un instante decidió echar un vistazo y luego irse tan silenciosamente como había llegado. Empujó la puerta con mucha suavidad. Crujió.

No estaba preparada para la escena que la aguardaba. Bajo la luz color azafrán que entraba por la alta ventana de guillotina entreabierta con vistas a un maravilloso jardín inglés, había pilas de libros, notas escritas a mano, manuscritos y grabados. Las paredes estaban forradas de estanterías repletas de libros del suelo al techo. De un extremo a otro del despacho, entre dos estantes colocados uno frente a otro, se extendían varias cuerdas —como los tendederos de los barrios pobres de Estambul— de las que colgaban notas y mapas sujetos con pinzas. Delante de la puerta, cada palmo de la superficie de un antiguo escritorio de madera de cerezo con patas en forma de garra estaba sepultado por más libros, entre cuyas páginas había tiras de papel rojo, como lenguas diminutas que asomaban con fingida sorpresa. La butaca, el sofá y la mesa de centro, incluso la alfombra roja tejida a mano, estaban cubiertos de volúmenes y más volúmenes. Si existía un altar dedicado a la palabra impresa era aquel.

Pero no fue la cantidad de libros ni el desorden lo que hizo que Peri se detuviera en seco. Un pájaro, un lugano de plumaje amarillo verdoso y cola ahorquillada, se había quedado atrapado allí dentro. Debía de haber entrado por la ventana y batía las alas frenéticamente, buscando la libertad perdida. Conteniendo la respiración, Peri dio unos tímidos pasos. Ahuecó las manos para tratar de capturar a la delicada criatura con sumo cuidado, pero el pájaro, presa del pánico, reaccionó enloquecido. Se lanzó a volar en círculos aterrados de un extremo a otro del despacho, pasando a veces cerca de la ventana abierta, pero sin descubrir la salida.

Peri dejó el ejemplar de las *Cuartetas persas* de Umar Jayyam sobre una pila de libros, y moviéndose con destreza intentó subir más la vieja y pesada ventana. Pero el mecanismo de guillotina debía de estar atascado. Si bien forcejeó con ella con todas sus fuerzas, fue en vano. El pájaro, loco de ansiedad por el ruido, pasó por su lado y se arrojó contra el vidrio, más allá del cual estaba el cielo infinito, tan próximo y al mismo tiempo tan lejano. Aturdido por el impacto, aterrizó en un estante lo bastante cerca para que ella le viera los ojos redondos como cuentas, brillantes de terror. Miró a la criatura con compasión, pues aquella angustia en un entorno extraño le resultaba familiar.

Peri se puso a buscar una herramienta con que desatrancar la ventana. Al

mirar a izquierda y derecha, detectó un olor que no lograba identificar del todo. El hedor mohoso de los libros se mezclaba con el olor agridulce de unos pomelos podridos en un bol de bambú, cuyo brillo pastel contrastaba con los tonos terrosos predominantes. Aparte, había otra fragancia. No tardó en localizar su fuente. En una repisa ardía una barrita de incienso en un incensario de bronce donde se había formado un dedo de ceniza.

Encontró un abrecartas metálico cuyo afilado extremo era perfecto para desenroscar los cierres que atascaban la ventana. Una vez liberado el marco por cada extremo, dio un último empujón. Con más facilidad de la que esperaba la ventana se deslizó hacia arriba. Ya solo quedaba dirigir al pájaro hacia esa posibilidad mayor de huida. Se quitó el jersey y empezó a agitarlo en el aire.

—¿Se trata de un nuevo baile? —preguntó una voz a su espalda.

Peri se llevó un susto tan grande que soltó un grito. Al volverse vio al profesor Azur en el umbral, con un brazo apoyado contra el marco, contemplándola con expresión divertida. Vista de cerca, su melena castaña tenía reflejos dorados, como hebras de oro entretejidas en un tapiz oscuro. Ese día no llevaba gafas.

—Lo siento mucho —balbuceó ella, dando un paso hacia él y retrocediendo de inmediato—. No era mi intención entrar aquí sin permiso.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? —le preguntó él, realmente interesado.

—He visto este pájaro.

—¿Qué pájaro?

Peri señaló a su izquierda, donde hasta hacía un momento estaba la criatura, pero solo había un vacío. Nerviosa, miro alrededor. El lugano había desaparecido sin dejar rastro.

—Debe de haber salido por la ventana mientras hablábamos.

Durante un largo minuto él la miró en silencio con una expresión que traslucía una extraña familiaridad, como si fuera otro libro más que hubiera leído en el pasado e intentara recordarlo.

—Eso es ámbar, por cierto —dijo al fin.

—¿Cómo dice?

—El incienso que estaba mirando. Los martes toca ámbar. Quemo distintos tipos de incienso según el día. ¿Le gusta?

A Peri le dio un vuelco el corazón. Sí, conocía el poder del ámbar.

—Las mujeres romanas llevaban consigo bolas de ámbar. Por su fragancia o, como sostienen algunos, para protegerse de las brujas.

Peri abrió mucho los ojos. No sabía si era a causa de la advertencia de Troy o si había algo en Azur que la ponía.

—¿No me diga que tiene miedo? —le preguntó él, notando su incomodidad.

—¿Del ámbar?

—¡De las brujas!

—Por supuesto que no —se apresuró a responder ella. Una voz en su interior le dijo que si él la había visto observar el incienso, debía de haber visto el pájaro—. Siento mucho haber entrado en su despacho, profesor.

—¿Cuántas veces se disculpa usted? —preguntó él—. Dos en tres minutos. Si ese es su promedio es un poco excesivo, ¿no le parece?

Peri se ruborizó. Azur tenía algo de razón. Se disculpaba demasiado; por llegar unos minutos tarde a una cita; por soltar antes de tiempo una puerta que sostenía abierta para alguien; por adelantar a otro transeúnte en la acera; por rozar apenas a otro comprador con el carrito del supermercado… Pedía perdón sin parar.

—Tengo una hipótesis —continuó Azur, apartándose el cabello de los ojos —. Las personas que se disculpan innecesariamente, tienden a dar las gracias también sin necesidad.

Peri tragó saliva.

—Quizá solo sean almas preocupadas que intentan apañárselas. Hacen lo que pueden para no quedarse atrás, pero saben que siempre habrá una brecha.

—¿Qué clase de brecha? —preguntó Azur.

—Saben que no pertenecen al grupo, en realidad —respondió Peri, pero se arrepintió en el acto. ¿Por qué revelaba sus sentimientos a ese hombre, que además de ser un desconocido era profesor, doblemente ajeno a su mundo?

Azur pasó por su lado y se sentó ante su escritorio, donde garabateó algo en un papel, que sujetó en la cuerda que había sobre su cabeza.

—Entonces, ¿le preocupa que los otros estudiantes puedan pensar que no es uno de ellos? ¿Que es una impostora que finge ser como los demás? ¿Cree que es… diferente? ¿Una posesa? ¿Un bicho raro? ¿Una loca?

—No he dicho eso —protestó Peri. Se notaba todos los músculos del cuerpo tensos, como esperando el siguiente golpe.

—Dígame, ¿qué le hace pensar que no merece estar en Oxford? —le preguntó él, sin hacer caso de su reacción.

—¡Tampoco he dicho eso! —Peri miró fijamente la alfombra roja, que le recordaba las de su casa—. La gente aquí es tan inteligente… —añadió hablando hacia sus pies.

—¿Usted no?

—Lo soy, pero necesito estudiar mucho. Los demás estudiantes se adaptan sin problema a la vida del *college*. Para mí es más complicado. —Solo entonces recordó el motivo que la había llevado allí—. En realidad quería ver el programa de su seminario sobre Dios. El doctor Raymond me sugirió que se lo pidiera a usted.

—¡Ah, el doctor Raymond! —Azur no parecía tener en gran consideración a su «tutor moral», su orientador académico, pero no le dio mayor importancia. Sacó una nota de un libro encuadernado en cuero, la miró con una mueca, la arrugó y la lanzó con destreza a una papelera.

—Supongo que pensaba empezar en el primer trimestre. El curso está completo y hay lista de espera.

Eso no era lo que esperaba Peri. Ahora que le habían dicho que el seminario no se hallaba a su alcance, deseaba matricularse.

—Aunque un alumno tendrá que dejarlo—añadió Azur al notar su decepción—. Podría haber una plaza en algún momento.

A Peri se le iluminó el rostro, pero a pesar de su entusiasmo sintió cierta incomodidad al pensar que el alumno en cuestión debía de ser Troy.

—Hay un chico…

—Sí…, furioso y agresivo —la interrumpió Azur—. Los furiosos y agresivos no pueden estudiar a Dios.

El silencio se desplegó como un papiro entre ellos. Sentado ante su escritorio, Azur la miró.

—Ahora dígame por qué quiere matricularse en este curso.

—En mi familia la fe es un tema que nos divide. Mi padre es…

—Sus padres no están aquí. Estoy preguntándoselo a usted.

—Bueno, siempre he sentido ambivalencia en las cuestiones de la fe…, y

al mismo tiempo curiosidad. Necesito aclarar las ideas.

—La curiosidad es sagrada. La incertidumbre, una bendición —replicó Azur, repitiendo el concepto que había expuesto en el debate—. Respecto a lo de aclarar sus ideas, soy la última persona de Oxford a quien debería acudir.

Se oyó el trino de un pájaro. Peri se preguntó si era el lugano, suelto de nuevo en la naturaleza que, aunque llena de peligros y crueldad, era su hogar. En ese instante de distracción no se fijó en que el profesor se echaba hacia delante y cogía el libro de poemas que ella había dejado.

—¡Ajá! ¿Qué tenemos aquí? ¡Una vieja edición de las *Cuartetas persas*! —exclamó Azur. Antes de que ella pudiera reaccionar, él ya lo había abierto y se había topado con su currículum.

—Oh, eso es solo… —tartamudeó Peri.

Con una mezcla de deleite e incredulidad, el profesor Azur leyó la hoja que Shirin había preparado.

—Vaya, vaya. ¿Ha cuidado de un pulpo?

Peri estaba paralizada.

—Una criatura misteriosa e increíblemente inteligente. Cerca de dos tercios de sus neuronas se encuentran en sus tentáculos, como seguro que usted sabrá.

Ella no tuvo más remedio que asentir.

—¿Cree que los brazos de un pulpo tienen mente propia? —le preguntó Azur.

Para alivio de Peri, no parecía esperar respuesta.

—Durante décadas la gente pensaba que cuanto más grande era el cerebro de un animal, mayor era su inteligencia. Relacionaban la inteligencia con el tamaño de la masa cerebral. ¡Qué sexista! Los hombres tienen más tejido cerebral que las mujeres. Luego está el magnífico pulpo, que derriba los mitos con sus seis brazos…, no ocho, por cierto, la gente se confunde y cuenta las patas. ¿Y si en lugar de un gran cerebro centralizado y anticuado el próximo paso en la evolución fuera una compleja red de cerebros múltiples?

Casi contra su voluntad, Peri se sintió embargada por una sutil emoción. Se dio cuenta de que disfrutaba escuchándolo.

—Puesto que se vuelve más inteligente con los años, si viviera más tiempo el pulpo sería la especie más brillante del planeta. Sin embargo, Aristóteles,

el mayor de los filósofos, sostenía que los pulpos eran necios. ¿Qué nos dice eso de Aristóteles?

Peri tuvo la extraña sensación de que, a dondequiera que los llevara la conversación, no trataba de un filósofo y un molusco, sino de Azur y de ella.

—Que Aristóteles se equivocó y seguramente pecó de poca objetividad al creer que no había nada interesante en los pulpos. Él ya sabía cuanto había que saber y no supo apreciar que estaba lleno de maravillas.

El profesor sonrió.

—Exacto…, Peri —dijo, tras haber leído su nombre en el currículum—. Como el pulpo de Aristóteles, Dios es un enigma que pide ser explorado.

—Pero no es lo mismo. Nosotros no necesitamos creer en un pulpo, sabemos que existen. Mientras que con Dios, ni siquiera podemos ponernos de acuerdo en si existe o no.

Azur frunció el ceño.

—Mi curso no tiene nada que ver con la fe. Buscamos adquirir conocimientos.

Habló con voz firme. Perturbadora e impaciente. Peri sospechó que ese era el tono que utilizaba al hablar consigo mismo, cuando se quedaba trabajando hasta altas horas de la noche o paseaba por las mañanas cubiertas de rocío.

—El seminario sobre Dios es un encuentro de mentes curiosas. Procedemos de toda clase de ambientes, pero tenemos una cosa en común. ¡Un espíritu indagador! Es un programa que requiere leer e investigar mucho. No me importa si es usted creyente o no. Entre mis alumnos solo hay un pecado: la pereza.

—¿Y el programa…? —preguntó Peri con cautela.

—¡Oh, el bendito programa! —exclamó Azur—. Los académicos aborrecen la improvisación. Hay que informar a los estudiantes de lo que tienen que leer cada semana. ¡Si no los avisas con un mes de antelación, les entra el pánico! —Y acto seguido abrió un cajón, sacó una hoja de papel y la puso dentro de las *Cuartetas persas*—. Aquí lo tiene, ya que lo pide. —El currículum se lo quedó él.

—Gracias —dijo ella, aunque sospechaba que en aquel documento no había más verdad que en el currículum que Shirin le había preparado.

—Antes de que se vaya —dijo Azur—, ha dicho que estaba confundida pero que sentía curiosidad y parece que tiende a complicar las cosas. Esas son las tres C esenciales para un estudio honesto de la posibilidad de Dios.

—Se refiere a confusión, curiosidad…

—Y complicación. ¡Algunos lo llaman caos! —añadió Azur—. Todo el que cumple las C necesarias está en situación de estudiar a Dios.

Sin saber si eso significaba que había sido admitida en el curso, pero sintiendo igualmente la necesidad de darle las gracias, Peri sonrió y cerró la puerta con suavidad. Mientras cruzaba el patio, se volvió y miró el edificio intentando localizar la ventana que había resultado ser una trampa para el lugano. Recorrió con la vista la fachada desgastada hasta dar con una ventana de guillotina, por detrás de la cual vio deslizarse la sombra del profesor, como si fuera un pensamiento fugaz. Aunque tal vez solo lo imaginó.

EL SANTO PROGRAMA

Penetrar en la mente de Dios/Dios de la mente
(Escuela de filosofía y religión)
Martes de 14.00 a 16.00 h
Sala de conferencias, 10 Merton Square

DESCRIPCIÓN DEL CURSO

En este curso de una clase semanal abordaremos cuestiones que cada vez tienen mayor trascendencia para un gran número de personas en todo el mundo. Nuestro objetivo es dotarnos de las herramientas intelectuales necesarias para comprenderlas mejor y fomentar un debate libre, desprovisto de todo dogmatismo e intolerancia. Se espera que los alumnos lean, investiguen, reflexionen y respeten las opiniones que personalmente tal vez no compartan.

El curso no promueve una religión en particular ni se adscribe a una visión en particular. Tanto si es judío, hindú, zoroástrico, budista, taoísta, cristiano, musulmán, budista tibetano, mormón, bahai, agnóstico, ateo, *new age* o está a punto de poner en marcha su propio culto, tendrá el mismo derecho a participar. En el aula del seminario debatiremos sentados en círculo, de modo que todos quedemos equidistantes del centro.

OBJETIVOS DEL CURSO

1. Promover la empatía, el conocimiento, la comprensión y la sabiduría, *sophos*,

en cuestiones relacionadas con la noción de Dios.

2. Proporcionar a los alumnos un gran abanico de respuestas a las cuestiones más apremiantes de nuestro tiempo.

3. Alentar a los alumnos a pensar de forma crítica y minuciosa sobre un tema que es importante no solo para la teología o la filosofía, sino que tiene gran relevancia para la psicología, la sociología, la política y las relaciones internacionales.

4. Abordar dilemas universales sin caer en la repetición mecánica, la falta de información, el fanatismo o el miedo a ofender a los demás.

5. En pocas palabras, confundir y estar confundido…

MATERIAL DEL CURSO

Las listas de lecturas se confeccionarán a la medida de cada alumno, de acuerdo con su determinación, diligencia y resultados académicos. Prepárense para que leer materiales que estén en contra de sus propias creencias (por ejemplo: a los estudiantes ateos se les pasarán libros de autores religiosos; los estudiantes creyentes estudiarán las obras de eruditos ateos, etc.)

QUÉ ESPERAR DE ESTE CURSO

Puesto que Dios es nuestro tema central, este curso tiene un final abierto, sin principio y probablemente sin conclusión. Dependerá de cada alumno lo que aprenda de la experiencia y lo lejos que vaya.

a) Las grullas: los que, insatisfechos con volar a altitudes medianas, aspiran a elevarse por encima de los demás, incluido el profesor. Pedirán lecturas suplementarias, cuestionarán las preguntas, exigirán desafíos intelectuales, se elevarán sobre los pasos de montaña.

b) Las lechuzas: no tan ambiciosas como las grullas, las lechuzas son aun así grandes pensadoras. En lugar de devorar cientos de páginas, prefieren ahondar en el material que tienen entre manos, con el objetivo a profundizar. Dudarán del curso, dudarán de las lecturas, dudarán del profesor, dudarán incluso de sí mismos. Su contribución al grupo será enorme y única.

c) Los vencejos alpinos: tal vez no tan motivados como las grullas ni tan apasionados como las lechuzas, aun así los vencejos cubrirán volando las distancias más grandes. Continuarán leyendo sobre el tema mucho después de que termine el curso, incluso mucho después de haberse licenciado.

d) Los petirrojos: contentos con hacer lo mínimo, más preocupados por la nota de final del curso que por los desafíos intelectuales con que se toparán a lo largo del camino, tímidos y reacios a ir más allá del pensamiento superficial, los petirrojos probablemente serán los que menos se beneficien del curso.

NORMAS DE CONDUCTA EN CLASE

Todas las ideas serán bien recibidas siempre que estén respaldadas con trabajo de investigación, una presentación hábil y una mente abierta. A diferencia de otros seminarios, no es un problema comer en clase. En realidad, se anima a traer comida

(dentro de lo razonable, no hay que pasarse) y bebida (no alcohólicas, necesitamos la mente despejada), no solo porque nos levantan el ánimo y ayudan a concentrarnos, sino porque es difícil sentir hostilidad hacia alguien que comparte el pan con nosotros. Por tanto, compartan la comida con los compañeros, sobre todo con aquellos que no piensen igual que ustedes.

No se tolerarán las intimidaciones, la tiranía, el lenguaje del odio ni la conducta maliciosa contra otros alumnos (y, de más está decirlo, contra el profesor). Tampoco está permitido ofenderse. Al decidir inscribirse en este curso, acepta de manera tácita dar primacía a la libertad de expresión por encima de su sensibilidad personal. Si no somos capaces de oír ideas censurables, no podemos mantener un debate libre. Si se ofende, que es una reacción muy humana, recuerde el consejo de un hombre sabio: «Si te irrita todo roce, ¿cómo va a estar limpio tu espejo?» (Rumi).

Si cree que ya sabe cuanto tiene que saber sobre Dios y no le interesa llenarse la cabeza de nueva información, tenga la amabilidad de mantenerse alejado; dicho de otro modo: «Apártate, que me tapas el sol» (Diógenes). El tiempo, tanto el suyo como el mío, es muy valioso. Este curso es para los buscadores. Los que están «dispuestos a ser un principiante todas las mañanas» (Maestro Eckhart). Si todo esto le parece demasiado duro, recuerde: «La actividad más importante que un ser humano puede lograr es aprender para entender, porque entender es ser libre» (Spinoza).

Estrategia de marketing

Estambul, 2016

Dos criadas con uniforme negro almidonado, delantal blanco inmaculado e idéntica expresión entraron afanosamente en el comedor con fuentes de cristal repletas de trufas de chocolate.

—¡Que nadie se quede sin probarlas! Son mis niñas —exclamó la esposa del empresario.

Eso también había salido en los periódicos. El empresario había tomado las riendas de una fábrica de chocolate que había quebrado. Como regalo de aniversario, había puesto a su mujer a cargo de la producción y el marketing. Ella había cambiado la denominación de «fábrica» por la de «taller» y la marca era ahora Les Bonbons du Harem. Los clientes turcos no podían pronunciar el nombre completo, pero su francesidad, su europeidad y su singularidad bastaban para hacer del producto algo deseable, sofisticado y a la moda.

—¡Prueben una y se comerán también los dedos! —los animó la anfitriona, entusiasmada.

Los invitados se inclinaron hacia delante para examinar aquellas exquisiteces, colocadas con pulcritud sobre blondas de papel.

—Llevan los nombres de las ciudades del mundo. A esa de frambuesas la llamamos Amsterdam. A esa con mazapán, Madrid. Berlín se hace con cerveza y jengibre. Londres, con whisky añejo. En lo que se refiere a ingredientes, no reparamos en gastos.

—¡Ni que lo digas! —soltó el empresario—. ¡Insiste en utilizar malta de dieciocho años! ¡Me arruinará!

Los invitados se rieron.

—He dejado de ser la mujer del empresario —continuó la anfitriona,

pasando por alto la interrupción—. A partir de ahora soy empresaria por derecho propio.

Los invitados la vitorearon.

—Venecia lleva licor de cereza —continuó ella, envalentonada—. Milán está hecha con Amaretto. Zurich, con coñac y fruta de la pasión. ¡Y París, con champán!

—Coméntales tu estrategia de marketing —le pidió su marido.

—Tenemos dos líneas: para los bebedores y para los abstemios —señaló ella—. La misma caja pero dos productos diferentes. A Europa y Rusia exportamos las que llevan alcohol, y a Oriente Próximo las que no. ¿No les parece genial?

—¿Las trufas halal también tienen nombre? —le preguntó el periodista.

—Por supuesto, querido. —La empresaria señaló otra fuente de cristal—. Medina, con dátiles. Dubai, con crema de coco. Ammán, con caramelo y avellanas. Y esa rosa que lleva agua de rosas, Isfahán.

—¿Y Estambul? —preguntó Peri.

—¡Ajá, cómo íbamos a olvidarnos! —exclamó la empresaria—. Estambul tenía que basarse en contrastes: ¡crema de vainilla salpicada de pimienta negra!

Mientras charlaban y devoraban las trufas, las criadas empezaron a servir bebidas calientes. La mayoría de las mujeres pidieron manzanilla o té negro, mientras que la mayoría de los hombres se inclinaron por el café, expreso o americano. Ninguno de los comensales pidió café turco a excepción del gestor de fondos de cobertura estadounidense, que estaba resuelto a seguir la máxima: «Cuando a Roma fueres…», aunque en este caso los propios romanos se comportaban como si no estuvieran en Roma.

Deseoso de hacer lo mismo que los lugareños, el estadounidense preguntó:

—¿Alguien podría leerme el poso de la taza cuando acabe?

—No se preocupe —respondió la empresaria en inglés—. No tiene por qué guardar los posos. ¡En cualquier momento tendremos aquí al vidente!

—Estoy impaciente de que llegue —dijo la novia del periodista—. Necesito estar un rato con él.

Peri miró alrededor. Se hallaba rodeada de mujeres temerosas de Dios pero también de su marido, del divorcio, de la pobreza, del terrorismo, de las

multitudes, de la desgracia, de la locura, mujeres que tenían la casa como los chorros de oro y que sabían qué esperar del futuro. Al comienzo de sus vidas habían cambiado «el arte de camelarse al padre» por «el arte de camelarse al marido». Las que llevaban casadas el tiempo suficiente, se habían vuelto más atrevidas y vocingleras; aun así, sabían cuándo no debían cruzar la línea.

Peri no compartía sus preocupaciones; ella nunca había temido a su padre, nunca había temido a su marido y, en cuanto a Dios, aunque no siempre se hallaba en los mejores términos con él, estaba resuelta a no temerlo tampoco. La verdadera fuente de su inquietud era de otra naturaleza. Era ella misma, su propia oscuridad la que la llenaba de temor.

—¡Eh, no permitiremos que ese vidente tenga sesiones privadas con todas las mujeres guapas! —exclamó el empresario. En voz baja añadió una broma de mal gusto, a la que los invitados varones respondieron con carcajadas y las mujeres haciéndose las sordas.

Peri recordó la facilidad con que Shirin soltaba palabrotas en público, agitando las manos como para apartar de un manotazo una mosca molesta. Recordó que ella también las había dicho cuando estaba en Oxford, aunque solo lo hizo en una ocasión, en que se enfadó con el profesor Azur y soltó, furiosa, una retahíla. Qué fácil era odiar a un ser amado.

En esa tierra había dos clases de mujeres: las que blasfemaban sin preocuparse y les traía sin cuidado el estigma de la indecencia (una pequeña minoría) y las que jamás harían algo así (la mayoría). Las señoras de clase media alta invitadas a aquella cena pertenecían al segundo grupo. Nunca decían palabrotas, salvo si hablaban en inglés, francés o alemán. Por alguna razón no estaba mal visto decirlas en un idioma extranjero. Una obscenidad que nunca soltarían en su lengua materna, la pronunciaban en un idioma europeo sin la menor culpabilidad. Era más fácil —y de algún modo menos ofensivo— decir lo indecible en un idioma que no era el suyo, como la mujer que asiste a un baile de disfraces y, amparada por una máscara, baja la guardia.

Por otra parte, los hombres eran libres de blasfemar, y así lo hacían, con prodigalidad y no siempre enfadados. Las palabrotas trascendían el espectro cultural. Unía a los ejemplares machos.

—Por cierto, hay un par de trufas a las que todavía no hemos puesto

nombre —dijo la empresaria—. Una de ellas lleva jerez y zumo de limón. Esta noche Pericim me ha dado una idea. ¡La llamaremos Oxford! —Y acto seguido, se levantó y buscó en las fuentes—. ¡Aquí está! —Con el meñique elegantemente doblado, cogió la trufa y se la ofreció a Peri—. Pruébela.

Bajo la mirada de todos Peri se la llevó a la boca; los sabores se disolvieron en su lengua. Por debajo de la dulzura inicial, un fuerte sabor cítrico estalló en su paladar, tentando y engañando en un solo bocado…, como las clases del profesor Azur.

Un beso mortal

Oxford, 2001

Peri no volvió a casa en Semana Santa. Aún no se había acostumbrado a los tres trimestres en que se dividía el año académico en Inglaterra. Las largas interrupciones siempre la descolocaban. No solo porque no podía regresar a su país con la misma frecuencia que los demás estudiantes, y porque no era extrovertida ni aventurera, y por tanto no se sentía inclinada a explorar su entorno; sino también porque en esas ocasiones notaba de forma más aguda el abismo que había entre ella y los demás. Mientras todo el mundo estudiaba y asistía a clase, se dejaba llevar; pero cuando se esperaba de ella que se relajara y divirtiera, no sabía qué hacer con su vida.

De todas formas, esa misma semana recibió una invitación inesperada. Mona, que se había quedado asimismo en Oxford al término del trimestre, y que corría de una actividad a otra, como de costumbre, tenía dos primas que habían llegado de Estados Unidos a visitarla. Proyectaban viajar juntas a Gales, donde habían alquilado una casa de campo.

—¿Por qué no te vienes? —le preguntó Mona—. Lo pasaremos bien. Y nos airearemos un poco.

Tras meter en la maleta más libros —entre ellos los del profesor Azur— de los que podía leer en una semana, Peri aceptó la invitación. Supuso que Mona se dedicaría a sus parientes, por lo que ella estaría acompañada y sola al mismo tiempo. Parecía tolerable.

La primera vez que vio en la carretera letreros en galés e inglés, Peri se sorprendió. Hasta entonces no se le había ocurrido pensar que pudiera haber más de un idioma oficial en el mismo país. En Turquía nunca había visto un anuncio público en turco y en kurdo. Le llamó tanto la atención que cada vez que veía uno, se detenía y lo fotografiaba.

—¡Estás loca! ¡Con lo impresionante que es el paisaje, y a ti te da por

fotografiar letreros! —le decía Mona riéndose.

Las vistas eran, en efecto, espléndidas. Ovejas con sus crías recién nacidas pastaban en campos plagados de colores: alfombras verdes salpicadas de brezos morados, campanillas azules y flores de cuco. La casa alquilada resultó ser una diminuta cabaña encalada de entramado de madera, situada en lo alto del lado occidental de un valle. Por las mañanas la bañaba un sol radiante; por las tardes, el sosiego de una profunda sombra. A lo lejos discurría el río Wye como un sinuoso hilo plateado, abriéndose paso entre las laderas de las colinas.

A Peri le encantó la casa: el fogón de hierro fundido, los techos bajos, los leños apilados en el porche, los suelos enlosados, incluso el olor de las sábanas, siempre heladas cuando se metía en la cama. Mona y ella dormían en una habitación y las primas compartían la contigua. Aunque el pueblo más cercano estaba a unos dos kilómetros, durante el día había tanto que hacer que le quedaba poco tiempo para leer. Ella, que siempre había sido urbanita, contemplaba con gozosa curiosidad la naturaleza, se maravillaba ante las pequeñas cosas, hasta el punto de que le pareció que todo lo que importaba eran esas pequeñas cosas. Se imaginó que había habido una catástrofe —una bomba nuclear— y que ellas eran las únicas supervivientes, lejos de la civilización. Su madre se quedaría atónita si las viera, cuatro chicas en medio de la nada.

Una noche, desde la cama, vio a Mona rezar en un rincón, con el rostro hacia La Meca. Nunca habían hablado de religión, ambas habían evitado el tema. De haber estado Shirin, sin duda lo habría sacado.

Cuando Mona apagó la luz, se hizo un repentino silencio en la habitación. Peri daba vueltas en la cama.

—De niña me picó una abeja en el labio —dijo Peri despacio, como si desempolvara el recuerdo—. Se me hinchó tanto la boca que parecía un globo de agua. Mi padre me dijo que la abeja se había enamorado perdidamente… de mí. Y que quería besarme. Siempre me pregunté si la abeja sabía que moriría en cuanto utilizara su aguijón. Es extraño que lo supiera y aun así lo hiciera, ¿no te parece? Un acto autodestructivo.

Mona se colocó de lado. A la luz de la luna que entraba por la ventana, su silueta parecía una escultura.

—Solo los seres humanos tienen conciencia. Es el orden divino. Por eso Alá responsabiliza a los seres humanos de su conducta.

—Pero los animales no quieren morir. Tienen un instinto de supervivencia. Luego van y clavan el aguijón. Deben de saber que se están quitando la vida. Quiero decir que cuando contemplas la naturaleza, piensas: «Qué maravillosa y fascinante es», pero en realidad es terriblemente cruel.

Mona suspiró.

—Recuerda que tú no diriges el mundo. Él está a cargo de todo, no tú. Ten fe.

¿Cómo iba Peri a confiar en un sistema en el que las abejas estaban destinadas a morir en cuanto se enamoraban? Y si ese era el orden divino que tanto alababan todos, ¿cómo podían llamarlo justo y santo? Se subió la colcha hasta la barbilla, tenía frío.

Esa noche, en sueños, Peri gritó y murmuró palabras en turco que sonaron como el zumbido de un millar de abejas luchando por liberarse.

Las primas se despertaron con el ruido y se rieron en la habitación contigua. Mona se sentó en la cama, sorprendida. Rezó para que cualesquiera que fueran los demonios que acosaban a su amiga se marcharan muy lejos. A la mañana siguiente las cuatro regresaron a Oxford. Cuando Mona y Peri hablaban del viaje a Gales, esbozaban sonrisas radiantes; aunque cada una a su manera había percibido algo más oscuro subyacente a los momentos especiales.

Una página en blanco

Estambul, verano de 2001

Al acabar su primer año en Oxford, Peri pasó las vacaciones en Estambul. De vez en cuando su madre le mencionaba a algún joven de pasada, ensalzando siempre las mismas cualidades. Para Selma, los estudios de Peri no eran tanto un despertar intelectual o un paso previo a una carrera prometedora como un breve interludio antes de su boda. Solo en el mes anterior había visitado siete santuarios, en los que encendía velas, ataba cintas de seda y pedía un buen matrimonio para su hija en un futuro próximo.

—Mientras estabas fuera han llegado unos vecinos nuevos —comentó mientras pelaba habas para la cena—. Es una familia decente. Tienen un hijo, un muchacho listo, guapo, honrado…

—¿Estás diciéndome que me has encontrado un marido apropiado? —murmuró Peri enrollándose un mechón de pelo en el dedo y tirando con torpeza de él. Se fijó en que era mucho más corto que el resto y de pronto tuvo la inquietante sospecha de que su madre le había cortado un poco de cabello mientras dormía. Tal vez ahora estaba en uno de esos altares, enterrado entre ofrendas.

—Deja a la chica tranquila, mujer —dijo Mensur desde su silla—. Estás confundiéndola. Tiene que concentrarse en sus estudios. Vamos detrás de un diploma, no de un marido.

—Este chico es diplomado —protestó Selma—. Fue a la universidad. Pueden prometerse ahora y casarse en cuanto ella se licencie. ¿Qué tiene que perder?

—Solo mi libertad, mi juventud y mi mente —respondió Peri.

—Hablas como tu padre —replicó Selma, y como si hubiera demostrado su argumento se concentró de nuevo en las habas.

El tema quedó zanjado… aunque no por mucho tiempo.

Al final del verano, un día de temperatura suave en Estambul, Peri salió de compras. Una gabardina, unas zapatillas de deporte, una mochila…, tenía que comprarlo todo antes de regresar a Oxford. Al bajar del autobús cerca de la plaza Taksim, vio un gran gentío apiñado en la acera frente a un salón de té frecuentado por estudiantes. A través de las ventanas abiertas, la gente miraba la televisión que sonaba a todo volumen dentro. Danzaban sombras sobre sus contornos, que el sol color albaricoque apenas iluminaba de perfil.

Un hombre de anchas espaldas se llevaba las manos a la frente y fruncía el ceño. Una chica con coleta parecía estupefacta, estaba rígida. Aquellas expresiones intrigaron a Peri, que poco a poco se abrió paso entre el gentío.

Fue entonces cuando vio lo que veían todos en el televisor: un avión que chocaba contra un rascacielos con un azul tan brillante de fondo que casi hería la vista. La escena era transmitida sin cesar, como a cámara lenta, aunque cada vez parecía menos real. Del edificio se elevaban nubes de humo. En el aire flotaban hojas de papel. Como catapultado con una honda, un objeto salió disparado hacia abajo, seguido de otro… Peri sofocó un grito al darse cuenta de que no eran simples objetos, sino seres humanos lanzándose al encuentro de la muerte.

—Americanos… —murmuró el hombre que estaba al lado de Peri—. Eso es lo que conseguís cuando os metéis donde nadie os llama.

—Y ellos que se creían los dueños del mundo —terció una mujer, y negó con la cabeza, balanceando sus pendientes de aro—. Por fin se han enterado de que son simples mortales, como todos los demás.

Peri cruzó una mirada con la chica de la coleta. Por un segundo pareció que solo ellas sentían el dolor, la conmoción y el terror. Pero la chica desvió rápidamente la vista, transmitiendo muy poca camaradería. Turbada por lo que oía alrededor, Peri se alejó a zancadas, con la cabeza llena de preguntas. Allá adonde iba encontraba a personas buscando teorías conspirativas de las que nutrirse, como abejas libadoras que zumban en busca de néctar.

«Tengo que llamar a Shirin», se dijo. Necesitaba oír la voz confiada de su amiga desde un teléfono público. Por suerte, respondió enseguida.

—Eh, Peri. Qué mundo de mierda, ¿no? ¡Malditos tiempos nos han tocado

vivir!

—Es horrible —respondió Peri—. No sé qué pensar.

—La matanza de los inocentes —la interrumpió Shirin casi a voz en grito —. Solo porque unos cabrones depravados se creen que irán al paraíso si matan en nombre de Dios. No acabará aquí, ya lo verás. Ahora todos los musulmanes serán vilipendiados. Más inocentes sufrirán en todas partes.

Peri se fijó en un chicle que había pegado debajo del teléfono: un pequeño acto de malicia, pero malicia al fin y al cabo.

—¡Es horrible! Atroz. Y aterrador. ¿Cómo ha podido suceder?

—Bueno, estoy segura de que el mundo hablará de esto durante meses, incluso años. Periodistas, expertos, académicos. Pero en realidad no hay nada de que hablar. La religión engendra intolerancia y conduce al odio, que a su vez conduce a la violencia. Y ahí se acaba la historia.

—Pero ¿no es injusto? —le preguntó Peri—. Hay muchas personas religiosas que nunca harían daño a nadie. La religión no ha sido la causante. Es el puro mal.

—Sabes que no voy a llevarte la contraria, Ratón. Esta vez estoy tan confundida como tú. Necesito hablar con Azur o me volveré loca.

Peri se sobresaltó.

—¿Vas a ir a verlo? Pero si aún no ha empezado el curso.

—¿Qué más da? Mañana iré a Oxford. Sé que está allí. Cambia el billete y ven conmigo.

—Lo intentaré —respondió Peri. Le pareció innecesario decir que no podía comprar un billete a última hora, y aunque hubiera podido, no podría permitirse pagarlo.

Cuando volvió a casa, su padre y su madre estaban tan aturdidos como ella, viendo sin cesar las mismas escenas que no paraban de emitir por la televisión.

—Los fanáticos se están haciendo con el control del mundo —declaró Mensur.

Había empezado a beber antes de lo normal, y a juzgar por su aspecto ya se había tomado unas cuantas copas. Por primera vez pareció dudar de si dejar ir a Oxford a su hija.

—Tal vez no deberíamos haberte enviado al extranjero. Ya no existe

ningún lugar seguro. Nunca pensé que diría esto, pero Occidente podría haberse vuelto más peligroso que Oriente.

—Oriente, Occidente, ¿qué cambia? Nadie escapa a su *kismet*… —dijo Selma—. Si Alá lo ha escrito en tu frente con Su tinta invisible, da lo mismo que estés aquí o en China. La muerte vendrá y te encontrará.

Al oírla, Mensur cogió el bolígrafo que utilizaba para hacer crucigramas y escribió en su frente el número 100 torcido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Selma.

—¡Cambiando mi destino! Voy a vivir cien años.

Peri no se quedó a oír la respuesta de su madre. No tenía paciencia para las discusiones de sus padres. Presa de una intensa sensación de soledad, fue a su habitación y sacó su diario sobre Dios. Pero por más que intentó escribir algo con sentido, no pudo. Ese día no. Le asaltaban demasiadas preguntas sobre la religión, la fe y Dios…, ese Dios que permitía las atrocidades y aun así esperaba obediencia. Se quedó mirando la página, engullida por el vacío. Se preguntó qué le diría Azur a Shirin cuando su amiga acudiera a su despacho. Cuánto le gustaría entrar en él a hurtadillas, como el lugano, y escucharlos sin que se dieran cuenta. Ella también tenía algunas preguntas. Tal vez Shirin llevaba razón al insistirle para que hiciera el seminario sobre Dios; lo necesitaba, no tanto para descubrir nuevas verdades acerca de un ser supremo como para dar sentido a las incertidumbres latentes en ella.

De pronto hizo algo que nunca confesaría a nadie: rezó por toda la gente asesinada en las Torres Gemelas. Rezó por sus familias y sus seres queridos. Y antes de terminar elevó una pequeña petición a Dios: que la admitieran en el curso de Azur, para que pudiera aprender más cosas acerca de Él y, con suerte, dar algún sentido al caos que existía fuera y dentro de su mente.

El círculo

Oxford, 2001

Una tarde de principios del nuevo trimestre, bajo un cielo tan apacible como el agua de un estanque, Peri se preparó para asistir a su primera clase del seminario «Penetrar en la mente de Dios/Dios de la mente». Apenas unos días antes se había encontrado en el casillero de la portería del *college* un sobre nada menos que del profesor Azur. Las líneas, escritas a todas luces con prisa, recorrían de un lado a otro la tarjeta en una diagonal ligeramente descendente:

> Estimada señorita Nalbantoğlu:
> Si sigue interesada en el curso, empieza el próximo martes a las dos en punto.
> Traiga ámbar si lo necesita, pero no disculpas.
> El pulpo espera.
>
> A. Z. AZUR

Desde que había recibido la nota, entre las clases y su trabajo de media jornada en la librería, no había tenido un momento para preguntarse qué esperaba de aquello. Mientras se dirigía a la sala del seminario con un cuaderno contra el pecho, le sorprendió descubrir lo nerviosa que estaba.

En cuanto entró en la sala, contó mentalmente diez alumnos: cinco chicos y cinco chicas. Se quedó atónita al ver entre ellos a Mona, que la saludó igual de extrañada.

Peri observó a los otros alumnos, las sonrisas torpes, la forma de sentarse a una educada distancia entre sí, y sintió alivio al comprobar que no era la única nerviosa. Algunos estaban absortos en sus pensamientos, otros charlaban entre ellos en susurros o leían la descripción del curso, quizá por enésima vez; un chico con la cabeza apoyada en su cuaderno parecía dormir.

Ella se sentó en una silla junto a la ventana y miró un gran roble cuyas

hojas relucían en tonos rubí y dorado. Se preguntó si le daba tiempo de ir al aseo, pero el temor a regresar y encontrarse la clase empezada la mantuvo pegada al asiento. El cielo se había encapotado y, aunque todavía era pronto, parecía oscuro.

Justo a la hora prevista se abrió la puerta y el profesor Azur entró a zancadas cargado de carpetas, una gran caja de lápices y lo que parecía un reloj de arena. Llevaba una americana de pana azul marino con coderas de cuero. Pese a la camisa blanca almidonada e impecablemente planchada, llevaba la corbata desanudada, como si le hubiera fastidiado anudársela, y el pelo revuelto. O bien había caminado con un fuerte viento en contra o se lo había mesado repetidas veces antes de llegar.

Rápido como un rayo, dejó caer todo encima del escritorio y puso sobre un atril el reloj de arena, al que dio la vuelta al instante; los granos de arena de la parte superior empezaron a bajar a la inferior, peregrinos en un viaje sagrado. Se quedó de pie frente a la pizarra blanca, alto y esbelto, y, con una brusquedad que rompió el letargo del aula, exclamó:

—¡Hola a todos! *Shalom Aleichem! Salamun Alaykum!* ¡La paz sea con vosotros! *Namaste! Jai Jinendra! Sat Nam! Sat Sri Akaal!* He pronunciado todos estos saludos sin ningún orden de preferencia o precedencia, por si se lo están preguntando.

—*Aloha* —respondió alguien.

Los demás se le unieron con una miríada de saludos, una mezcla de voces y risas.

—Estupendo —dijo Azur frotándose las manos—. Veo que están llenos de osada confianza. Siempre es un signo prometedor… o una forma segura de buscarse problemas. El tiempo lo dirá.

Detrás de sus gafas de pasta de color negro, los ojos le brillaban como cuentas de vidrio marino bruñido. Su voz se elevaba en oleadas de entusiasmo, como la de un explorador que regresa de lejanas tierras y comparte con los amigos sus aventuras. Los felicitó a todos por haber tenido la curiosidad y la audacia de matricularse en aquel curso, y añadió con un guiño que esperaba que también tuvieran la energía para aguantar hasta el final. Dada la soltura y la velocidad con que hablaba, era difícil, si no imposible, saber cuándo decía algo en broma y cuándo en serio.

—Como quizá ya habrán advertido, son once… Diez habría sido demasiado perfecto y la perfección es aburrida. —Miró alrededor y chasqueó la lengua—. Veo que tenemos trabajo que hacer… Han colocado las sillas como si tuvieran miedo de pillar una neumonía. Si no es mucha molestia, ¿podrían levantarse?

Sorprendidos y divertidos a la vez, los alumnos hicieron lo que les pedía.

—¡Qué obedientes! Dicen que la obediencia es la más elevada virtud a los ojos divinos. Ahora coloquen las sillas en un círculo..., es la configuración más adecuada para hablar de Dios.

Cada tema requería una distribución particular al sentarse, explicó Azur. La política, de un modo diseminado y amorfo; la sociología, en un pulcro triángulo; la estadística, en un rectángulo, y las relaciones internacionales, en un paralelogramo. Sin embargo, para debatir sobre Dios había que colocarse en un círculo, donde todos los miembros estuvieran equidistantes del centro y mirándose a los ojos.

—En adelante, cuando entre cada semana espero encontrarles sentados así.

Arrastrando sillas alrededor, tardaron unos minutos en llevar a cabo la tarea. Al terminar, el círculo tenía más bien la forma de un limón exprimido. Aunque no del todo satisfecho, el profesor Azur les agradeció el esfuerzo. A continuación les pidió que se presentaran brevemente señalando de dónde venían y, en concreto, por qué les interesaba Dios, «cuando sin duda hay cosas más entretenidas para los jóvenes ahí fuera».

La primera que habló fue Mona. Desde la tragedia del 11-S, estaba muy preocupada por la percepción que se tenía del islam en Occidente. Cuidadosa con las palabras, afirmó sentirse orgullosa de ser musulmana, pues amaba su fe de todo corazón, pero le frustraba la cantidad de prejuicios con los que tenía que lidiar casi a diario.

—Personas que no saben nada del islam hacen grandes generalizaciones a la ligera sobre mi religión, mi Profeta y mi fe. —Y añadió enseguida—: Y mi pañuelo. —Concluyó que estaba allí para participar en discusiones honestas sobre la naturaleza del Todopoderoso, puesto que todos habíamos sido creados por Él, que nos había creado diferentes por alguna razón—. Respeto la diversidad, pero a cambio espero respeto.

Cuando le tocó hablar al joven sentado al lado de Mona, irguió la espalda

y carraspeó. Se llamaba Ed. Procedía de un entorno científico y se había acercado a Dios «con cautela objetiva y neutralidad intelectual». Creía que la ciencia y la fe probablemente podían conciliarse, pero que era preciso filtrar las partes irracionales de la religión, que eran muchas.

—Mi padre es judío y mi madre protestante, pero ninguno de los dos es practicante —añadió—. Supongo que, al igual que Mona pero de otro modo, me interesan las cuestiones de la identidad y la fe en la era moderna, aunque, con franqueza, Dios nunca ha sido un problema para mí.

—¿Qué haces aquí entonces? —le preguntó un chico musculoso con el rostro un poco picado de viruelas y el cabello rubio rojizo, que daba vueltas al lápiz entre los dedos—. ¡Creía que todos los que estábamos en este curso teníamos un problema con Dios!

Peri advirtió que Ed alzaba la vista hacia el profesor, quien asintió de forma casi imperceptible. Se transmitieron algún mensaje que ella no supo interpretar.

Azur se volvió hacia el muchacho de pelo rubio rojizo.

—Suelo esperar que mis alumnos comenten lo que dicen otros, y los animo a ello, pero no en una fase tan temprana. Apenas hemos roto el cascarón. Saquemos antes la cabeza.

A continuación habló Olivia, una chica atractiva con marcado acento español. Tenía los ojos grandes y castaños, y el cabello moreno y liso; un mechón se le metió en la boca cuando empezó a hablar. La habían educado en el catolicismo e iba a misa todas las semanas. Se sentía afortunada por estar rodeada de gente maravillosa en la Sociedad Católica de Oxford, pero deseaba ampliar sus horizontes.

—Me ha parecido interesante hacer este curso, aunque solo sea para ver cómo se habla de Dios fuera de mi zona de confort. Así que… —Dejó la frase suspendida, como si confiara en que los demás la terminaran.

—Supongo que yo soy el siguiente —dijo el chico del cabello rubio rojizo, dando vueltas aún más deprisa al lápiz—. Me llamo Kevin, soy becario de Rhodes y vengo de California, de Fresno.

Torció su amplio rostro al sostener que Ernest Hemingway, que siempre tenía razón, había dado en el clavo al afirmar que todas las personas pensantes eran ateas. Él mismo era un ateo ferviente.

—No creo en ninguno de esos disparates, y por eso estoy aquí. Quiero mantener debates constructivos sobre la ciencia, la evolución y lo que llamáis Dios. Estoy seguro de que os cabrearé enseguida a todos.

Alguien resopló, era imposible saber si en broma o por compasión.

—Hola a todos. Me llamo Avi y soy miembro de la Sociedad Chabad de Oxford. También tengo un empleo de media jornada en la Samson Judaica, que es la biblioteca judía más grande de por aquí. Por si alguno no lo sabéis, Oxford tiene un rico legado judío.

Avi sostuvo que había suficiente odio en el mundo para que la humanidad se viera abocada a una Tercera Guerra Mundial. El fantasma de la historia rondaba el presente. Los seres humanos eran capaces de horribles atrocidades, como se había visto en el Holocausto y en la destrucción de las Torres Gemelas. Urgía promover un verdadero diálogo entre las religiones. El temor de Dios era el elemento disuasorio más grande contra la faceta violenta del *Homo sapiens*. En la edad moderna, Dios era más necesario que nunca.

Avi parecía a punto de añadir algo, pero la india sentada a su lado lo interrumpió, con brusquedad e impaciencia. Se llamaba Sujatha. Se refirió a las diferencias entre la filosofía oriental y su equivalente occidental.

—O más bien Oriente Próximo, dado que todas las religiones abrahámicas proceden de la misma región. Se necesita a alguien de fuera para advertir lo parecidas que son.

Sujatha declaró que su máxima en la vida era: «La percepción que tienes de ti mismo crea tu realidad». A sus ojos, Dios carecía de atributos. No quería ofender a nadie, pero el Dios de Abraham le parecía demasiado severo, sentencioso y distante.

—Yo digo: «Todo es Dios». Mientras que vosotros decís: «Todo es de Dios». Una simple preposición implica una gran diferencia.

A un tiempo dócil y desafiante, Sujatha concluyó que estaba deseando discutir en profundidad sobre todas esas disparidades filosóficas.

Cada vez que hablaba un alumno, Peri se hundía un poco más en su silla, encogiéndose visiblemente. Le habría gustado desaparecer. Empezaba a tener la punzante sospecha de que el profesor Azur había escogido uno a uno a los alumnos, no tanto por los méritos de su carrera académica como por sus historias personales y aspiraciones. No había dos alumnos que procedieran

del mismo entorno y entre ellos existían diferencias de opinión tan evidentes para que chocaran con facilidad. Tal vez Azur quería eso: un conflicto… o muchos. Quizá hacía experimentos con sus alumnos sin que ellos se dieran cuenta, como si fueran una camada de ratoncitos que se escabullían y rascaban el interior de las paredes de ese laboratorio mental. Si era así, ¿qué pretendía demostrar? ¿Una nueva noción de Dios?

Algo más la preocupaba. Si cada persona que la rodeaba había sido escogida para crear una Babel en miniatura, ¿por qué la había elegido a ella? ¿Qué podía saber Azur de ella cuando le había contado tan poco? Cuanto más se devanaba los sesos, más insegura se sentía. Las palabras del doctor Raymond le resonaban en los oídos: «Su método de enseñanza es poco ortodoxo. No encaja con todo el mundo. No funciona con todo el mundo. Ese seminario divide a los alumnos; algunos lo disfrutan pero otros son profundamente desdichados».

—Hola, yo soy Kimber —dijo una chica con el pelo tan rizado que los tirabuzones rebotaban arriba y abajo cuando movía la cabeza—. Tengo una respuesta larga y una respuesta corta.

—Empiece por la larga —respondió el profesor Azur.

Kimber explicó que su padre era sacerdote de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Eran mormones. Toda su familia y sus amigos eran mormones. El curso le interesaba porque Dios daba sentido a su vida y quería comprender mejor a Dios. Añadió que la juventud de hoy solo estaba interesada en ennoviarse, estudiar para los exámenes y encontrar un trabajo bien remunerado. Pero ella creía que en la vida había algo más.

—Cada uno tenemos un propósito distinto en la Tierra. Yo todavía estoy buscando el mío.

—¿Y la corta? —preguntó Azur.

Kimber se rió.

—He hecho una apuesta con una amiga. Me dijo que usted era el peor profesor en cuanto a poner notas. Yo soy una estudiante de sobresaliente. Siempre lo he sido, desde la guardería. De modo que he aceptado el reto.

En los labios de Azur afloró una sonrisa serena.

—«La verdad es algo tan raro que es una delicia decirla.»

Peri no pudo evitar murmurar para sí, medio tapándose la cara:

—Emily Dickinson.

—¿Quién es el siguiente?

Adam. Nariz redondeada, barbilla hendida y cejas arqueadas, como si el mundo fuera una constante sorpresa para él. Culturalmente era anglicano, pero dijo que no practicaba. No era necesario ir a la iglesia, añadió, puesto que creía que Dios era amor y Dios lo amaba tal como era.

—Creo en el principio universal de «Actuar, Amar, Aprender», las tres A. Eso es todo.

—¿Me toca a mí? —preguntó la chica que estaba a su lado—. Me llamo Elizabeth. Nací y me crié en Oxfordshire, y nunca he viajado muy lejos. Mi familia es heredera de un orgulloso legado cuáquero. No tengo ningún problema con Dios, pero sí con el Dios masculino.

Elizabeth comentó que los seres humanos habían perdido el contacto con la naturaleza y la noción de la Tierra como una diosa. A lo largo de la historia, la feminidad había sido suprimida. El precio se había pagado con guerras, derramamiento de sangre y violencia. Ella estaba a favor de las religiones antiguas como el chamanismo, la wicca o el budismo tibetano.

—Todo lo que nos ayude a conectar de nuevo con la Madre Tierra. —Animó a los demás a dejar de pensar en Dios en masculino y empezar a hablar de Ella.

Solo quedaban por presentarse Peri y el chico sentado a su lado. Peri le cedió la palabra con un ademán y él se lo devolvió.

—Está bien. Me llamo Peri…

—La cita era, en efecto, de Emily Dickinson —la interrumpió Azur—. Muy bien.

Peri sabía que se estaba ruborizando. No imaginaba que el profesor la hubiera oído.

—Vengo de Estambul y… —Perdió el hilo de sus pensamientos, tartamudeó y se sintió estúpida por mencionar la ciudad donde había nacido en lugar de decir algo más trascendental, como los demás—. Mmm… No estoy… no estoy segura de por qué estoy aquí.

—Entonces, déjalo —soltó Kevin con descaro—. Así seremos diez. ¡Quiero el número perfecto!

Hubo risas. Peri bajó la mirada. ¿Cómo había conseguido bloquearse en

una simple presentación cuando el resto, pese a sus aparentes diferencias, había hecho las suyas sin interrupción?

El último en hablar fue un chico llamado Bruno. No era marxista ni nada parecido, dijo, pero sobre la cuestión de que la religión era el veneno del pueblo, estaba de acuerdo con Marx… y también con el ex dirigente albano Enver Hoxha, cuyas opiniones había leído y le habían parecido extraordinarias por su perspicacia en cuanto a la religión.

—Eso está muy bien, joven —dijo Azur—, pero cuando citamos a alguien, en particular a filósofos y poetas, para quienes las palabras son tan importantes, debemos hacerlo con exactitud. Lo que dijo Marx en realidad fue: «La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo descorazonado, el alma de una condición desalmada. Es el opio del pueblo».

—Exacto. Es lo mismo —siguió Bruno, disimulando a duras penas su irritación por que lo interrumpieran en un tema que vivía con pasión.

Adelantando el mentón como si se preparara para recibir un golpe, dijo que Mona había pedido discusiones honestas y que él iba a serlo hasta el punto de no tener pelos en la lengua. Era consciente de que a algunas personas no les gustaba oír lo que él tenía que decir, pero creía que en ese seminario se valoraba el debate libre. Él tenía un problema con el islam. Para ser justos, habría tenido un problema con todas las religiones monoteístas, pero el cristianismo y el judaísmo se habían reformado y el islam no.

Bruno sostuvo que el trato que daba el islam a las mujeres era inaceptable, y que si él hubiera nacido de una mujer que lo hubiera criado en esa fe, la habría abandonado a la velocidad de un rayo. Comentó que el islam tenía que cambiar profundamente para adaptarse al mundo actual, pero en las circunstancias presentes eso era inconcebible, ya que tanto el libro sagrado como los hadices se consideraban fuentes absolutas e inequívocas.

—Si los cambios están prohibidos, ¿cómo vamos a mejorar esa religión?

Desde su esquina Mona le lanzó una mirada gélida.

—¿Quién ha dicho que haya que mejorar mi religión? —lo reprendió.

—Excelente. ¡Un gran comienzo! —intervino Azur—. Gracias a todos por exponer sus ideas con tanta elocuencia. Después de oírles sermonearse unos a otros sobre la religión en lugar de sobre Dios, que es el tema que nos ocupa aquí, necesito explicar de un modo que no se preste a equívocos de qué tratará

este seminario.

Caminando en un círculo dentro del ruedo de alumnos, el profesor se movía con seguridad en sí mismo y hablaba con vehemencia.

—No estamos aquí para hablar del islam, el cristianismo, el judaísmo o el hinduismo. Tal vez tratemos esas tradiciones, pero solo en la medida en que lo requiera nuestro tema central. Estamos aquí para llevar a cabo una indagación científica sobre la naturaleza de Dios. No permitan que sus creencias personales se interpongan. Cuando tengan una reacción emocional ante un tema, sea cual sea, recuerden lo que dijo Russell: «El grado de las propias emociones varía inversamente según el conocimiento que se tiene de los hechos».

La habitación se oscureció al ocultarse el sol tras una gran nube. A Azur le brillaron los ojos.

—¿Nos ha quedado claro?

—Sí —respondieron los alumnos al unísono, rebosantes de vitalidad.

Al cabo de unos segundos se oyó, en voz baja:

—No. —Era Peri.

Azur se detuvo.

—¿Cómo dice?

—Lo siento…, es que… no creo que haya nada malo en responder a las emociones. —Peri gesticulaba con ambas manos—. Somos seres humanos. Eso significa que nos mueven más las emociones que la razón. ¿Por qué empequeñecerlas? —Levantó la vista hacia el profesor, temiendo la expresión de su rostro.

Él se mostró sereno, alentador, incluso un poco impresionado con la objeción.

—Así me gusta, chica de Estambul. Siga cuestionando.

Azur les dijo que si al final de sus años en Oxford todavía hablaban, pensaban y escribían como antes de ingresar en la universidad, habrían malgastado el tiempo y el dinero de sus familias. Más valía que volvieran ya a sus casas.

—Estén preparados para cambiar. Solo las rocas permanecen inmutables... aunque, para ser exactos, también cambian.

Estaban en la universidad de habla inglesa más antigua del mundo, añadió.

Oxford no solo había sido a lo largo de los siglos un centro de estudio académico y de investigación científica, sino también un núcleo de debate teológico y de discusión religiosa.

—¡Son afortunados! ¡Están en el lugar adecuado para discutir sobre Dios!

Cuando el profesor Azur hablaba, todo su porte cambiaba. Su semblante, antes sereno, se animaba. Su voz ya no era prudente y contenida, sino un filo de acero que mantenía en la penumbra aunque no pretendía ocultarlo. A Peri le recordó los gatos callejeros de Estambul, no los tímidos y magullados que rehuían a los seres humanos, sino esos felinos independientes que se deslizaban por los muros más altos, llenos de orgulloso aplomo, controlando el vecindario como si fuera su reino secreto.

—Bien, tengo una pregunta para ustedes. Si se presentara aquí alguien de la Edad del Bronce y les pidiera que describieran a Dios, ¿qué le dirían?

—Que es misericordia —respondió Mona.

—Que es autosuficiente —añadió Avi.

—No es Él sino Ella —dijo Elizabeth.

—No es Él ni Ella —replicó Kevin—. Todo son mentiras.

El profesor Azur frunció el ceño.

—Bravo, todos han suspendido el test.

—¿Por qué? —protestó Bruno.

—Porque no hablan el mismo lenguaje que su antepasado peludo. —Sacó un montón de papeles y una caja de colores que pidió a Olivia que repartiera —. Olvídense de las palabras. ¡Explíquenlo con imágenes!

—¿Cómo? —exclamó Bruno—. ¿Pretende que dibujemos? ¿Ahora somos niños?

—Ojalá. Tendrían más imaginación y comprenderían mejor la complejidad.

Mona levantó la mano.

—El islam prohíbe los ídolos. No representamos a Dios. Creemos que Él está por encima de nuestra percepción.

—Perfecto. Dibuje lo que acaba de decir.

Durante los diez minutos siguientes cambiaron de postura en sus sillas, arrastraron los pies, suspiraron y se quejaron, pero al rato empezaron a producir una variedad de obras. Una representación del universo, estrellas,

galaxias y meteoros. Un cúmulo de nubes blancas atravesado por un rayo de luz. Una imagen de Jesucristo con los brazos abiertos. Una mezquita con cúpulas doradas bajo el sol. El señor Ganesha con su cabeza de elefante. Una diosa de pechos generosos. Una vela en la oscuridad. Una página dejada deliberadamente en blanco… Cada uno veía a Dios a su manera. En cuanto a Peri, tras un breve titubeo trazó un punto que acto seguido convirtió en un interrogante.

—Se ha acabado el tiempo —los interrumpió el profesor Azur, repartiendo más hojas—. Después de dibujar lo que es Dios, me gustaría que ilustraran lo que no es.

—¿Cómo?

Azur arqueó las cejas.

—Deje de reaccionar, Bruno, y póngase a trabajar.

Un demonio con los ojos amarillo serpiente. Una máscara de hierro monstruosa. Un pantano fétido. Un arma humeante. Un cuchillo ensangrentado. Fuego. Destrucción. Una escena del infierno… Curiosamente, imaginar lo que Dios no era resultaba más difícil que imaginar lo que era. Solo a Elizabeth le pareció fácil. Dibujó a un hombre.

—Gracias a todos por su colaboración —dijo el profesor Azur—. ¿Pueden sostener en alto los dos dibujos, uno al lado del otro? Para que los veamos bien todos los que formamos el círculo.

Eso hicieron al tiempo que contemplaban las obras de los demás.

—Ahora vuelvan los dibujos hacia ustedes. ¿Ya está? ¡Estupendo! Estamos a punto de analizar una cuestión planteada por filósofos, eruditos y místicos a lo largo de la historia: ¿qué relación hay entre las dos imágenes?

—¿Cómo?

Esta vez Bruno no estaba solo.

—¿El primer dibujo, el de Dios, abarca o excluye el segundo dibujo, lo que no es Dios? —Azur empezó a pasearse—. Por ejemplo, si Dios es omnipotente y omnipresente, todopoderoso y todo benevolente, ¿significa eso que Él, o Ella, también encarna el mal, o el mal es ajeno a Él, o a Ella, como una fuerza exterior que Él o Ella necesita combatir? ¿Cuál es exactamente la relación entre lo que es y lo que no es Dios?

»Han hecho dos dibujos. Díganme cómo se relacionan entre sí. Pónganlo

por escrito. En cualquier estilo siempre que sea valiente, osado, honesto y fundamentado en la investigación académica.

Nadie dijo nada. Se habían tomado el ejercicio a la ligera, sin creérselo mucho. De haber sabido que tendrían que escribir sobre la relación entre ambos dibujos, habrían sido más reflexivos. Pero era demasiado tarde.

—Vuelvan a los filósofos, los místicos y los eruditos del pasado. Manténganse bien lejos del presente y bien lejos de su propia mente.

—¿De nuestra propia mente? —repitió Kevin.

—Esa es la tarea para la semana que viene. ¡Hagan lo posible para impresionarme! —exclamó Azur mientras recogía las carpetas, los lápices y el reloj de arena, en cuya base acababa de caer el último grano—. ¡Pero les advierto que no soy fácil de impresionar!

El teatro de sombras

Oxford, 2001

El viernes por la noche, mientras la mayoría de los alumnos acudían a los pubs y los clubes nocturnos para disfrutar de un descanso bien merecido, Peri se quedó leyendo en la biblioteca del *college*. A medida que los últimos alumnos se marchaban, el silencio en el edificio se hizo más profundo, solo interrumpido por toses, susurros o el pasar de páginas. Sustituir el placer por el estudio era como reemplazar un banquete con una dieta, y no por primera vez Peri se lamentó de su ineptitud social. Pero le gustaba rodearse de libros, esa sensación de libertad que no le proporcionaba nada más en el mundo. Si bien casi todo lo que leía últimamente estaba relacionado con el profesor Azur, trató de no pensarlo mucho. En el transcurso de las semanas anteriores se había sorprendido varias veces fantaseando con que decía algo tan inesperado, brillante y atrevido en el seminario que él se detenía en seco y la veía con una nueva luz.

A su lado tenía la Polaroid que había comprado hacía poco. Durante sus sesiones de footing a veces se encontraba con los cielos más espectaculares —amaneceres rosa coral, atardeceres tormentosos, prados envueltos en niebla — que deseaba capturar. Le había costado mucho dinero, pero merecía la pena. También había gastado demasiado en libros y tenía previsto comprarse un nuevo ordenador portátil. Dios mío, pensó, tengo que trabajar más.

Se levantó y estiró las piernas. Estaba sola en aquella sección; le pareció que no había nadie más en todo el edificio. Mientras caminaba entre las estanterías percibió un movimiento rápido, tan sigiloso como una sombra. Se volvió rápidamente. Era Troy.

—Hola. No quería asustarte.

—No me estarás siguiendo, ¿verdad? —le preguntó ella.

—No…, bueno, sí. No te preocupes que no muerdo. —Troy sonrió y señaló con la cabeza el libro que ella tenía en la mano—. ¿Qué estás leyendo?... *El ateísmo en la Antigua Grecia*. ¿Es para Azur?

—Sí —respondió Peri, un poco incómoda.

—Te dije que ese hombre era el diablo. Ya veo que no tomaste en serio mi advertencia.

—¿Por qué lo odias tanto?

—Porque no conoce sus límites. Sé que te parecerá algo positivo, pero no lo es. Un profesor debe portarse siempre como un profesor, y punto.

—¿Y tú crees que no lo hace?

Troy suspiró.

—¿Estás de broma? Ese tipo no imparte clases sobre Dios. Se cree Dios.

—Caramba, eso es mucho decir.

—Espera y verás —repuso Troy, y al instante retrocedió un paso, como si hubiera hablado más de la cuenta—. Bueno, debo irme. Me esperan unos amigos en The Bear. ¿Te apetece venir?

—Gracias, pero tengo que estudiar —respondió Peri, sorprendida ante la invitación.

—Está bien. Que pases un buen fin de semana. Y piensa en lo que te he dicho.

Cuando Peri salió de la biblioteca, el cielo era de un intenso negro azulado, salvo por el fantasmal reflejo de las farolas, y parecía tan bajo que podría haber alargado las manos y echárselo sobre los hombros como un chal. Caminó con la cabeza levantada, mirando las gárgolas y los grutescos que se inclinaban hacia ella desde las almenas del patio cuadrangular, como si guardaran los secretos de los siglos. En ese instante le pareció percibir las antiguas disputas teológicas de la ciudad, sus achacosos huesos escolásticos, todavía rondando por sus habitaciones. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla; pronto tendría que comprarse un abrigo de invierno. Estaba ahorrando.

Al doblar una esquina le sorprendió que hubiera gente con velas en la oscuridad. Una vigilia. Mientras se acercaba miró la hilera de fotos y flores colocadas sobre la acera. En un póster se leía: «Recuerden Srebrenica».

Peri recorrió con la mirada los rostros de los muertos: muchachos, padres,

maridos. Uno de ellos se parecía a su hermano Umut a la edad en que lo habían detenido.

Entre los asistentes a la vigilia estaba Mona, con un pañuelo morado en la cabeza y los hombros. Ella también la había visto y se acercó con una vela en la mano.

Peri señaló las caras de las fotos.

—Es tan triste…

—Es más que triste —replicó Mona—. Es un genocidio. No debemos olvidar. —Miró a Peri con renovado interés y añadió—: ¿Por qué no te unes a nosotros?

—Mmm…, sí —aceptó Peri. Cogió una vela y la foto del chico que se parecía a su hermano, y ocupó su lugar en la acera. Alrededor de ella la noche se cerraba como un río crecido—. ¿Solo hay estudiantes musulmanes? —preguntó.

—Bueno, lo ha organizado la Unión Estudiantil Musulmana, pero han venido otros estudiantes para expresar su apoyo. Hay alumnos del seminario de Azur. Mira, ahí está Ed.

En efecto. Peri fue a hablar con él cuando Mona, que estaba ocupada con los organizadores, la dejó sola.

—Hola, Ed.

—Eh, Peri. Parece que soy el único judío aquí. O medio judío.

Como si le hubiera dado pie al tema, Peri le preguntó:

—¿Puedo preguntarte por qué estás en el seminario sobre Dios?

—Por Azur. Ese hombre me cambió la vida.

—¿En serio? —Peri recordaba la mirada que se habían cruzado el profesor y Ed.

—El año pasado me ayudó mucho. Iba a romper con mi novia.

—¿Y te dijo que no lo hicieras?

—No exactamente. Me dijo que antes intentara comprenderla. Llevábamos juntos desde secundaria. Pero ella cambió. Se volvió religiosa…, así sin más. Se convirtió en una desconocida. —Con la decisión de su novia de cumplir de manera estricta la Torá y el compromiso de él con la ciencia, la brecha entre las prioridades de ella y las de él se había vuelto insorteable—. Acudí a Azur, no sé por qué. Podría haber ido a ver a un rabino, por ejemplo, pero me

pareció que el profesor era la persona adecuada.

—¿Qué te dijo?

—Fue extraño. Dijo que durante cuarenta días escuchara cuanto ella tenía que decir. Un mes y diez días. No es tan duro, si amas a alguien. Dijo que celebráramos el *sabbat* juntos. Que me enseñara lo que quisiera, que la dejara introducirme en su mundo. Sin objeciones ni comentarios.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. ¡Fue sumamente difícil! Cuando oigo sandeces…, lo siento, pero eso son todos estos rollos religiosos, mi mente se rebela. Azur dijo que dejara los juicios para los jueces. Los filósofos no juzgan. Entienden. —Ed soltó una risita—. Pero eso no es todo.

—¿Qué más?

—Después de cuarenta días, Azur me llamó y me dijo: «Enhorabuena, ahora le toca a tu novia. Durante cuarenta días tú hablarás y ella escuchará. Se someterá a una desintoxicación religiosa».

—¿Y ella lo hizo?

—Por supuesto que no. —Ed negó con la cabeza—. Rompimos, pero entendí lo que Azur había intentado. Me gustó por eso.

El entusiasmo de Ed molestó a Peri, esa desmesurada confianza de un discípulo en su maestro.

—Pero nosotros no somos filósofos. Somos universitarios.

—De eso se trata. Todos los profesores nos dejan tranquilos…, excepto Azur. Él nos presiona. Cree que, sea cual sea nuestra vocación, todos debemos ser filósofos.

—¿No es mucho esperar de unos estudiantes corrientes?

Ed la miró.

—Tú no eres corriente. Nadie lo es.

Peri apretó los labios.

—¿Qué te pasa? ¿No te cae bien?

—Sí, pero… —Peri tragó saliva—. Me pregunto si no está experimentando con nosotros, y eso me incomoda.

—Tal vez, pero ¿qué importa? Él me cambió la vida. Para mejor.

Empezó a llover, una ligera llovizna que en cualquier momento podía convertirse en aguacero. Tuvieron que posponer la vigilia. Recogieron los

carteles, las velas y las fotos. Mona corría de aquí para allá, encargándose de todo.

Peri le tendió una mano a Ed. Sin corresponder al gesto, la atrajo hacia sí y le dio un afectuoso abrazo.

—Cuídate. Y confía en Azur, que es un gran tipo.

Sola en la oscuridad, Peri regresó a su *college*. El olor de la lluvia se mezclaba con el de la tierra. No le importaba mojarse. Contempló los edificios que habían presenciado siglos de acaloradas discusiones: vecinos convertidos en enemigos, libros destruidos, ideas silenciadas, pensadores perseguidos… todo en nombre de Dios.

¿Quién tenía razón, Troy o Ed? En una sola noche había oído dos versiones opuestas del profesor; el problema era que presentía que ambas podían ser ciertas. Como en una antigua función de sombras otomana, una pantalla la separaba de la realidad, y se sorprendió intentando captar los reflejos. Azur era el titiritero de detrás de la pantalla, presente y con el control en todo momento, y sin embargo desconocido, siempre fuera de alcance.

Los oprimidos

Estambul, 2016

El último de Les Bonbons du Harem desapareció de la mesa cuando un perro entró corriendo por la puerta abierta, meneando la cola con un vigor que contrastaba con su cuerpo delgado. Un pomerano con la cabeza en apariencia encogida, ojos enternecedores y un abundante pelaje del color de las hojas en otoño.

—Pom-Pom, cariño, ¿me has echado de menos? —le preguntó la empresaria.

Recogió a la criatura del suelo y se la sentó en el regazo. Desde allí el animal observó a los invitados parpadeando, sus rasgos zorrunos tenían una expresión pasiva que en cualquier momento podía convertirse en un gruñido de hostilidad.

—¿Saben cuándo me di cuenta de que este país había cambiado? —preguntó la empresaria a nadie en particular—. El mes pasado, cuando llevé a Pom-Pom al veterinario.

Normalmente el veterinario realizaba las visitas a domicilio, pero hacía un par de semanas se había hecho daño en la pierna y, aunque siguió trabajando como antes, no podía desplazarse. Con Pom-Pom bajo el brazo, la empresaria se dirigió a su consulta. En el pasado, las personas con perros tenían características casi idénticas: eran modernas, urbanitas, secularistas, occidentalizadas. Dado que los musulmanes conservadores veían a los perros como criaturas odiosas o *makrooh*, no les gustaba compartir su espacio vital con caninos.

—Nunca he entendido qué tenía esa gente contra los perros. Esas tonterías sobre que los ángeles se negaban a entrar en las casas donde había un perro. O en una casa con cuadros.

—Es uno de los hadices de Al-Bujari —apuntó el magnate de la prensa que acababa de unirse al círculo.

Su blanca camisa almidonada y sin cuello contrastaba con su cabello moreno, todo cortado a la misma altura. Sin bigote ni barba, iba pulcramente afeitado. A diferencia de los demás comensales, pertenecía a la recién surgida burguesía islámica. Pese a su impaciencia por codearse con la élite occidentalizada del país, jamás se le pasaría por la cabeza ir a una cena como aquella con su mujer, que iba con pañuelo. Para justificarse se decía que se sentiría incómoda entre ellos. En realidad, era a él a quien le incomodaba tenerla cerca. Lo satisfacía como esposa —bien sabía Alá la madre abnegada que era para sus cinco hijos—, pero fuera de la casa, sobre todo fuera de su ambiente, le parecía poco refinada, incluso poco agraciada; ante cada movimiento y comentario de ella, él arqueaba una ceja. Mejor que se quedara en casa.

—El hadiz no dice cualquier cuadro, por cierto —añadió, recostándose en la silla—. Advierte sobre los retratos para prevenir la idolatría.

—¡Pues estamos perdidos! —exclamó el empresario. Con una risa complaciente abrió los brazos, indicando las obras de arte que colgaban de las paredes—. Tenemos un perro y muchos retratos. Incluso desnudos. ¡Puede que esta noche nos lluevan piedras sobre la cabeza!

Pese al tono jovial, sus palabras molestaron visiblemente a algunos invitados, que sonrieron incómodos. Percibiendo la tensión, Pom-Pom gruñó con los colmillos goteantes de saliva.

—Chist, aquí está mamá —susurró la anfitriona a la diminuta criatura, y, volviéndose hacia su marido, añadió en un tono menos afectuoso—: No tientes a la suerte, o podría ocurrir algo malo. —Bebió agua, como si la irritación la hubiera deshidratado—. ¿Por dónde iba? Cuando fui al veterinario, me sorprendió ver en la sala de espera a mujeres con pañuelo y un perro a los pies. Chihuahuas, shih tzus, caniches. ¡Entendían más de canes que todos ustedes y yo juntos! Es evidente que los musulmanes practicantes están cambiando.

—Yo no diría eso —replicó el magnate de la prensa—. Mire, las personas religiosas nunca hemos disfrutado de las libertades de que usted ha disfrutado. Hemos vivido décadas oprimidos por la élite modernista que usted representa,

sin ánimo de ofender.

—Aunque eso fuera cierto, esos tiempos han quedado atrás. Ahora gozan de pleno poder —murmuró Peri con voz temblorosa, como si fuera reacia a hablar y una vez más no pudiera evitarlo.

—No estoy de acuerdo —protestó el magnate—. Si una persona ha estado oprimida, siempre lo estará. No tiene ni idea de qué se siente al estar oprimido. Debemos aferrarnos al poder o volverán a arrebatárnoslo.

—¡Deme un respiro! —exclamó la novia del periodista, que sin duda no aguantaba bien el alcohol, señalando con un dedo al magnate—. ¡Ustedes no están oprimidos! ¡Su mujer no está oprimida! ¡La única oprimida aquí soy yo! —dijo, dándose unos golpes en el pecho—. Con mi cabello rubio y mi minifalda y mi maquillaje y mi feminidad y mi copa de vino… Soy yo la que está atrapada en esta cultura despótica.

El periodista abrió mucho los ojos, alarmado. Temiendo que su novia enfadara al magnate y eso pudiera costarle el empleo a él, intentó darle una patada por debajo de la mesa, pero su pie se balanceó en vano en el aire.

—Bueno, todos estamos oprimidos —dijo la anfitriona en un torpe intento de reducir la tensión.

—Es muy simple —intervino el cirujano plástico—. Al hacer dinero, la gente aspira a un estilo de vida mejor. Yo tengo muchas pacientes que llevan pañuelo. Cuando se trata de pechos caídos y cuellos de pavo, las mujeres musulmanas religiosas no son tan diferentes del resto.

El empresario asintió con vehemencia.

—Eso demuestra mi teoría. El capitalismo es la única cura a nuestros problemas. Es el antídoto contra esos monstruos yihadistas del mercado libre. Si el capitalismo pudiera seguir su curso sin injerencias, atraería hasta a las mentes más decididas. —Dicho eso, abrió un humidificador de nogal pulido para puros, con una imagen de Fidel Castro en la tapa, y se lo pasó al periodista con un guiño—. Edición limitada del *duty free* de Beirut. Adelante, tome uno. O mejor, dos.

Todos los hombres, mirando tímidamente a sus anfitriones, sacaron con torpeza un puro.

—No se preocupen por mi mujer —les dijo el empresario—. En esta casa hay libertad. *Laissez-faire!*

Todos rieron. Pom-Pom, aturdido por el ruido, ladró furioso.

Peri aprovechó para encender un cigarrillo. Se fijó en que la criada que había visto en la entrada se paseaba de puntillas, distribuyendo ceniceros. ¿Qué pensaría de todos ellos? Tal vez era mejor no saberlo.

—Nuestra querida Peri está muy pensativa esta noche —comentó la empresaria.

—Ha sido un día largo —repuso ella desviando el tema.

Su marido se echó hacia delante como para compartir un secreto. Acostumbraba tomar el café solo y fuerte, con un terrón de azúcar en la boca. Mientras se le disolvía en la lengua, dijo:

—A veces tengo la sensación de que a Peri le gustan más los personajes de sus novelas que las personas de carne y hueso. En lugar de hacer listas de invitados, prefiere colgar sus poemas favoritos en cuerdas extendidas de un lado a otro de la habitación.

Peri sonrió. Era otro ritual que había aprendido del profesor Azur.

—La envidio —dijo la interiorista—. Yo nunca encuentro tiempo para leer.

—Oh, a mí me encanta la poesía —terció la relaciones públicas—. Tengo la sensación de abandonarlo todo y desplazarme a un pueblo de pescadores. ¡Estambul nos pudre el alma!

—Vengan a Miami, hemos comprado una casa junto al mar —propuso el empresario.

Su esposa arqueó las cejas.

—¡Qué valor tiene! Carece de sensibilidad artística. Nosotros hablamos de poesía y él, de Miami.

—¿Qué he hecho ahora? —protestó su marido.

Nadie contestó. Era demasiado rico para que lo criticaran en la cara.

En ese instante llamaron a la puerta, una, dos veces, con una mezcla de frustración, disculpa e impaciencia.

—Ah, por fin. —La empresaria se levantó de un brinco—. ¡Aquí está el vidente!

—¡Hurra! —Se elevó un grito colectivo.

Pom-Pom corrió hacia la puerta, ladrando con furia.

En el ajetreo que siguió, Peri oyó un pitido cerca. Cogió el móvil de su

marido y miró la pantalla. Había un mensaje detallado de su madre, aunque le había pedido que solo le escribiera «Llámame». «He encontrado el número, me he perdido mi programa de televisión.» Debajo estaba la información que le había pedido. «Shirin: 01865…» Los dígitos danzaron ante los ojos de Peri, una combinación para abrir una caja fuerte que llevaba demasiado tiempo cerrada.

El intérprete de sueños

Oxford, 2001

El profesor Azur entró en el aula cargado de libros. Lo seguía alguien —resultó ser un portero— empujando un carrito en el que había una estufa de cerámica, rollos de papel negro, un reproductor de CD y varias almohadas como las que repartían en los aviones. Los dos hombres caminaron hacia el centro de la sala, donde lo descargaron todo.

«Como una obra de teatro —pensó Peri—. Es un actor en el escenario, y nosotros, el público.»

—Gracias por la molestia, Jim —dijo Azur al portero—. Le debo una.

—No hay de qué.

—No se olvide de volver al final de la clase.

El hombre asintió mecánicamente y se marchó.

Azur escudriñó los jóvenes rostros que lo rodeaban expectantes. Bajo la cruda luz, sus ojos parecían cansados, de un verde más oscuro; un arroyo del bosque agitado por los remolinos de la corriente.

—¿Qué tal están esta mañana?

Las respuestas se alzaron en un coro animado.

—Bueno, si necesitan recuperar el sueño, algo que es imposible, como está científicamente demostrado, esta es su oportunidad. ¿Pueden pasarse estas almohadas?

Cada alumno tomó una. Entretanto el profesor se encargó de la estufa.

—Señor, ¿vamos a prender fuego al *college*? —soltó Kevin.

—¿Cómo lo ha adivinado? No, no vamos a prender fuego a nada.

En unos segundos la estufa eléctrica brillaba con un rojo intenso.

—Bien, chicos. Ahora imagínense que están en una habitación acogedora y calentita; fuera hace un frío que pela. ¡Qué pueden hacer si no dormir!

Los alumnos se miraron.

—¡Apoyen la cabeza en la almohada! —ordenó Azur.

Todos obedecieron, menos Peri, que se quedó tiesa como un palo en su silla, con los ojos muy abiertos.

—Así me gusta, Peri. No se fíe. Podría haber llenado las almohadas de gatos enfurecidos.

Ella se sonrojó y esta vez hizo caso.

A continuación Azur tomó el papel negro, sacó del bolsillo un rollo de celo y empezó a tapar las ventanas. Aislada de la luz exterior, la sala se sumió en la penumbra. Puso en marcha el reproductor de CD y el sonido de un fuego crepitante inundó la estancia.

—¿Qué estamos haciendo, señor? —De nuevo era Kevin quien hablaba.

—Vamos a ir a un lugar que René Descartes visitaba a menudo.

Alguno contuvo una risa, pero los demás parecieron interesados.

—El gran filósofo era más o menos de vuestra edad. ¿Alguno de vosotros ha hecho ya algo significativo?

Nadie respondió.

—Descartes tenía grandes aspiraciones. Las vuestras son, sin duda, aún mayores. Pero las suyas se fundamentaban en la investigación metodológica y filosófica.

—¡Las nuestras también! —exclamó Bruno.

Azur puso los ojos en blanco, exasperado.

—Vamos a visitar los sueños de Descartes. En el primer sueño, el joven filósofo está subiendo con dificultad una colina. Teme caer. Sabe que debe esforzarse más para alcanzar su meta, pero no cree que pueda lograrlo sin la ayuda de un poder supremo: Dios.

Con la cabeza sobre la almohada y los ojos entrecerrados, Peri escuchaba.

—A lo lejos ve una capilla, la casa de Dios. El viento lo alza del suelo y lo empuja con tanta fuerza que se ve arrojado contra sus muros.

—Ya os dije que Dios no era bueno —dijo Kevin.

—Él se levanta y se sacude. Entra en un patio donde un hombre intenta darle un melón…, una fruta de una tierra extranjera.

—Eso es raro —murmuró Ed, sentado al lado de Peri. Había llevado una lata de galletas caseras y la abrió, ofreciendo a unos y a otros.

—Descartes se despierta dolorido y sudado —continuó Azur—. Le preocupa que el sueño sea cosa del demonio. ¿De dónde vienen los malos pensamientos…, de fuera o de su interior? Reza a Dios buscando protección. Pero ¿qué es Dios, una fuerza exterior o un producto de nuestra imaginación? Esta pregunta lo lleva al segundo sueño cuando logra dormirse de nuevo.

Azur puso la siguiente grabación del CD. El sonido de truenos y rayos se extendió por la sala.

—Alrededor del filósofo rugen los cielos. Se avecina una tormenta. ¿Por qué suceden cosas malas en la vida?, se pregunta. ¿Cómo puede Dios permitir que ocurran si Él es quien es? Descartes está confuso. Solo. Resentido. Este sueño es oscuro, depresivo.

Peri pensó en su hermano Umut, no en el hombre que era ahora, encorvado sobre una mesa fabricando móviles de conchas de mar para turistas a los que nunca conocería, sino en el joven idealista que en otro tiempo quiso cambiar el mundo y enmendar los errores. Recordaba las conversaciones que había mantenido con su padre, intentando comprender por qué Dios los había abandonado. Le dolía la garganta. Sintió tal tristeza que los ojos se le llenaron de lágrimas. No sabía en qué creía. Tal vez Dios era un juego en el que solo podían participar quienes habían tenido una infancia feliz.

—¿Qué hay del tercer sueño, señor? —se apresuró a preguntar, para cortar el flujo de sentimientos negativos.

Azur la miró con curiosidad.

—Bueno, ese el más importante. Descartes encuentra un libro de poemas. Lo abre al azar y lee un poema de Ausonio.

—¿De quién? —preguntó Bruno, perplejo.

—Décimo Magno Ausonio, poeta, gramático y retórico romano. —Azur señaló a Peri con un dedo—. ¿Sabía que visitó su ciudad, Constantinopla? Daba clases al emperador Constantino.

Peri negó con la cabeza.

—El primer verso del poema reza: «¿Qué camino tomaré en la vida?» —continuó Azur—. Un hombre aparece y le pregunta a Descartes qué piensa al respecto. Pero el filósofo no puede responder. Decepcionado, el hombre desaparece. Descartes se siente avergonzado. Está lleno de dudas…, como toda persona inteligente. Veamos, ¿a quién le gustaría interpretar este sueño?

—Bueno, eso del melón ha sonado picante —dijo Bruno—. Descartes, que no había salido del armario, se enamoró de ese señor N, sea quien sea.

—Quizá. —Azur suspiró—. O bien el diccionario representaba la ciencia y el saber. La poesía simbolizaba la filosofía, el amor, la sabiduría. Él pensó que Dios le estaba diciendo que reuniera todo eso por medio de la razón y creara una «ciencia maravillosa». La pregunta que les hago es: ¿pueden crear ustedes una ciencia maravillosa propia para estudiar a Dios?

—¿Cómo? —preguntó Mona.

—Sean polímatas —respondió Azur—. Mezclen las distintas disciplinas, sinteticen, no se centren solo en la «religión». Es más, manténganse bien lejos de ella, que solo divide y confunde. Acudan a las matemáticas, la física, la música, la pintura, la poesía, la danza… Acérquense a Dios a través de canales inverosímiles.

Peri se emocionó. ¿Podía crear ella su propia ciencia maravillosa? ¡Qué increíble sería! ¿Podría meter en esa mezcla su amor por los libros, su pasión por la ciencia, el aprendizaje y la poesía, su constante melancolía, y añadir el espíritu vencido y la carne lacerada de su hermano mayor, las blasfemias y la afición a la bebida de su padre, las plegarias y las manos ensangrentadas de su madre, la ira furiosa de su hermano pequeño, y fundirlo todo en algo sólido, fiable y completo? ¿Era posible lograr algo delicioso con ingredientes tan pobres?

—El tercer sueño me lleva a preguntarme si el filósofo temía que los demás lo juzgaran. ¡Para nosotros, él es el gran René Descartes! Pero él se veía pequeño, insignificante. Si cualquiera de ustedes siente que no es lo bastante especial, recuerden que hasta Descartes se sintió a veces así.

Peri bajó la vista. Comprendió lo que hacía Azur y lo detestó y amó por ello. Quería que ella tuviera más confianza en sí misma. No había olvidado la conversación mantenida en su despacho.

Al finalizar la clase Azur puso la última canción del CD.

—*Missa Solemnis* de Beethoven. Sumérjanse en ella. ¡Duérmanse de nuevo!

Con la cabeza apoyada en la almohada, todos disfrutaron la música. Nadie habló.

—Fin de la clase —anunció el profesor, apretando el botón del stop.

En ese preciso momento llamaron con suavidad a la puerta.

—¡Pase, Jim! —gritó Azur en esa dirección—. Siempre puntual.

El portero fue derecho a la estufa, para llevársela.

—A la luz del debate de hoy —prosiguió Azur—, quiero que escriban sobre la búsqueda de la certidumbre y de Dios en Descartes. Antes de empezar a redactar, asegúrense de haberse documentado bien. La especulación sin conocimientos son bobadas autoindulgentes. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondieron los alumnos al unísono.

A la salida, a Peri le iba a estallar la cabeza. El viento y la fuerza de las cosas que estaban más allá de su control; la dualidad entre el bien y el mal; la necesidad de dar sentido al caos; los códigos insertados en sueños y la cualidad onírica de la vida; la soledad de un joven filósofo en busca de la verdad; el primer verso de un antiguo poema que aún seguía siendo pertinente: «¿Qué camino tomaré en la vida?». Algo se había removido en ella mientras escuchaba a Azur; se había operado un cambio tan sutil como imperceptible, pero a la vez irreversible, dejando un vacío al que temía asomarse por temor a lo que encontraría. En la superficie de su yo normalmente reticente se había abierto una fisura, dejando al descubierto su corazón desbocado. Peri deseó que Azur siguiera hablando durante días y días, a ella y solo a ella.

Cuando Azur hablaba de Dios, la vida, la fe, la ciencia, sus palabras se aferraban unas a otras como diminutos granos de arroz hervido, listos para alimentar las mentes hambrientas. En su compañía Peri se sentía realizada, íntegra, como si después de todo hubiera otra manera de ver las cosas que no se parecía ni al enfoque de su padre ni al de su madre. En las palabras de Azur encontró un pasadizo para salir de la cansina dualidad con que había crecido en el hogar de los Nalbantoğlu. Al lado de Azur podía abrazar las numerosas facetas de las que ella misma estaba compuesta y aun así ser bien recibida. No tenía que suprimir, controlar u ocultar ningún aspecto de su personalidad. El universo de Azur estaba fuera de las rígidas dicotomías entre el bien y el mal. Dios y Shaitan, la luz y la oscuridad, la superstición y la razón, el teísmo y el ateísmo. Él mismo se hallaba por encima de todas las disputas que Mensur y Selma habían mantenido durante años, y que le habían transmitido de algún

modo a ella. En el fondo de su alma, y aunque lo negara todo el tiempo que pudo, Peri sabía que se había enamorado de su profesor. Había algo muy peligroso en la expectativa de que alguien tuviera la respuesta a la mayoría de sus preguntas, y que ese alguien pudiera ser un atajo a cuanto hasta entonces había quedado sin resolver.

El manto

Oxford, 2001

—Buscad nuevas narrativas, siempre en plural. A menudo intentamos reducir nuestra comprensión de Dios a una sola respuesta, a una fórmula. ¡Craso error! —El profesor caminaba deprisa de un extremo a otro de la sala, con las manos en los bolsillos.

Comentó que hasta hacía unas décadas incluso los mayores eruditos estaban convencidos de que en el siglo XXI la religión se habría desvanecido de la faz de la Tierra. Sin embargo, la religión había protagonizado una espectacular reaparición a finales de la década de 1970, como una diva que vuelve a los escenarios, y estaba allí para quedarse, cada año con la voz más potente.

—Hoy día, las discusiones más enconadas giran en torno a cuestiones de fe.

Ese siglo sería a la fuerza más religioso que el anterior, al menos demográficamente, dado que la población religiosa tenía más hijos que la no religiosa. Pero en nuestra obsesión por los conflictos religiosos, políticos y culturales, se nos escapaba un enigma crucial: Dios. Si en otros tiempos los filósofos —y sus discípulos— lidiaban más con la idea de Dios que con la religión, ahora era al revés. Hasta los debates entre teístas y ateos, que se habían vuelto bastante comunes en los círculos intelectuales de ambos lados del Atlántico, trataban más de política, religión y el estado del mundo, que de la posibilidad de Dios. Al debilitar nuestra capacidad cognitiva para plantear cuestiones existenciales y epistemológicas sobre Dios y cortar nuestro vínculo con los filósofos del pasado, estábamos perdiendo la divinidad de la imaginación.

Peri se fijó en que la mayoría de los alumnos tomaban notas, inclinados

hacia delante para no perder ni una sílaba. A ella le bastaba escuchar.

—Hay demasiada gente que sufre de E. C. —dijo Azur—. ¿Alguien sabe qué es?

—¿Estrés por calorías? —aventuró Kevin.

—¿Estupidez chovinista? —terció Elizabeth.

Azur sonrió como si esperara esas respuestas y luego prosiguió:

—La enfermedad de la certeza.

La certeza era a la curiosidad lo que el sol a las alas de Ícaro. Donde una brillaba con fuerza, la otra no podía sobrevivir. Con la certeza llegaba la arrogancia; con la arrogancia, la ceguera; con la ceguera, la oscuridad y con la oscuridad, más certeza. Lo llamaba «la tautología de las convicciones». Durante aquellas clases no estarían seguros de nada, ni siquiera del programa del curso, que, como todo lo demás, estaba sujeto a cambios. Eran pescadores que arrojaban anchas redes al océano del conocimiento. Podían atrapar un pez espada o regresar con las manos vacías.

También eran viajeros, compañeros de camino que aún tenían que llegar, si es que llegaban, a un destino. No hacían sino buscar y esforzarse, porque en aquel mundo de complejidad esquiva solo había una cosa clara: la diligencia era mejor que el ocio, y la vitalidad preferible a la apatía. Las preguntas importaban más que las respuestas; la curiosidad superaba a la certidumbre. En suma, ellos pertenecían a la categoría de «los que aprenden».

Aunque no fuera posible librarse de la enfermedad de la certeza por siempre, podía imaginarse como un manto que te podías quitar.

—Es una metáfora, de acuerdo, pero no la traten a la ligera. Del griego, «traslación», cada metáfora modifica al que la utiliza.

En adelante, dijo Azur, quería ver cómo cada uno de ellos se quitaba ese manto antes de entrar en el aula. Y eso le incluía a él, ya que también tendía a llevar uno.

—Piensen en él como en un viejo abrigo y cuélguenlo en un perchero. De hecho, he puesto uno fuera. Si quieren, salgan y compruébenlo.

Los alumnos tardaron un minuto en percatarse de que hablaba en serio. Sujatha fue la primera en levantarse. Cruzó el aula, abrió la puerta y salió al pasillo. Se le iluminó la cara al ver que había realmente un perchero. Fingiendo que llevaba un manto sobre los hombros, se lo quitó, lo colgó y

entró de nuevo, triunfante. Uno por uno, los demás alumnos siguieron su ejemplo. Cuando le tocó el turno a Peri, leyó la inscripción de debajo del clavo: EL PERCHERO DEL EGO.

Por último salió el profesor. A juzgar por cómo agitó los brazos en el aire, su manto era bastante pesado. Después de liberarse de él, regresó al aula y aplaudió.

—¡Estupendo! Ahora que nos hemos librado de nuestros egos, al menos simbólicamente, podemos empezar.

—¿Por qué lo hemos hecho? —preguntó Bruno negando con la cabeza.

—Los rituales son importantes, no los subestimen —respondió Azur—. Las religiones lo saben bien. Pero los rituales no precisan de las religiones. En este seminario tendremos nuestras propias prácticas compartidas. —Cogió un rotulador y escribió en la pizarra: «DIOS COMO PALABRA»—. La civilización tal como la conocemos hoy día tiene seis mil años de antigüedad. Pero los seres humanos llevan aquí mucho más, con cráneos que se remontan a doscientos noventa millones de años. Lo que sabemos de nosotros mismos es nada comparado con lo que estamos a punto de descubrir. Los restos arqueológicos prueban con toda claridad que durante miles de años los humanos pensaron en un dios o dioses de formas diferentes, como un árbol, un animal, una fuerza de la naturaleza o una persona. Luego, en cierto momento del flujo de la historia, la imaginación dio un salto, y se pasó de un Dios como algo tangible a un Dios como palabra. Desde entonces nada ha sido igual. —Azur miró alrededor y advirtió que Peri era la única que no tomaba notas—. ¿Me sigue, chica de Estambul?

Intentando no ruborizarse de nuevo ante su mirada, ella se irguió en su silla.

—Sí, señor.

La mirada de él, franca y confiada, se detuvo unos segundos más en ella, como si hubiera esperado que dijera otra cosa y al no hacerlo lo hubiera decepcionado. El siguiente comentario iba dirigido a toda la clase.

—Si les dijera que detrás de esta puerta espera Dios, que no pueden verlo a Él, o a Ella, pero sí oír Su voz, ¿qué querrían que les dijera? No como representantes genéricos de la humanidad, sino como personas, únicas e incomparables.

—Me gustaría oírle decir que me ama —dijo Adam.

—Sí, que me ama y que se alegra de saber que yo lo amo —dijo Kimber.

Otros cuantos hablaron de «amor» con sus propias palabras.

—Que está de acuerdo conmigo y que todo este rollo sobre Él es una chorrada —terció Kevin.

—Un momento. Dios no puede decirte eso a menos que exista —lo interrumpió Avi—. Te estás contradiciendo.

Kevin frunció el ceño.

—Solo estoy siguiendo este estúpido juego.

Le llegó el turno a Mona.

—Me gustaría oírle decir a Alá que el cielo existe realmente…, y que las personas buenas irán a él y el amor y la paz prosperarán, *inshallah*.

Azur se volvió hacia Peri, tan rápido que a ella no le dio tiempo de desviar la mirada, y le resultó imposible apartarla de los ojos de él.

—¿Y usted? ¿Qué querría que Dios le dijera..., Peri?

—Me gustaría que se disculpara —respondió. Desconocía de dónde le habían salido esas palabras, pero no intentó retirarlas.

—¿Disculparse…? —repitió Azur—. ¿Por qué?

—Por toda la injusticia.

—¿Se refiere a la injusticia cometida contra usted o contra el mundo?

—Ambas —respondió ella, más bajito de lo que era su intención.

Fuera, una hoja solitaria del viejo roble dio una última vuelta en el aire antes de caer al suelo. En el interior del aula, los alumnos estaban tan atentos que el silencio casi podía tocarse.

—¡Justicia! —exclamó Azur en medio de la calma—. ¡Qué palabra más artificiosa! Justicia ¿según qué o quién? Los mayores fanáticos de la historia cometieron las más graves injusticias en nombre de la justicia. —Endureció el tono—. Como pueden ver, de la discusión han surgido dos enfoques de Dios…, gracias a Kevin por seguir el juego. El primero relaciona a Dios con el amor. Al buscar a Dios estamos buscando amor. Luego está el enfoque de Peri, que busca la justicia.

Peri tragó saliva. Ella les había abierto su corazón y Azur había tomado un escalpelo y lo había rajado delante de todos. Si no aprobaba sus opiniones, ¿por qué la animaba a hablar? Además, ¿cómo podía acusarla de posible

fanatismo? ¡Lo último que podía ser ella, siendo hija de su padre, era una fanática!

Azur, que no oyó ninguna de esas silenciosas protestas, señaló a Peri con un dedo.

—Será mejor que se ande con cuidado con esa «justicia» poderosa. ¡Es posible que las personas con ideas como las suyas estén empeorando este mundo! Todos los fanáticos tienen algo en común: viven en el pasado. ¡Como usted!

La clase terminó poco después. Peri no oyó nada de cuanto se dijo en los últimos minutos. Tenía la mente en otra parte y la cabeza a punto de estallar. No podía moverse ni mirar a nadie por miedo a exteriorizar su dolor. Esperó a que se fueran todos, incluido Azur.

—Eh, Peri —le dijo Mona cuando se quedaron solas, poniéndole una mano en el hombro—. Ha sido muy grosero contigo. Pasa de él.

Peri bajó los ojos al notar que se le llenaban de lágrimas.

—No lo entiendo. Shirin siempre decía que era extraordinario, y me lo pareció también. Pero es tan…

—¿Condescendiente? —dijo Mona, solícita.

Salieron juntas.

—Puedes dejar el curso, ¿sabes? Me refiero a si te pone nerviosa.

—Sí —respondió Peri sorbiendo—. Es probable que lo haga. ¡No lo aguanto!

Esa noche Peri no durmió bien. Su mente, agobiada desde hacía años por inquietudes y miedos, se concentró en un solo pensamiento. Por mucho que lo intentara, no lograba quitarse a Azur de la cabeza. ¿Había entrevisto una faceta horrible de su carácter que ocultaba esperando el momento para golpear, o esa era su manera de demostrarle que ella y su progreso intelectual le importaban?

A la mañana siguiente encontró otra nota en el casillero.

> Para Peri.
>
> La chica que lee a Emily Dickinson y a Umar Jayyam y se lo toma todo a pecho; la chica que no puede dejar atrás su país y lo lleva consigo a cualquier parte; la chica que se pelea no tanto con los demás como consigo misma; la chica que es su propia y más cruel crítica; la chica que espera una disculpa de Dios mientras se disculpa

innecesariamente ante sus iguales…

Es probable que me tenga por una persona espantosa y esté considerando no seguir con el curso. Pero si lo deja ahora nunca sabrá si sus sospechas eran ciertas. ¿Acaso la búsqueda de la verdad no es suficiente incentivo para continuar?

Recuerde que atreverse a «conocerse a sí mismo» significa atreverse a «destruirse a sí mismo». Primero debemos desmontarnos para a continuación, con las mismas piezas, montar un nuevo Yo.

No lo deje, Peri. Lo que importa es que usted crea en lo que está haciendo.

Con la nota en el bolsillo, se puso las zapatillas de deporte y salió. Respirando hondo, se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y empezó a correr. Los músculos le dolían, las articulaciones estaban rígidas y sufrían. Mientras avanzaba a través del aire de la mañana cargado de los olores a tierra húmeda y hojas de otoño, gritó: «¡Cabrón arrogante!, ¿quién coño te crees que eres? ¡A la mierda!».

Sí, por primera vez en su vida Peri soltó una sarta de palabrotas, y cada una fue como un grano de sal en la lengua en el frío, frío viento. ¿Por qué no lo había hecho antes? Decir palabrotas mientras corría era una combinación estupenda. Increíble. Poderosa.

La profecía

Estambul, 2016

En la mesa se hizo un silencio electrizado mientras los invitados esperaban a que entrara el vidente. Por la puerta abierta oyeron a su anfitriona darle la bienvenida, su voz tintineante como móviles de campanillas de vidrio.

—¿Dónde se había metido? *Gözümüz yolda kaldı*, no hemos apartado los ojos de la carretera.

—¡El tráfico! —estalló una voz masculina, aguda y gangosa—. Qué pesadilla.

—¡Díganoslo a nosotros! —repuso la empresaria—. Pase, querido. Dentro hay muchas personas impacientes por conocerle.

Segundos más tarde apareció el vidente, vestido con pantalón oscuro, camisa blanca y un chaleco de brocado con estampado de cachemir aguamarina dorado. Llevaba una barba tan poco poblada y desigual que podría haberle crecido mientras se encaminaba a la fiesta. Los ojos pequeños y muy juntos en un rostro anguloso resaltado por una nariz estrecha y puntiaguda, y la barbilla que parecía añadida en el último momento, le daban todo el aspecto de un zorro al acecho.

—¡Cuántos invitados! —exclamó al entrar—. Tendré que acampar aquí si todos quieren que les adivine el futuro.

—Hágalo, se lo ruego —respondió la empresaria.

—Solo a las damas —apuntó su marido desde su rincón. En su opinión, no había nada más tedioso que oír cómo adivinaban la suerte a otras personas. A él le gustaba forjarse la suya propia. Quería tener una conversación privada con el director de banco mientras su mujer se entretenía con esos cuentos—. Señoras, ¿por qué no se trasladan a los sofás? Estarán más cómodas.

Sumisa, la empresaria condujo al vidente y a las mujeres a los sofás de

cuero. Hizo señas a una criada para que se acercara.

—Traiga a nuestro nuevo invitado un…

—Una infusión caliente será suficiente —la interrumpió el vidente.

—¿Cómo? ¡De ninguna manera! Tiene que beber algo, insisto.

—Cuando termine de trabajar —respondió él—. De momento el vaso tiene que estar tan transparente como mi mente.

Una infusión era tan poco transparente como parecía serlo aquel hombre, pensó Peri, que había oído la conversación sin querer.

Entretanto, los hombres se habían apiñado bajo una instalación de arte, una escultura de pared de un gigantesco pez prehistórico con los labios pintados y un *fez* otomano con borlas. Liberados al fin de la compañía refinada, allí podían decir todas las palabrotas que quisieran y no preocuparse de hacia dónde expulsaban el humo de sus puros. El empresario hizo señas a la misma criada.

—*Evladim*, mi niña, tráiganos coñac y almendras.

Peri, que se había levantado de la mesa con todos los demás, se detuvo en el centro del salón. Como siempre que se hallaba en tal situación, se sentía dividida. Le desagradaba la segregación de género tan común en las reuniones sociales de Estambul. En las casas conservadoras la separación era tan estricta que hombres y mujeres podían pasarse toda la noche sin cruzarse una palabra, agrupados en distintas partes de la casa. Las parejas se separaban al llegar y no volvían a reunirse hasta el final de la velada, antes de salir por la puerta.

Ni siquiera en los círculos liberales se saltaban la práctica. Después de cenar, las mujeres se apretujaban como en busca de calor, consuelo y seguridad. Charlaban sobre una variedad de temas, y su humor cambiaba con ellos: vitaminas, suplementos y recetas sin gluten; niños y colegios; pilates, yoga y forma física; escándalos públicos y cotilleos personales... Hablaban de las celebridades como si fueran sus amigos y de sus amigos como si fueran celebridades.

Por lo general Peri prefería la conversación de los hombres a la de las mujeres, pese a que los temas que ellos tocaban solían ser más sombríos. En el pasado se sentaba directamente con los hombres y participaba en las discusiones, ya fueran de economía, política, fútbol... A ellos no les importaba

su presencia, casi la veían como uno más, aunque nunca hablaban de sexo delante de ella. Pero el comportamiento de Peri atraía la atención, por no decir la ira, de las otras mujeres, a muchas de las cuales, según observó con asombro, las incomodaba ver que se sentaba al lado de sus maridos. Poco a poco abandonó su pequeña rebelión; otro sacrificio más en el altar de los convencionalismos.

En esos momentos no quería estar en compañía de las mujeres ni de los hombres, sino sola. Se escabulló con disimulo a la terraza. El viento frío del mar hizo que se estremeciera. Reconoció el olor de la marea baja. Al otro lado del Bósforo, sobre el lado asiático de la ciudad, el cielo había adquirido un tono azul oscuro. Del agua se elevaba una tenue niebla, como jirones de gasa. A lo lejos un bote de pesca se preparaba para zarpar. Pensó en los pescadores, austeros y taciturnos, sus voces amortiguadas para no asustar a los peces, su mirada fija en las aguas que les proporcionaban sustento diario. Parte de ella anheló estar a bordo de ese bote, en medio de aquella alentadora quietud.

Como si se burlaran de sus deseos, en ese preciso momento unas sirenas de policía hendieron el aire en alguna parte del lado europeo de la ciudad. Mientras ella contemplaba el paisaje desde allí, alguien recibía una paliza, caía abatido por un tiro o era violado... y sí, en ese momento, alguien se estaba enamorando en Estambul.

Peri tenía el móvil de su marido en la palma izquierda. Apretando el armazón metálico, tomó una decisión. Habían pasado muchos años desde la última vez que había hablado con Shirin. Podía haber cambiado de número, por lo que ella sabía. Aunque fuera el mismo, nada le garantizaba que Shirin quisiera hablar con ella. Aun así, las ansias de intentarlo eran demasiado grandes para no ceder. Ahora que había permitido que el pasado se infiltrara en el presente, se sentía abrumada por el pesar.

Toqueteando el móvil, revisó la lista de contactos. Detuvo el pulgar en una entrada conocida: «Mensur». Junto al nombre se leía «baba». Eran los rituales del matrimonio: los padres de tu cónyuge se convertían automáticamente en tus padres, como si el pasado, todos esos años de amor, incomprensión y frustración, pudieran transferirse en un solo día y con una simple firma. Su marido no había borrado el nombre de Mensur después de su repentina muerte.

Tal vez ese fuera el primer signo de envejecimiento, permitir que los amigos y parientes fallecidos continuaran una existencia virtual al no eliminarlos de tus contactos. Porque un día tú también te convertirías en uno de esos nombres y de esos números.

Peri tecleó el teléfono que le había pasado su madre. Esperó, y el silencio se dilató; ese instante de suspense, cuando no se sabe si la llamada se realizará o dará la señal de comunicando; la duda pasajera que precede a todas las conferencias.

—¿Vienes, Peri?

Se volvió, con el móvil todavía junto al oído. Adnan había asomado la cabeza, apoyándose en el alféizar de la ventana con un vaso de agua en la mano. Si bien durante la mayor parte de su matrimonio había sido un alivio saber que no bebía y que nunca lo haría, a veces Peri deseaba que perdiera el control, que cometiera un error del que se arrepintiera al día siguiente.

—La gente se pregunta dónde estás.

En ese instante los timbrazos del móvil empezaron a oírse a tierras y mares de distancia, en Inglaterra, en una casa muy distinta a aquella.

—Enseguida voy —dijo.

Adnan asintió, aunque el rostro se le ensombreció fugazmente.

—Muy bien, cariño. No tardes.

Peri vio cómo se volvía y se reunía con los invitados, que hablaban en un tono más fuerte y más alegre que antes. Contó: uno, dos, tres... Un clic. Le dio un vuelco el corazón mientras se preparaba para oír la voz de Shirin. Era su voz, en efecto, pero una versión fría y mecanizada. El mensaje de su buzón de voz: «Hola, has llamado al móvil de Shirin. Lo siento, pero en este momento no puedo hablar. Si tienes algo agradable que decir, deja tu nombre y tu número después de la señal. Si no, ¡habla antes del tono y no vuelvas a llamar!».

Peri colgó al instante. No soportaba dejar mensajes de voz, la fingida amistad. Volvió a marcar el número. Esta vez dejó uno.

—Hola, Shirin…, soy yo, Peri. —Notó la debilidad de su voz—. Es posible que no quieras hablar conmigo y no me extrañaría. Han pasado años… —Tragó saliva, tenía la boca muy seca—. Necesito hablar con Azur. Tengo que saber de él, si me ha perdona…

Un pitido, y la imagen desapareció de la pantalla. Peri se quedó inmóvil, procesando las implicaciones de las palabras que casi por voluntad propia habían brotado de su boca. Por extraño que pareciera, fue como si se hubiera quitado un peso de encima. Su mente ya no era una orquesta de ansiedades, hipótesis, secretos y deseos reprimidos. Lo había hecho. Había llamado a Shirin. Cualesquiera que fuesen las consecuencias, estaba preparada para afrontarlas. Percibía la noche, no como una fuerza externa, sino como una interna que le crecía en el pecho, le ardía en los pulmones, le corría por las venas rugiendo por manifestarse. No hay mayor sensación de ligereza que la que se siente tras vencer un miedo muy arraigado, pensó.

La limusina

Oxford, 2001

En pleno invierno, Shirin entró en la habitación de Peri arrastrando una maleta rosa con ruedas. Iba a pasar las vacaciones de Navidad con su familia. Alumnos, profesores y personal administrativo del *college*, todos regresaban a sus casas. Todos menos Peri; al haberse pasado con el presupuesto del trimestre había dejado para tan tarde la compra de un billete de avión barato que al final se resignó a quedarse en Oxford.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo a Londres? —le preguntó Shirin por enésima vez.

—Sí. Estaré bien.

En realidad no estaría exactamente allí. En Oxford, los estudiantes que vivían en los *colleges* debían dejar libres sus habitaciones en las vacaciones para que las usaran los asistentes a conferencias. El *college* proporcionaba habitaciones alternativas, provisionales y más pequeñas a los estudiantes que, como ella, necesitaban quedarse.

Shirin se acercó a Peri y la miró a los ojos.

—Escucha, Ratón, hablo en serio. Si cambias de opinión, llámame. A mamá le encantaría conocerte. Se pirra por que lleve amigas a casa; podrás quejarte de mí cuanto quieras. Nuestra familia está pirada y nos despedazamos unos a otros, pero somos amables con los extraños. Te trataremos bien.

—Te prometo que te llamaré si me siento demasiado sola.

—Está bien. Y no olvides que en cuanto vuelva nos largaremos de aquí. Es hora de que tengamos nuestra propia casa.

Peri albergaba la vaga esperanza de que Shirin hubiera olvidado esa idea, pero estaba claro que no. Muchísimos estudiantes de Oxford habían hecho el mismo camino: empezaban con la íntima acogida de la residencia del *college*,

donde la vida era relativamente fácil con criados, el comedor, la biblioteca y las salas de reunión de los estudiantes; y cuando comenzaban a encontrarla sofocante, formaban un pequeño grupo de compañeros de piso en potencia con el que se trasladaban el segundo año. Muchos tenían que hacerlo de igual modo porque los *colleges* no podían proporcionar alojamiento a todos sus alumnos.

Hasta entonces cada vez que Shirin sacaba el tema, Peri rehusaba con educación pero con firmeza. Pero Shirin nunca se daba por vencida, y su entusiasmo era casi contagioso. Mientras le enseñaba las fotos de las casas que le habían ofrecido en una agencia inmobiliaria, le aseguraba a Peri que a ella no le importaba pagar un poco más al mes. A cambio, dispondría de su espacio privado y tranquilidad de espíritu. Como no soportaba la soledad y nunca habría alquilado un piso por su cuenta, si Peri aceptaba la propuesta, sería Shirin quien estaría en deuda, y no al revés.

—Lo pensaré —respondía intranquila.

—No hay nada que pensar. La vida del *college* es para los recién llegados. Aquí solo se quedan los que son demasiado tímidos para dar el paso... y los nerds.

—O los que no tienen dinero.

—¿Dinero? —repetía Shirin con el desdén que reservaba para las personas odiosas o los incordios inevitables, como las alcantarillas que revientan y la basura sin recoger—. Esa debería ser la última de tus preocupaciones. Yo me encargo.

De vez en cuando Shirin dejaba caer que su familia era rica, aunque nunca lo declaraba abiertamente. En su vida sin duda había dificultades, pero la falta de dinero no estaba entre ellas. Peri daba por hecho que la casa destartalada y con goteras de Londres de la que hablaba su amiga no estaba en absoluto en ese estado. Shirin se ofrecía a pagar todo el alquiler. Peri solo tenía que poner sus libros y su ropa en unas pocas cajas y seguirla en esa nueva aventura.

—Bueno, cariño, tengo que irme. —Shirin la besó en las dos mejillas, envolviéndola en una nube de fragancia—. ¡Feliz 2002! ¡Estoy deseando que empiece! Presiento que será la mejor época de mi vida.

Peri cogió la botella de agua del escritorio y bajó con su amiga a la portería.

En la entrada, el portero se puso en posición de firmes. Era un ex oficial del ejército y parecía conocer a todos los alumnos por el nombre.

—Que tenga unas buenas vacaciones, Shirin. Hasta el año que viene —dijo alegremente—. Usted también, Peri.

Peri creyó notar que se había dirigido a ella con mayor calidez. Quizá la compadecía, pues era la única estudiante que no regresaba a su casa.

Fuera esperaba una limusina negra con chófer. Al observar a Shirin tambalearse un poco sobre sus altos tacones tirando de la maleta, Peri tuvo sentimientos encontrados. Si compartía piso con ella se exponía a sentirse aún más intimidada por la arrolladora personalidad de su amiga. Además, ¿quería realmente estar en deuda con Shirin… o con cualquiera? Por otra parte, ¿no sería estupendo disfrutar de su propio espacio?

Mientras el coche se alejaba, Peri tiró agua detrás de él, según una vieja tradición turca.

—Que te vayas como agua, que vuelvas como agua, amiga mía.

El copo de nieve

Oxford, 2001

Las fiestas de Navidad se aproximaban en medio de un frenesí colectivo. Peri, que estaba acostumbrada a las celebraciones más tranquilas del Año Nuevo en Estambul, al principio se quedó atónita y luego se divirtió observando los minuciosos preparativos: las calles decoradas con relucientes luces en forma de arco, las tiendas adornadas con objetos de regalo dispuestos en cascadas, los grupos cantando villancicos con farolillos que brillaban como luciérnagas en la oscuridad.

Sin sus estudiantes, Oxford parecía carente de alma; ser un estudiante solitario en Navidad era doblemente alienante incluso para Peri, a la que por lo general le gustaba la soledad. Comía a diario sola en un restaurante chino donde solo había tres mesas. La comida era buena pero muy variable, o bien el cocinero era bipolar y sus cambios de humor se reflejaban en los platos, pensó Peri. Algunos días, después se encontraba mal.

Retomó su empleo de media jornada en Two Kinds of Intelligence. Los dueños le comentaron que llevaban años probando ideas de escaparatismo que atrajeran a clientes durante las fiestas, como un muñeco de nieve sentado en un sillón y que leía un libro, o tiras que colgaban del techo con el alfabeto. Esta vez querían algo distinto.

—¿Y un árbol de Navidad de libros prohibidos? —propuso Peri. Como un Árbol de la Ciencia que daba el fruto prohibido, su árbol estaría cargado de libros que habían sido prohibidos en algún lugar del mundo.

La idea les gustó lo suficiente para encomendarle la tarea. Peri se metió de lleno en el montaje de un árbol plateado en el centro del escaparate. De las ramas colgaban *Alicia en el país de las maravilla*s, *1984*, *Trampa 22*, *Un mundo feliz*, *El amante de lady Chatterley*, *Lolita*, *El almuerzo desnudo*,

Rebelión en la granja... La lista de títulos prohibidos solo en Turquía era tan larga que tuvo que dedicarle varias ramas y todavía no bastaba. Kafka, Bertolt Brecht, Stefan Zweig y Jack London se sumaban a Umar Jayyam, Nazim Hikmet y Fatima Mernissi. Por las ramas extendió tarjetas fosforescentes en las que había escrito: «Prohibido», «Censurado», «Quemado».

Mientras trabajaba pensó en otra Navidad; ella debía de tener diez u once años cuando Mensur se presentó en casa con un árbol de Navidad de plástico. En su vecindario no había árboles como ese en ninguna casa, aunque sí en algunas tiendas y supermercados.

Mientras llevaba el árbol de la puerta al rincón escogido algunas agujas de plástico se desprendieron, como en el cuento del niño que dejaba caer migas de pan para encontrar el camino de regreso. Peri y Mensur lo decoraron con espumillones plateados, dorados y azules. Cuando se les acabaron los adornos, los hicieron ellos: avellanas pintadas, piñas rociadas con pintura de espray, tapones de botella y animales de corcho. Todo lo que colgaba del árbol era barato y disparejo; aun así les encantaba.

En cuanto Selma regresó de unos recados y lo vio, se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué necesidad hay de tenerlo en casa?

—Llega un año nuevo —respondió Mensur, en el improbable caso de que su mujer no se hubiera enterado.

—Es una costumbre cristiana —replicó Selma.

—¿No se nos permite darnos siquiera un pequeño gusto? —Mensur puso los ojos en blanco con impaciencia—. ¿Crees que Él no aprueba que me divierta un poco?

—¿Por qué iba a amarte Alá cuando no has hecho nada para ganarte Su afecto?

Consciente de que su padre había comprado esa conífera tan controvertida solo para hacerla feliz a ella, Peri se sintió responsable de la tensión que reinaba en el ambiente. Tenía que arreglar las cosas. Esa noche esperó a que todos se acostaran para llevar a cabo su plan, y se quedó levantada hasta altas horas de la madrugada.

Cuando a la mañana siguiente los Nalbantoğlu entraron en el salón, se encontraron con un árbol curiosamente engalanado. Las ramas estaban

adornadas con las queridas perlas de rezo de Selma, sus gatos de porcelana y sus pañuelos de seda, estos últimos cortados a tiras en forma de lazos. En lo alto del árbol había una pequeña mezquita de latón y, a su lado, un libro de hadices en precario equilibrio.

—¡Mirad, ya no es cristiano! —exclamó Peri con una sonrisa radiante.

El mundo pareció detenerse mientras esperaba la reacción de su madre. Esta abrió la boca llena de horrorizada incredulidad, como si fuera a decir algo, pero antes de que pudiera hablar, Mensur, que estaba de pie detrás de ellas, rompió a reír inconteniblemente. Al oír a su marido, la expresión de Selma se ensombreció. Salió del salón.

Peri nunca supo qué iba a decir su madre ni qué pensaba de su árbol de Navidad islámico.

Un día antes de Nochevieja Peri estaba trabajando de nuevo en la librería. Aparte de una anciana que había acudido buscando calor antes que literatura, no había más clientes. Los dueños se encontraban fuera visitando a un amigo, y el resto del personal se había tomado el día libre.

Peri quitó el polvo de los estantes, preparó café, barrió el suelo, colocó bien los cojines y comprobó las existencias disponibles; se sentía cómoda en aquel lugar que había empezado a apreciar. Cuando terminó, cogió un libro de A. Z. Azur y se acurrucó en una butaca con cojines alrededor. Había sacado todas las obras publicadas por él que había en la librería: nueve libros con títulos seductores y sobrecubiertas geométricas. Según las cifras de ventas, se vendían bien. En esos momentos estaba leyendo una de sus primeras obras: *Guía para los que siguen perplejos*.

La anciana se acercó arrastrando los pies a la butaca de enfrente y se dejó caer en ella, cerró los ojos e inclinó la cabeza. Enseguida se quedó dormida. Peri fue a buscar una manta de debajo de la caja registradora y la tapó con delicadeza. El tiempo se extendía y se contraía, un misterio tan dúctil como la resina de pino de las coníferas de Anatolia. Una sensación de que el mundo estaba lleno de posibilidades recorría su mente, como una droga embriagadora. Rodeada de libros que quería leer, y acompañada de la obra de Azur —medio provocadora, medio tranquilizadora—, se sintió más serena que en años. Era cierto que seguía irritada con él, pero no podía enfadarse con sus

libros. Y no había parado de pensar en su seminario. No había podido.

Apenas había acabado un capítulo cuando la puerta se abrió con el tintineo de una campanilla de latón. Entró una ráfaga de aire frío, seguida nada menos que del profesor Azur, que llevaba un abrigo largo y oscuro, y una bufanda color azafrán que habría despertado la envidia de cualquier monje budista. Un sombrero flexible de terciopelo, que apenas retenía sus rizos rebeldes, completaba su elegante aspecto.

—¿Podemos pasar? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Al levantarse y precipitarse hacia la puerta, enganchándose el dedo de un pie en una rendija del suelo de tablas, Peri descubrió por qué hablaba en plural. A su lado, con un grueso y largo pelaje blanco, caoba y negro, y el morro afilado, había un collie.

Azur arqueó las cejas.

—Hola, Peri. Qué sorpresa. ¿Qué está haciendo aquí?

—Trabajo en la librería media jornada.

—¡Estupendo! ¿Qué hago con Spinoza entonces?

—¿Cómo dice?

—Mi perro. Hace demasiado frío para dejarlo fuera.

—Oh, bueno, puede entrar con él —respondió ella, pero al recordar la aversión de los dueños a los perros, lo pensó mejor—. Quizá… Spinoza podría esperar junto a la entrada.

Sin embargo, el profesor Azur ya estaba dentro con el perro detrás, ambos con la cabeza alta y la mirada al frente como dos jeroglíficos egipcios.

—Hace tiempo que no venía por aquí. —Recorrió el local con la mirada —. Este lugar ha cambiado. Parece más grande… y más luminoso.

—Lo hemos reorganizado y nos hemos deshecho de los muebles más aparatosos —comentó Peri. Vio cómo Spinoza olfateaba alrededor antes de instalarse en el cojín más blando, cubriendo el suelo con su pelaje.

Si el profesor advirtió la incomodidad de Peri, no dio muestras de ello. Con una voz que se ondulaba de un modo característico, ya había pasado a otro tema.

—Por cierto, me encanta el árbol prohibido del escaparate. Qué buena idea.

Peri se sintió orgullosa. Estaba a punto de decirle que era idea suya, pero

no quería que pensara que presumía. Al final dijo lo primero que le vino a la mente:

—¿Está buscando algún libro en particular?

—Ahora no. Mi representante me ha pedido que me pasara por aquí para firmar unos cuantos ejemplares, y le he prometido hacerlo. —Fijó la mirada en la butaca donde Peri había estado sentada—. Me suena. ¿Lo está leyendo?

Ella se movió, turbada.

—Sí, acabo de empezarlo.

Él esperó a que Peri rompiera el silencio. Ella también esperó, como si todavía tuvieran que descubrir el lenguaje en que podían comunicarse.

—¿Por qué no toma asiento, por favor? —dijo Peri al final, señalando la mesa—. Iré a buscar sus libros.

Eran muchos. Siete títulos en existencias, y otros dos que habían pedido. Con unos diez o quince ejemplares de cada bastaba para una pequeña torre. El profesor Azur acercó una silla, se quitó el abrigo, sacó un bolígrafo del bolsillo y empezó a firmar. Ella le llevó un café y se puso a hacer cosas en una esquina desde donde podía observarlo.

Cuando iba por la mitad del montón, Azur se detuvo y la miró por encima de sus gafas con expresión interrogante.

—¿Cómo es que no está celebrando el Año Nuevo con su familia?

—No he podido viajar —respondió Peri con un ademán despreocupado, como si Estambul aguardara al otro lado de la puerta—. Pero no importa, las navidades no son unas fechas importantes para nosotros.

Una larga mirada penetrante.

—¿Me está diciendo que no la entristece no pasar las vacaciones en familia?

—No era eso lo que quería decir. —Hacía meses que lo conocía y todavía tenía la impresión de que la malinterpretaba a propósito—. Solo que estas fechas son más importantes para los estudiantes cristianos. —Guardó silencio. ¿Había metido la pata? Siempre tenía cuidado con lo que decía, como si caminara sobre hielo, deteniéndose a mirar de vez en cuando para asegurarse de que la superficie bajo sus pies no se había resquebrajado… todavía.

Él la escrutó con un extraño brillo en los ojos, que parecían penetrarla hasta lo más hondo.

—¿Sus padres son musulmanes practicantes?

—Solo mi madre y mi hermano pequeño. Pero no mi padre ni mi hermano mayor.

—¡Menuda escisión! —exclamó él, con el tono triunfal de alguien que ha encontrado la pieza que faltaba en el rompecabezas y que ha tenido todo el tiempo delante de sus narices—. Deje que adivine. Usted está más cerca de su padre y de su hermano mayor.

Ella tragó saliva.

—Mmm…, sí.

Asintiendo, él volvió a concentrarse en los libros.

—¿Y usted? —preguntó Peri con poca convicción—. ¿Va a celebrarlo con su familia?

Él no pareció oírla, pues siguió firmando ejemplares, y ella no se atrevió a repetir la pregunta. Durante unos minutos, o eso le pareció, los únicos ruidos que se oyeron en la librería fueron los que hacía el collie al dormitar, los ronquidos de la anciana, el tictac de un gran reloj y el roce del bolígrafo. Ella observó el gesto de su mentón y cómo perdía momentáneamente la concentración. Todo en él parecía fugaz, evanescente, en movimiento. No había pasado ni futuro, solo el presente, tan efímero que desaparecía en el mismo momento.

Bebió un sorbo de café.

—Spinoza es ahora mi familia.

«Ahora.» Por el modo como pronunció la palabra, Peri tuvo la sensación de que había abierto con palanca una tapa que no tenía derecho a tocar y había atisbado la tristeza dentro.

—Lo siento.

El bolígrafo dejó de moverse.

—Hagamos un trato —dijo Azur—. Se ha disculpado conmigo tantas veces que a partir de ahora, aunque haga algo horrible, no quiero oír sus disculpas. ¿Me lo promete?

Ella notó que el corazón se le aceleraba, aunque no sabía muy bien por qué; parecía un pacto un tanto ilícito. Aun así, no titubeó.

—Se lo prometo.

—Bien. —Cuando terminó de firmar la pila de libros, se levantó—.

Gracias por el café.

—Pondré posits en los que se lea «Ejemplares firmados».

—Gracias. —Le sonrió.

Se encaminaron hacia la salida, el profesor de cabello largo y el collie de pelaje largo, moviéndose en una armonía perfeccionada tras años de amistad. Al llegar a la puerta, él se detuvo.

—Mire, vamos a cenar en plan informal unos cuantos amigos, viejos colegas y ayudantes, uno de ellos de su edad. Puede ser agradable o un tostón. Pero no debe pasar la Nochevieja sola. Inglaterra tiene una forma peculiar de hacer que los extranjeros se sientan eufóricamente libres o deprimentemente solos. ¿Le gustaría venir? —Sin darle tiempo a responder, sacó un cuaderno y, arrancando una página, escribió la dirección y la hora—. Aquí tiene. No se sienta presionada. Si tiene ganas, venga. Y no traiga nada. Ni flores, ni vino ni delicias turcas. Bastará con su presencia.

Abrió la puerta y salió. Había empezado a nevar. Los copos se arremolinaban sin rumbo en el aire como si se hubieran elevado del suelo en lugar de caer del cielo. Oxford parecía una ciudad encerrada en una bola de nieve.

—Magnífico —dijo Azur dirigiéndose a su perro, a sí mismo o a Peri.

—Qué bonito —murmuró ella desde el umbral.

Entonces Peri hizo algo totalmente inesperado. Aunque era tarde y hacía frío, y él estaba a punto de marcharse y ella tiritaba solo con el jersey, empezó a hablarle de sus libros, incapaz de callarse y viendo las nubes de vaho que formaba su aliento.

—Usted dice que esta es solo una de las posibles vidas que podríamos tener. Y creo que en el fondo todos lo sabemos. Incluso en los matrimonios felices y en las carreras exitosas hay un elemento de duda. No podemos evitar preguntarnos cómo habría sido nuestra vida si hubiéramos tomado otro camino… o caminos, ¡siempre en plural! Luego dice que nuestra idea de Dios es solo una entre muchas. ¿Qué sentido tiene entonces ser dogmático respecto a Dios, seamos teístas o ateístas?

—Exacto —respondió Azur, escudriñándole el rostro, sorprendido y complacido ante tal arrebato.

—Pero tiene que saber que en el mundo hay muchas personas como mi

madre —continuó Peri— cuya seguridad proviene de su fe. Están convencidas de que hay una sola interpretación de Dios: la suya. Esas personas ya tienen bastante con qué lidiar, y usted pretende arrebatarles su única protección: su certeza. A veces miro a mi madre y veo tanto dolor..., intuyo que si no hubiera tenido una fe a la que aferrarse se habría vuelto loca.

Un silencio se abrió entre ellos con la delicadeza de un abanico de seda.

—Entiendo. Pero el absolutismo, sea cual sea su naturaleza, es una debilidad —respondió Azur—. En mi opinión, el ateísmo absoluto o el teísmo absoluto son igual de problemáticos. Mi tarea es inyectar una dosis de fe a los que carecen de ella y una dosis de escepticismo a los que creen.

—Pero ¿por qué?

Azur le sostuvo la mirada.

—Porque no soy purista. Eso inhibe el progreso intelectual. —Un copo de nieve se posó en su sombrero, otro en su cabello—. Verá, algunos eruditos se inclinan a dividir y clasificar; otros, a combinar y unir. Son los fragmentadores y los aglutinadores. Mientras que yo quiero que todos mis sentidos estén despiertos…, como su prodigioso pulpo. No dependamos de un solo cerebro centralizado. Llevemos la poesía a la filosofía y la filosofía a nuestra vida cotidiana. El problema de hoy es que el mundo valora más las respuestas que las preguntas. Pero ¡las preguntas deberían importar mucho más! Supongo que quiero llevar el diablo a Dios y a Dios al diablo.

—¿Cómo… lo haré…, lo haremos?

—Allí donde veamos una dualidad, la haremos añicos. Sacaremos pluralidad de la singularidad y complejidad de la dualidad.

—¿Qué significa eso?

—Significa que liaremos las cosas, desdibujaremos los contornos. Juntaremos ideas irreconciliables y a personas improbables. Imagínese un islamófobo enamorándose de una mujer musulmana… o un antisemita convirtiéndose en el mejor amigo de un judío…, y así sucesivamente, hasta que entendamos las categorías por lo que en realidad son: productos de la imaginación. El rostro que vemos en nuestro espejo no es el nuestro. No es más que un reflejo. Solo encontraremos nuestro verdadero yo en el rostro del Otro. Los absolutistas veneran la pureza, nosotros lo híbrido. Ellos desean reducir a todos a una sola identidad. Nosotros luchamos por lo contrario:

multiplicar cada ser humano en un centenar, un millar de corazones palpitantes. Si soy un ser humano, mi corazón debería ser lo bastante grande para sentir lástima por la gente de todo el mundo. Fíjese en la historia. Observe la vida. Va de la simplicidad a la complejidad, no al revés. Eso sería una regresión.

—Pero ¿no es excesivo? —replicó Peri—. La gente necesita simplificación.

—Tonterías, querida. ¡Nuestro cerebro está programado para los vericuetos!

Luego no hubo nada más que decir. Él alzó una mano en señal de despedida y ella le dijo adiós con la cabeza. Y allá se fueron hombre y perro, hacia la oscuridad que se extendía ante ellos. Peri notó el estómago revuelto, la respiración entrecortada; estaba eufórica y aterrada al mismo tiempo, al borde de algo desconocido. Los observó hasta que doblaron la esquina. Para ella ese no era un momento cualquiera. Siempre se reconoce el momento en que uno se enamora.

El vidente

Estambul, 2016

Los aromas a café, coñac y puro que no acababan de mezclarse en el aire con los caros perfumes asaltaron a Peri en cuanto regresó al salón. Seguía pensando en el mensaje que le había dejado a Shirin en el contestador automático cuando reparó en el vidente, que estaba unos pasos más allá. Sonreía con suficiencia, sentado en una *chaise longue* y rodeado de mujeres arrodilladas que lo adulaban, como un sultán de una fantasía orientalista grotesca. También vio al gestor de fondos de cobertura, esperando con paciencia a que le leyeran los posos del café.

Haciendo caso omiso de las normas de conducta social, Peri se acercó al grupo de hombres. Se sentó entre ellos al lado de su marido, bajo las nubes de humo gris azulado de los múltiples puros.

Adnan le puso una mano en el hombro y se lo apretó con delicadeza, una, dos veces. Un código entre ellos que significaba: «¿Estás aburrida?». Ella le tomó la mano y se la apretó una sola vez. «Estoy bien.»

—Escuchen lo que voy a decirles, habrá que trazar de nuevo el mapa de Oriente Próximo —decía el arquitecto a quienes lo rodeaban—. Es evidente que las potencias occidentales tienen un plan importante.

—Seguro. Nunca permitirán que los musulmanes prosperemos —terció el magnate de la prensa—. ¡Las Cruzadas no han acabado!

—Sí, pero Turquía no es la misma Turquía —repuso el arquitecto nacionalista—. No somos corderitos. Tampoco somos ya el hermano enfermo de Europa. Ahora Europa nos teme… y nosotros haremos cualquier cosa para crear malestar.

El magnate asintió.

—Sin duda saben cómo generar el caos. Una mano invisible pulsa un botón

y vuelve a reactivarse todo, con derramamiento de sangre y violencia. Debemos estar alerta.

Los demás hombres escuchaban con atención, unos asintiendo, otros en silencio.

Entre el humo de los puros, Peri los miró.

—Lo que están diciendo me suena a paranoia total —musitó—. Los europeos…, los occidentales…, los rusos…, los árabes… Si los conocieran, no como grupo sino individualmente, descubrirían que todos somos en esencia iguales, cuerpo y mente. —Guardó silencio un instante—. Solo podemos reconocernos en el rostro de… el Otro.

El arquitecto y el magnate la miraron perplejos. Adnan le guiñó un ojo.

—Así se habla, cariño.

Sonriendo a su marido, Peri se disculpó y se levantó. Se dirigió al otro extremo del salón, donde estaba el grupo de las mujeres.

Al verla, la relaciones públicas se inclinó y susurró algo al oído del vidente. El hombre escuchó arqueando las cejas. Alzó la vista y sonrió a Peri. Ella no le devolvió la sonrisa. Él sonrió aún más. Como a aquel acostumbrado a que lo lisonjeen y adulen, le intrigaba la única persona de la reunión que intentaba evitarlo.

—¿Por qué no se sienta con nosotros su invitada? —le preguntó a la anfitriona, que había tomado asiento frente a él con Pom-Pom acurrucado en el regazo.

Inflexible, la empresaria se levantó enseguida. Con Pom-Pom en una mano, asió con la otra el codo de Peri y la condujo suavemente pero con firmeza hacia el invitado de honor.

—¿Conoce a nuestra amiga Peri? —le preguntó—. Ella también ha llegado tarde. Ha sufrido un accidente al venir.

—Parece que ha sido un día duro —le dijo el vidente a Peri, reparando en la mano vendada y el vestido estropeado.

—Nada serio… —respondió ella.

—Se merece un regalo. ¿Desea que le adivine el futuro? —Se levantó y añadió con una sonrisa—: Gratis.

La novia del periodista y la relaciones públicas, que lo flanqueaban esperando su turno, parecieron contrariadas.

Peri hizo un gesto de negación.

—Ya tiene suficiente trabajo.

—No se preocupe. Estoy aquí para atenderles a todos.

En el rostro de aquel hombre se dibujó poco a poco una sonrisa, como si hubiera querido añadir algo.

—Creo que por esta vez no.

Él se rió, pero sus ojos adquirieron un brillo acerado.

—Hace veinticinco años que me dedico a esto y nunca he conocido a una mujer que no quiera saber su futuro.

La relaciones públicas vio una oportunidad para meter cizaña:

—¿Qué hay de su pasado?

—No… A ella no le va —replicó el hombre, sosteniendo la mirada de Peri y ofreciéndole la mano—. Pero ha sido un placer conocerla.

Peri le tendió la mano izquierda, casi de forma refleja. En lugar de estrechársela, él le asió la muñeca. Le transmitió un cosquilleo, una sensación de calor.

—Desconfíe de los charlatanes —le dijo sin soltarla—, pero no de un vidente auténtico.

—Oh, él es el mejor —confirmó la anfitriona—. No es como los otros.

—Otro día quizá —respondió Peri apartándose.

En cuanto retrocedió un paso, oyó la voz del vidente:

—Echa de menos a alguien.

Peri miró por encima del hombro.

—¿Cómo dice?

Él se le acercó.

—Alguien a quien amaba. Lo perdió.

Peri recuperó enseguida la compostura.

—Lo mismo podría decir de la mitad de las mujeres… y de los hombres del mundo.

Él se rió con falsa alegría.

—Esto es diferente.

Inconscientemente ella se cruzó de brazos, resuelta a no tener más contacto físico.

—Veo la primera letra de su nombre —dijo él en tono confidencial, que

aun así fue lo bastante alto para que todas las mujeres lo oyeran—. Es una A.

—Casi todos los nombres masculinos comienzan por A —replicó Peri de forma impulsiva—. El de mi marido, para empezar.

—Mire, no la avergonzaré delante de todos. Lo escribiré en una servilleta.

—Kizim —gorjeó la empresaria—. ¡Tráenos un bolígrafo, deprisa!

—Si es una vieja historia, ¿por qué no nos la cuenta? —le preguntó la relaciones públicas con picardía.

—¿Quién ha dicho que es vieja? —añadió el vidente—. Está vivita y coleando.

Peri logró mantener la calma mientras en su interior se desataba una tempestad. Solo quería que la dejara en paz. No solo él sino todas esas mujeres, todos esos hombres, toda esa ciudad con su interminable caos.

La camarera apareció con el objeto requerido, tan deprisa como si hubiera estado esperando ese momento. El vidente hizo como que escribía algo que los demás no pudieron ver y dobló la servilleta; todos sus movimientos eran lentísimos y ceremoniosos.

—Aquí tiene mi regalo —dijo, entregándoselo a Peri.

—Bueno, gracias.

Ella dio la espalda a las mujeres y, pasando junto a los hombres, salió a la terraza. El bote pesquero había desaparecido y el agua se extendía ante sus ojos, más oscura que los más profundos pesares. Un coche bajaba por la carretera con el motor rugiendo; por las ventanillas abiertas salía una música —una canción romántica en inglés— a todo volumen. Peri entrecerró los ojos, intentando imaginar cómo sería el hombre —siempre era un hombre— que escuchaba música a esa hora y a esos decibelios.

Con cautela, Peri abrió el puño izquierdo: la mano con que escribía, la más fuerte. En una servilleta arrugada el vidente había dibujado tres figuras femeninas como los tres monos sabios. Las tres amigas.

Debajo de la primera figura había escrito: «Ella vio al diablo». Debajo de la segunda: «Ella oyó al diablo». Y debajo de la tercera se leían estas palabras: «Ella es el diablo».

CUARTA PARTE

La semilla

Oxford, 2001

El día de Nochevieja Peri estaba demasiado emocionada para hacer la mitad de las cosas que tenía pensadas. Por la mañana salió a correr, pero no consiguió mantener el ritmo y le dio un calambre tan fuerte en la pantorrilla que tuvo que parar antes de lo previsto. Cuando se sentó ante su escritorio a leer, se dio cuenta de que era incapaz de concentrarse, las palabras se arrastraban como hormigas hambrientas por el papel blanco. Se sintió igual de hambrienta. Dada a usar la comida como terapia contra la depresión, temió no ser capaz de controlarse si comía un bocado en aquel estado de agitación. De modo que solo se permitió mordisquear manzanas. Y escuchó la radio, pues el sonido constante le ayudaba a relajarse. Puso las noticias internacionales, las locales, debates políticos y un documental de la BBC sobre el Imperio azteca. Pero un documental, aunque tratara sobre los poderosos aztecas, duraba un tiempo determinado. Por mucho que intentara no pensar en la noche, esta dominaba sus pensamientos. Qué alivio cuando por fin llegó el momento de prepararse. Ninguna cena con el profesor Azur podía ser peor que esa expectación.

Se aplicó rímel, se pintó la raya de los ojos y se puso brillo en los labios, nada más. Al escrutar su rostro en el espejo reparó en que la nariz heredada de su madre era demasiado gruesa. Si había una manera de afinarla con los cosméticos adecuados, no la conocía. Si hubiera estado con Shirin le habría pedido consejo. Claro que si hubiese estado con Shirin, probablemente Peri no iría a casa de Azur. «No debe pasar la Nochevieja sola», le había dicho el profesor. Confiaba en que no la hubiera invitado por pena.

Cómo vestirse constituía todo un reto. No es que dispusiera de muchas opciones, pero con las pocas prendas que tenía podía hacer múltiples

combinaciones. Se las probó todas, una por una: la falda tejana negra con una blusa holgada, la blusa con tejanos, los tejanos con una chaqueta verde… No quería parecer una estudiante, o peor, dar la impresión de que no quería parecerlo. Con la cama sepultada bajo la ropa, al final se decidió por una falda de terciopelo y un suéter azul cerúleo tan suave que parecía de cachemir. Como toque final se puso un collar de cuentas de mal de ojo azules.

Aunque Azur había insistido en que no llevara nada, Peri había aprendido de su madre que no debía ir a ninguna parte con las manos vacías. Compró ocho tartaletas en una tienda de delicatessen de Little Clarendon Street, lo que fue una tontería porque costaban más que un pastel entero.

Se dirigió a la parada de autobús y esperó. En menos de cinco minutos llegó uno. Se levantó y observó cómo las puertas se abrían y volvían a cerrarse. Lo vio alejarse sin ella mientras regresaba a su casa para cambiarse la falda y el jersey. Un vestido largo negro y unas pesadas botas. Así estaba mejor.

Azur vivía a las afueras de la ciudad, a unos veinte minutos en autobús por Woodstock Road, en el pueblo de Godstow. En primavera estaría rodeado de la exuberante hierba de la campiña inglesa, con vistas despejadas que abarcaban desde Port Meadow hasta los chapiteles de ensueño de Oxford, pero en esos momentos ya estaba oscuro. Cuando bajó del autobús empezó a nevar de nuevo; grandes copos se le posaron sobre el pelo y el abrigo. Le sorprendió no ver otras casas cerca. En más de una ocasión había sospechado que su profesor era un misántropo encubierto.

Era una casa imponente de fachada simétrica y revestida de piedra, y aunque resultaba difícil calcular sus años, como sucedía con su dueño, parecía un lugar con pasado; una casa con historias. Intentando no resbalar, se acercó despacio por un camino serpenteante flanqueado por robles pelados. El viento se le colaba por el abrigo. Temblaba, tanto por los nervios como por el frío. Se volvió y miró hacia la parada de autobús, como si le preocupara que no siguiera allí entrada ya la noche ¿Cómo regresaría a casa? En la fiesta habría otros invitados que vivían en Oxford, seguro que alguno de ellos la acompañaría. Típico de ella, preocuparse por el final de una velada que ni siquiera había empezado.

Por las ventanas de la planta baja se derramaba una luz cálida y dorada como la miel. Apretando la caja de las tartaletas contra el pecho, Peri permaneció de pie delante de la puerta, escuchando los sonidos procedentes del interior: simple cháchara, carcajadas y, de fondo, ráfagas de música. Una música que no escuchaba ni ella ni ninguno de sus amigos. La música, como la luz, era invitadora e intimidante a la vez.

Se disponía a dar un paso al frente cuando oyó un silbido, como el de un coche pasando a lo lejos. Pero la calle estaba desierta. No había autobuses, ni motos, y menos aún bicicletas con aquel tiempo. Entretanto una parte distinta de su cerebro, más lenta y sabia, le advirtió que la fuente del sonido estaba mucho más cerca. Se volvió. Su mirada se posó en el alto arbusto a su derecha. El pulso se le aceleró. No se movía nada, ni siquiera el viento, y sin embargo estaba segura de que alguien o algo la observaba.

—¿Quién anda ahí? —gritó instintivamente.

En la tenebrosa oscuridad, Peri creyó ver una silueta que se movía detrás de los arbustos. Dio un paso hacia delante.

—¡Troy! ¿Eres tú?

El chico apareció, pálido y avergonzado.

—Dios mío, qué susto me has dado —le dijo Peri—. ¿Me estás siguiendo?

—No, tonta —replicó Troy, y señaló la casa con la cabeza—. Es al diablo al que persigo. —Se calló un momento—. ¿Qué haces aquí?

Peri no quiso responder a eso.

—¡Estás espiando al profesor!

—Ya te dije que voy a demandarlo. Necesito reunir pruebas antes de acudir a los tribunales.

«Está obsesionado con él», pensó Peri. Era curioso que entre las distintas clases de obsesión, el amor y el odio solo se diferenciaban por unos matices, como dos tonos contiguos en la paleta de un artista.

De la casa llegaron risas. Troy se escondió con rapidez detrás del seto.

—Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí.

Peri frunció el ceño.

—No tienes ningún derecho a hacer esto. Entraré y esperaré diez minutos, y luego saldré para ver si sigues aquí. Si no te has ido, se lo diré a Azur. ¡Si él no llama a la policía, lo haré yo!

—Eh, calma —dijo Troy levantando las manos—. No dispares.

Peri lo dejó allí y se volvió hacia la puerta principal, que tenía un panel con vidriera: ámbar, verde oliva y rojo carmesí. Reconoció en el diseño el círculo que había visto en el despacho de Azur y en la habitación de Shirin. Turbada, llamó enseguida al timbre. Un sonido como de pájaro surcó el aire: no era un dulce canario ni un ruiseñor, sino más bien un loro chillón riéndose del desventurado visitante. Los ruidos del interior cesaron momentáneamente y con la misma rapidez se reanudaron. Al otro lado de la vidriera apareció una sombra. Peri oyó pasos que se acercaban. No se había retocado el brillo labial, pero era demasiado tarde.

La puerta se abrió.

Apareció una mujer en medio de la entrada. Una rubia alta, bronceada, de aspecto ágil y atractivo. Miró a Peri de arriba abajo con una sonrisa fija que habría parecido amistosa si no hubiera sido por su aire imperioso. Se sabía sexy; el vestido sin tirantes negro azulado que le ceñía el cuerpo revelaba una figura semejante a un reloj de arena. Saltaba a la vista que no era profesora. Peri se alegró de haberse cambiado el jersey. No quería tener nada en común con aquella mujer, ni siquiera un tono de azul.

Aunque Azur había dicho que ahora toda su familia estaba formada por su perro, Spinoza, eso no significaba que no tuviera novia. O incluso que no estuviera casado. No llevaba anillo, pero no todos los maridos se sentían obligados a llevarlo. ¿Por qué no se le había ocurrido que podía estar con alguien? Pues claro que sí. A su edad todo el mundo tenía a alguien.

—Hola, aquí hay una bonita cara joven —dijo la mujer mientras le cogía la caja de las manos—. Tú debes de ser la chica turca.

Solo entonces, tras un rumor de pasos apresurados, apareció Azur con una botella de vino sin descorchar que dirigió hacia ellas como el cañón de un barco en miniatura. Llevaba un suéter de cuello alto gris metálico y una americana de lana y cachemir color burdeos. A Peri le recordó al intelectual francés Louis Althusser poco antes de que estrangulara a su mujer.

—¡Peri, ha venido! —exclamó, con la frente brillante por el reflejo de la luz—. No se quede ahí fuera con ese frío. ¡Pase, pase!

Los siguió hasta el salón. Las paredes del pasillo estaban llenas de fotografías enmarcadas. Retratos de personas de distintas partes del mundo la

observaban, ajenas y ensimismadas, como si supieran algo que Peri aún tenía que descubrir.

—¿Quién ha hecho estas fotos? —preguntó Peri—. Son fascinantes.

—Yo —respondió Azur con un guiño.

—¿En serio? Debe de haber viajado mucho.

—Un poco. ¿Sabía que estuve en Turquía?

—¿En Estambul?

Azur negó con la cabeza. No en Estambul, donde todo el mundo iba o creía que tenía que ir algún día. No, él había estado en otros lugares: en el monte Nemrud, con sus gigantes estatuas de antiguas deidades; en el monasterio bizantino de Sumela, enclavado en un acantilado escarpado, y en el monte Ararat, donde reposó el Arca de Noé. Peri tragó saliva, temiendo que le preguntara si había estado ella en aquellos lugares, pues no conocía ninguno.

En el salón, había estanterías que cubrían en toda su altura dos paredes, una enfrente de la otra. Entre ellas un elegante grupo de invitados charlaba animadamente con copas de champán y de vino en las manos.

Volviéndose hacia ellos, Azur llamó a un joven.

—Venga aquí, Darren. Quiero que conozca a una de mis mejores alumnas. —Y en cuanto vio que el joven se acercaba, desapareció.

Darren resultó ser un licenciado en física, el segundo de su promoción. Haciendo gala de unos modales corteses y refinados le ofreció a Peri una copa de champán. Alabó su «exótico» acento, un elogio que ella parecía haberse ganado. Le preguntó de qué país procedía, pero en realidad estaba deseoso de hablar de sí mismo, como si se tratara de una carrera a contrarreloj. Era un joven inteligente, ambicioso… y carente de afecto. Intentó hacerla reír contando chistes, uno detrás de otro, pues debía de haber leído en alguna parte que las mujeres se enamoraban de los hombres con un gran sentido del humor. Cada vez ponía los ojos en blanco, como si ni siquiera él encontrara el chiste gracioso. Aun así era un chico agradable. La clase de hombre que querría y respetaría a su novia, y que no competiría con ella, pensó Peri.

Pero sabía que entre ellos nunca podría existir más que una chispa pasajera. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no se sentía atraída por el joven, que era amable y agraciado, tenía más o menos su edad y quizá le convenía? Sin embargo, era al profesor a quien deseaba en secreto, un hombre

que no solo era mayor, desconocido e inabordable, sino que además no le convenía. No dejaba de desconcertarle que, en realidad, ella no estuviera ni hubiera estado nunca interesada en la felicidad: esa palabra mágica, tema de tantos libros, talleres y programas de televisión. Ella no quería ser feliz. Claro que no. Nunca había visto la búsqueda de felicidad como una meta digna de alcanzar. ¿Cómo si no iba a permitirse enamorarse perdidamente de un hombre como Azur?

Tomó aire. Una audacia de la que no se creía capaz empezó a apoderarse de ella, como un perfume embriagador. ¿Podían apreciar los demás el cambio que estaba operándose en su interior? Más allá de las palabras amables y las sonrisas forzadas de la vida social, una frontera separaba a los individuos responsables de los marginados que buscaban la confrontación y de los bucaneros que buscaban aventuras. Una línea divisoria, tan fina como un susurro, mantenía a las púdicas jóvenes turcas bien lejos de todo conflicto y de todo pecado. ¿Qué sucedería si se acercara poco a poco a esa línea, hasta sentir el borde de la dura tierra bajo sus pies y el comienzo del vacío más allá, y se dejara caer de pronto, ligera e indiferente?

Aunque ella no era valiente ni excéntrica, en algún momento del viaje de su juventud había anidado en su corazón la semilla de la no ortodoxia, que había germinado sin que se diera cuenta y que esperaba aflorar en la capa superior. Nazperi Nalbantoğlu, siempre decente, cautelosa y ecuánime, estaba deseando transgredir, incurrir en una falta.

—Es hora de cenar —anunció Azur con una tentadora sonrisa desde el otro extremo de la sala, blandiendo un gran tenedor para servir como si fuera una lanza dirigida a un invitado desprevenido.

La noche

Oxford, 2001-2002

Peri siguió a los demás hasta una amplia mesa de comedor de roble que bien podría haber formado parte del *atrezzo* de una obra de teatro medieval. Se la imaginó rodeada de lores y caballeros, y repleta de carnes asadas con espetón, pavos rellenos y gelatina brillante. Solo que allí no había fuentes de plata ni copas de oro, sino una vajilla sencilla.

Detrás de la mesa había una chimenea con azulejos de mayólica a ambos lados de la repisa y una fotografía en blanco y negro encima. Peri se acercó al fuego encendido, atraída por las llamas danzantes. Cada azulejo representaba un personaje distinto; la mayoría eran hombres, pero también había unas cuantas mujeres, con ropa de otra época y expresión solemne. Eran imágenes de profetas, mensajeros y santos. En algunos se leían nombres: rey Salomón, san Francisco, Abraham, Buda, santa Teresa, Ramananda... Las figuras acarreaban agua, escribían en un pergamino, hablaban con sus discípulos o caminaban solos por un desierto. Parecían dispuestas sin un orden en particular. Verlas unas al lado de otras, como si asistieran a un banquete propio, producía cierta extrañeza. Era más fácil imaginar a esas figuras santas por separado. Buscó al profeta Mahoma, ¿también estaría? Lo encontró allí, ascendiendo al cielo montado en un corcel, con el rostro cubierto con un velo y la cabeza rodeada de llamas, como en las miniaturas persas y turcas antiguas. También estaba la Virgen María con el niño Jesús, la tez pálida como la nieve, escoltada por ángeles. Vio a Moisés, que señalaba un cayado en el suelo que se había medio transformado en una serpiente.

¿Por qué demonios había dispuesto Azur esas imágenes alrededor de su chimenea? Si no era una cuestión estética, ¿acaso pretendía dar a conocer su sistema de creencias? Y si era así, ¿en qué creía exactamente? Ya había leído

varios de sus libros, pero aún le resultaba un enigma. Incapaz de responder las preguntas que se le ocurrían, Peri se concentró en la fotografía de encima de la repisa.

Era una imagen de la casa tomada hacía años. El roble que más le había llamado la atención al caminar desde la parada del autobús estaba allí, así como el sendero serpenteante. En la foto también se veía un jardín lleno de flores, y densas y pesadas nubes tan bajas que parecían tocar el tejado. La casa parecía diferente, más pequeña; tal vez habían construido anexos con los años. Si bien la fotografía mostraba la primavera y la naturaleza en su esplendor, a Peri le pareció una Arcadia perdida, una época de despreocupada alegría que jamás volvería.

Todos los invitados habían rodeado ya la mesa, copa en mano, y esperaban con paciencia a que les indicaran dónde sentarse.

—¿Cómo nos sentamos, Azur? —le preguntó un hombre flaco de rostro alargado que, según averiguó Peri más tarde, era un eminente profesor de física cuántica.

—¡Como si fuera tan amigo de las normas! —exclamó otro hombre de voluminoso contorno, un profesor de teología y religión, viejo amigo de Azur y una de las personas que mejor lo conocían—. En esta casa, sentarse es una cuestión de elección personal. —Para demostrarlo, sacó una silla y se sentó.

Siguiendo su ejemplo, los demás invitados tomaron asiento, uno por uno, alrededor de la mesa. En cuanto Peri encontró una silla libre, Darren se sentó a su lado. La rubia atractiva se colocó en el otro extremo, al lado de Azur.

El profesor de teología se recostó en su silla, disfrutando de la música que sonaba de fondo. Al cabo de un momento alzó la copa.

—Me gustaría brindar por nuestro generoso anfitrión. Gracias por reunirnos a todas las almas desamparadas y solitarias de Oxford, presas de la gélida noche.

Mirando por encima de un candelabro de hierro, cuyas tres velas encendidas proyectaban sombras superpuestas en las paredes, Azur le devolvió el cumplido con una sonrisa.

Peri observó a los demás comensales: una mezcla de eruditos y estudiantes de distintas disciplinas. Al entrar había supuesto que todas aquellas personas, pese a sus diferencias, tenían en común un mismo atributo: la inteligencia.

Debían de ser especiales, más sabios y sensibles que la media, para formar parte del círculo íntimo de Azur. Qué osada había sido. Lo único que tenían en común era que, por una u otra razón, todos se disponían a celebrar la Nochevieja en soledad… antes de que Azur apareciera y los recogiera, como conchas desperdigadas en una playa remota.

—Hay otra razón por la que me gustaría que brindáramos —continuó el profesor entrado en años—. Por dejar que suene Bach sin cesar. Si todo el mundo escuchara a Bach diez minutos al día, sin duda aumentaría el número de creyentes.

Azur negó con la cabeza.

—Cuidado, John. Como sabes mejor que yo, Bach es un campo de minas teológico. Es cierto que puede convertirte en creyente. Pero si sigues escuchándolo, también puede llevarte a abandonar a Dios.

Varios comensales se rieron.

—Servíos, por favor —dijo Azur, abriendo las manos.

De pronto todos se concentraron en la comida. En el centro de la mesa había tres grandes fuentes. En la primera, había un montón de judías humeantes; en la segunda, arroz negro, y en la tercera, un gran y dorado pavo asado. Aparte de una jarra de vino rojo rubí, eso era todo. Ni salsas ni condimentos. Todo era de una sencillez rayana casi en la afectación. Peri sonrió para sí mientras pensaba en su madre, quien hubiera preferido la muerte antes que invitar a alguien a una mesa tan modesta. Siempre le había dicho que el secreto de una cena exitosa era «asegurarse de servir dos platos especiales por cabeza. Para cuatro invitados, hay que poner ocho; para cinco, diez». Esta noche eran doce invitados y había tres. Su madre se habría horrorizado.

Los invitados empezaron a servirse de cada fuente, que luego pasaban. Cuando le tocó el turno a Peri, se puso porciones generosas, pues no había comido en todo el día.

La rubia sin nombre se inclinó hacia Azur.

—¿Lo has hecho todo tú?

Peri se animó. Si se lo preguntaba, no podía ser su esposa.

—Sí, querida. A ver si te gusta —respondió él, y luego, dirigiéndose a todos, añadió—: *Bon appétit*.

A la luz danzante de las velas, tenía los ojos de un verde bosque; las

puntas de las pestañas le brillaban y los labios, que Peri nunca se había atrevido a mirar bien, eran de un color casi tan vivo como el vino que bebía.

Azur ladeó la cabeza y con los ojos entornados miró de soslayo a Peri; su expresión era de ligera sorpresa. Ella se sonrojó al percatarse, horrorizada, de que llevaba demasiado tiempo mirándolo fijamente. Se volvió de inmediato hacia Darren, agradeciendo su presencia.

De postre había pudin de ciruelas. Azur echó un chorrito de brandy sobre el pudin todavía tibio y encendió una cerilla. Su superficie se llenó de llamas azuladas, que se arremolinaron antes de exhalar el último suspiro de su breve e inocente vida. Con mano experta, Azur cortó el pudin y sirvió a todos una generosa ración, cubierta de crema. Los invitados, que habían guardado silencio pendientes de la actuación, elogiaron a su anfitrión por sus dotes culinarias tras saborear el primer bocado.

—Debería escribir un libro de cocina —sugirió el profesor de física—. Está delicioso. ¿Cómo lo ha hecho?

—Bueno, al final aprendes —murmuró Azur.

Peri pensó que esa respuesta daba una pista acerca de su vida privada. Seguramente era soltero. Esperó que alguien abordara el tema, pero nadie lo hizo. En cambio, se embarcaron en una conversación sobre la invasión de Afganistán. El ambiente alrededor de la mesa cambió al expresar varios invitados su descontento respecto a Tony Blair, elogiando la rebelión de los miembros del Partido Laborista que no tenían un cargo oficial. Aun así, sus voces traslucían una calma que a Peri le costaba relacionar con la política. En Turquía, todas las conversaciones sobre política en las que había estado presente, ya fueran entre los amigos de su padre o entre los suyos, estaban marcadas por tres R en mayúscula: Resentimiento, Rabia y Resignación. Cuando se abordaba un tema candente, los ánimos estaban caldeados y las probabilidades de que las cosas mejoraran eran escasas; lo primero que se sacrificaba era el estilo. Mientras que allí parecían dar más prioridad al estilo que al contenido. Peri estaba tan enfrascada en las comparaciones culturales que perdió el hilo de la conversación, y al ver que todos la miraban, tardó un poco en comprender por qué.

El profesor de edad avanzada acudió en su auxilio:

—Estábamos hablando de su interesante país.

Recordando la advertencia de Shirin sobre el término «interesante», Peri miró a Azur. Pero él la observaba por encima del borde de su copa, curioso por oír lo que tenía que decir.

—¿Qué opina? ¿Tendrá Turquía algún día la oportunidad de entrar en la Comunidad Europea? —le preguntó una mujer de pelo canoso y corto, de mechones despuntados. Era la esposa del profesor entrado en años.

—Bueno, eso espero —respondió Peri.

—¿No cree que es culturalmente… diferente? —terció la rubia.

—No sé qué entiende usted por «diferente» —respondió Peri, abriendo un campo de batalla en su alma. Por una parte, deseaba hablar de forma crítica de tantas cosas de su país que la frustraban. Por la otra, deseaba que a esas personas les gustara su patria. Fue presa de una actitud defensiva. De un sentido de la responsabilidad. Nunca había tenido la sensación de representar a un colectivo.

—Entonces, ¿no ve la religión como un obstáculo? —le preguntó el profesor de física—. ¿Le preocupa que Turquía se convierta en un Irán?

—Existe el peligro. Pero Irán es una sociedad de memoria y tradición. A los turcos nos va la amnesia.

—¿Qué es preferible? —le preguntó Darren, a su lado—. ¿Recordar u olvidar?

—Sin duda alguna, olvidar —respondió Peri sin titubear—. El pasado es una carga. ¿De qué sirve recordar cuando no está en nuestra mano cambiar nada?

—Solo los jóvenes se permiten el lujo de olvidar —declaró el profesor entrado en años.

Peri bajó la cabeza. No había querido parecer joven, sino lista y sabia. Sin embargo, advirtió con sorpresa que Azur asentía.

—Si me dieran a escoger, yo también prescindiría de la memoria. Estoy impaciente por contraer Alzheimer.

La mujer atractiva puso una mano encima de la de él.

—Querido, no digas eso.

Peri desvió la mirada. No conocía a aquellas personas; su pasado o su vínculo le resultaban del todo impenetrables. Podía intuir pero no captar lo

que se callaban, los temas que con delicadeza eludían.

Poco antes de medianoche, mientras se servían infusiones y café, Peri se excusó para ir al baño. Mientras se lavaba las manos, vio en el espejo la cara de una joven que no había conseguido mostrarse segura de sí misma ni despreocupada. Siempre se había reprochado no saber ser alegre. Sin duda debía de haber hecho algo mal para generar infelicidad espontáneamente. Pero quizá las personas que no pasan el test de la felicidad no tienen la culpa de ello. La tristeza no es una manifestación de pereza y autocompasión. Tal vez esas personas solo han nacido así. Esforzarse por ser más alegre es una empresa tan fútil como esforzarse por ser más alto.

Al salir al pasillo, uno de los retratos llamó su atención.

La mujer de la fotografía —pómulos altos, ojos separados, labios carnosos — estaba desnuda salvo por un pañuelo rojo anudado a la cintura. Llevaba el cabello recogido en un moño descuidado y tenía los hombros pálidos y brillantes, como ornamentos de marfil pulido. Sus pechos eran grandes y redondos, con los pezones erectos en medio de oscuros círculos; su ombligo, algo prominente; con una mano sostenía la tela que le cubría las piernas, lista para soltarla en cualquier momento. La sonrisa que asomaba a sus labios traslucía complacencia al ser fotografiada. También que conocía al fotógrafo.

Sumida en un estado de confusión, Peri se tambaleó hacia delante como si hubiera entrado sin permiso en una zona prohibida. Se quedó inmóvil, paralizada. En alguna parte de la casa se oía el tictac de un reloj. Un presentimiento que le resultaba familiar y al que sin embargo no lograba acostumbrarse. Presa de la emoción, percibió la presencia del niño de la bruma alarmantemente cerca. Ahí estaba, el mismo rostro redondo, los ojos confiados, la mancha purpúrea cubriéndole la mitad del rostro. Intentaba decirle algo de la mujer de la foto. Tristeza. Había tanta allí…; intensa, intacta. Peri no sabía si había tropezado con un antiguo dolor o si ella misma lo había llevado consigo.

—¡Vete! —susurró, horrorizada. No tenía tiempo para él. Ahora no. No allí.

El niño de la bruma hizo un mohín.

—¿Qué intentas decirme? No puedes presentarte aquí…

Una voz la interrumpió.

—¿Con quién está hablando, Peri?

Se volvió. Azur estaba detrás de ella. Sus ojos brillantes de motas doradas eran impenetrables.

—Hablaba conmigo misma… y la miraba a ella. —Peri señaló la pared. Con el rabillo del ojo, vio con alivio que el niño de la bruma empezaba a desvanecerse, una espiral de vapor en el aire.

—Mi mujer —respondió Azur.

—¿Su mujer?

—Murió hace cuatro años.

—Oh, lo siento mucho.

—¿Otra vez? —replicó él, y su mirada pasó de la mujer de la fotografía a la mujer que tenía delante—. En serio, debe dejar de…

—Tiene facciones de Oriente Próximo —añadió Peri enseguida para desviar sus críticas.

—Sí, su padre era argelino. Bereberes, como san Agustín.

—¿San Agustín era bereber? Pero si era cristiano…

Azur cayó en la cuenta de lo joven que era mientras la contemplaba.

—La historia es muy amplia. Los bereberes eran judíos, cristianos e incluso paganos en cierto período. Y musulmanes. El pasado está lleno de confluencias que pueden parecernos extrañas ahora, pero que entonces tenían sentido.

Aquellas palabras, aunque no tenían nada que ver con ella, abrieron en el interior de Peri un vacío, un espacio sin explorar. Sabía por experiencia que no solo el pasado, sino también el presente estaba lleno de confluencias que se resistían a la razón.

—Está pálida —le dijo él.

Fue entonces cuando ella le abrió su corazón. Con los sonidos de los invitados más cercanos de fondo, Peri le confesó a su profesor que desde niña, por motivos que no entendía, había tenido «experiencias surrealistas». Las había compartido con su padre, que las había tachado de «superstición», y con su madre, que había temido que estuviera poseída por un *yinni*. Desde entonces no se lo había contado a nadie más, por miedo a que también la juzgaran.

Azur escuchó; su expresión era de asombro.

—No puedo decirle nada sobre su experiencia surrealista. Solo puedo afirmar algo con convicción: no tema ser diferente. Es usted muy especial.

Los interrumpió un estallido de voces emocionadas procedentes del salón.

—¡Ya deben de ser las doce! —exclamó Azur, pasándose los dedos por el cabello—. Seguiremos. Debemos. Venga a verme a mi despacho. —Se acercó a ella y la besó en las mejillas—. ¡Feliz año!

Y fueron a felicitar a los demás.

—¡Feliz año, profesor! —murmuró Peri a sus espaldas, notando todavía el calor en su piel.

«Venga a verme a mi despacho.» Ella sabía que esa frase no significaba nada extraordinario; al fin y al cabo, allí había hecho las tutorías el trimestre pasado. Pero seguramente tampoco era un comentario corriente. De repente, se emocionó. Él le había dicho que era especial, muy especial. Sabía entenderla como nadie lo había hecho antes. Mientras estaba allí, inmóvil, todo se había vuelto cada vez más claro. Antes de unirse a la fiesta, Peri se había convencido de que su profesor también sentía algo por ella.

Era poco más de medianoche cuando los invitados empezaron a irse. Solo al salir a la fría noche, Peri recordó a Troy. Nerviosa, miró el alto seto; no había nada salvo negrura.

Todos los invitados parecían tener coche, excepto Peri y Darren. La rubia atractiva —una orgullosa abstemia, según sus propias palabras— se ofreció a llevarlos.

Hicieron el breve trayecto hasta Oxford en un extraño silencio después del alboroto de la velada. En un programa de Radio 4 de la BBC estaban hablando de las cartas de amor de Gustave Flaubert. El coche se llenó de palabras sensuales que infundieron en quienes las oían una sensación de soledad, el anhelo de un romance venidero. Sentada al lado del conductor, Peri se preguntó si en el pasado la gente comprendía mejor el amor. Apoyó la frente contra la ventanilla medio helada y mantuvo la mirada fija en la carretera, que iba iluminándose a tramos bajo los faros del coche antes de que la noche la engullera. Pensó en Azur y en la mujer de la fotografía. ¿Cómo habría sido su vida sexual? Pensó en cómo había sonreído él al ver que los invitados repetían; cómo había cogido el tazón de café con las manos y lo había

sostenido en alto, dejando que el vapor le acariciara el rostro; cómo había ayudado a las mujeres a ponerse el abrigo mientras se despedía de todos al final de la velada, y lo diferente que parecía de la persona que era en clase, poco intimidante, tierno y sorprendentemente frágil.

De vuelta en Oxford, Peri y Darren bajaron del coche. El cortante frío nocturno había sido reemplazado por un aire fresco y vigorizante. Echaron a andar y no pararon de hablar hasta que llegaron al alojamiento temporal de Peri. Se besaron bajo una farola. Se besaron de nuevo en la oscuridad. Achispada no tanto por el vino como por las emociones de la velada, Peri cerró los ojos y se dejó llevar más por la excitación de él que por la suya.

—¿Puedo subir? —le preguntó Darren.

Ella imaginó al niño que había sido, cogiendo a su madre de la mano al cruzar la calle, aprendiendo a tratar a las mujeres con respeto. Si le decía que no, sabía que Darren no insistiría. Seguiría su camino, tal vez decepcionado pero sin mostrarse grosero. Al día siguiente, si se encontraban, se tratarían con cordialidad.

—Sí —respondió ella, llevada por un impulso que no quiso cuestionar.

Sabía que a la mañana siguiente se despertaría con una angustiosa culpa. Por haberse acostado con alguien que en verdad le importaba muy poco; por decepcionar a su padre y permitir que los peores temores de su madre se hicieran realidad. Aunque nunca se enteraran, ella tendría remordimientos la siguiente vez que hablara con ellos, y quizá mucho tiempo después. Pero algo le preocupaba aún más. Mientras devolvía las caricias y los besos a Darren, pensaba en otra persona. Por encima de esas emociones sabía que en realidad deseaba a su profesor.

Decían que lo que sucedía en las primeras horas del nuevo año condicionaba el resto. Ojalá no fuera cierto, pensó, porque ella había comenzado el primer día de enero con un nudo de complejas emociones presionándole el pecho. Esperaba que 2002 no fuera el año de la culpa.

La mentira

Oxford, 2002

Antes de que terminaran las vacaciones, Peri tomó el tren a Londres. Había decidido aceptar la invitación de Shirin. Vio subir a los vagones a grupos de estudiantes y familias con hijos pequeños. En su compartimento de primera clase —se había confundido al comprar el billete—, viajaban tres elegantes hombres de mediana edad que apenas se distinguían entre sí y una mujer de edad indefinida, con el cabello castaño perfectamente peinado. Miraron a Peri con frialdad, como diciendo: «No tienes el aspecto de la gente que viaja en este vagón». En cuanto ella localizó su asiento, se enfrascó en un libro del Maestro Eckhart.

Se había llevado consigo su cuaderno sobre Dios, donde escribió: «El ojo con el cual veo a Dios es el mismo con el cual me ve Dios a mí, dice Eckhart. Si me acerco a Dios con rigidez, Dios se acerca a mí con rigidez. Si veo a Dios a través del amor, Dios me ve a través del amor. Mi ojo y el ojo de Dios son un solo ojo».

El tren avanzaba; su ritmo constante parecía retumbarle en la conciencia. Al poco rato entró en el compartimento un camarero con un carrito para repartir bandejas de plástico con el desayuno y una variedad de bebidas. Menú número 1: cruasán de jamón y queso. Menú número 2: huevos revueltos con salchicha de cerdo.

Peri negó con la cabeza.

—¿No tiene nada más?

—¿Es usted vegetariana? —le preguntó el camarero.

—No, es que no como cerdo.

El joven, de ojos oscuros y hundidos en un rostro cubierto de una barba incipiente, la miró fijamente un instante. Peri leyó la chapa con su nombre:

«Mohamed».

—Veré qué puedo hacer —respondió él, y desapareció.

Al cabo de un momento Mohamed regresó con un sándwich de pollo y se lo dio a Peri sonriendo. Solo cuando se hubo marchado, a ella se le ocurrió que tal vez el chico le había dado su propia comida. El almuerzo, tal vez. Hilos invisibles de solidaridad se tendían entre desconocidos que, al descubrir que compartían la misma religión o nacionalidad, sentían una afinidad instantánea. Una camaradería que se manifestaba en los detalles más nimios: una sonrisa, un gesto de la cabeza, un sándwich. Pero se sintió impostora. El joven parecía haberla tomado por una buena musulmana, pero ¿lo era en realidad?

En lo cultural, sin duda era musulmana. Sin embargo, el número de oraciones que se sabía de memoria podían contarse con los dedos de una mano. No practicaba su religión, ni se declaraba, como Shirin, una musulmana defectuosa. Relacionaba la palabra «defectuosa» con los huevos caducados o la mantequilla rancia. Su relación con el islam, tanto si era practicante como si no, no había expirado. Su confusión era aún un asunto pendiente. Vivo. Perpetuo. Si ella estaba con alguien era con los confusos. Si le contaba todo eso a Mohamed, ¿acaso le pediría que le devolviera el sándwich?

Cuando Peri era una niña, en cada fiesta del Eid al-Adha estallaban disputas en su casa. Mensur estaba en contra del ritual de sacrificar animales. Creía que el dinero que se gastaba en un cordero estaría mejor empleado en los necesitados. Así los hambrientos podrían llenarse el estómago mientras los gordos se daban palmaditas en la espalda, y entretanto no tendría que morir ningún animal.

Selma no estaba de acuerdo. Había una razón por la que Dios quería que se hicieran las cosas de ese modo.

—Si te molestaras en leer el Libro Sagrado, lo comprenderías.

—Lo he leído, me refiero a esa parte, y no tiene sentido.

—¿Qué no tiene sentido? —replicó Selma con irritación.

—En el Corán Dios nunca da instrucciones a Abraham para que sacrifique a su hijo. Ese hombre lo entendió todo mal.

—¡Ese hombre!

—Escucha, mujer, Abraham no oyó a Dios ordenarle que matara a su hijo. Tuvo un sueño. ¿Y si lo malinterpretó? Yo creo que Dios, en su misericordia, vio lo mal que lo había entendido todo Abraham y para salvar a su hijo le mandó el cordero.

Selma suspiró.

—Eres como un gran niño enfurruñado. Ya he criado a mis hijos, gracias a Dios. No me queda paciencia para tener otro crío en casa.

Resuelta a comprar su propio cordero, Selma estuvo ahorrando. Meterían al animal en el jardín, teñido de *henna*, y le darían de comer hasta que lo mandaran al matadero. Luego repartirían la carne entre siete vecinos y los pobres.

Un día del Eid al-Adha, cuando Peri debía de tener trece años, los vecinos decidieron hacer un fondo común para comprar un toro. Esperaban una criatura majestuosa que irradiara poder, seguida de su oscura sombra. El toro que llegó, aunque era enorme, parecía nervioso, casi enloquecido por la ansiedad. No era un dócil cordero sacrificial ni una gloriosa ofrenda, sino una decepción.

Encerraron al animal en el garaje, donde durante los dos siguientes días su angustia fue en aumento. Por las noches oían sus golpes intentando escapar, los mugidos que parecían salir de lo más profundo de su ser. Tal vez había intuido su destino. Cuando el tercer día lo sacaron al sol, el toro se soltó y salió corriendo. A toda velocidad, embistió al primer hombre que vio, un desafortunado transeúnte que se interpuso en su camino, y lo derribó al suelo. El hombre logró zafarse del animal y esconderse detrás del cubo de la basura. Se alzaron risas del corro de espectadores que se había formado a su alrededor. Alguien dio unas palmadas en la espalda al superviviente. Los niños corrieron a averiguar de dónde venía el barullo. Tras trepar la tapia del jardín, Peri vio los cuernos del toro que se balanceaban, la solitaria bestia dispersando a la gente, su terror ahora era casi absoluto.

A diferencia de los corderos antes de la matanza, el toro era un luchador; cuánta resistencia opuso contra los veinte hombres que lo perseguían desde todas las direcciones. Se precipitó hacia la carretera, un campo de batalla de asfalto donde acabaría rodeado por un ejército de monstruos metálicos. Se necesitaron tres horas para someterlo, y solo después de haberle inyectado un

tranquilizante antes de matarlo. Más tarde varias personas advirtieron que su carne no era halal, ya que los tranquilizantes lo habían aturdido. Pero a esas alturas a nadie le importaba lo que pensaran.

—¿Qué clase de barbarie es esta? —se quejó Mensur a su mujer, de nuevo en casa—. El islam dice que no se debe hacer daño a nadie, animales incluidos. Esa pobre criatura estaba muerta de miedo. La han torturado. No pienso comerme su carne.

Selma guardó silencio un instante.

—Está bien, no te la comas —dijo al fin—. Yo quizá tampoco me la coma. Pero no hables mal de ello. Ten respeto, esposo.

A Peri, que contaba con una pelea, le sorprendió que por una vez sus padres estuvieran de acuerdo. La carne que les tocaba se la dieron a familias necesitadas.

Esa noche, cuando se sentaron a la mesa del comedor, Peri reparó en que su padre se llenaba el vaso demasiado a menudo.

—Vaya día, ¿no? —comentó distraído—. Persiguiendo a la gente que perseguía a un toro. No he estado más cansado desde que nacisteis vosotros y estuve levantado la mitad de la noche. —Articulaba mal al hablar.

Peri, que estaba sirviéndose agua de la jarra, casi la derramó.

—¿A quién te refieres con «vosotros»?

Mensur se llevó una mano a la frente. Su rostro era el de un hombre que acaba de caer en la cuenta de que ha cometido un desliz. Por un instante pareció debatirse entre seguir hablando o no.

—Bueno, seguramente lo recuerdas.

—¿Recordar qué?

—Hubo un niño..., un gemelo. No sobrevivió.

Algo cobraba forma en la mente de Peri.

—¿Por qué?

—Oh, abejorro, no me hagas preguntas. Fue hace mucho tiempo —dijo Mensur, pero luego pudo más la curiosidad y añadió—: ¿De verdad no tenías ni idea?

—No sé de qué estás hablando, *baba*.

—Ya veo. Qué extraño… Siempre pensé que podías recordar... cosas.

Peri tardaría años en descubrir a qué se refería.

El tren se detuvo en la estación de Paddington. Shirin esperaba junto a la máquina expendedora de billetes, con un abrigo de piel gris plateado hasta las rodillas. En plena ciudad, parecía una criatura recién llegada de la estepa.

—¿Cuántos animales han tenido que matar para confeccionar esta prenda? —le preguntó Peri.

—Tranquila, no es auténtica —respondió Shirin besándola en las mejillas.

Peri escrutó el rostro de su amiga.

—Estás mintiendo, ¿verdad?

—Eh… —Shirin resopló—. Eres la primera que me pilla. Felicidades. Me alegro mucho por ti, Ratón. Estás abriendo los ojos.

Peri sabía que le tomaba el pelo. Por mucho que se riera, sintió una punzada de inquietud al detectar cierta parte de verdad en sus palabras: Shirin le había mentido antes, tal vez más de una vez, pero todavía tenía que descubrir por qué o acerca de qué.

La danza del vientre

Oxford, 2002

Peri abrió la ventana y disfrutó de la caricia del aire frío. Se alegraba de estar de nuevo en su habitación, aunque anhelaba un espacio más grande. Sentada en la cama con un libro en las manos, dobló las piernas contra el pecho. En una de sus clases, Azur había dado a leer a los alumnos un artículo sobre la noción de Dios en la filosofía kantiana. A Peri, Kant le pareció más desconcertante la segunda vez que lo leyó que la primera. Comprendía por qué los teólogos se sentían atraídos por el filósofo alemán. Sin embargo, los pensadores más destacados del ámbito opuesto, como Nietzsche o Darwin, también podían remontarse a él. Peri llegó a la conclusión de que Immanuel Kant, como Estambul, tenía muchas facetas.

No le extrañaba que a Azur le gustara tanto. También él era polifacético. Había muchos Azurs. El tertuliano seguro de sí; el actor en la vida cotidiana al que le encantaba ser el centro de la atención y la reclamaba; el profesor intimidante en el aula; el inquisidor severo en su despacho; el amable anfitrión en la intimidad de su hogar… ¿Cuántas caras más tenía? Peri recordó la cena de Nochevieja y sus consecuencias. Desde entonces había evitado a Darren, aunque él la había llamado muchas veces y le había dejado mensajes cada vez más preocupados, si no dolidos. De no haber sido por las clases y su trabajo en la librería, y por Shirin, que siempre tenía una excusa para llamar a su puerta, de buen grado se habría encerrado ella en su habitación hasta aclarar las ideas.

La atracción que sentía por Azur volvía dolorosamente intensa su vida cotidiana. Cuando acudía a su despacho, cada gesto que hacía, cada palabra que decía, ella lo interpretaba y lo reinterpretaba mal, incapaz de verlo con cierta ecuanimidad. Como un nigromante que halla signos divinos en todas

partes, buscaba mensajes ocultos en lo más prosaico. Al mismo tiempo estudiaba más que nunca, resuelta a impresionar a Azur con su inteligencia y su agudeza. Pero esa oportunidad de impresionarlo, el momento revelador que esperaba y esperaba, nunca llegaba. En su presencia, Peri seguía mostrándose retraída, la mayor parte del tiempo tenía un nudo en el estómago. De vez en cuando pasaba al polo opuesto y, en un estallido de coraje y desesperación, protestaba y discutía, desafiaba y cuestionaba, hasta que volvía a sumirse en el silencio.

Eso jamás ocurrirá, se dijo. Ella no era de esas chicas que se obsesionaban con hombres mayores; chicas que, en su opinión, buscaban la figura del padre ausente en su vida. No era capaz de explicar a nadie, y menos aún a sí misma, por qué la atraía Azur. No quería compartirlo. Como el diario sobre Dios que llevaba desde niña o la visión del niño de la bruma, Azur se había convertido en un secreto bien guardado. Aun así, se acostumbró a coger uno de sus libros antes de acostarse, y en la oscuridad recorría con un dedo las letras de su nombre, mientras sonaba una música sentimentaloide de fondo. Durante el día deambulaba cerca de su *college*, mirando furtivamente por si aparecía en una esquina. Daba un rodeo para comprar el café de la mañana en la cafetería que él frecuentaba, aunque las pocas veces que lo vio entrar se escondió en el aseo. Mientras hacía todas esas tonterías, otra parte de ella, distante y sentenciosa, observaba con desaprobación, esperando que fuera un período de locura pasajero y que terminara.

Incapaz de soportar sus propias ideas o las de Kant, se puso las zapatillas de deporte y salió a correr. Pese al frío, en el aire nocturno flotaba, como cristales de rocío, la promesa de alegría. La ausencia de ruido, que tanto le había llamado la atención al llegar de Estambul, ya no la sorprendía.

En la esquina de Longwall Street vio una cabina de teléfono. Teniendo en cuenta las dos horas de diferencia, seguro que su padre estaría bebiendo en casa, solo o con amigos.

Fue él quien contestó el teléfono.

—¿Diga?

—*Baba*…, perdona, ¿llamo en mal momento?

—¡Peri, cariño! —exclamó él—. ¿Qué quieres decir con «mal momento»? Puedes llamar a todas horas. Ojalá lo hicieras más a menudo.

A Peri se le hizo un nudo en la garganta al oír la ternura que traslucía su voz.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Cómo está madre?

—En su habitación. ¿Quieres que la llame?

—No, hablaré con ella otro día. —Y añadió con dulzura—: Te echo mucho de menos.

—Oh, vas a hacer que llore, abejorro.

—Me siento fatal por no haber podido ir a casa para Año Nuevo.

—¡Bah! ¿A quién le importa la Nochevieja? —exclamó Mensur—. Tu madre cocinó más de la cuenta el pavo y quemó el *pilaff*, de modo que comimos carne reseca con arroz negro. Luego jugamos a la *tombala* y tu madre ganó. Asegura que no hizo trampas, pero ¿quién la cree? Ah, y vimos bailar la danza del vientre por la televisión. Bueno, la vi yo. Y ya está.

Su padre no había mencionado algunas cosas, pero Peri las escuchó de todos modos: su forma persistente de beber y la bailarina casi desnuda meneando las caderas debían de haber enfurecido a Selma; de nuevo, la eterna disputa entre sus padres.

—Bebí un poco más de la cuenta, es cierto —añadió Mensur, como si le leyera el pensamiento—. ¿Qué mejor ocasión? Ya sabes lo que dicen, lo que hagas las primeras horas del año nuevo condicionará el resto.

A Peri se le cayó el alma a los pies.

—Da igual que no vinieras —continuó Mensur—. Tenemos muchos años por delante para celebrarlo. Lo más importante ahora es la escuela.

La escuela... No la universidad, ni el *college*, sino la escuela. Esa palabra elemental que para tantos padres poseía un carácter casi sagrado, pues aunque ellos mismos a menudo no tenían muchos estudios, creían en la educación e invertían cuanto podían en el futuro de sus hijos.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó Peri. No necesitó especificar a cuál se refería. Tenía que ser Hakan, puesto que apenas hablaban de Umut, y cuando lo hacían siempre era con otro tono.

—Bien, bien. Están esperando un bebé.

—¿En serio?

—Sí. —La voz de Mensur rezumaba orgullo—. Un varón.

Hacía un año desde aquella terrible noche en el hospital, pero el recuerdo seguía vívido en la mente de Peri. El olor a desinfectante, la pintura verde musgo, las marcas en las palmas de la novia… y ahora Feride estaba embarazada. Las palabras de su madre resonaron en su cabeza: «Muchos matrimonios se han construido sobre cimientos más inestables».

—No creo que pudiera hacerlo.

—¿El qué?

—Casarme con alguien que me trate mal.

Mensur soltó un resoplido que sonó a medio susurro, media carcajada.

—Tu madre y yo te queremos. —Poco acostumbrado a mencionar a ambos en la misma frase, guardó silencio un momento antes de añadir—: Te apoyaremos en lo que te haga feliz.

Los ojos de Peri se llenaron de lágrimas. Se sentía más vulnerable cuando la trataban compasivamente que cuando le hablaban con rencor.

—¿Qué te pasa, alma mía? ¿Estás llorando?

—Pero, *baba*…, ¿y si un día hiciera algo que te avergonzara? —repuso ella, pasando por alto la pregunta—. ¿Me rechazarías?

—Jamás rechazaré a mi propia hija, pase lo que pase. Mientras no me traigas a casa un imán barbudo como yerno. ¡Eso me mataría! Y no debes salir con uno de esos músicos con todos esos tatuajes en los bíceps, ¿cómo se llaman? Metaleros. A mí no me importaría, pero a tu madre le daría un síncope. Aparte de un imán o un metalero, hay muchas opciones.

Peri se rió. Recordó los rituales que compartían delante del televisor, cómo él le había enseñado a silbar, a hacer globos con un chicle, a comer pipas de girasol saladas partiendo las cáscaras con los dientes.

—Ahora en serio, ¿quién es el chico afortunado? —preguntó Mensur.

Esa palabra, «chico», por sí sola daba que pensar. Desde la perspectiva de su padre, ella solo podía enamorarse de un muchacho, alguien de su edad.

—Solo es un estudiante. No es nada serio. Soy demasiado joven para una relación formal.

—Sí, Pericim. —Su padre pareció aliviado—. Pasará. Tú concéntrate en tus estudios.

—Lo haré, *baba*.

—Y no se lo cuentes a tu madre. No hay necesidad de preocuparla.

—Claro que no.

Después de colgar, Peri estuvo corriendo una hora. Resbalaba sobre las losas heladas, pero perseveró. Cuando regresó al patio, había hecho un esfuerzo tan grande que le palpitaban las pantorrillas y la garganta le escocía al tragar saliva, los primeros signos de una molesta gripe. Se durmió enseguida, corriendo aún en sueños, aferrada a una nota que Shirin le había dejado encima de la cama.

«¡Peri, he encontrado la casa perfecta para nosotras! ¡Prepárate, nos mudamos!»

La lista

Estambul, 2016

—¿Se han enterado de lo que acaba de ocurrir? ¡Es horrible, horrible!

Era la relaciones públicas y dirigía la pregunta a la sala en general. Había salido un momento para ir al aseo, pero había regresado de inmediato, con el rostro encendido.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó alguien.

En el mundo hay dos clases de ciudades: las que tranquilizan a sus habitantes asegurándoles que el día siguiente, y el siguiente, será igual; y las que, al contrario, les recuerdan insidiosamente lo incierta que es la vida. Estambul se halla entre las segundas. No hay espacio para la introspección, ni tiempo para esperar que los relojes alcancen el ritmo de los acontecimientos. Los estambulíes pasan de una noticia desoladora a otra a toda velocidad, la digieren con rapidez y enseguida dedican toda su atención a otra cosa.

—Acabo de leerlo en twitter, una explosión —respondió la relaciones públicas.

—¿En Estambul? —le preguntó el empresario—. ¿Cuándo?

Las tres preguntas fundamentales, siempre por este orden: ¿qué?, ¿dónde?, ¿cuándo? Qué: habían dado parte de una terrible explosión. Dónde: en uno de los barrios con mayor densidad de población del centro histórico de la ciudad. Cuándo: hacía apenas cuatro minutos. La magnitud de la explosión era tal que había destruido la fachada del edificio y hecho añicos todas las ventanas hasta la siguiente calle, hiriendo a los transeúntes, disparando las alarmas de los vehículos y cambiando por un instante el color del cielo nocturno por un marrón herrumbroso.

Muchos de los invitados, encabezados por la empresaria, subieron a toda prisa la escalera para ver la noticia por la televisión. Peri los siguió, aunque

despacio, hasta una habitación luminosa y confortable. Se detuvo al fondo, desde donde podía ver la gran pantalla plana. Una reportera alterada, con el cabello tan largo que le hacía las veces de capa, hablaba a toda velocidad aferrando el micrófono con las manos.

—Todavía se desconoce el número de fallecidos y heridos, pero las perspectivas no son muy alentadoras. El único dato cierto es que se trata de una bomba de gran potencia.

Una bomba. La palabra quedó suspendida en la habitación como un humo tóxico salido de la nada. Hasta ese momento los invitados habían tenido la secreta esperanza de que la causa del caos hubiera sido un escape de gas o un generador defectuoso, lo que no habría restado gravedad a lo ocurrido, pero una bomba era diferente. Implicaba no solo un incidente trágico, sino también la intención de matar. Los desastres asustaban. El mal combinado con los desastres resultaba aterrador.

Aun así, ellos habían aprendido a vivir con las bombas, o con esa posibilidad. Aunque eran indiscriminados e imprevisibles, se creía que los terroristas seguían ciertas pautas. No atacaban de noche. Casi siempre escogían las horas diurnas para alcanzar al máximo número de personas en la menor cantidad de tiempo posible y salir en los titulares del día siguiente. La noche, aunque era peligrosa en otros sentidos, estaba a salvo de esa clase de violencia. O eso creían ellos.

De ahí que la empresaria preguntara:

—¿Una bomba? ¿A una hora tan intempestiva?

—Probablemente a los terroristas también los pilló un atasco —soltó el empresario—. Ya no llega nadie puntual en Estambul, ni siquiera el mismo Azrael.

El comentario fue recibido con una breve carcajada nada alegre. Bromear ante una catástrofe generaba remordimientos y culpa; al mismo tiempo atenuaba el miedo y aligeraba el peso de la incertidumbre, tan difícil de soportar.

Mientras tanto, en la pantalla de la televisión se veía ahora en un segundo plano una multitud de niños y hombres pendientes de cuanto decía la reportera, esperando que esta los escogiera para entrevistarlos. Un chico de poco más de doce años saludó con la mano, emocionado al ver que la cámara lo enfocaba.

A continuación se ofreció una panorámica del barrio desde un helicóptero. Las casas estaban construidas unas encima de las otras, tan apiñadas entre sí que parecían un bloque de hormigón continuo. Sin embargo, con una mirada más minuciosa se veían las diferencias. Un edificio en particular parecía haber sufrido la devastación de una guerra civil: ventanas reventadas, paredes reducidas a escombros, vidrios rotos.

—Estábamos en casa toda la familia, delante del televisor, y de pronto hemos oído un ruido, como si la tierra se sacudiera. He creído que era un terremoto —decía un testigo, un hombre bajo y robusto en pijama cuya voz traslucía una emoción que a duras penas podía contener, estupefacto de estar saliendo en el mismo canal que había estado mirando minutos antes y que ahora veían millones de personas. Mientras pasaba a describir, a instancias de la reportera, «cómo se sentía», en la parte inferior de la pantalla apareció un titular rojo que indicaba el número de víctimas.

En la mansión de la costa, los invitados regresaron uno a uno al salón y pusieron al corriente al resto del grupo.

—Cinco muertos y quince heridos.

—Serán más. Algunos de los heridos están muy graves —dijo el periodista, que se había quedado en el comedor para llamar a su oficina.

Con la misma tranquilidad con que se habían pasado las fuentes de *mezes* alrededor de la mesa, ahora intercambiaban bocados de detalles escabrosos. La redundancia no importaba, y menos aún la repetición. Cuanta más información compartían, menos real parecía todo. La tragedia, como cualquier otra mercancía, estaba concebida para el consumo individual y colectivo.

La novia del periodista respiró hondo antes de hablar.

—Entonces estuvieron fabricando una bomba en su piso. Montaron las piezas como si fuera un lego demoníaco y la detonaron. La buena noticia es que los terroristas murieron allí mismo. La mala, que el vecino del piso superior también. Era un maestro jubilado.

—Pobre, quizá daba clases de geografía —dijo el empresario, articulando ligeramente mal las palabras—. Qué triste destino… Debía de ser un ciudadano decente que corregía los exámenes de sus alumnos y llevaba trajes raídos. Después de años de trabajo duro, se jubila. Se acabó el pelearse con mocosos ignorantes. Una pandilla de terroristas se mudan al piso de abajo…,

empiezan a fabricar bombas, que se vayan al infierno… ¡Bum! Fin del maestro. ¡Enseñaba a sus alumnos las montañas y los valles cuando debería haberles dicho que esta geografía es una puta mierda!

Por un momento nadie habló.

—¿Sabemos quiénes eran los terroristas? —preguntó entonces la relaciones públicas—. ¿Eran marxistas? ¿Separatistas kurdos? ¿Islamistas?

El arquitecto soltó una risita.

—¡Qué variado menú!

Peri oyó a su marido carraspear con suavidad antes de tomar la palabra.

—No es solo el terrorismo o el horror que provoca, sino lo fácil que nos acostumbramos a estas noticias. Mañana a esta hora casi ninguno hablaremos del maestro. Dentro de una semana lo habremos olvidado.

Peri bajó la vista. La tristeza que desprendían sus palabras le llegó al corazón y allí permaneció, como el calor que languidece en las agonizantes ascuas de un fuego de leños.

El rostro del otro

Oxford, 2002

Al otro lado de la verja las esperaba un taxi. Hicieron el trayecto en silencio hasta que Peri lo rompió con un estornudo.

—¡Salud, Ratón!

—Gracias… ¡Todavía no me creo que esté mudándome contigo! —exclamó Peri en tono quejumbroso mirando por la ventanilla las calles por las que pasaban.

Sin hacer caso de la resistencia de Peri, Shirin había seguido buscando casa. Logró convencer a los directores del *college* para que les permitieran trasladarse en pleno año académico. Gracias a su entusiasmo incontenible, no tardó mucho en dar con una vivienda. Diligente como un abejorro que zumba de flor en flor, pagó el alquiler y la fianza, y lo dispuso todo para que un coche trasladara sus pocas pertenencias. Fue tan eficiente e impecable en la organización, que cuando llegó el día de la mudanza Peri únicamente tuvo que coger el abrigo y salir por la puerta con su amiga.

—Relájate, que vamos a divertirnos —se entusiasmó Shirin—. ¡Las tres!

Peri contuvo la respiración.

—¿Quién más viene?

Shirin sacó del bolso una polvera y se miró en el espejo, como para comprobar su expresión antes de responder.

—Mona se ha apuntado.

—¿Cómo? ¿Y me lo dices ahora?

—Bueno, si hay que compartir casa siempre es mejor ser tres que dos. —Shirin sonrió, aunque no parecía muy convencida.

Peri negó con la cabeza.

—Deberías habérmelo consultado.

—Lo siento, no me acordé. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. —Shirin suavizó el tono—. ¿Qué pasa? Creía que Mona te caía bien.

—¡Sois vosotras las que no os lleváis bien!

—Exacto. Necesito el reto.

—¿Qué quieres decir?

Si Shirin tenía una explicación, la daría en otro momento. Habían llegado a la dirección indicada. Una casa adosada victoriana en Jericho, con ventanas saledizas en la planta baja, techos altos y un pequeño jardín trasero.

Mona esperaba en los escalones de la entrada, entre cajas y bolsas. Las saludó con una mano y bajó a la acera. Su rostro traslucía nerviosismo. A Peri le bastó echar un vistazo para saber que la habían engatusado, exactamente como ella.

—Hola, Mona —le dijo Shirin, tras pagar la carrera del taxi y apearse.

Las tres se saludaron en la acera, incómodas. Las diferencias entre ellas contrastaban con la armonía arquitectónica de la calle. Mona con su largo abrigo pardo oscuro; Shirin muy maquillada, con un vestido negro corto y botas de tacón, y Peri con vaqueros y gabardina azul.

—Haremos dos duplicados —anunció Shirin, haciendo tintinear las llaves que llevaba en la mano—. Qué emocionante. —Abrió la puerta de la casa y entró corriendo.

La siguió Mona, con el pie derecho primero y moviendo los labios al rezar:

—*Bismillah ir-rahman ir-rahim.*

Por último entró Peri, estornudando y tosiendo. Aunque había visto fotos de la casa y estaba amueblada, parecía medio vacía. La intimidaba la idea de compartir techo con otras personas e interactuar con ellas a horas impredecibles, día tras día…, la forzosa proximidad entre personas que, sin ser amantes, debían compartir cierta intimidad. En vano intentó apartar las preocupaciones. El destino era un jugador al que le gustaba apostar fuerte. Peri supo que tras aquella experiencia serían grandes amigas y hermanas de por vida, o todo quedaría diluido en peleas y lágrimas.

Si las casas tuvieran características humanas, esta sería como una adolescente quejica. No dejaba de protestar. La escalera chirriaba, el parquet crujía, los

goznes de las puertas rechinaban, los armarios de la cocina rezongaban, la nevera resollaba y la cafetera gemía contrariada por cada gota a la que renunciaba. Aun así, era la casa de ellas… siempre que pagaran el alquiler. Incluso tenían su pequeño jardín en la parte de atrás, donde harían una barbacoa en cuanto mejorara el tiempo.

De los tres dormitorios del piso superior, dos eran casi del mismo tamaño mientras que el del fondo era más pequeño y oscuro. Peri insistió en instalarse en ese. Le parecía que era lo justo, dada la pequeña cantidad de dinero que aportaba. Sospechaba que Shirin y Mona habían acordado compartir los gastos sin consultarle. El grueso lo sufragaría Shirin, fiel a su palabra. Mona ayudaría a pagar las facturas, suma que quizá no excedería de lo que le costaba su habitación en el *college*. En cuanto a Peri, solo se esperaba que contribuyera con la compra. En tales condiciones nunca habría aceptado quedarse en una de las habitaciones más espaciosas.

—¡Tonterías! —protestó Mona—. Lo decidiremos a suertes. La que saque el palito más corto se quedará en la tercera habitación.

—Entonces, ¿vas a dejar que decida el azar? —Shirin negó con la cabeza, asombrada.

—¿Qué propones? —le preguntó Mona.

—Tengo una idea mejor —propuso Shirin—. Hagamos turnos. Cada mes recogeremos nuestras cosas y nos trasladaremos a la habitación contigua, como las tribus nómadas. Seremos los hunos pero más pacíficos. Así todas estaremos en igualdad de condiciones.

—Muchas gracias a las dos, pero no voy a permitirlo —interrumpió Peri —. O me quedo yo con la habitación pequeña, o me marcho.

Shirin y Mona se miraron divertidas. Nunca la habían oído hablar así.

—¡Está bien! —cedió Shirin—. Pero debes dejar de preocuparte por el dinero. La vida es demasiado corta. ¿Quién sabe si no estaré yo en deuda contigo al final? Puede que me enseñes una lección valiosa, ¿no?

Pasaron las siguientes horas en sus respectivas habitaciones, deshaciendo el equipaje. Pese a su tamaño y al escaso mobiliario, a Peri enseguida le gustó su espacio, que tenía una ventana abierta al jardín. Pero la mayor sorpresa fue la pesada cama con dosel y cajones. Era una reliquia de otra época y, cuando se

tumbaba y corría las cortinas, Peri tenía la sensación de ir en un carruaje tirado por un caballo. Junto a la ventana también había un acogedor espacio donde puso una silla y que bautizó como «el rincón de lectura».

A la hora de cenar llamó a la puerta de Mona, que estaba frente a la suya. Bajaron a la cocina, impacientes por preparar su primera comida juntas. Sorprendidas, vieron que Shirin ya estaba sentada a la mesa ante una botella de vino, otra de zumo de manzana, un plato de aceitunas y tres vasos.

—Esto hay que celebrarlo —dijo—. ¡Tres jóvenes musulmanas en Oxford! La Pecadora, la Creyente y la Confusa.

Hubo un breve silencio mientras Mona y Peri decidían qué epíteto le iba a cada una. Peri tomó su copa y la alzó.

—¡Por nuestra amistad!

—¡Por nuestra crisis existencial colectiva! —añadió Shirin.

—Habla por ti —replicó Mona, dando un sorbo al zumo de manzana.

—Bueno, tú te niegas a verlo —replicó Shirin—. Pero en estos momentos los musulmanes estamos pasando una crisis de identidad, sobre todo las mujeres. ¡Y las mujeres como nosotras aún más!

—¿Qué quieres decir?

—¡Las que estamos expuestas a más de una cultura! Nos hacemos preguntas importantes. ¡Oye esto, Jean-Paul Sartre! ¡Tenemos una crisis existencial como no has visto nunca! ¡Muérete de envidia!

—No me gusta esta clase de conversación —protestó Mona, sentándose—. ¿Qué nos hace tan diferentes? ¡Hablas como si viniéramos de otro planeta!

Shirin dio un rápido sorbo de su copa.

—¡Despierta, hermana! ¡Ahí fuera hay locos que están haciendo cosas realmente horripilantes en nombre de la religión, de nuestra religión! Tal vez no sea la mía, pero sin duda es la tuya. ¿No te preocupa?

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —replicó Mona, alzando el mentón—. ¿Acaso pides a cada cristiano que conoces que se disculpe por los horrores de la Inquisición?

—Si viviéramos en la Edad Media, seguramente lo haría.

—Ah, ¿entonces los cristianos y los judíos de hoy son ángeles sin alas? —soltó Mona—. ¿Has estado alguna vez en un puesto de control en Gaza? ¡Lo dudo mucho! ¿Qué hay del genocidio de Ruanda? ¿De Srebrenica? ¡No

responsabilizas a todos los cristianos de esas matanzas horribles, y haces bien! ¿Por qué culpas entonces a todos los musulmanes de lo que hacen unos cuantos locos?

—Mmm…, ¿podéis dejar de pelearos? —dijo Peri tosiendo. Le pareció que tenía un poco de fiebre.

—Seguro que también hay muchos farsantes entre los cristianos y los judíos, y hay que condenar toda clase de fanatismo, venga de donde venga —insistió Shirin—. Pero es innegable que en este preciso instante hay más fanatismo en Oriente Próximo que en cualquier otro lugar. ¿Puedes pasear sola en Egipto sin sufrir una agresión sexual? ¡Que no se te ocurra salir a la calle después del anochecer! Conozco a mujeres que han sufrido acoso durante una peregrinación. ¡En lugares santos! ¡Delante de la policía saudí! Las mujeres se callan esas cosas por vergüenza. ¿Por qué nos avergonzamos nosotras y no quienes nos violan? Tenemos que cuestionarnos muchas cosas.

—Yo estoy cuestionándomelas —replicó Mona—. Me cuestiono la historia. La política. La pobreza global. El capitalismo. La diferencia de salarios. La fuga de cerebros. La industria bélica. No olvides el terrible legado del colonialismo. Siglos de saqueo y explotación. ¡Por eso es tan rico Occidente! ¡Dejemos el islam en paz y empecemos a hablar de cuestiones centrales!

—Qué típico, echar la culpa a los demás de nuestros problemas —repuso Shirin alzando las manos con desesperación.

—Mmm… ¿cenamos? —Peri lo intentó una vez más, aunque no esperaba respuesta. Conocía demasiado bien la situación…, era como vivir con sus padres de nuevo. Un ir y venir de acusaciones furiosas; un ping-pong de malentendidos. Aun así, allí le resultaba más fácil ser testigo de ello. La tensión en el ambiente no la afectaba tanto como en su casa. Shirin y Mona no eran su padre y su madre comportándose como el perro y el gato. No sentía la necesidad de mediar. Sin ninguna responsabilidad emocional que la abrumara, su mente era libre para analizar. De modo que escuchó, envidiándolas en secreto. Pese a su flagrante polaridad, las dos eran igual de apasionadas. Mona tenía su fe; Shirin, su ira. ¿A qué podía aferrarse ella?

—Lo único que digo es que los desafíos a que se enfrenta hoy día un joven musulmán son mayores que los que aguardan a un monje budista o a un

ministro mormón —continuó Shirin—. Aceptémoslo.

—No pienso aceptar nada —replicó Mona—. Mientras sigas tan predispuesta en contra de tu propia religión, no podremos tener una conversación como es debido.

—¡Ya estamos otra vez! —exclamó Shirin alzando la voz—. En cuanto abro la boca y digo lo que pienso, te ofendes. ¿Alguien puede explicarme por qué los jóvenes musulmanes se ofenden con tanta facilidad?

—Quizá porque nos atacan —respondió Mona—. Todos los días debemos defendernos, cuando no hemos hecho nada malo. Esperan que demuestre que no soy una terrorista en potencia. Me siento continuamente bajo su escrutinio. ¿Sabes lo sola que me siento?

Como en respuesta, los nubarrones que durante toda la jornada habían ido congregándose sobre la ciudad estallaron en un aguacero que golpeó la ventana. Peri pensó en el Támesis, creciendo e intentando salirse de su cauce no muy lejos de allí.

—¿Sola tú? ¡Por favor! Hay millones de personas contigo. Los gobiernos. La religión convencional. Los principales medios de comunicación. La cultura popular. Además, das por hecho que Dios está de tu parte, lo que no es poco. ¿Cuánta más gente quieres a tu lado? ¿Sabes quiénes son los que están de verdad solos en nuestros países de origen? Los ateos. Los yazidíes. Los gays. Las drag queens. Los ecologistas. Los objetores de conciencia. Los marginados. A menos que pertenezcas a una de esas categorías, no te quejes de soledad.

—No tienes ni idea. Me han intimidado, insultado, echado de malos modos de un autobús y mirado como si fuera estúpida, todo por el pañuelo que llevo en la cabeza. ¡No sabes lo mal que me han tratado! ¡Es solo un pedazo de tela, por el amor de Dios!

—¿Por qué lo llevas entonces?

—¡Es mi identidad y lo que he escogido! A mí no me molestan tus costumbres, ¿por qué a ti sí las mías? ¡A ver quién es la liberal aquí!

—Maldita ignorante. Al principio solo es uno, luego diez y acaban siendo millones. Antes de que te des cuenta se ha creado una república de pañuelos. Por esa razón se fueron mis padres de Irán, ¡tu pequeño pedazo de tela nos envió al exilio!

La expresión de Peri se endurecía con cada palabra que pronunciaban. Bajó la mirada hacia la mesa de madera, estropeada en una esquina. Siempre le habían atraído las cicatrices y las imperfecciones debajo de una superficie lisa.

—¿Qué piensas tú, Peri? —le preguntó Shirin de pronto.

—Sí, dinos quién crees que tiene razón.

Peri se movió inquieta bajo su mirada. Escrutó sus rostros expectantes intentando responder de la manera más adecuada. En algunos aspectos Shirin tenía razón, dijo, y en otros, Mona. Por ejemplo, estaba de acuerdo en que la vida podía ser sistemáticamente injusta para un miembro de una minoría —ya fuera sexual, religiosa o cultural— en una cultura musulmana cerrada, aunque también era consciente de los apuros que pasaba una mujer que llevara pañuelo en la sociedad occidental. Para ella, siempre dependía del contexto. Con independencia de quién fuera la parte desamparada y desfavorecida en un lugar y un momento determinados, ella quería apoyarla. De ahí que no estuviera de manera categórica a favor de nadie más que del más débil.

—Eso es demasiado abstracto —declaró Shirin tamborileando con los dedos sobre la mesa con impaciencia.

A juzgar por la expresión de Mona, por una vez ambas estaban de acuerdo. La respuesta de Peri, aunque ecuánime, no satisfacía a ninguna.

—Que quede clara una cosa —dijo Mona volviéndose una vez más hacia Shirin—. No tengo nada en contra de los ateos, los gays o las drag queens. Allá ellos con su vida. Pero me preocupan los islamófobos. Si vas a hablar como una neoconservadora belicista, será mejor que me vaya de esta casa.

—¿Yo una neoconservadora? —Shirin dejó la copa con tanta fuerza que el vino se derramó sobre la mesa—. ¿Quieres irte? ¡Muy bien! Pero eso sería optar por el camino fácil. Debemos intentar acoplarnos a lo que nos dice el otro.

«Acoplarse. Debo recordar este verbo», se dijo Peri.

—Estoy de acuerdo —dijo Mona.

—Genial —exclamó Shirin—. Escribiremos un Manifiesto de la Mujer Musulmana. Será un gran logo: el MMM. Plasmaremos en él todo lo que nos frustra. El fanatismo. El sexismo.

—La islamofobia —añadió Mona.

—Creo que deberíamos empezar a preparar la cena —sugirió Peri.

Todas se rieron. Por un momento, fue casi como si la tormenta hubiera pasado. Llegó la calma. Fuera ya no llovía; la tarde se disolvió en el crepúsculo, la luna era un talismán nacarado en las entrañas del firmamento, y al otro lado de Port Meadow, el Támesis corría con fuerza en profundos remolinos, serpenteando plateado en la oscuridad.

—¿Sabéis? —continuó Mona suspirando con resignación, como si se dispusiera a revelar algo que había tardado en averiguar—. Os habéis educado en una religión asombrosa, y se os ha dado un Profeta extraordinario como guía, pero en lugar de consideraros afortunadas e intentar mejorar como personas, lo único que hacéis es quejaros.

—Hablando del Profeta —terció Shirin—, hay cosas que me parecen…

—Ni se te ocurra —objetó Mona, y por primera vez le tembló la voz—. Podéis tomarla conmigo, no me importa. Pero no permito que la gente despotrique contra mi Profeta cuando no saben ni una palabra de Él. Criticad el mundo musulmán si queréis, pero a Él dejadlo fuera.

Shirin resopló con frustración.

—¿Por qué íbamos a privar a alguien del pensamiento crítico? ¡Sobre todo estando en suelo universitario!

—¡Porque lo que tú llamas pensamiento crítico son tonterías que solo sirven a tus intereses! —exclamó Mona—. Porque sé lo que vas a decir, del mismo modo que sé que tu mirada es impura y que tus conocimientos están manipulados. ¡No puedes juzgar el siglo VII desde la óptica del siglo XXI!

—Ya lo creo que puedo, si el siglo VII intenta imponerse al XXI.

—Ojalá consigas estar orgullosa de quien eres —dijo Mona—. ¿Sabes en qué te has convertido? En una musulmana que reniega de sí misma.

—Uf —replicó Shirin fingiéndose dolida—. Nunca he entendido a la gente que se enorgullece de ser estadounidense, árabe o rusa… Cristiana, judía o musulmana. ¿Por qué debería sentirme satisfecha de algo que no he escogido? Es como decir que me siento orgullosa de medir un metro setenta y cinco. O como felicitarme por mi nariz aguileña. ¡Es una lotería genética!

—En cambio, de tu ateísmo sí estás satisfecha —replicó Mona.

—Bueno, antes era atea militante. Ya no, gracias al profesor Azur. —Shirin hizo un ademán teatral—. Pero he trabajado mucho mi escepticismo. He

volcado en él mente, alma y valor. ¡Me he apartado de las multitudes y las congregaciones! No me ha llovido del cielo. Sí, me siento orgullosa del camino que he recorrido.

—Entonces es cierto que desprecias nuestra cultura. Me desprecias… a mí. Para ti soy una retrógrada con el cerebro lavado. Una oprimida. Una ignorante. Pero, a diferencia de ti, yo he estudiado el Corán. Y me ha parecido profundamente elocuente, sabio y poético. He estudiado la vida del Profeta, y cuanto más leo sobre Él, más admiro su personalidad. Hallo paz en mi fe. ¿Te importa acaso? ¡Ni siquiera sé por qué acepté venir a vivir contigo! —Y acto seguido, Mona subió corriendo a su habitación. Los escalones de parquet protestaron bajo el peso de sus emociones.

Shirin alzó su copa vacía y la arrojó con todas sus fuerzas contra la pared. Una lluvia de cristales hechos añicos cayó al suelo, como un triste confeti. Peri se estremeció, pero se levantó al instante para recogerlos.

—No te muevas —le ordenó Shirin—. Lo he ensuciado yo y yo lo limpiaré.

—Está bien.

Sabía que su amiga solo recogería los pedazos más grandes; las esquirlas quedarían incrustadas entre los tablones, esperando a que las pisaran y se cortaran.

—Me voy a mi habitación.

Shirin suspiró.

—Buenas noches, Ratón.

Peri dio unos pasos, pero se quedó mirando a Shirin, de cuyo rostro había desaparecido toda bravuconería.

—Ya me advirtió que no sería fácil —murmuró para sí cuando creyó estar sola.

—¿Quién te lo advirtió? —le preguntó Peri.

Shirin levantó la cabeza, parpadeando confundida.

—Da igual. —Pero en su voz se percibía un tono incisivo que antes no tenía—. Hablaremos más tarde. Necesito darme un baño. Ha sido un día muy largo.

Sola en la cocina, con la cabeza zumbándole y sin nada de sueño, Peri volvió

a servirse vino. ¿Se había topado sin querer con un secreto? El comentario distraído de Shirin resultaba inquietante. De forma intuitiva o racional, sospechaba que detrás de su insistencia para que se mudaran juntas había un maestro de la manipulación: Azur.

Recordaba un pasaje de uno de los primeros libros del profesor, en el que analizaba la peculiar idea de juntar en un espacio cerrado a personas con opiniones totalmente dispares y que se hicieran mutuas recriminaciones, y obligarlas a mirarse a los ojos. En la misma celda colocarían a un defensor de la supremacía de la raza blanca y a un preso negro; a un minero de jade y a un ecologista; a un cazador con trofeos y a un defensor de las especies en extinción. Peri no había reflexionado mucho sobre esas líneas cuando las leyó. Pero ahora todo encajaba. Sin saberlo, Peri estaba participando en un juego, controlado a distancia por un cerebro.

Horrorizada, subió la escalera. La puerta del dormitorio de Mona estaba cerrada. Del cuarto de baño del fondo del pasillo llegaba el rumor de agua al correr. Shirin tarareaba una canción que a Peri le resultaba vagamente familiar, una melodía casi evocadora e inquietante.

Peri entró de puntillas en el dormitorio de Shirin. Había cajas de cartón por todas partes. Apenas había empezado a deshacer su equipaje. En una de las cajas más grandes se leía en letras mayúsculas «LIBROS». Estaba abierta. Peri vio que había algunos volúmenes colocados ya en los estantes. Al parecer Shirin se había cansado enseguida y dejado el resto de la caja intacta.

Hurgando entre los libros, no tardó en encontrar lo que buscaba. Una por una, sacó de la caja todas las obras publicadas por Azur. Cogió la primera y la abrió por la portadilla. Como suponía, había una dedicatoria.

Para la dulce Shirin,
perpetua *émigrée*, valiente amotinada, marginada filosófica,
la chica que sabe formular preguntas y no teme buscar
las respuestas…

A. Z. Azur

Presa de un ataque de celos, cerró el libro bruscamente. Sabía que Shirin iba a ver al profesor con frecuencia, al menos dos veces a la semana, y que

estaban muy unidos, pero la atormentó constatar cuánto valía ella a ojos de él. Abrió los otros libros solo para comprobar si también estaban dedicados. En la última obra publicada, la dedicatoria era más larga:

> Para Shirin, que, a diferencia de su nombre,
> es dulce y acre, como las granadas de Persia,
> la tierra del león y el sol…
> Pero que debe llegar a conocer, si no a amar, lo que contempla con desdén;
> porque solo en el espejo del Otro
> puedes vislumbrar el rostro de Dios.
> Ama, querida,
> ama a tu hermanastra…
>
> A. Z. Azur

¿Qué hermanastra? Peri sabía que Shirin no tenía ninguna…, a no ser que fuera una metáfora de «la otra mujer».

Respiró hondo mientras iba comprendiendo el alcance del montaje. Shirin desdeñaba la religión y a las personas religiosas. Pero aunque se ensañaba con todas las confesiones, criticaba sobre todo la fe en la que se había educado. Era en particular alérgica a las jóvenes musulmanas que llevaban la cabeza cubierta por decisión propia. «Los mulás y la policía de la moral nos silencian desde fuera. Pero esas chicas que creen sinceramente que deben cubrirse para no seducir a los hombres lo hacen desde dentro», le dijo en una ocasión. Cuanto más lo pensaba, más se convencía Peri de que el profesor Azur había colocado a Shirin en un laboratorio social para interaccionar con su «Otro»: Mona.

Incluso desconcertada como estaba por el descubrimiento, había algo que le preocupaba aún más. Tal vez no fuera solo Mona. Tragando saliva, se vio a sí misma por primera vez con los ojos de Shirin. Sus dudas, su indecisión, su timidez, su pasividad… Cualidades que alguien como Shirin aborrecería. «Tres musulmanas en Oxford: la Pecadora, la Creyente y la Confusa.» Mona no era la única seleccionada para aquel extraño experimento social. De pronto lo comprendió todo: ella era la segunda hermanastra.

Devolvió el libro a la caja, la cerró y salió de la habitación. Cuánto echaba de menos la paz y la tranquilidad de su habitación del *college*; había acabado en una casa donde cualquier movimiento que hiciera llegaría a oídos

del profesor Azur. Se sintió como una mosca en un tarro de cristal, resguardada y segura a primera vista, pero atrapada.

Los chacras

Estambul, 2016

—Nos olvidaremos del profesor jubilado —insistió Adnan—. Ya nada nos impresiona. Nos hemos vuelto insensibles.

—Querido, ¿no está siendo un poco duro? ¿Qué más podríamos hacer? —le preguntó la empresaria—. Si no fuera así, ¡nos volveríamos locos!

Al oírlos, el vidente se unió a la conversación negando impaciente con la cabeza.

—Las naciones, como las personas, tienen un signo del zodíaco. Este país nació el 29 de octubre. Escorpio, regido por Marte y Plutón. ¿Quién es Marte? El dios de la guerra. ¿Y Plutón? El dios del averno. Los planetas lo explican todo.

—Supercherías astrológicas —replicó el magnate de la prensa, que era religioso—. ¿Qué quiere decir con «dioses» cuando aquí todos creemos en un solo Alá?

El vidente se irguió, aparentemente ofendido.

—Todo Oriente Próximo tiene los chacras bloqueados —señaló el periodista.

—No me extraña —terció el empresario—. La única energía que conocemos es el petróleo. ¡Para que luego hablen de energía espiritual!

—¿Y qué chacras hay que desbloquear en su opinión? —le preguntó la empresaria, pasando por alto el comentario de su marido.

—El quinto —fue la respuesta—. Es el chacra de la garganta. Pensamientos reprimidos, deseos no expresados. Nace en la parte posterior de la boca y presiona el esófago y el estómago.

Unos cuantos invitados se llevaron una mano al cuello.

—Por cierto, tengo la boca seca. Necesito abrir mi chacra —anunció el

empresario—. *Kizim*, tráenos más whisky.

—Hay una técnica para desbloquear los chacras de una nación… —continuó el vidente.

—¿Se llama democracia? —sugirió Peri.

El cirujano plástico miró el reloj.

—Qué tarde es. Será mejor que me vaya. Cojo un avión a primera hora. —Aunque llevaba muchos años viviendo en Estocolmo, regresaba con frecuencia a Estambul, donde tenía negocios y, según se rumoreaba, una amante tan joven que podría ser su hija.

—Estupendo, se larga y nos deja aquí peleándonos con el caos —replicó la relaciones públicas.

Quienes se iban en pos de una vida mejor a tierras extranjeras eran a la vez envidiados y menospreciados. Daba igual que fuera Nueva York, Londres o Roma. Para los que se quedaban, se trataba de la sola idea de una vida en otra parte. Ellos también anhelaban nuevos cielos bajo los que caminar. Durante desayunos y almuerzos tardíos trazaban minuciosos planes para marcharse al extranjero, refiriéndose con ello casi siempre a Occidente. Pero sus planes eran como castillos de arena que la creciente marea de la familiaridad iba erosionando poco a poco. Parientes, amigos y recuerdos compartidos los retenían allí. Poco a poco olvidaban su anhelo de vivir en otro sitio… hasta el día en que se topaban con alguien que realmente había hecho cuanto ellos habían deseado una vez. Entonces surgía el resentimiento.

El cirujano plástico percibió la animosidad.

—Suecia tampoco es el paraíso.

Razonamiento que no convenció a nadie. Al día siguiente él viajaría de nuevo a Europa y ellos se quedarían allí con sus problemas. Comería bollos de canela mientras ellos lidiaban con la inestabilidad de la región, los disturbios políticos y las bombas.

Peri le sonrió, compasiva.

—No es fácil quedarse, pero tampoco irse.

Se refería a que quienes se habían quedado atrás, pese a las penalidades, disfrutaban de amistades duraderas y redes sociales mayores, mientras que los que emigraban para siempre, seguían siendo rompecabezas incompletos a los que les faltaba una pieza fundamental.

—¡Oh, qué trágico que tenga que vivir en los Alpes! —exclamó la novia del periodista, que pese a los codazos de su novio seguía bebiendo.

—Los Alpes están en Suiza, no en Suecia —intentó corregirla alguien, pero la novia del periodista pasó por alto el comentario.

Con el vientre embutido en su ceñida minifalda, se levantó de un salto y señaló con una uña esmaltada y medio mordisqueada al cirujano plástico.

—¡Todos ustedes son unos desertores! Se van a vivir al extranjero con el mayor confort… Y nos toca a nosotros enfrentarnos al extremismo, el fundamentalismo, el sexismo y… —Se volvió como buscando otro «-ismo»—. Son mis libertades las que están en peligro…

—Hablando de peligro… —La anfitriona se volvió hacia el vidente—. Tengo que enseñarle la casa. Solo usted puede decirme por qué hemos sufrido tantos accidentes espantosos. Primero fue la inundación; luego, el rayo. ¿Y se ha enterado de lo del barco? ¡Se estrelló contra la mansión, como en una película de acción! —Miró a su marido por si había olvidado algo.

—El árbol —dijo él, solícito.

—¡Ah, sí, nos cayó un árbol sobre el tejado! ¿Cree que podría tratarse del mal de ojo?

—Eso parece. Nunca hay que subestimar el poder de la envidia —respondió el vidente—. ¿Han registrado las habitaciones de las criadas? Podrían haberles echado una maldición.

—¿Cree que se atreverían? Las despediría sin contemplaciones si encontráramos algo sospechoso. —La anfitriona se palpó el cuello como si le costara respirar—. ¿Por dónde quiere empezar?

—Por el sótano. Cuando se busca un *yinx*, siempre hay que empezar por los rincones más oscuros.

Cuando el vidente y la anfitriona pasaron por su lado, Peri notó una vibración. Transcurrió otro segundo antes de que cayera en la cuenta de que era el móvil de su marido. Palideció; Shirin le devolvía la llamada.

La casa de Jericho

Oxford, 2002

Pronto se hizo evidente que cada una tenía su rincón favorito en una parte de la casa. Para Shirin era el cuarto de baño; más exactamente, la bañera con patas de garra. Con velas, sales de baño, cremas y aceites, la convirtió en un altar a la autoindulgencia. Su ritual vespertino consistía en llenar la bañera hasta el borde de agua caliente y echar una embriagadora mezcla de aromas. Inmersa en ella durante una hora, leía revistas, escuchaba música, se limaba las uñas y soñaba despierta.

El lugar preferido de Mona era la cocina. Se despertaba temprano y nunca se saltaba la oración matinal. Hacía sus abluciones, extendía en el suelo su estera de seda para el rezo—regalo de su abuela— y oraba por ella y por los demás, incluida Shirin, quien en su opinión necesitaba un empujón divino. La fuerza del empujón se la dejaba a Alá, que sabía qué le convenía más. Después bajaba a la cocina y preparaba el desayuno para todas: crepes, *ful mudammas*, tortillas.

Para Peri, su rincón especial era la cama con dosel de su dormitorio. Shirin le había regalado un juego de sábanas de algodón egipcio que le sobraba, tan suave como el pelaje de un conejo, lo que no hizo sino aumentar su apego a aquel lecho. Allí estudiaba. Tumbada por las noches, escuchaba el susurro del viento entre las ramas más altas del aliso o el lejano curso del río. En el muro de enfrente, las sombras oscilaban a un ritmo silencioso. Veía formas que le recordaban mapas de países, imaginarios y reales; territorios en que habían muerto millares de personas, sangre sobre sangre. Exhausta por el ritmo de sus fantasías se quedaba dormida, reconfortada al saber que cuando despertara al día siguiente, el mundo seguiría allí, como siempre.

Por las mañanas, mientras Shirin, que dormía hasta tarde, seguía en la

cama, y Mona, que madrugaba, rezaba, Peri salía a correr. Obligaba a su cuerpo a seguir adelante y pensaba en Azur. ¿Qué había pretendido al animar a Shirin a reunirlas a las tres? ¿Qué le iba en ello? Cuanto más se esforzaba por resolver el misterio, mayor era su resentimiento, que le surgía como la bilis.

La mayoría de las desavenencias estallaban en torno de la mesa de la cocina, a menudo rodeadas del olor de pan horneándose. Una vez Shirin salió gritando que se había acabado, pero al cabo de un rato regresó para cenar. En otra ocasión fue Mona quien reaccionó de forma similar. Sus discusiones giraban alrededor de Dios, la religión, la fe, la identidad y, alguna vez, el sexo. Mona creía en lo de llegar virgen al matrimonio —devoción que esperaba tanto de sí misma como de su futuro marido—, mientras que Shirin se burlaba del concepto. En cuanto a Peri, que no era devota de la virginidad ni se sentía todo lo cómoda que le gustaría con la sexualidad, las escuchaba sintiéndose en alguna parte en el medio, como a menudo le sucedía.

El jueves por la tarde, cuando Peri regresó a casa, encontró a Mona y a Shirin frente al televisor, mirando en silencio una escena de caos. La cámara se movía a sacudidas entre el sonido de sirenas, vidrios rotos y sangre derramada. Una sinagoga de Túnez había sido objeto de un ataque terrorista. Un camión cargado de gas natural y explosivos había explotado frente al edificio; diecinueve personas habían muerto.

—Dios mío —murmuró Mona, mordiéndose el interior de la boca—, que no sean musulmanes los que lo han hecho, por favor.

—Dios no te oirá —replicó Shirin.

Mona le lanzó una mirada glacial. Cuando volvió a hablar, alzó la voz:

—¡Te… burlas de mí!

—Me burlo de la inutilidad de tus rezos —refutó Shirin—. ¿De verdad crees que podrás cambiar lo sucedido si rezas bastante? Lo hecho, hecho está.

El mutuo enfado aumentaba por momentos. Esa tarde la pelea fue más virulenta que nunca.

Peri se retiró a su habitación sin cenar, se arrojó sobre la cama y se tapó los oídos mientras en el piso de abajo continuaban los gritos.

«Mañana por la mañana se avergonzarán de cuanto se han dicho», pensó.

Pero probablemente lo dejarían pasar… hasta la siguiente pelea. De las

tres, solo a Peri se le quedarían grabadas en la memoria todas las palabras, todos los gestos, todo el daño. Desde niña era una archivera consumada, una grabadora de recuerdos dolorosos. Consideraba la memoria como un deber, una responsabilidad que había que cumplir hasta el final, aunque intuía que semejante carga la hundiría algún día.

De niña entendía el lenguaje del viento, leía los signos esculpidos en los campos a medio cosechar o en la nieve que caía de las acacias, y cantaba con el agua que salía de un grifo. Incluso creía que, si lo intentaba, algún día vería a Dios con sus propios ojos. Una vez que iba con su madre por la calle, se topó con un erizo arrollado por un coche y se obstinó en rezar por su alma. El cielo era un lugar pequeño reservado para unos pocos elegidos. No se admitían animales, le explicó su madre, horrorizada ante la petición de su hija.

—¿Quién más no puede ir al cielo? —le preguntó Peri.

—Los pecadores, los malhechores, los que abandonan nuestra religión o se apartan del buen camino…, los que se suicidan. A ellos ni siquiera se les dedica una oración fúnebre.

Y, al parecer, los erizos. Arrojaron a la víctima del accidente a un cubo de la basura. Esa noche Peri salió a hurtadillas de su casa y rescató a la criatura muerta del cubo maloliente. No había conseguido guantes y cuando tocó el cuerpo sin vida se estremeció, como si algo del cadáver pasara a ella. Cavó un hoyo con las manos, puso una lápida hecha con una regla de madera y rezó. Poco a poco lo de coreografiar ritos fúnebres se convirtió en su juego favorito. Organizaba entierros para abejas muertas y pétalos marchitos, mariposas con las alas rotas y juguetes estropeados que no tenían arreglo. Todo lo que no era bien recibido en el *cennet*.

Al hacerse mayor aprendió a reprimir sus peculiaridades una a una. Su familia, la escuela y la sociedad las redujeron a un polvo uniforme de normalidad. A excepción del niño de la bruma. Pero Peri siempre supo que ella era diferente, y que tenía que hacer lo posible por domeñar su singularidad. Se esforzaba tanto en ser normal que a menudo no le quedaba energía para nada más, lo que la dejaba con una sensación de inutilidad. En algún momento, sin que se diera cuenta, la soledad dejó de ser una opción y se convirtió en una maldición. Un vacío en el pecho tan profundo y constante que imaginó que solo era comparable a la ausencia de Dios. Sí, tal vez fuera eso.

Llevaba en sí la ausencia de Dios. No era de extrañar que lo sintiera como una pesada carga.

El peón

Oxford, 2002

Peri rodeó en bicicleta Radcliffe Square con una cartera llena de libros y un racimo de uvas que le había sobrado de la comida. Hacía una hora había visto a Mona y a Bruno en un café, sentados uno enfrente del otro con expresión tensa de mutua animosidad. Azur les había pedido que colaboraran y pasaran una noche en la biblioteca haciendo juntos el último trabajo del curso. «Compartir comida, compartir ideas.» Volvía a las andadas, forzando a Bruno, que nunca había disimulado su aversión hacia los musulmanes, a trabajar con Mona, que siempre se mostraba susceptible con su fe. Azur no parecía comprender que por noble que fuera su plan de crear una buena compenetración entre ellos, no funcionaba. Ambos estudiantes parecían consternados.

A esas alturas Peri estaba convencida de que no había nada accidental en los seminarios de Azur. Todo había sido meticulosamente planeado. Cada alumno era una pieza en un tablero de ajedrez imaginario de una partida que jugaba nada menos que contra él mismo. A Peri le ardían las mejillas de indignación al pensar que ella también era un simple peón. Lo detestaba por ello.

Al pasar por delante de la Radcliffe Camera vio a Troy sentado en un banco con unos amigos, charlando animadamente. Al divisar a Peri, se apartó del grupo y se le acercó.

—Hola, Peri. ¿Sigues en el seminario de Azur?

—¿Y tú… sigues espiándolo?

La mueca que esbozó él bastó para confirmárselo.

—Ese tipo no debería impartir clases en una institución respetable. Le traen sin cuidado sus alumnos. Todo se reduce a su ego.

—Cae bien a todos.

—Ya lo creo, sobre todo a las alumnas… A tu amiga Shirin, por ejemplo. —Al pronunciar su nombre, meneó la cabeza de una forma extraña.

Peri hundió el talón en la gravilla.

—¿Qué pasa con ella?

—Vamos, como si no lo supieras. —Troy la miró fijamente—. ¿Tengo que deletrearlo?

—¿Deletrear qué?

A Troy le centelleaban los ojos.

—Pues que Azur tiene un lío con Shirin.

Los dos guardaron un silencio atribulado, aunque no duró mucho.

—Pero ella es una ex alumna… —empezó a decir Peri, luego se calló.

—Se acostaba con él mientras iba a su seminario. Apuesto a que corregían juntos sus trabajos en la cama.

Peri desvió la mirada. En ese momento vio lo que no había visto en todo aquel tiempo. El odio que Troy albergaba hacia Azur estaba multiplicado por los celos. Aquel chico estaba enamorado de Shirin.

—A veces va a su despacho del *college*. Se cierran con llave. Tardan de veinte minutos a media hora, según el día, lo he cronometrado.

—Basta. —A Peri le ardían las mejillas.

—Sé que tú también vas. Te he visto.

—¡Para las tutorías! —exclamó Peri.

—¡Mentirosa, en este trimestre no has tenido ninguna tutoría con él!

—Yo… tenía algo importante que decirle.

No podía contarle que había ido un par de veces para hablarle del niño de la bruma. Azur le había hecho muchísimas y minuciosas preguntas sobre cómo empezaron las visiones y la distinta reacción que habían tenido sus padres al hablarles de ellas. El miedo a los *yinn*, la visita al exorcista, lo que ella garabateaba en su diario sobre Dios… Se lo había contado todo, convirtiendo sus recuerdos infantiles en un puente con el que llegar a su corazón. Sin embargo, en cuanto Azur tuvo suficiente información derribó el puente y dejó de invitarla a ir a su despacho.

—¿No lo ves? —continuó Troy—. Ese tipo es un depredador ególatra. Anda buscando mentes y cuerpos jóvenes con que alimentarse.

—Tengo que irme —murmuró Peri.

Presa de una fuerte migraña, de camino a casa se detuvo en una farmacia. Desde que estaba en Oxford había probado todos los analgésicos que se vendían sin receta médica. En esta ocasión recorrió los pasillos conocidos deteniéndose ante los estantes de los anticonceptivos en formatos que nunca había visto en Estambul. Paquetes vistosos, colores incitantes, diseños grotescos y palabras picantes. Se le ocurrió pensar que si su padre y su madre hubieran utilizado uno de esos productos, ella no habría nacido. Y él tampoco. Habría sido una deliciosa nada. Sin sufrimiento, sin culpa, nada.

Había tardado mucho en descubrir la verdad que sus padres le habían ocultado con sumo cuidado durante años. Era cierto que Selma se había quedado embarazada inesperadamente a una edad avanzada, pero había dado a luz a dos criaturas, Peri y Poyraz; para la hija, el nombre de un hada tejida con hilo dorado, y para el hijo, el del viento del nordeste más fuerte.

Tenían cuatro años cuando, una tarde calurosa y sumida en el letargo, Selma los dejó un momento en el sofá mientras iba a la cocina. Estaba preparando confitura de ciruelas, una de sus especialidades. Habían comprado muchas en el bazar del barrio; parte de ellas estaban en el bol de la mesa de centro y el resto en la encimera de la cocina, listas para ser hervidas, endulzadas y envasadas. El mundo se hallaba bañado en un color púrpura.

Aburrida, Peri logró bajar del sofá a la alfombra. Se acercó a las ciruelas del bol, cogió una y la examinó con curiosidad antes de morderla. Demasiado amarga. Cambió de opinión y se la dio a su hermano, que aceptó el regalo encantado. Solo bastaron unos segundos, nada más. Cuando Selma regresó de la cocina, su hijo había dejado de luchar por respirar, y tenía el rostro del color de la fruta que le había bloqueado las vías respiratorias. Peri lo había presenciado todo, sin comprender ni moverse.

—¿Por qué no me avisaste? —le gritó Selma delante de los parientes y vecinos que se reunieron en su casa después del funeral—. ¿Qué te pasó? ¡Niña mala, te quedaste viendo cómo moría tu hermano sin hacer un solo ruido!

La distancia entre ellas nunca se acortó. En el fondo, Peri sabía que su madre siempre la culparía por la muerte de su gemelo. «¿Tan difícil es para

una niña de cuatro años pedir socorro? Si me hubiera llamado, podría haberlo salvado.»

Atontamiento. Eso es lo que buscaba Peri por encima de todo. Ojalá pudiera lograr no sentir ni recordar nada. Pero por mucho que lo intentara, el pasado al final siempre regresaba, y con él, el dolor. El recuerdo de aquella tarde la acompañaba en forma del fantasma de su hermano gemelo. Y con él, la culpa, la vergüenza y sobre todo el odio a sí misma, alojado en el pecho como si no fuera un sentimiento, sino un objeto físico y duro.

Esa misma noche, Peri encontró a Shirin sola en la cocina, troceando unos tomates para una ensalada. Shirin vigilaba su peso, que fluctuaba como su estado anímico. Mona había salido a cenar con unos parientes que habían ido a verla y llegaría tarde a casa.

—He de preguntarte algo.

—Claro, adelante.

—¿Lo planeó todo Azur? Me refiero a lo de compartir esta casa. ¿Nuestra amistad fue idea de él desde el principio?

Shirin arqueó una ceja.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Por favor, no mientas… más. Esto es un experimento para él, ¿verdad? El laboratorio social de Azur.

—Qué conspiración más fantástica. —Shirin arrojó los tomates a un bol con lechuga y echó unas aceitunas—. ¿Qué problema tienes con el profesor?

—Me parece que disfruta interfiriendo en la vida de sus alumnos.

—¿Cómo va a enseñarles algo si no? ¿Cómo crees que los eruditos han enseñado a lo largo de la historia? Maestros y discípulos. Los filósofos y sus protegidos. Años de arduo trabajo y disciplina. Pero lo hemos olvidado. Las universidades hoy día dependen tanto del dinero, que a los que pueden permitirse estudiar en ellas se los trata como a malditos miembros de la realeza.

—Ni él es nuestro maestro ni nosotras somos sus discípulas.

—Habla por ti —replicó Shirin mientras cogía unas pinzas y empezaba a mezclar la ensalada—. Yo me considero su devota discípula.

Peri guardó silencio, sin saber qué responder.

—Tanto Mona como yo respetamos al profesor Azur. ¿Qué te pasa? Creía que te gustaba.

Peri notó que se sonrojaba; no soportaba ser tan transparente.

—Temo que espere demasiado de nosotras y no seamos capaces de cumplir con sus expectativas.

—Ah, entonces te preocupa decepcionarlo —respondió Shirin con una sonrisa astuta mientras cogía el bol y se encaminaba a su habitación—. ¡Pues no le decepciones!

—Espera. —Peri tenía la boca seca. Aunque temía las consecuencias si le formulaba la pregunta que la atormentaba, no pudo contenerse—: ¿Te acuestas con él?

Shirin, que ya estaba subiendo la escalera, se detuvo. Con una mano en la barandilla, bajó la vista; sus ojos echaban chispas.

—Si lo preguntas por paranoia, es tu problema, no el mío. Si lo preguntas por celos, de nuevo es tu problema, no el mío.

—No estoy paranoica ni celosa —replicó Peri, incapaz de mantener la voz baja.

—¿En serio? —Shirin se rió—. En Irán existe un proverbio que me enseñó *mamani*: «El que se convierte en ratón será devorado por los gatos».

—¿Qué intentas decir?

—Pues que no te metas en mis asuntos, Ratón, o te comeré viva.

Y acto seguido Shirin subió pisando fuerte hasta su habitación, mientras Peri en la cocina se sentía pequeña e insignificante.

Cuánto aborrecía a Azur. Su arrogancia. Su imprudencia. Su indiferencia mientras flirteaba con Shirin y a saber con quién más. Una rueda de odio giraba de forma incontrolable en su alma, dejándola aturdida. Había esperado tanto de Azur… Él, con sus conocimientos y su visión, le mostraría el camino para salir del dilema que la perseguía desde la niñez. Al final no había hecho nada en absoluto.

Pero, por encima de todo, se odiaba a sí misma. Su mente atormentada, que solo generaba ansiedades y pesadillas; su cuerpo poco atractivo, incapaz de gozar, que arrastraba todos los días como si fuera una carga; su rostro sensiblero, que tantas veces había deseado cambiar por otro, el de su hermano gemelo, por ejemplo. ¿Por qué había muerto él y ella había sobrevivido? ¿Era

uno más de los terribles errores de Dios?

Estaba segura de que nunca sería atrevida y segura como Shirin, ni creyente y fuerte como Mona. Estaba cansada de sí misma, herida por el pasado y temerosa del futuro. De espíritu oscuro, confusa por naturaleza, tímida como un tigre recién nacido y al mismo tiempo incapaz de hacer honor a la salvaje que había en su interior… Nadie podía sospechar lo agotador que resultaba ser Peri. Ojalá se durmiera y despertase siendo otra persona. O, mejor aún, no despertar.

Esa noche el niño de la bruma regresó. La mancha morada de su rostro parecía haber aumentado de tamaño. Lloraba lágrimas moradas sobre sus sábanas. Un color intenso y oscuro que recordaba las ciruelas maduras se extendía alrededor. El niño seguía hablándole en su lenguaje incomprensible, alentándola a hacer algo que ella había pospuesto largo tiempo. Esta vez comprendió lo que él le estaba pidiendo, y accedió. Tal vez volviera a ver aquel erizo. Averiguaría de primera mano qué sucedía a los que se les negaba la entrada en el paraíso.

El pasillo

Estambul, 2016

Cuando Peri salió a la terraza para devolver la llamada a Shirin, se fijó en dos figuras que estaban muy juntas en la esquina en penumbra, aunque era imposible no reconocerlas: se trataba del empresario y el director del banco. Con los hombros echados hacia delante, la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo, parecían discutir sobre un asunto de cierta gravedad.

—¿Qué piensa hacer entonces? —preguntó el director.

—Aún no lo he decidido —respondió el empresario, soltando un penacho de humo de cigarro—. Pero juro por Dios que se lo haré pagar a esos cabrones. Se van a enterar de con quién se las están viendo.

—Asegúrese de que no hay nada por escrito —señaló el director.

Ninguno de ellos había reparado en Peri. Ella se escabulló con discreción, confusa por lo que acababa de oír. Las fotos enmarcadas que había visto en el despacho que mostraban los vínculos del anfitrión con líderes corruptos y dictadores del Tercer Mundo; los rumores sobre malversación de fondos públicos; los lazos con capos de la mafia… Todos estaban cortados por el mismo patrón. Los tratos comerciales del anfitrión eran sospechosos y ella sospechaba que varios invitados —entre ellos, tal vez su marido— lo sabían. Pero no permitirían que una reputación turbia fuera un obstáculo para disfrutar de una velada agradable con un hombre rico y poderoso. ¿En qué momento se convertía alguien en cómplice de un crimen, cuando tomaba parte activa en sus entresijos o cuando pasivamente fingía ignorancia?

Entre la cocina y el salón había un corto pasillo con un espejo que se extendía a lo largo de una pared. En aquel estrecho lugar se detuvo Peri, aferrando el móvil como si le preocupara que alguien se lo arrebatara. Cada vez que una criada entraba o salía a través de la puerta de vaivén de la cocina,

ella atisbaba dentro: el cocinero picaba ajos en una tabla de madera a ritmo de fandango. El hombre parecía cansado e irritable. Después de toda la comida que había preparado, le habían pedido una sopa de callos para combatir los efectos del alcohol, en la mejor tradición de Estambul.

Peri lo vio susurrar algo a su ayudante, que echó la cabeza hacia atrás y se rió. Estaba casi segura de que habían oído las conversaciones alrededor de la mesa y se burlaban de todos ellos. La puerta se cerró, separándola del animado mundo de la cocina. Sola de nuevo en el pasillo, fue presa de una familiar sensación de pavor. Lanzarse a hacer algo que había pospuesto tanto tiempo era como zambullirse en un mar helado. Si titubeabas un segundo, perdías el coraje. Rápidamente marcó el número de Shirin. Contestaron al primer timbrazo.

—Hola, Shirin. Soy Peri.

Una brusca bocanada de aire.

—Lo sé.

Su tono no había cambiado ni un ápice: seguía siendo brusco, resonante, seguro.

—Cuánto tiempo.

—Sí, no podía creerlo cuando he oído tu mensaje. Lo curioso es que había ensayado este momento, había preparado lo que te diría si algún día llamabas, pero ahora…

—¿Qué pensabas decirme? —le preguntó Peri, cambiándose el móvil de mano.

—Créeme, es mejor que no lo sepas. ¿Por qué no has llamado antes?

—Me preocupaba que todavía estuvieras enfadada.

—Lo estaba. Sigo sin entenderlo. Es una locura lo que te hiciste a ti misma… y a él. Ni siquiera te disculpaste.

—Teníamos un trato —replicó Peri. Las palabras, al igual que cada centímetro de su ser, parecían frágiles, quebradizas—. Me hizo prometerle que, hiciera lo que hiciese, nunca le pediría disculpas.

—Tonterías.

Peri contuvo un suspiro.

—Era joven.

—¡Estabas celosa!

Peri asintió.

—Sí…, lo estaba.

Se abrió la puerta de la cocina; una criada salió con una gran fuente de boles humeantes. A Peri le llegó un intenso olor a ajo y vinagre.

—¿Dónde estás? —le preguntó Shirin.

—En una fiesta en una mansión junto al mar. Acuarios, bolsos de diseño, gruesos puros, trufas… No te gustaría.

Shirin se rió.

—He tenido un día muy extraño —continuó Peri. Ahora que había empezado a hablar, las palabras le salían sin esfuerzo—. Me han atracado. Podría haber matado al ladrón. —No mencionó que este había intentado violarla. Si a Shirin le hubiera pasado algo parecido lo habría compartido con ella sin avergonzarse. Qué diferentes habían sido; qué diferentes seguían siendo—. El tipo encontró la foto de las tres que llevo en la cartera.

—¿Llevas encima una foto de nosotras? ¿Cuál?

—La de la Bod en invierno, ¿te acuerdas? —Peri no esperó a que Shirin respondiera—. Mona, tú, yo… y el profesor Azur. Durante estos años he llegado a convencerme de que había dejado atrás Oxford, pero he estado engañándome.

—Nunca entendí por qué perdiste el interés en los estudios. Eras una alumna estrella.

—Al final cambias. Soy madre, esposa… —Peri guardó silencio un momento—. Ama de casa, ¡miembro del consejo de administración de varias entidades benéficas! Organizo fiestas para el jefe de mi marido…, exactamente la clase de mujer que siempre me aterró ser. Una versión moderna de mi madre. ¿Y sabes? Me gusta… la mayor parte del tiempo.

—¿Has estado bebiendo?

—Más de la cuenta.

Una risa sofocada, como el débil susurro de las hojas. Si Shirin dijo algo más, Peri no lo oyó, porque en ese preciso momento pasó el vidente cogido del brazo de la anfitriona, tras haber registrado toda la casa en busca del mal de ojo. Se volvió y miró a Peri con una mueca, como si supiera con quién hablaba.

—¿Qué tal tus gemelos? —le preguntó Shirin.

—¿Cómo sabes que tengo gemelos?

—Me lo dijeron. —La fuente no era difícil de averiguar, pues las dos habían seguido en contacto con Mona a lo largo de los años.

—Van creciendo. Mi hija me ha declarado una guerra fría. De momento está ganándola.

Shirin soltó un suspiro compasivo. Estaba siendo amable, mucho más de lo que Peri esperaba.

—¿Qué tal van las cosas en casa? —le preguntó Peri.

Ella también tenía información. Sabía que Shirin y su pareja de años —un abogado que luchaba por la defensa de los derechos humanos— habían perdido la cuenta de las veces que habían roto y se habían reconciliado.

—Bien… De hecho, estoy embarazada. Salgo de cuentas en mayo.

Entonces era eso. Las hormonas. Shirin estaba a punto de ser madre. Se encontraba en esa fase en que el perdón salía con más naturalidad que el rencor. Era difícil aferrarse a viejos rencores cuando te preparabas para recibir una nueva vida.

—Felicidades. Qué buena noticia —declaró Peri—. Me alegro mucho por ti. ¿Niño o niña?

—Niño.

—¿Ya sabes cómo lo llamarás? —le preguntó Peri, e inmediatamente intuyó la respuesta.

—Creo que ya lo sabes. —Un vestigio de hostilidad se impuso en el breve silencio que siguió, como el humo de un viejo samovar—. Te odié durante tanto tiempo… Se me ha agotado el odio.

—¿Y cómo se siente él respecto a mí?

Habían transcurrido catorce años desde la última vez que habló con Azur. A veces Peri no estaba segura de si la presencia de Azur en su vida había sido tan poderosa como ella recordaba, hasta tal punto se había diluido en el pasado.

—Averígualo tú misma. Ya debe de haber vuelto a casa. ¿Tienes un bolígrafo?

Peri se sorprendió buscando uno alrededor.

—Un segundo.

Abrió de un empujón la puerta de la cocina, con el móvil pegado al oído, e

hizo un gesto de escribir con la mano vendada. El cocinero le dio un bolígrafo que llevaba en el bolsillo superior y una hoja de un bloc que colgaba de la nevera.

—Gracias —le dijo Peri moviendo los labios en silencio.

Shirin repitió el número, no tanto porque fuera necesario sino porque así tenía algo que decir.

—Llámalo —añadió.

En ese preciso momento el timbre de la puerta principal resonó por toda la mansión. Una criada corrió desde la cocina a ver quién era. Parecía esconder un poco de comida en una mano. Peri se preguntó si los empleados habían probado los deliciosos platos que habían servido; si habían cenado siquiera.

Se oyó un porrazo —una puerta al golpear contra una pared—, seguido de una sucesión de ruidos: un grito ahogado, pasos apresurados y pesados.

—Te echo de menos —se oyó decir a sí misma.

—Yo también, Ratón.

Desde el pasillo Peri vio que en el otro extremo del salón irrumpían dos hombres, con el rostro tapado con pañuelos negros y armados con pistolas.

—¡De pie todo el mundo! —gritó a voz en cuello uno de ellos.

—¿Qué pasa aquí? —gritó la empresaria.

—¡Calle y haga lo que le digo!

—¡No puede hablarme de ese modo! —La empresaria soltó un sonido ahogado, mientras buscaba a su marido con la mirada, que seguía en la terraza.

—¡Una maldita palabra más y se arrepentirá!

El clic metálico de un gatillo. Era la segunda vez en su vida que Peri veía un arma tan cerca. A diferencia de la que habían requisado a su hermano Umut, las pistolas de los asaltantes eran grandes y de un verde oscuro.

—Ratón, ¿sigues ahí? —le preguntó Shirin.

Peri no pudo responder. Ni una palabra. Muy despacio, tan sigilosa como la niebla que llegaba del Bósforo, colgó.

La copa de jerez

Oxford, 2002

Los aposentos del rector ocupaban todo un lado del patio cuadrangular del siglo XV. Azur se acercó a zancadas a la puerta negra brillante y llamó. Segundos más tarde, apareció un criado entrado en años que lo hizo pasar al amplio vestíbulo.

—Sígame, profesor —le dijo mientras conducía a Azur por una escalera de roble de la época isabelina y a través de una galería alargada y revestida de paneles hasta el despacho del rector.

En el interior, el rector estaba ordenando papeles —los de máxima prioridad en la bandeja de marfil, los importantes pero menos urgentes en la marrón, y el resto en la amarilla—, como hacía siempre que se disponía a tener una reunión que habría preferido evitar. Iba a ser una conversación difícil y necesitaba ordenar sus pensamientos. Entretanto se dedicaba a organizar su escritorio. Las notas autoadhesivas, la grapadora, el abrecartas de nácar con el mango de plata… Guardó los lápices —a los que había sacado previamente punta— en una caja cilíndrica de cuero, regalo de su hija.

Una brusca llamada a la puerta lo sacó de su ensimismamiento.

—Pase.

Azur entró vestido con una americana de terciopelo del tono morado adecuado. Debajo llevaba un jersey de cuello alto de un tono más pálido. Como siempre, su cabello estaba estudiadamente revuelto.

—Buenos días, Leo. Cuánto tiempo.

—Me alegra verle, Azur —respondió el rector, en tono educado y afectuoso, pero tenso—. Mucho tiempo, ya lo creo. Me disponía a tomarme un té, ¿desea acompañarme? ¿O es hora de… una copita de jerez tal vez?

Azur nunca había adoptado la costumbre común entre el profesorado de

tomarse un jerez a última hora de la mañana, pero en esa ocasión pensó que él o el rector podía necesitarla.

—¿Por qué no?

Apenas unos segundos después apareció un criado aún más anciano, con el semblante cincelado en una expresión de reticencia pétrea y la espalda encorvada tras años de servicio. Como los retratos que colgaban de las paredes o las sillas de estilo gótico de roble junto a la ventana, era difícil imaginar una época en que aquel sirviente no hubiera formado parte del *college*.

Los dos hombres se quedaron mirando al criado, quien, con el brazo doblado a la espalda y mano temblorosa, sirvió el jerez con una lentitud agónica. Jarra de plata, copas de cristal, almendras saladas.

—Leí la última entrevista que le hicieron en *The Times* —comentó el rector cuando se quedaron de nuevo a solas—. Muy buena.

—Gracias, Leo.

Siguió un silencio violento.

—Sabe cuánto lo admiro. Somos afortunados de tenerlo aquí. Además, apreciaba mucho a Anissa.

—Gracias, pero no me ha invitado aquí para hablar de mi difunta esposa —lo interrumpió Azur—. Le conozco desde hace suficiente tiempo para saber cuándo le preocupa algo. Dígame de qué se trata.

El rector sacó su bloc de notas adhesivas. Las había ordenado poco antes por colores: las naranjas, las verdes, las rosas.

—Hemos recibido quejas sobre usted —murmuró, sin levantar la vista.

Azur lo escudriñó: las sienes plateadas, la frente surcada de arrugas, el tic nervioso en la boca; de pies a cabeza, el mandarín del Tesoro que había sido.

—No hace falta que se ande con rodeos conmigo.

—No, por supuesto. No se me ocurriría. Cada vez que lo han atacado, y sabe Dios que han sido unas cuantas veces, ya fuera por sus ideas o por su forma de enseñar… Me refiero a que goza de popularidad pero no entre todos, debe saberlo… Y en todo este tiempo lo he apoyado.

—Lo sé —respondió Azur con calma.

El rector erigió una pequeña torre con sus notas.

—Lo he defendido porque creía en su integridad intelectual. Respetaba su

compromiso con el saber y la imparcialidad. —Un suspiro—. ¿Por qué, si puede saberse, ha contrariado a tantos?

Estudiantes llorosos, declaraciones orales o por escrito contra Azur y contra sus métodos de enseñanza, acusándolo de que exigía demasiado a los alumnos, ponía en evidencia sus debilidades, los humillaba ante sus amigos, se mostraba ostentosamente polémico y ofensivo.

—Ofensivo —dijo el rector en voz alta.

—Es preciso que aprendan a no sentirse ofendidos. Esto no es un parvulario. Es una universidad. Ya va siendo hora de que maduren. No podemos consentirlos y protegerlos siempre. Nuestros alumnos deben aprender a afrontar las situaciones. Pasan cosas.

—Sí, pero eso no figura precisamente en las atribuciones de su cargo.

—Yo creo que sí.

—Su trabajo es enseñarles filosofía.

—¡Exacto!

—La filosofía entendida como libros de texto.

—La filosofía entendida como vida.

Otro suspiro.

—No pueden ir por ahí sintiéndose ofendidos y presionados hasta el límite. Son muchos los alumnos que se quejan. —El rector atrajo hacia sí la torre de notas—. Pero hay algo más… importante.

—¿De qué se trata?

—Una alumna.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, negándose a disolverse.

—Corre el rumor de que mantiene relaciones sexuales con una de sus alumnas —continuó el rector.

—Eso no le incumbe a nadie, ¿no? Siempre que no me esté aprovechando de nadie… o no estén aprovechándose de mí.

El rector negó con la cabeza.

—La moralidad de tal postura es discutible.

—¿Se trata de Shirin? Debe saber que ya no es alumna mía.

—Mmm… No, no se llama así.

Azur frunció el ceño, con aire interrogante.

—¿A quién se refiere?

—Una alumna turca. Está en su seminario. —El rector alzó la mirada—. Anoche intentó suicidarse.

Azur palideció.

—¿Peri? ¡Dios mío! ¿Se encuentra bien?

—Sí, se encuentra bien…, ser joven ayuda. Una sobredosis de paracetamol. Tiene un hígado resistente.

—No puedo creerlo. —Azur se hundió en la silla, carente de todo vigor.

—Dicen que usted tuvo un affaire con ella y… la abandonó.

Azur respiró con brusquedad, como si le hubieran propinado un puñetazo.

—¿Lo ha dicho ella?

—Bueno, no exactamente. La chica no está en condiciones de hablar en estos momentos. Es ese alumno que lo denunció, Troy… Ha amenazado con hablar con la prensa. Parecía bastante agitado. Tengo aquí su declaración.

—¿Puedo verla?

—Lo siento, pero antes tiene que pasar por el comité de ética.

—Le aseguro que entre Peri y yo no ha habido nada. Solo tiene que preguntárselo a ella. Estoy seguro de que dirá la verdad.

—Mire, usted es un excelente profesor, pero por encima de todo pertenece al cuerpo docente de este *college*. No podemos dejar que la buena reputación de la institución corra peligro. Sin duda sabe que a lo largo de los años ha ganado muchos enemigos. —El rector tomó un sorbo de jerez—. Puede imaginarse el festín que se darían los medios de comunicación con el asunto. Son carnívoros.

—¿Qué sugiere?

—Bueno…, tal vez quiera tomarse un breve descanso. Dejar de impartir clases por un tiempo. Espere a que el incidente se enfríe y que el comité acabe su investigación. Una vez que la joven testifique, todo irá bien. Hasta entonces es preciso que lleguemos al fondo de este… asunto.

Azur lo miró fijamente, sondeándolo. Luego se levantó.

—Leo, hace mucho que me conoce. Nunca me he comportado de forma poco ética.

El rector también se levantó.

—Escuche…

—El testimonio de Troy es falso, puedo asegurárselo. ¿Cómo lo expresa

Anaïs Nin? «No vemos las cosas como son. Las vemos como somos nosotros.»

—Por el amor de Dios, Anaïs Nin es la última persona a quien debería citar en estas circunstancias.

—Esperaré a que Peri declare la verdad —replicó Azur. Y, negando con la cabeza, añadió—: Pobrecilla, ¿qué se ha hecho?

Luego salió. Abandonó el edificio con rítmicas zancadas y salió a la lluvia, que llevaba toda la mañana cayendo sin interrupción.

El sonido de la ausencia de Dios

Oxford, 2002

Cuando Peri volvió en sí en una habitación de la sala psiquiátrica del hospital John Radcliffe, no supo enseguida dónde estaba. Los colores eran demasiado brillantes y crudos; las sábanas, de un blanco en exceso inmaculado; las colchas, de un azul en exceso alegre. Al otro lado de la ventana el gris del cielo le recordó los pedazos de plomo que su madre fundía contra el mal de ojo. Oía murmullos en su mente, plegarias fútiles. Agitada, intentó cerrar de nuevo los ojos, deseando que el sonido se alejara, pero la paciente de la cama contigua —una mujer de unos sesenta años— parecía impaciente por entablar conversación.

—¡Santo cielo, niña, te has despertado! Pensé que dormirías eternamente.

Con despreocupado abandono, la mujer le contó que llevaba cuarenta años casada y había estado hospitalizada tantas veces que conocía el nombre de todo el personal. Su voz llenó la habitación como un globo que se hincha, elevando la presión en los oídos de Peri.

—¿Y tú? ¿Es la primera vez o repites?

Peri carraspeó y un horrible sabor a sustancias químicas le subió por la garganta. Intentó hablar, pero incapaz de pronunciar un sonido hizo un gesto de negación. Hundiéndose en las sábanas volvió el rostro hacia la ventana. Retazos del día anterior empezaron a inundarle la mente. ¿Qué había hecho?

Una lágrima rodó por su mejilla al recordar las palabras de su padre. «Tú eres mi hija inteligente. Eres la única de mis hijos que puede hacerlo. La educación te salvará y salvarás a nuestra familia ignorante. Solo los jóvenes como tú pueden rescatar a este país de su atraso.» La hija soñada enviada a Oxford, que estaba llamada a ser el orgullo de los Nalbantog˘lu, solo había traído humillación y fracaso. Sin darse cuenta Peri empezó a sollozar tan

fuerte y sin control que la otra paciente, temiendo por su estado mental, apretó el botón de emergencia para llamar a la enfermera. En apenas unos minutos le dieron a beber un líquido color melocotón, que olía fatal pero que curiosamente no sabía a nada. Hundió la cabeza en la almohada, notando cómo se le cerraban los párpados por agotamiento.

En aquel estado semidelirante, el único rostro que no podía dejar de ver era el del niño de la bruma. ¿Dónde estaba ahora que lo necesitaba? ¿Tenía una existencia y una voluntad con independencia de ella o era una simple ilusión óptica de una mente acosada por los remordimientos?

A la mañana siguiente Peri se vio por primera vez con el psicólogo, un joven de sonrisa amplia y bondadosa. No estás sola, le dijo. Trabajarían en equipo. Le daría las herramientas para que construyera una nueva Peri; ella sería la arquitecta de su alma. La autora de sí misma. El psicólogo acostumbraba hacer demasiadas pausas y acabar cada afirmación con la pregunta: «¿Qué te parece?». Comentó que el tratamiento no eliminaría los pensamientos autodestructivos, pero le enseñaría a lidiar con ellos en caso de que volvieran. Habló de las tendencias suicidas como de una racha de lluvia intensa. No podías evitarlas, pero sabías cómo guarecerte de ellas y que te afectaran lo menos posible.

—Una cosa más. Cuando estés preparada, sin ninguna presión, puede que te hagan un par de preguntas acerca de cierto profesor. Lo acusan de que ha intimidado a algunos alumnos, entre ellos a ti, delante de toda la clase. La universidad está investigando el asunto, por tu bien y el de otros estudiantes. Cuando estés preparada, no hay prisa. ¿Qué te parece?

Un escalofrío recorrió su espalda. Entonces creían que Azur había desencadenado su tentativa de suicidio. Aunque se quedó estupefacta, guardó silencio.

La secuoya del amanecer

Oxford, 2002

La mañana que debía comparecer ante el comité, Peri se encontraba en el Jardín Botánico, a poca distancia del Magdalen Bridge. Cada vez que iba allí tenía la sensación de pasear por un lugar favorito de su niñez, en paz con su entorno. Por encima del banco donde estaba sentada se elevaba una secuoya del amanecer —¡qué hermoso nombre!— de sesenta pies de altura. Solo se había tenido conocimiento del árbol por los fósiles hasta que se descubrió en un remoto valle chino. A Peri le gustaba oír la historia mágica del hallazgo botánico.

Con el sol a la espalda, las piernas dobladas contra el pecho y la barbilla en las rodillas, hallaba una extraña calma entre plantas y árboles poco comunes. En la mano tenía una taza de café que apretó contra la mejilla. El calor era tan reconfortante como la caricia de un amante.

En sus oídos resonaron las palabras de Shirin: «¿Por qué siempre te complicas tanto la existencia, Ratón? ¿A qué viene esa cara triste y de hastío? Pareces una vieja atrapada en el cuerpo de una joven. ¿Cuándo aprenderás a divertirte un poco?».

Sin embargo, para Azur la mejor forma de abordar «la cuestión de Dios» no era a través de la religiosidad o el escepticismo, sino de la soledad. De hecho, todos esos escépticos y ermitaños se retiraban al desierto para emprender su búsqueda espiritual. En compañía de los demás tenías más probabilidades de unirte al diablo que a Dios, sostenía Azur. Lo decía en broma, por supuesto…, aunque con Azur nunca se sabía.

Sí, debía testificar a favor de él. Se lo debía. Sin duda, Azur había contribuido a que se sintiera tan desgraciada, pues lo último que necesitaba ella era un amor no correspondido, pero no podía responsabilizarlo de su

intento de suicidio. Además, le estaba agradecida. Había abierto otra dimensión en su conciencia que, sin que Peri lo supiera, había permanecido inerte. Él esperaba, mejor dicho, exigía a sus alumnos que repararan en sus prejuicios personales y culturales para luego abandonarlos. Era un profesor extraordinario, un estudioso de la integridad. Había logrado sacudirla, motivarla y desafiarla. Peri había estudiado más en su seminario que en cualquier otro curso. Él le había mostrado la poesía de la sabiduría y la sabiduría de la poesía. En sus seminarios todos los alumnos eran recibidos y tratados en pie de igualdad, con independencia de su origen o sus ideas. Si había algo sagrado para Azur era el saber.

A Peri le encantaba cuando los últimos rayos del sol doraban su cabello y cómo le centelleaban los ojos cuando su mente fluía al hablar de un libro favorito o de un filósofo estimado. Le encantaba su pasión por enseñar, que a veces parecía aún más fuerte que su voluntad. Muchos profesores daban el mismo programa año tras año, pero él improvisaba cada seminario. En su universo no había rutinas, solo riesgos que merecía la pena correr. Lo recordó citando a Chesterton: «La vida parece un poco más matemática y regular de lo que es; su exactitud resulta obvia, pero su inexactitud está escondida: lo salvaje yace a la espera».

Sin embargo, por enamorada que estuviera de él, no soportaba su aire de superioridad, el orgullo desmedido que traslucía su ser, como una maldición. Desdeñaba las preocupaciones de los demás, adoctrinaba a sus alumnos en sus propios puntos de vista y ejercía un poder sobre ellos, a menudo a expensas de herir sus sentimientos.

Lo imaginó deslizando una mano por el cabello y el cuello de Shirin, y ya no pudo soportarlo más. La idea de ambos juntos hablando, riéndose, haciendo el amor… Esas escenas se agolpaban en su mente en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada por las noches. Lo cerca que Azur había estado de Shirin, mientras que con ella se mostraba indiferente e inaccesible. Solo al enterarse de sus episodios sobrenaturales con el niño de la bruma le había prestado más atención. Para él, Peri había sido un experimento científico más, otra fuente de curiosidad. Con la misma celeridad había perdido interés en ella, como un niño consentido con un juguete nuevo. Peri aborrecía la avidez que se entremezclaba con el espíritu indagador de Azur, la vanidad subyacente a la

búsqueda académica. No sabía qué la perturbaba más, que hubiera estado acostándose a escondidas con Shirin o que se hubiera negado a amarla a ella del mismo modo. Había irrumpido en su vida y dejado una estela de destrucción a su paso. Sí, testificaría en contra de él.

A Shirin y Mona les había afectado mucho el intento de suicidio de Peri. Fueron a visitarla en cuanto se lo permitieron, sin llevar consigo más que su preocupación escrita en el rostro. Estaban resueltas a averiguar por qué lo había hecho, pregunta que Peri no supo responder. Shirin también le pidió que testificara a favor de Azur. Le había suplicado que salvara a su querido profesor. ¿Era porque confiaba en ella y la veía como una querida amiga, o solo creía que ella —Ratón— era fácil de manipular?

«Sé imparcial —se ordenó— y separa tus sentimientos de los hechos. Eso al menos se lo debes a Azur. Asegúrate de que no te dejas llevar por la emoción. Él te ha enseñado a hacerlo.» En cuanto a su *affaire* con Shirin, bueno, eran dos adultos que actuaban libremente, sin que uno se aprovechara del otro. Y respecto a los motivos de Troy para acabar con él, ¿eran del todo desinteresados?

Sentada en el banco del Jardín Botánico, cada pregunta que le perforaba la mente la llevaba a otra más complicada. El psicólogo le había aconsejado posponer la toma de decisiones serias hasta que se encontrara mejor, más fuerte. Pero ¿cómo lo haría en esas circunstancias? Se sentía perdida; la cuerda ya fina de por sí que la sujetaba al suelo se había roto y caminaba por aguas desconocidas, sin saber qué dirección tomar. En breve comparecería ante los miembros del comité. ¿Qué les diría? ¿Qué clase de preguntas le formularían? Sus sentimientos daban vueltas a tal velocidad que no estaba segura de si sería capaz de expresarlos con palabras, y menos aún delante de desconocidos y en un idioma que no era el suyo.

Miró el reloj. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía a punto de estallarle cuando se levantó y echó a andar hacia el edificio donde se juzgaría la reputación del profesor Azur.

Sumido en la tranquilidad de su despacho del *college*, Azur miraba por la ventana desde su escritorio. Intentó no pensar mucho en las consecuencias de la reunión del comité. Le pesaba sobre la conciencia que personas a quienes

apreciaba pudieran verse perjudicadas. Sabía que acribillarían a Shirin con preguntas sobre su *affaire*. Ella intentaría disfrazar la verdad para protegerlo. En vano, ya que él ya había decidido contarlo. No tenía nada que ocultar. No había hecho nada malo.

También llamarían a declarar a Troy. Descargaría todas las mentiras que él consideraba la verdad. A Azur nunca le había gustado ese muchacho. Era taimado. Se alegraba de haberlo expulsado del seminario.

A lo largo de los años había oído muchas historias de profesores y alumnos que se enfrentaban por posiciones políticas, visiones de la historia, etcétera. Por su parte, rara vez le habían preocupado las diferencias de opinión. Todos los años tenía unos cuantos casos difíciles, alumnos que querían demostrar que eran muy listos y especiales, que estaban por encima de sus compañeros. Contaba con ello. Lo que le había desagradado era la actitud de Troy en el seminario. Mangoneaba a los otros alumnos, ridiculizando a todo el que no estuviera de acuerdo con él, los insultaba, los seguía después de clase y los acosaba con sus opiniones sobre Dios. Al principio Azur había creído que la presencia de Troy incitaría a los demás a pensar con más claridad, pero enseguida se hizo evidente que intimidaba a la mayoría de los alumnos. Al expulsarlo de clase lo dejó excluido y se mostró hostil y peligrosamente vengativo.

Azur estaba al corriente de que sus detractores, que eran numerosos, se frotaban las manos al disfrutar de antemano del escándalo que él protagonizaba. Algunos querían abiertamente que lo despidieran. Cierto tipo de individuo disfrutaba con la desdicha ajena, lo que era tan absurdo como esperar llenar el estómago con el hambre de otro.

Y Peri, tan guapa, tímida, frágil y autocrítica… ¿Qué diría de él? No le preocupaba. Al fin y al cabo, las acusaciones eran infundadas, y estaba seguro de que ella sería objetiva y sincera. Testificaría, si no a favor de él, a favor de la verdad, lo que venía a ser lo mismo.

Azur sujetaba una balanza imaginaria; en una palma tenía los pros y en la otra los contras de su caso. Entre los contras estaban presionar a los estudiantes con tareas que podían ser cuestionables, si no ofensivas; dejar que algunos se vinieran abajo en los seminarios y se derrumbaran psicológicamente; y, por supuesto, tener un *affaire* con la irresistible Shirin.

En su defensa, los años de enseñanza, investigación y trabajo; su contribución a la vida intelectual y académica; los numerosos libros y artículos publicados; y el hecho de que Shirin —el único aspecto «moral» de su expediente— ya no era alumna suya cuando empezó el *affaire*.

Por mucho que lo intentaran Troy y sus aliados, la acusación era poco sólida.

Azur siempre había sostenido que si no sabías encajar un puñetazo difícilmente podías ganar una pelea. Aun así, se daba cuenta de lo presuntuoso que había sido. Había querido convertir a Dios en un lenguaje, si no hablado, al menos comprendido por muchos. Dios, no como un ser trascendental, un juez vengativo o un tótem tribal, sino como una idea unificadora, una búsqueda común. ¿Podía la búsqueda de Dios, despojada de cualquier etiqueta y dogma, convertirse en un espacio neutral donde todos, incluidos los ateos y los monoteístas, pudieran mantener un debate enriquecedor? ¿Podía Dios unir, no como un sistema de creencias sino como un objeto de estudio, ante el cual nadie en el confuso mundo de hoy permanecería indiferente? Era un experimento mental: si cada alma sobre la tierra completaba a Dios, como afirmaba Hafez, ¿qué ocurriría cuando varias personas extrañas se encontraran en la misma habitación, se les obligara a mirarse a los ojos y se les animara a completar la «comprensión de Dios» del otro? Admitía haber sido a veces exigente y controlador. Era cierto que había utilizado el aula como un laboratorio. Pero todo por una buena causa.

Los alumnos, en desventaja en cuanto a conocimientos pero con la ventaja de la edad, eran dados a precipitarse en sus juicios y muy egocéntricos. Jamás se les ocurría pensar que sus profesores también tenían un pasado, un secreto o una vida aparte. Azur había creado con ellos una Torre de Babel y los había presionado al límite. Y había fracasado.

Qué gran error haber tratado con Peri. Le había intrigado que una chica tan callada y retraída poseyera un lado oculto en contacto con lo que ella llamaba «lo místico». Peri, más que ningún otro alumno del seminario, sostenía una discusión con Dios, y eso había atraído a Azur. Sí, había pasado un poco más de tiempo con ella, a pesar de que se daba cuenta —¿cómo no iba a darse?— de que ella sentía algo por él. Peri era demasiado joven. Demasiado inocente. Había estado demasiado reprimida. Él debería haber ido con más cuidado,

pero ¿cuándo fue la última vez que había ido con cuidado?

Azur no se había educado en un hogar religioso. Su padre era un empresario inglés adinerado cuya felicidad era inversamente proporcional a su éxito; su madre, una pianista chilena con talento pero frustrada, muy resentida por no haber recibido el reconocimiento que creía merecer. Su familia tenía un negocio en La Habana, en Cuba, donde nació Azur. Su padre le hablaba de cuando iba con Ernest Hemingway a pescar tiburones aunque, aparte de unas pocas fotografías y unas notas escritas a mano, pocas pruebas quedaban de esa singular amistad. Azur había escogido la filosofía como vocación desafiando las responsabilidades y expectativas familiares. Sin embargo, para contentar a sus padres había accedido a estudiar económicas como asignatura principal. Y así lo había hecho, en Harvard.

La vida le cambió cuando en su último año en la Universidad de Boston empezó a asistir a las clases de un experto en estudios de Oriente Próximo. El profesor Naseem había desafiado al joven Azur como nunca antes nadie. De familia bereber argelina, había expuesto a Azur a diferentes culturas, a perspectivas cambiantes y a preguntas incómodas. También lo había iniciado en la lectura de los místicos: Ibn Arabi, el Maestro Eckhart, Rumi, Isaac Luria, Farid al Din Attar y *El lenguaje de los pájaros*, y su favorito, Hafez.

Una tarde Azur visitó al profesor Naseem en su casa de Brookline. Allí conoció a su hija menor, Anissa. Grandes ojos castaños, cabello moreno ondulado y una vivacidad que conmovía y fascinaba a cuantos la rodeaban. Hablaron sin cesar de libros, música y política. Ella soñaba con independizarse. «Pero donde viva tengo que ver agua», le dijo.

Aquella misma tarde invitaron a Azur a cenar. La comida era deliciosa, nunca había probado nada igual, pero lo que lo cautivó fueron la risa fácil y las melodías árabes. Los ojos de Anissa recorrían su rostro a la luz de las velas. Azur deseó que esa fuera su familia. Qué diferencia entre aquella espontaneidad y efervescencia no forzada y la mesurada cortesía de su propio hogar. Azur seguía sin estar seguro de si se había enamorado de Anissa o de su familia.

Menos de siete semanas después se casaron.

La joven pareja no tardó en descubrir lo incompatible que era. Anissa vivía sobre todo en su propia mente. Era ferozmente posesiva y muy celosa,

además de propensa a las crisis emocionales, a veces por razones estúpidas. Se medicaba desde la adolescencia.

Anissa tenía una hermanastra mayor que ella, Nour, fruto del primer matrimonio del profesor Naseem. Considerada, reflexiva y amable, cada vez que la familia se sentaba a la mesa con su padre y Azur, escuchaba su conversación y hacía preguntas sagaces. Poco a poco Azur empezó a verla de forma diferente. Su dulce sonrisa, el brillo de su mirada, la delicadeza de sus dedos, la agudeza de su mente. Ella respetaba su forma de pensar. Y él la suya. No se le había ocurrido que semejante respeto pudiera ser una fuente de atracción.

Ese mismo año, al final del verano, Azur y Nour dieron un paso más. La familia no tardó en enterarse. El profesor Naseem, el amable anciano, llamó a Azur y le gritó en la cara; las venas de su cuello parecían abultados arroyos azules. Acusó al joven prodigio de actuar como Shaitan e introducirse en su hogar con la única intención de destruir la paz y la reputación que tanto le había costado ganarse.

Azur y Anissa se mudaron y lograron reconciliarse. Decidieron irse de Boston y volver a empezar en Europa. «Allí no nos seguirá tu vergüenza —le dijo Anissa—. La vergüenza no sabe cruzar mares a nado.» Pero ella nunca dejó de referirse a ello, no abiertamente sino con indirectas y sarcasmos, convencida de que, por muchos remordimientos que tuviera Azur, no podrían reparar lo que había roto. En cierto modo parecía regodearse en el pecado de su marido, que la colocaba en situación de superioridad moral en su matrimonio, una sensación de rectitud más dulce que los frutos más maduros.

Llegaron a Oxford, con vistas al agua, donde Anissa pareció adaptarse fácilmente y Azur enseguida se sintió a gusto. Allí él prosperó y su mujer fue bien recibida en la comunidad. Lo que nadie vio fue la profunda oscuridad que le corroía el alma. Si estaba feliz se ponía eufórica, si se sentía triste se mostraba abatida. Tanto en la alegría como en la tristeza, siempre iba de un extremo al otro.

Estaba embarazada de cuatro meses cuando desapareció. Una mañana muy temprano, mientras la bruma aún se elevaba del suelo, echó a andar río abajo y ya no regresó. Encontraron su cuerpo veintiséis días después, a pesar de que el equipo de buzos de la policía había rastreado numerosas veces el río. En el

Oxford Mail publicaron un artículo con una fotografía de ella vestida de novia y una corona de flores de primavera. Azur nunca averiguó cómo habían obtenido la imagen. Su muerte seguía siendo «un misterio», declaró el portavoz de la policía. No había sospechas de delito. El juez forense dejó el caso abierto, pero Azur se quedó obsesionado con el único comentario: un misterio.

El profesor Naseem culpó a Azur y su aventura con Nour de los cambios de humor y la repentina desaparición de Anissa. La familia nunca lo perdonó, y en el fondo él tampoco se perdonó a sí mismo. Sin embargo, se volvió hipersensible a las disculpas. No soportaba que le pidieran perdón por nimiedades cuando había grandes disculpas en la vida que no podían expresarse. Entre el librepensamiento de la educación que había recibido y la fe del profesor Nasem se creó un espacio para sí. Enseñaría lo misterioso. Daría clases sobre Dios.

El viento matinal amainó hasta convertirse en brisa cuando Peri acudió a la vista del comité en un estado de duermevela. Notaba las piernas pesadas y rígidas. El sol se ocultó tras una nube, y un vencejo alzó el vuelo sobre su cabeza; parecía otra estación, como si el mundo hubiera cambiado desde que había abandonado el Jardín Botánico y la secuoya del amanecer que le había dado sombra.

Troy se paseaba de un lado a otro en la entrada. Shirin estaba sentada en la escalinata, con los brazos cruzados y los ojos hinchados de tanto llorar. Cada cual esperaba impaciente a que Peri llegara a fin de tratar de ganársela para su propio bando. En alguna parte dentro de aquel edificio había personas con expresión impenetrable y preguntas impertinentes.

Peri se preguntó dónde estaría Azur y qué pasaría por su cabeza. Cuánto deseaba que estuviera en esos momentos a su lado, al amparo de una de las numerosas fantasías que tenía de él. Podrían pasar junto a esas personas, ajenos a sus miradas sentenciosas, indiferentes a esa calamidad surgida de la nada que los había golpeado. Deseó que fuera de noche y él le hablara de poesía, de filosofía, de la paradoja de Dios, palabras que flotaban en el viento como chispas de las ascuas de unas hogueras; solamente los dos bajo un cielo que podría haber estado en cualquier parte, una ciudad universitaria de

ensueño o una ciudad abarrotada, ella con la cabeza apoyada contra su cuello. Deseó que las diferencias de edad, posición y cultura se desvanecieran en el aire. Deseó que él se inclinara y le acariciara la cara, la besara en los labios y pronunciara su nombre como si fuera un ensalmo. Deseó fundir con la mente y el corazón una espada que destruyese el espíritu de Shirin que residía en él. Hacía mucho tiempo que no deseaba nada con tanto fervor.

Sintiendo que el frío le traspasaba la piel, Peri se abrochó bien el abrigo. Si testificaba a favor de Azur, cosa a la que se sentía moralmente obligada, tal vez él entendería lo mucho que lo amaba… Tal vez… Pero en el fondo sabía que era muy improbable que alguna de aquellas cosas sucediera. La reputación de Azur quedaría limpia y él lo celebraría con Shirin, que siempre conseguía lo que quería.

Mientras se acercaba, Peri fue pensando en todo eso. Luego, como si se le hubiera agotado la energía, se detuvo. ¿No era ella la niña que había visto a su hermano gemelo morir asfixiado y no había gritado pidiendo ayuda? Siempre en terreno poco definido, temerosa de llamar la atención, reacia a tomar partido y tan concentrada en no contrariar a nadie que al final decepcionaba a todo el mundo. Pese a sus grandes esfuerzos por cambiar, no era lo bastante fuerte para superar la parálisis emocional arraigada en su alma. No testificaría. Ni ahora ni luego. Ella —Nazperi, Rosa, Ratón— no era protagonista, sino una simple espectadora. No era un problema suyo, sino de ellos, su estúpido juego. Dio media vuelta y se alejó como si lo que estuviera en juego fuera la reputación de un desconocido y no el futuro del hombre con quien había soñado y al que había amado y anhelado con todo su ser.

Pasaron años antes de que comprendiera que con su pasividad había contribuido activamente a la ruina del hombre al que quería. Y al traicionar a Azur, había traicionado la verdad.

El armario

Estambul, 2016

Un tercer hombre con el rostro cubierto por una *bandana* se había unido a los dos intrusos. Por el modo como hablaba parecía el cabecilla. Debía de haber esperado fuera en el jardín mientras los otros irrumpían en la mansión y despejaban el camino.

—Si hacen lo que decimos, nadie saldrá herido —bramó, aunque no parecía furioso ni agitado; solo frío, indiferente—. Ustedes mismos.

Peri se dio cuenta de que temblaba de pies a cabeza. El corazón le latía con fuerza. ¿Debía echar a correr o esconderse? ¿Quiénes eran esos hombres? Mafia organizada, ladrones comunes o terroristas…, todos ellos poblaban en gran número Estambul. ¿O se trataba de dinero? ¿A cuántas personas había cabreado el empresario mientras amasaba dinero y envidia a partes iguales? Recordó su expresión preocupada en la terraza. Pero no era momento para entrar en consideraciones. Al ver la puerta de la cocina desde el pasillo donde estaba agachada, se quedó quieta. No podía entrar corriendo sin que la vieran desde el comedor. Retrocedió un paso. Palpó la pared del espejo que tenía detrás, que se movió ligeramente: era la puerta de un armario empotrado.

Lo abrió. Había abrigos, cajas, zapatos, paraguas. Sin pensarlo, se metió y cerró el pestillo magnético. Apretó la espalda contra la tabla de madera y se acurrucó en la oscuridad. Una vez más en la vida se comportaba como un erizo asustado.

Un minuto después, tal vez menos, alguien recorrió el pasillo con gran estrépito.

—¡Salgan de la cocina! ¡Todos!

Estaban reuniendo al personal. Al cocinero, el pinche, las criadas y los camareros contratados para esa noche. Pasos apresurados. El cansino andar de

unas botas. Susurros asustados.

En el armario Peri apretó el botón para silenciar el móvil y escribió un mensaje a su madre: «Llama a la policía, es urgente. Ya sabes dónde estoy».

«Maldita sea», se dijo al darse cuenta de que Selma probablemente se había acostado y no vería el mensaje hasta la mañana siguiente. Era un inmenso alivio que Deniz se hubiera ido y estuviera a salvo. Pero Adnan estaba aquí…, allí. Su marido, su confidente, su mejor amigo. Soltó el aire en un áspero gemido.

Oyó un golpe. Una mujer que chillaba. Peri percibió un grito que acabó en risa histérica. Le pareció que era la novia del famoso periodista.

—¿No los ha visto venir? Y se considera vidente… ¡Vidente, y una mierda!

Aferrándose las rodillas, Peri se quedó inmóvil. ¿Se trataba del empresario, que recibía lo que se merecía? ¿O solo era una coincidencia…, otro suceso fortuito al que uno intentaba dar sentido? El mundo estaba lleno de peligros. El caos y el desorden acechaban por doquier. ¿Era el mal un tipo de retribución divina a sus acciones, o el caprichoso funcionamiento de un destino arbitrario? Si el azar imperaba, ¿qué sentido tenía ser mejor persona? ¿Cómo expiabas los pecados del pasado si no era cambiando de costumbres? Ella había sido buena…, salvo con el hombre al que había amado años atrás, y al que en algún lugar inaccesible de su corazón todavía amaba. El profesor Azur había creído que la incertidumbre era algo valioso. Pero ¿y si la confusión era lo único que existía?

Con el estómago revuelto llamó a la policía. Le contestó un agente, que al instante empezó a bombardearla a preguntas, tratándola de delincuente en lugar de testigo. Peri lo interrumpió con la voz más apagada posible.

—Hay hombres armados…

—No la oigo. Hable más fuerte —la reprendió el agente.

Peri le dio la dirección.

—¿Qué hace en esa casa?

—Me han invitado —siseó ella, frustrada—. Van armados.

—¿Dónde está usted en la casa? —le preguntó el agente, pero no esperó la respuesta. Quiso saber cómo se llamaba, qué hacía, dónde vivía. Preguntas inútiles. Ella siempre había sido una buena ciudadana, pero en la base de

datos del Estado era una creación digital, un número sin historia—. Está bien, enviaremos una patrulla —dijo por fin.

Tras colgar, Peri comprobó la batería del móvil. Le quedaban unos quince minutos, tal vez menos. ¿Qué pasaría mientras tanto? ¿La descubrirían y la tomarían de rehén con los demás, o llegaría la policía y pondría en marcha una operación en que todos serían rescatados o morirían en el intento? Tal vez antes de que la batería se agotara, esa Última Cena de la burguesía turca habría terminado, para bien o para mal. La vida a menudo parecía injusta, pero la muerte era la mayor injusticia. Lo que más costaba aceptar era si había o no un propósito oculto en esa locura, si alguien sabía dónde mirar, o no había lógica alguna y por tanto tampoco justicia.

Volvía a sentir palpitaciones en la mano, como si tuviera una mente propia, el brazo de un pulpo. A la luz fosforescente de la pantalla del móvil, apretujada entre abrigos y zapatos mientras fuera habían tomado a su marido y sus amigos como rehenes, sostuvo en alto el número que Shirin le había dado.

Llamó a Azur.

La deshonra

Oxford, 2016

Todos los días al atardecer Azur salía a pasear. Caminaba de cinco a siete millas por senderos antiguos, a través de viejos bosques y onduladas tierras de labranza. Pensaba que al aire libre sobrevenía una clarividencia si se era decidido y mesurado, pero sin tener un rumbo fijo. Si tenía una creencia firme acerca de los seres humanos era que son camaleones mentales, capaces de adaptarse incluso a la vergüenza y la deshonra. Y no lo sabía de un modo meramente especulativo, sino por experiencia propia. Él había caído en desgracia. Se había visto desacreditado. Si cuando era un joven ambicioso y seguro de sí que ascendía en el mundo académico y en sociedad, alguien le hubiera dicho que algún día caería a tierra, como si hubiera volado demasiado cerca del sol, le habría parecido demasiado deprimente para creerlo. De hecho, el Azur más joven y con principios quizá habría respondido que era preferible morir a enfrentarse a esa clase de deshonra. Y sin embargo allí estaba, más de una década después del escándalo, todavía vivito y coleando aunque profundamente dañado por dentro.

Catorce años atrás se había visto obligado a renunciar a su cátedra. Desde entonces había conservado un vago vínculo con el *college* que en otro tiempo había sido su hogar académico, como un cordón umbilical que ya no transportaba alimento, pero no podía cortarse. No le habían pedido que volviera a dar clases y él tampoco lo había intentado, por si su nombre avergonzaba a sus colegas o a su departamento. A lo largo de los años había leído muchos artículos sobre él, pero hubo uno distinto a todos que lo acusaba de megalómano con delirios de poder, una amalgama foucaultiana de autoridad y conocimiento que acababa con las mentes jóvenes e inseguras como un cáncer. Trazando un perfecto círculo de maldad, el autor del artículo

relacionaba el intento de suicidio de Peri con la desaparición de Anissa. «He aquí un hombre que causaba la tragedia a todas las jóvenes a quienes seducía intelectualmente.» Escrito con vehemencia e inquietantemente bien documentado, el artículo había trastornado a Azur, provocándole una depresión tan fuerte que le resultaba imposible recordar un momento en que el mundo no hubiera estado impregnado de melancolía. Aun así, siguió trabajando, como si supiera que si dejaba de escribir no tendría motivos para esperar un nuevo día. El trabajo era un instinto de supervivencia.

Podría haberse ido a Estados Unidos o a Australia y empezar de nuevo. Pero había preferido quedarse. Sin responsabilidades administrativas ni docentes, le había quedado mucho tiempo para leer, documentarse y escribir. Eso sumado a una nueva pasión que se había apoderado de su alma, le había movido a publicar un libro tras otro. Cada título editado en esos años le había proporcionado aún más fama y reconocimiento, de modo que en la actualidad se hallaba en una posición en la que nunca se habría encontrado de no haber perdido su plaza de profesor. Tal vez Plutarco tenía razón, después de todo. El destino guiaba a los que querían ser guiados, y a los que —como él— se resistían a la idea, los arrastraba a la fuerza.

Seguía viviendo en la misma casa de ventanas saledizas y rodeada de bosque. Cultivaba hierbas culinarias y hortalizas en el jardín; veía a unos pocos viejos amigos, no más. Cocinaba. Llevaba una vida tranquila y ordenada, y así la quería. Todavía tenía amantes, unas cuantas, y ya no le importaba si las mujeres con quienes se acostaba estaban relacionadas o no con la universidad. La deshonra pública tenía algo paradójico, pues en la medida en que despojaba de los papeles sociales y de la respetabilidad resultaba liberadora. Sí, era libre como un pájaro, y llevaba una existencia casi igual de despreocupada que las aves. Pero sabía que estas eran criaturas de hábitos y, por tanto, no eran exactamente libres, pues tenían muchas cosas de que preocuparse.

De vez en cuando recibía la llamada de un periodista que quería entrevistarlo o de un alumno con intención de escribir una tesis sobre sus libros. Consentía con unos y con otros no, actuando siempre por impulso. Al principio había rechazado de plano a todo el que intentaba inmiscuirse en su vida privada. Era consciente de que la primera pregunta que le harían sería

acerca del escándalo, a pesar del tiempo transcurrido. Aunque no apareciera en la entrevista, siempre se mencionaría en el artículo, lo que podía ser peor. De modo que se negó mientras pudo. Pero la inaccesibilidad solo lo volvió más atractivo a los ojos de sus lectores. Tenía un público leal que conocía, leía y difundía cuanto él escribía. En palabras de un periodista, entre los pensadores más desacreditados de su época, él era el más reverenciado.

Al morir Spinoza no quiso tener otro perro. Esa decisión no duró mucho. En su puerta apareció un cachorro de pastor rumano de dos meses con un lazo dorado en el collar, regalo de cumpleaños de Shirin. De pelaje espeso, suave y blanco, y pálidas manchas grises, era tranquilo e inteligente, un animal hecho para la montaña. Le pareció apropiado llamarlo con el nombre del filósofo rumano famoso por sus visiones saturninas sobre Dios y todo lo demás. Por otra parte, se compenetraba con el estado anímico de Azur. De ahí que fuera Cioran quien lo acompañara en sus paseos.

Esa tarde Shirin había llamado a su puerta, con su enorme vientre y las mejillas encendidas. Durante el embarazo algunas mujeres tenían un aspecto más beatífico, como era el caso de Shirin. De haber existido una santa pecadora habría sido ella.

—¿Vas a venir? —le preguntó ella tamborileando en la mesa con sus uñas pintadas de verde—. No me digas que no o la armo.

Se había convertido en una buena profesora universitaria; después del escándalo había ido a la Universidad de Princeton, desde donde le había escrito a Azur casi a diario. Al regresar a Oxford consiguió un puesto docente en su viejo *college*. Desde entonces habían seguido siendo buenos amigos, pese a la diferencia de edad y a sus estilos de vida opuestos. El hecho de que ninguno de ambos intentara reavivar su *affaire* había sido encomiable, además de lo correcto, pero a Azur le entristeció. Supo que estaba envejeciendo.

—Mira, ese hombre es horrible. Racista. Homófobo. Islamófobo. A la pobre Mona le habría dado un infarto. No tiene vergüenza. Sostiene que Dios habla por su boca.

Azur sonrió.

—Hay muchos como él, hazte a la idea.

—Ni hablar. Ven, por favor.

—¿Qué quieres de mí? ¿Crees que mi presencia significa algo para alguien, empezando por él? A sus ojos estoy desacreditado. Además, he dejado de discutir sobre Dios.

—No me lo creo ni por un momento. Ven, te lo ruego.

Cuando ella se marchó, Azur se preparó un té y se sentó a la mesa de la cocina. Un rayo de sol sesgado que entraba a través del follaje del plátano que había al otro lado de la ventana formaba en su rostro un veteado que le acentuaba las facciones cinceladas. A su lado tenía el periódico local doblado. Había un artículo sobre el erudito holandés conocido por sus despreciables visiones del islam, los refugiados, el matrimonio homosexual y la situación mundial. Afirmaba que tenía acceso directo a Dios; que era miembro de un club privilegiado. Durante casi dos siglos la Oxford Union había invitado a oradores eminentes que iban de lo convencional a lo controvertido. Pero nadie recordaba tanto revuelo a raíz de la conferencia de un solo hombre.

Azur levantó la taza del periódico, dejando un cerco alrededor de la cabeza del orador, que ahora parecía realmente un santo. Se quedó mirando la imagen, paralizado. Luego, siguiendo un impulso, cogió la cazadora y las llaves del coche.

Veinte minutos después, al acercarse al edificio cuya silueta se recortaba contra el cielo encapotado, reparó en un grupo de estudiantes que esperaban fuera con pancartas de protesta contra el conferenciante, exigiendo que lo echaran del recinto universitario.

Lo abordó un joven que, por su aspecto, debía de ser estudiante de primero. No lo reconoció.

—Hemos redactado una petición para detener a este monstruo. ¿Quiere firmarla? —Hablaba con acento extranjero, pero era agradable al oído.

—¿No es un poco tarde? —repuso Azur—. Ese tipo empezará a hablar dentro de diez minutos.

—No importa. Si recogemos suficientes firmas, la próxima vez la Oxford Union se lo pensará dos veces antes de invitar a alguien como él. Además, tenemos previsto entrar en la sala e impedir que hable. —Le tendió un bolígrafo y un bloc.

—Siento decepcionarte, pero no voy a firmar.

En el rostro del joven afloró una expresión desdeñosa.

—Entonces, ¿está de acuerdo con ese fascista?

—Yo no he dicho que esté de acuerdo con su visión del mundo.

Pero el joven ya había perdido interés en él, se había dado la vuelta y se había alejado rápidamente. Azur dudó entre dejarlo ir o alcanzarlo.

—Espera —lo llamó, corriendo al fin tras él.

El estudiante se detuvo, sorprendido.

—Eres musulmán, ¿verdad? —le preguntó Azur.

Un gesto de asentimiento cauteloso.

—Supongo que habrás leído a Rumi. Quizá recuerdes la frase: «Si te irrita todo roce, ¿cómo va a estar limpio tu espejo?».

—¿Cómo?

—Dejad que el tipo hable. Las ideas han de ser debatidas con ideas, y los libros, con libros mejores. Por estúpidas que sean, no puedes silenciar a las personas. Prohibir hablar a un conferenciante no lleva a ninguna parte.

—Guárdese su filosofía de altos vuelos para usted. Nadie tiene derecho a insultar mi religión y lo que es sagrado para mí.

—Pero imagina lo libre que te sentirás si logras estar por encima del odio de ese hombre. Debemos responder al insulto con sabiduría.

—¿De nuevo su Rumi?

—En realidad es Shams, su compañera y…

—Déjeme en paz —lo interrumpió el joven antes de acercarse a zancadas a sus amigos y susurrarles algo. Todos levantaron la vista hacia Azur.

¿Por qué no era capaz siquiera de contener la lengua? Esa lengua que ya le había causado suficientes problemas en la vida. Pasándose los dedos por su pelo cano que ya clareaba, se metió en la Oxford Union. En la entrada había un póster con el título de la charla: «Europa para los europeos».

Reinaba una tensa emoción entre la multitud congregada en la sala. Algunos presentes sentían ira, desdén o incredulidad respecto al orador que había hecho carrera insultando y burlándose; otros, la petulante satisfacción de que alguien por fin dijera en voz alta lo que ellos pensaban.

Azur se abrió paso entre el público; varios antiguos colegas lo saludaron con la mano mientras otros fingían no verlo. La deshonra era un manto de

invisibilidad. Él lo llevaba en público. Ya no le dolía, o al menos no tanto como al principio, comprobar lo dispuesta que estaba la gente a juzgar y distanciarse. En momentos como aquel pensaba en Peri, se preguntaba qué estaría haciendo en Estambul, qué clase de vida se habría buscado. Si a él lo habían condenado a una existencia de descrédito, ella debía de haber sido condenada a una de remordimientos. ¿Quién sabía qué pesaba más en un alma?

Al verlo acercarse, Shirin, con una mano en la barriga, se levantó y lo saludó. Su emoción era tan genuina que Azur se entristeció. No habían sido sus cobardes acusadores o sus oportunistas rivales los que lo habían vuelto vulnerable, sino todas las personas que, hiciera lo que hiciese, lo querían, lo respetaban y lo apoyaban. Habían esperado que él limpiara su nombre, pero Azur se había negado. Siempre había creído que cuanto más defendías tu inocencia frente a los demás, más culpable te volvías a sus ojos. Además, revisar los viejos expedientes también habría perjudicado a Peri.

—Gracias por venir —le dijo Shirin—. Sabía que lo harías.

—Me iré pronto. No creo que aguante hasta el final.

Ella asintió.

Al cabo de un rato el conferenciante salió al escenario con un traje de cachemir azul eléctrico y sin corbata. Habló durante media hora sobre los peligros que aguardaban a la civilización occidental. Su voz se ondulaba con una cadencia estudiada, descendiendo de vez en cuando en un susurro ronco y elevándose con las palabras que sabía que suscitarían temor. Él no era racista, afirmó. Sin duda no era xenófobo. Su panadería favorita la regentaba una pareja árabe; su médico de cabecera era de origen paquistaní y había pasado las mejores vacaciones de su vida en Beirut, donde perdió la cartera y un taxista se la recuperó. Pero había que cerrar a cal y canto las puertas de Europa. Era la única consecuencia lógica de la situación de caos absoluto creada por otros. Europa era su hogar, y los musulmanes eran unos desconocidos. Hasta un niño de cinco años sabía que no debía invitar a desconocidos a casa. Todo el mundo envidiaba la riqueza de Occidente, y Occidente tenía que protegerse de los extranjeros y los Judas que ya estaban dentro, que no comprendían que debilitar una cultura, adulterar una raza y profanar un legado estaba mal. ¡Era un error! ¡Un error! Los matrimonios entre personas de distinta raza y distinta fe ponían en peligro la integridad de la

sociedad occidental. Nadie debía avergonzarse por hablar de pureza. Pureza racial, cultural, social y religiosa. Era un hombre elocuente y de buenos modales, y —como todos los demagogos— sabía cuándo bromear.

El problema de Europa era que había abandonado a Dios. La gente por fin estaba percatándose de ese error histórico. Ya iba siendo hora de traer de vuelta a Dios el Salvador al mundo académico, a la familia, al espacio público. No había que confundir libertad con ausencia de Dios. Europa había perdido el tiempo discutiendo sobre estupideces —como el matrimonio de personas de un mismo sexo— mientras por nuestras puertas entraban hordas de bárbaros. No había ningún problema en que las personas optaran por ser gays, pero debían apechugar con las consecuencias. No podían reclamar el derecho al matrimonio, claramente definido como un acuerdo con Dios entre un hombre y una mujer. El caos actual —el terrorismo, la crisis de los refugiados, el extremismo islámico en tierras europeas— era la manera que tenía Dios de escarmentar a los europeos. Probar, corregir, afinar, perfeccionar. En el pasado, el Señor había enviado una lluvia de fuego y azufre sobre las ciudades pecaminosas, hoy mandaba una lluvia de refugiados y terroristas sobre nosotros. Cada época traía consigo su propio castigo.

—Amigos míos, hoy Dios está aquí con nosotros. Intentaron expulsarlo de las universidades. Lo ofendieron por mucho tiempo. Pero Él está presente en toda Su gloria. Yo no soy sino su instrumento, su humilde portavoz.

Sentado entre el público, Azur se mofó alto y fuerte, rompiendo un momento de silencio en la sala. Todas las miradas se volvieron hacia él, entre ellas la del conferenciante.

—¿A quién estoy viendo? Hoy nos honra con su presencia el profesor Azur, si no me equivoco —dijo—, aunque ya no es profesor.

Un rumor recorrió la sala mientras colegas y alumnos estiraban el cuello para ver mejor al espectador rebelde. Azur se levantó. A su lado Shirin se puso rígida, pálida como un fantasma.

—Tiene razón. Ya no doy clases.

—Eso oí decir. La noticia llegó hasta el tranquilo rincón de Holanda donde vivo. —Una sonrisa de falsa compasión afloró en su rostro—. Pero me alegra ver que Dios lo ha traído de nuevo a la luz.

—¿Quién ha dicho que he estado en la oscuridad?

—Bueno, es evidente que…

Azur asintió.

—Entonces debo suponer una esperanza para usted. Fui impío. Si Dios puede obrar a través de mí, puede obrar a través de cualquiera… Tal vez incluso abrir una mente cerrada como la suya.

—Es fantástico oírle citar a san Francisco. Para sus propios fines, imagino. Eso hace la gente. Algún día deberíamos tener un debate. Será divertido.

Y el predicador siguió hablando, dejando a Azur de pie, muriéndose de ganas por participar en un debate que no tendría lugar en un futuro inmediato.

Cuando regresó de su paseo de la tarde repasando mentalmente aún lo ocurrido en la Oxford Union, la casa le pareció fría. Las fotografías de las paredes, los azulejos de la chimenea… Mientras se calentaba una lasaña del día anterior sonó el móvil. Un número desconocido que parecía extranjero. No estaba de humor para hablar con nadie y decidió no contestar. El timbrazo se interrumpió a la mitad y el silencio fue absoluto. A sus pies, Cioran soltó un leve gemido. Al cabo de un momento el teléfono volvió a sonar.

Esta vez sintió el impulso de responder. Al otro lado de la línea estaba Peri, intentando recuperar el habla desde una mansión de Estambul.

Las tres pasiones

Estambul, 2016

Respira hondo, se dijo Peri. Por un instante pareció que el tiempo no existía y volvía a ser la chica que había sido, catapultada desde una pesadilla o metida en otra: el armario donde estaba encerrada era como la celda de su hermano. Entretanto los invitados y el personal habían sido conducidos al despacho dorado del piso superior. Peri había oído sus pasos mientras los llevaban en manada, pero ahora reinaba en la casa un silencio que no presagiaba nada bueno. Agarró con más fuerza el móvil de su marido mientras esperaba. Al oír a Azur, se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Diga?

El conocido timbre de su voz hizo que se le saltaran las lágrimas. Se notaba la boca llena de pequeñas gotas de remordimientos. Era alarmante la rapidez con que el pasado compartido, como un dolor líquido, fluía por los silencios del presente.

—¿Diga? ¿Quién es?

Las palabras le habían abandonado tan deprisa que estuvo a punto de colgar. Pero estaba cansada de huir de sí misma y el impulso de enfrentarse a sus miedos hizo que se lanzara.

—Azur…, soy yo, Peri.

—Pe-ri… —repitió él, y se quedó callado, como si la sola invocación del nombre abrazara la totalidad de las cosas, el bien, el mal y cuanto había en medio.

A Peri se le agolparon los pensamientos. Se le aceleró el pulso. Aun así, cuando habló lo hizo con voz serena:

—Debería haber llamado antes. Fui una cobarde.

Azul continuó callado. Sabía que llegaría ese momento, pero no se había

preparado para él.

—Qué sorpresa —dijo por fin. Pareció que iba a añadir algo, pero cambió de opinión—. ¿Estás bien?

—En realidad, no —respondió ella sin pensar. No le dijo que había hombres armados en la casa, ni que la conversación se cortaría con brusquedad porque casi no quedaba batería. De fondo, oyó ladrar un perro—. ¿Spinoza?

—Spinoza murió, querida. Espero que esté en un mundo mejor.

Ella se echó a llorar quedamente.

—Le debo una disculpa. Debería haber hablado ante el comité.

—No te culpabilices —dijo él con dulzura—. No estabas en condiciones de tener el juicio claro. Eras demasiado joven.

—Era lo bastante mayor.

—Bueno… Yo debería haber tenido más cuidado.

Eso la pilló desprevenida. Entonces no la había odiado como temía, sino que se había culpado a sí mismo.

Quería decir: «He leído su último libro. He leído todo lo que ha publicado desde entonces… Ha cambiado. Suena más cínico…, menos apasionado. No sé si eso significa que ha perdido su inquietud, ese espíritu juguetón capaz de encandilar a sus alumnos e hipnotizar a audiencias enteras. Espero que no».

Del piso superior le llegó el ruido lejano de pasos. Un breve alboroto. Alguien gritó. Un disparo surcó el aire. Un golpe sordo.

Peri se puso rígida, respiraba de forma entrecortada.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Azur.

—Nada —respondió ella sin alzar la voz.

—¿Dónde estás?

«Dentro de un armario en una elegante villa de Estambul que acaba de ser asaltada por unos matones, con el gusto del miedo y de una trufa llamada Oxford en la boca.» No, no podía decírselo.

Ajeno a los pensamientos de ella y a la situación en la que se hallaba, Azur dijo:

—Cuando nos conocimos, pensé: esta chica no lo sabe, pero lleva consigo las tres pasiones de Bertrand Russell: el anhelo de amor, la búsqueda del conocimiento y una increíble piedad por el sufrimiento de la humanidad.

A Peri se le nubló la vista.

—Tú tenías las tres. Así de profundas eran tus ansias de amor, tu anhelo de aprender y tu sensibilidad hacia los demás…, hasta el extremo del retraimiento. Me conmoviste. Pero también estaba enfadado contigo, porque me recordabas a una mujer que había conocido.

—¿Su mujer? —le preguntó ella con cautela.

—No. Se llamaba Nour. Me preocupaba hacerte daño como se lo hice a ella. Lo cierto es que he acabado haciendo daño a todas las mujeres que han acudido a mí.

—Excepto a Shirin.

—Es cierto, ella era invencible. O lo parecía. Era más joven, pero fuerte y obstinada. Una guerrera nata. A su lado no había de qué preocuparse. Nada malo podía sucederle.

—Usted quería un amor desprovisto de culpa.

—Quizá. Verás, no eres la única que se disculpa con Dios.

En la pantalla del móvil, el icono de la batería se puso rojo.

—¿Haría algo por mí?

—Por supuesto.

—Me gustaría dar una clase más. Ahora.

Él se rió.

—¿Qué quieres decir? ¿Sobre qué?

—Sobre el perdón y el amor. Y el conocimiento. Pero esta vez yo seré la profesora, ¿de acuerdo?

Una pausa cautelosa.

—Te escucho.

—Bueno, la lección versa sobre Ibn Arabi e Ibn Rushd, también conocido como Averroes. Cuando se conocieron, Ibn Rushd era un filósofo eminente e Ibn Arabi un estudiante joven y esperanzado. La complicidad fue inmediata, pues los dos eran amantes de los libros y el saber, y ninguno de los dos abrazaba una ortodoxia. Pero eran muy diferentes.

—¿En qué?

—Verá, es la misma cuestión en Oriente y Occidente. ¿Cómo aumentar el conocimiento de uno mismo y del mundo? Para Ibn Rushd la respuesta estaba clara. A través del pensamiento reflexivo. El razonamiento. El estudio.

—¿Qué hay de Ibn Arabi?

—Él buscaba tanto la razón como la percepción mística. Creía que nuestro deber como seres humanos era ser más sabios. Pero también reconocía que había cosas situadas más allá de nuestra inteligencia. Antes de que cada uno de ellos siguiera su camino, Ibn Rushd le preguntó a Ibn Arabi por última vez: «¿Crees que a través de la especulación racional descubrimos la verdad?».

—¿Y qué respondió Ibn Arabi?

—Que sí y que no. «Entre el sí y el no», le contestó, «los espíritus vuelan más allá de la materia y las cabezas se separan de los cuerpos.» A sus ojos no había nadie más ignorante que quienes buscaban a Dios, y sin embargo solo los que persiguen una verdad que parece inalcanzable tienen alguna posibilidad de alcanzarla.

—Dime, Peri, ¿por qué te interesa esa historia?

—Porque yo siempre estuve en ese limbo entre el sí y el no. La fe no me era desconocida, pero tampoco la duda. Indecisa. Vacilante. Siempre insegura. Tal vez tanta incertidumbre hizo de mí lo que soy. También me convirtió en mi peor enemigo. No veía una salida. —Guardó silencio unos minutos—. Le conté lo del niño de la bruma. No era una alucinación, sino un tipo de experiencia de la que usted nunca había oído hablar. Otro erudito se habría reído de mí, pero usted no lo hizo. Usted siempre estaba abierto a lo nuevo. Yo lo admiraba por eso.

—Creías que eras la única confusa, pero muchos de nosotros lo estamos.

«Nosotros.» Una palabra tan simple y sin embargo tan trascendental. Nosotros, los confusos.

Peri negó con la cabeza.

—Le admiraba tanto… Ahora lo veo con claridad. Al enamorarnos convertimos al otro en nuestro dios…, ¿no es peligroso? Y cuando la persona no nos corresponde, reaccionamos con rabia, resentimiento u odio… Algo en el amor se parece a la fe. Una especie de confianza ciega, ¿no? La euforia más dulce. La magia de conectar con alguien que está más allá de nuestro ser limitado y conocido. Pero si nos dejamos llevar por el amor, o por la fe, eso se convierte en un dogma, en una fijación. La dulzura se vuelve amarga. Sufrimos en manos de los dioses que nosotros mismos hemos creado.

—Debo de ser una de las últimas personas a las que se puede tomar por un

dios —replicó Azur.

—No era usted. Era el Azur que yo había creado para mí, el que necesitaba para dar sentido a mi pasado. Era el profesor del que me enamoré. El Azur de mi imaginación.

Peri continuó hablando. Con la voz cada vez más firme, la mirada fija en la oscuridad y el móvil parpadeante en su mano herida, dio una conferencia a un hombre que se encontraba en una casa de las afueras de Oxford, mientras su perro esperaba paciente a su lado. Podría haber sido al revés: él en peligro, ella a salvo. Aquel día ella era la profesora; él, el alumno. Los papeles cambiaban, las palabras nunca reposaban. La vida tenía forma de círculo y dentro del círculo todos los puntos eran equidistantes respecto al centro, se llamara Dios o algo totalmente distinto.

Peri oyó el aullido de las sirenas que se aproximaban a la mansión junto al mar. Dentro de pocos minutos todo cambiaría, un nuevo comienzo o un final antes de lo previsto. Cuando el móvil emitió un último pitido antes de apagarse del todo, abrió la puerta del armario y salió.

Érase una vez un sultán que una noche de tormenta empezó a leer unos espléndidos poemas del gran Nefi. De repente, un rayo alcanzó los jardines del palacio y el hombre pensó que aquello era una maldición de los dioses. Rompió en mil pedazos las páginas del libro, las lanzó al Bósforo y ordenó la muerte del poeta. Desde entonces, las aguas de ese mar son tan negras como la tinta de aquellos poemas perdidos…

Ignorancia y poder: una mezcla explosiva que puede provocar mucho dolor inútil. De eso nos habla Peri, una joven que vive a caballo entre Estambul y Oxford, lidiando con las ideas políticas de su padre y la devoción religiosa de su madre. La chica duda, investiga, y finalmente cree haber encontrado la verdad, cuando conoce a un profesor excéntrico que estimula a sus estudiantes con preguntas siempre nuevas. Su guía son las tres pasiones que según Bertrand Russell mueven los destinos de los humanos: el deseo de amor, la búsqueda del conocimiento y la compasión por el dolor ajeno. La teoría tiene sentido, el reto es apasionante, pero el deseo pide paso.

Con estos mimbres, Elif Shafak ha escrito una novela hermosa y necesaria, para invitarnos a mover esas aguas negras que a menudo nos impiden caminar.

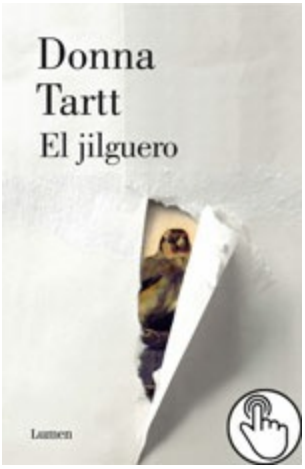
Todos sufrimos en manos de los dioses que nosotros mismos hemos creado.
ELIF SHAFAK

Elif Shafak nació en Estrasburgo en 1971, de padres turcos. El trabajo de la madre, una diplomática, la obligó a viajar y a residir en distintos países, entre ellos España. Actualmente vive con su familia entre Estambul y Londres, colabora con distintos periódicos turcos, ingleses y estadounidenses, y es miembro muy activo del London Speaker Bureau.

A la hora de escribir suele alternar el inglés y el turco. Tras el éxito internacional de *La bastarda de Estambul* (Lumen, 2009), en 2012 publicó *El fruto del honor*, una novela que ponía en entredicho las reglas de dos mundos distintos y sin embargo condenados a entenderse. Con *El arquitecto del universo* (Lumen, 2015), su anterior novela, Shafak volvía a hablarnos de su querida Estambul, y situaba la acción en los tiempos en que se construyeron las grandes mezquitas.

Las tres pasiones es su novela más reciente.

Lumen recomienda
Elif Shafak | El arquitecto del universo


Donna
Tartt
El jilguero
Lumen

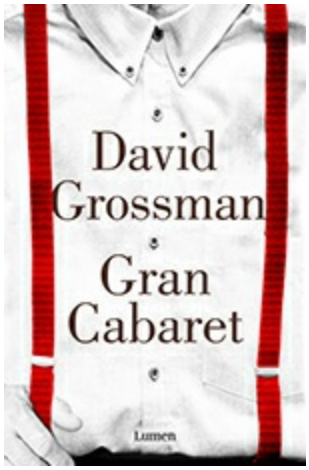
Ladydi
Jennifer Clement

Kate Atkinson
Una y otra vez
Lumen

Naomi
Wood
Las señoras
Hemingway
Lumen

Elena
Ferrante
Las deudas
del cuerpo
Lumen

Todos
nuestros
nombres
Dinaw
Mengestu
Lumen


David
Grossman
Gran
Cabaret
Lumen

Título original: *Azur Peri God*

Edición en formato digital: noviembre de 2016

© 2016, Elif Shafak
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Aurora Echevarría Pérez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Amy Judd

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0391-9

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

Índice

Las tres pasiones

PRIMERA PARTE
- El bolso
- El Poeta Mudo
- La navaja
- El juguete
- El cuaderno
- La polaroid
- El jardín
- El «hodja»
- El acuario
- La mesa de desayuno
- Tango con Azrael
- El poema
- El pacto
- La última cena

SEGUNDA PARTE
- La universidad
- El mapa
- El silencio
- El pasatiempo
- Haciendo footing
- El pescador
- El caviar negro
- La celebración
- El diccionario
- El ángel
- La caja de música
- El cinturón de castidad
- El hospital

El saqueo
Footing al anochecer
El tercer camino
El Optimizador
La juventud
La extranjera original
TERCERA PARTE
El lugano
Estrategia de marketing
Un beso mortal
Una página en blanco
El círculo
El teatro de sombras
Los oprimidos
El intérprete de sueños
El manto
La profecía
La limusina
El copo de nieve
El vidente
CUARTA PARTE
La semilla
La noche
La mentira
La danza del vientre
La lista
El rostro del otro
Los chacras
La casa de Jericho
El peón
El pasillo
La copa de jerez
El sonido de la ausencia de Dios
La secuoya del amanecer

El armario
La deshonra
Las tres pasiones

Sobre este libro
Sobre Elif Shafak
Lumen recomienda
Créditos